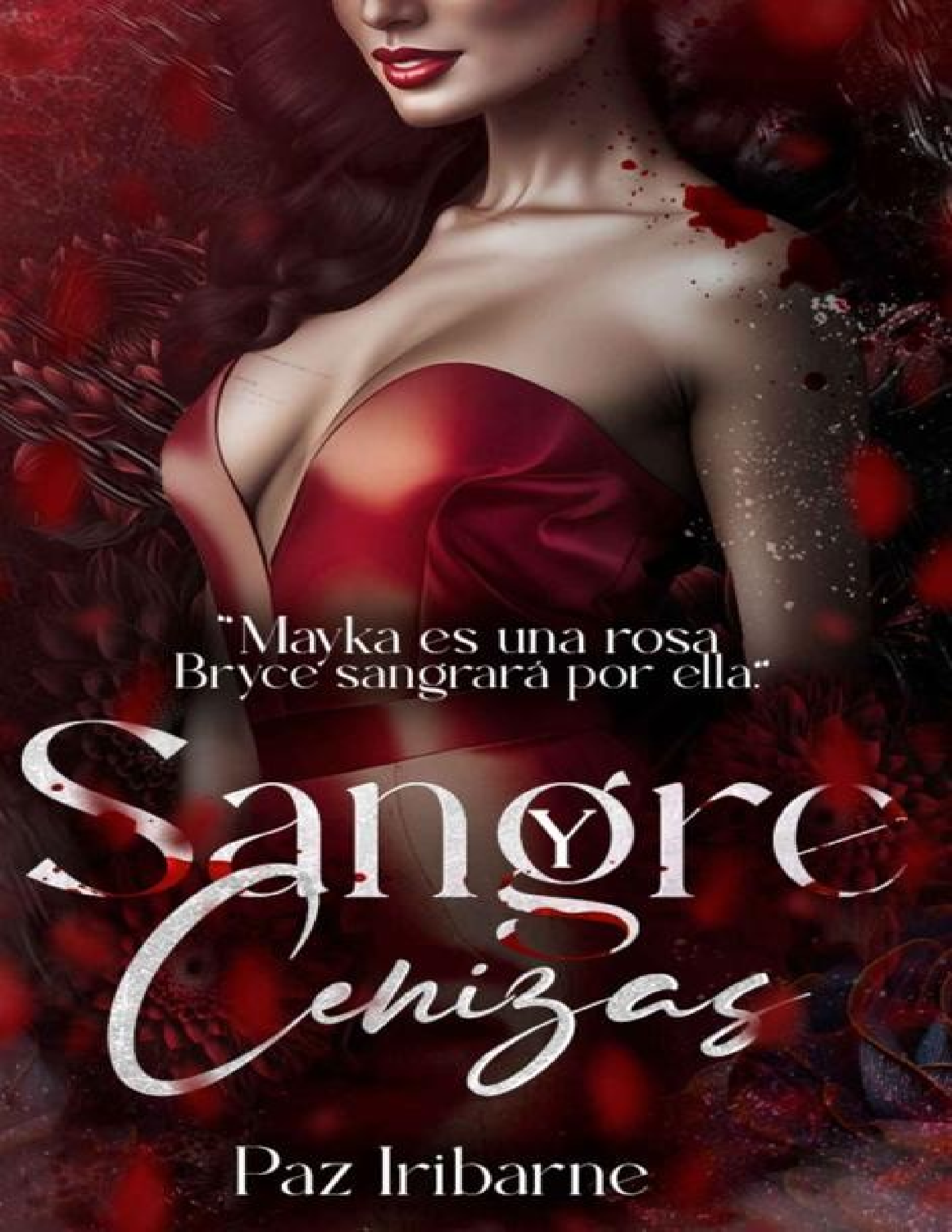

"Mayka es una rosa
Bryce sangrará por ella."
Sangre y Cenizas
Paz Iribarne

Sangre y cenizas

Bilogía Sangre y cenizas - Libro 1

PAZ IRIBARNE

Derechos de autor © 2023 Paz Iribarne

SAFE CREATIVE
Identificador 2308295167841
Fecha de registro 29-ago-2023 15:44 UTC
Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Este libro contiene escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y violencia por lo que es apto solo para mayores de 18 años.

Diseño de la portada de: Ale Graphic.
Edición: Malenia ediciones

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Advertencia
Sinopsis
Dedicatoria
Prólogo
1. En llamas
2. El demonio frente a ti
3. Bautismo de fuego
4. Jesse Callum
5. Calaveras y rosas
6. London Morgan
7. Colisión
8. Prohibido
9. Una mujer audaz
10. Confesión
11. Contradicciones
12. Consciencia
13. Jared Callum
14. Valentía
15. Jamás te harán daño, porque yo estoy aquí
16. Mamá
17. Acuerdos y problemas
18. La última persona que verá en su vida
19. Ataque
20. Asesinato
21. Dos años atrás
22. Consecuencias
23. Próximos pasos
24. Culpa
25. Plan B

26. Infierno
27. Ráfagas de pasión
28. Sin piedad
29. Vacío
30. Asfixia
31. Sospechas
32. Habitación 4172
33. Más que nada, más que todo
34. Clandestino
35. Destrucción
36. Lealtades
37. Iguales
38. Verte, abrazarte y besarte
39. Sangre y cenizas
40. De amor, locura y muerte
41. El final
Epílogo
Epílogo 2
Capítulos extras
Milagro
Un corazón roto
Recuperándote
Agradecimientos
Acerca del autor

Advertencia

Este libro contiene escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y violencia por lo que es apto solo para mayores de 18 años.

Sinopsis

Hay una leyenda que los valientes susurran y los cobardes callan por temor a una muerte segura. La leyenda de un demonio que se enamoró de la fragilidad de una rosa, de su sonrisa cálida y del océano que se reflejaba en sus ojos. Un demonio incauto que no esperó que esa misma flor, la cual veneraba, lo desgarrara pedazo a pedazo con sus poderosas espinas.
Bryce «el Demonio» Morgan nunca tuvo opción cuando Mayka Callum apareció en su vida, porque esa bella mujer no solo era el más dulce de los ángeles, sino también la más letal de los humanos. Una guerra entre clanes asesinos se ha desatado. La pasión, la lujuria y la traición harán su jugada.

Bryce es un hombre que volvió de la muerte y que no descansará hasta terminar con los asesinos de su familia, entre ellos la mujer que le robó y destruyó su corazón, la diosa que lo hizo perder todo. Sin embargo, sus ojos aún lo estremecen y su piel todavía arde cuando se tocan. La ama, y que Dios lo perdone, la ama incluso cuando su familia ha sido asesinada y diezmada casi hasta la extinción.

Un Morgan y una Callum. En un mundo de sangre y cenizas jamás existió una relación más prohibida que esa. Bryce y Mayka la pondrán a prueba, y para ello harán lo que mejor saben hacer, para lo que fueron entrenados toda su vida: quitar vidas.

Dedicatoria

De ti y de mí, ¿quién sabe hasta dónde hemos llegado?

Prólogo

En este mundo hay tres clases de personas; las que nacieron para triunfar, los eternos perdedores y aquellos cuya disciplina muestra que todo es posible cuando tu ímpetu es más fuerte que los condicionamientos sociales. Creo que en mi familia no hay lugar para los perdedores. No hay espacio para los que manipulan y juegan a ser víctimas de la situación. No hay espacio para la autocompasión y tampoco para el dolor, excepto el que nosotros infligimos.

Nadie regala nada. Se lucha, se sangra, se vive, se cae y se levanta. Con más fuerza, con hambre, con voracidad. Si se quiere un árbol y se debe arrasar el bosque para conseguirlo, se hace. Nadie nos detiene, excepto nosotros mismos. Nadie es más fuerte y tenaz que nuestra mejor versión, esa que subyace debajo del miedo, esa que está ahí esperando a que nos demos la oportunidad de ser nosotros.

Los Callums somos conquistadores, y si para ello debemos incendiar el mundo, lo haremos. Lo volveremos cenizas, pero nunca dejaremos de gobernar sobre él.

Theodor Callum.

1. En llamas

El miembro fundador de nuestra familia fue un hechicero. Cientos de personas recurrían a él por sus dolores y premoniciones. Podía mirar a la muerte de cerca y decir en qué momento caería sobre alguna pobre alma atormentada. Nadie dudaba de sus videncias, y el reconocimiento hacia él y su linaje se tornaron eternos. Con el tiempo, los Callum ya no nos dedicamos a profetizar la muerte, nos convertimos en ella.

Theodor Callum.

Tanzania, en algún lugar de la sabana africana

Mayka respiró el aire caliente y contuvo el dolor ante las quemaduras en su piel lechosa. Llevaba al calor del gran astro celestial más de seis horas. Agazapada, con el corazón inquieto ante la posibilidad de fallar en un objetivo por el cual había rogado. Un objetivo, un punto donde demostrar que valía sin importar su sexo.

Mayka era una Callum. Formaba parte de un clan de asesinos de antaño. Un clan que había trascendido reyes, batallas, gobiernos, pestes, enfermedades, debacles económicas, persecuciones… y seguía en pie. Las palabras de Theodor, su abuelo, pasaban una y otra vez a través de sus oídos.

«Con el tiempo, los Callums ya no nos dedicamos a profetizar la muerte, nos convertimos en ella».

Una frase insoslayable, soberbia, propia de un ser que se sentía divino, un ser sin escrúpulos, al igual que la mayor parte de los miembros de su familia. Una frase irónica cuando se trataba de Mayka. Nadie confiaba en ella para matar, para hacer una actividad que su abuelo, padre, tíos, hermanos y primos hacían con la misma frialdad y tranquilidad que beber un café en un restaurant.

—Soy la indicada.

—No lo eres, y nunca lo serás.

Quizá su hermano Owen tenía razón, tal vez solo era una niña tonta que pensaba que estaba hecha para la guerra. Sin embargo, no estaba en su naturaleza rendirse. Los Callums no se rendían, no sabían cómo. Mayka no les temía a los depredadores que, con seguridad, merodeaban la zona. Uno no les teme a los leones cuando ha nacido entre hienas, sin importar lo peligrosos que sean.

«Hienas».

Eso eran los miembros de su clan, al menos la mayoría. Hombres letales en todo el sentido de la palabra. Calculadores, oportunistas, altamente entrenados desde muy jóvenes. Hombres para los cuales el único código que existía era el de la familia.

«Vida, muerte, vida».

Siempre preparados para la muerte, siempre listos para llevar ante ella al que se interpusiera en sus objetivos. Hombres con una confianza inquebrantable en sí mismos, en su poderío, en su capacidad de manipulación, y, por supuesto, con una seducción innata.

«Para bien o para mal, somos irresistibles».

Quizá Ian, uno de sus primos y uno de los pocos que Mayka estimaba, tenía algo de razón en su soberbia desmedida. Imbéciles guapos que siempre se salían con la suya. Tipos que no cedían terreno a nadie ni por nada, ni siquiera cuando uno de los suyos estaba en peligro. El todo siempre era mayor a las partes. El mundo no dejaba de girar si un ser viviente moría, lo mismo sucedía con los Callums. El todo era la familia, ellos eran rulemanes de esa gran máquina. Ni más, ni menos.

«Esta es tu oportunidad, no la desperdicies».

Abel, su padre, había sido claro, siempre lo era. Parte de ser un asesino sin miramientos implicaba ser bueno en dar órdenes directas. Mayka no podía fallar cuando sus hermanos siempre fueron perfectos. Obviamente, la perfección en el clan Callum era un eufemismo. Nadie era más imperfecto que ese grupo de psicópatas.

Mayka odiaba formar parte de esto. Odiaba y al mismo tiempo ansiaba con desesperación ser aceptada. Ser considerada alguien

digna a los ojos de su padre, frente a Theodore, su abuelo, el infame patriarca de esa familia disfuncional en donde el único factor de cohesión era la sangre que recorría sus venas.

En esos momentos Mayka cerraba sus ojos y caía en la terrible verdad. Ella también era una desequilibrada mental, al igual que el resto.

«¿Por qué carajo no aparecen?».

El sudor empapaba su camiseta verde militar. Las gotas molestas resbalaban entre sus senos y hacían cosquillas. La sal escocía, ardía en su piel. Estaba allí, en plena sabana africana, a la espera de un grupo de cazadores furtivos en busca de marfil o algún trofeo felino. La ironía del destino. Esos bastardos jamás esperarían ser cazados.

Definitivamente, no se trataba de una ambientalista que abogaba por la conservación de especies. Mayka estaba allí porque su padre había recibido una cuantiosa suma de dinero para deshacerse de tres hijos de puta que se metieron con la persona equivocada. Mayka era una asesina más, al igual que Owen y Abel. Les pagaban por sacar molestias de encima de determinadas personas que contaban con el capital para contratar sus servicios.

Mayka había mirado los nombres y las fotografías cuando su padre las colocó sobre el escritorio. El corazón le martilló en el pecho cuando Owen balbuceó que ella era incapaz de encargarse. Quería que ese bastardo se comiera toda la mierda que había tirado sobre ella por años. Ansiaba hacerlo tragar cada palabra de desdén. Retorcerle cada humillación. Ganarle una vez.

—Veremos de qué estás hecha, hija.

—¿De verdad?

—Has rogado por esto. Ahora hazlo bien.

El agua se había terminado. Tampoco era que llevara mucha. Aun si llevara una tonelada sería insuficiente cuando la sabana se incendiaba a cincuenta grados centígrados. Respiró despacio. La tierra hervía debajo de su cuerpo mientras se encontraba recostada sobre una de las dunas, una escasa formación que le daba algo de cobijo frente a los hombres que en cualquier momento aparecerían.

Su trabajo fue metódico. Llevaba monitoreando sus pasos desde hacía dos meses. Colocó rastreadores en sus vehículos mientras

estaban en sus reuniones de trabajo o cuando iban a algún hotel para encontrarse con amantes de turno y, para terminar la operación, hackeó los sistemas operativos de sus teléfonos, por lo que sabía con exactitud cada paso que esos imbéciles darían.

«Tanzania».

Ese había sido el destino vacacional que los tres hombres eligieron, el lugar del cual nunca regresarían. Mayka había visto sus perfiles de Instagram, en donde se jactaban de matar animales salvajes, donde se burlaban de los escasos controles en los países para protegerlos de la caza de especies. Se sentía un poco como la mano de Dios, una especie de justicia divina que recaería en esos engendros, o quizá solo era una trastornada que se había creído el cuento de su abuelo. No estaba muy segura cuando la deshidratación hacía estragos en su cuerpo a esas alturas.

Mayka desconocía las causas que habían llevado a poner precio a sus cabezas, tampoco le importaban. Los Callums no hacían muchas preguntas. Pocos sabían a lo que de verdad se dedicaban más allá de sus trajes de diseñador, sus perfumes costosos y sus oficinas fastuosas.

Se limpió el sudor de la frente con la mano. Su vejiga estaba llena, pero no podía moverse. Un mal paso y sería descubierta. Movió su cuello, y este crujió. Sus piernas hormiguearon por la falta de movimiento. Las moscas sobrevolaban sobre ella, igual que lo hacían en los cadáveres de animales muertos a solo metros de donde estaba.

El hedor que el viento caliente arrastraba era insoportable, más de una vez retuvo las arcadas. Sus ojos azules seguían sobre la mirilla telescópica de su rifle. Era consciente de la posibilidad de convertirse en la presa. Los felinos grandes y poderosos abundaban en la zona. Por ello era territorio de cazadores. Controló sus nervios y el sudor que por momentos corría a borbotones. El cabello negro como el ébano se adhería a su frente. El cielo diáfano era, sin duda, lo más hermoso del lugar. Ni una nube, solo un azul intenso en el que podías perderte. Se asemejaba a los ojos de Mayka, herencia de su madre, del mismo modo que sus curvas y sus enormes senos, esos

que le molestaban en los entrenamientos, esos que todos los idiotas se le quedaban mirando cuando hablaba y ni siquiera la escuchaban.

Odiaba a los hombres que pensaban con la verga. Lamentablemente, vivía rodeada de ellos. Una oleada de polvo se levantó y formó un enorme remolino que cubrió todo, y luego otro y otro. El miedo era el peor enemigo que un ser humano podía tener, el más indómito. Cuando se desataba en la mayoría de los casos, se tornaba incontrolable. Mayka respiró una y otra vez, buscando su centro. Si los vientos se levantaban, los cazadores no llegarían, y ese sería el fin de la misión.

El miedo comenzó a hacer mella en su interior.

«Vendrán», se dijo a sí misma para calmarse, para lograr la tranquilidad que le permitiera deshacerse del problema que aparecía a lo lejos.

La gran polvareda se hizo más fuerte. Sin embargo, eso no evitó que Mayka visualizara el jeep. Allí estaban. Su gran oportunidad se aproximaba por el terreno árido.

Usó sus binoculares y advirtió que venía una persona más en el vehículo, un rastreador. Perfecto, con animales muertos cerca estos reducirían la velocidad para encontrar leones o alguna fiera salvaje en la zona. Ese era el momento de actuar, no habría otro.

Se concentró en la mirilla. Todos sus sentidos se intensificaron y la calma reinó en cada célula de su cuerpo. El vehículo con los hombres empezaba a disminuir la velocidad. Se detuvo a varios metros de donde ella estaba. Uno de ellos, el más viejo, bajó del vehículo y observó los rastros del animal que yacía bajo el ardiente sol. Se limpió el sudor con un pañuelo y se quitó el sombrero. Les hizo señas a los tres hombres que seguían montados en el vehículo. Rastreaban. Mayka se humedeció los labios y apuntó a la cabeza de uno de ellos.

—Respira. Respira y vuelves a respirar.

—¿Y cuándo disparo?

—Cuando tu corazón se detenga.

Un gran consejo, uno que había venido de uno de los pocos hombres que valía la pena en esa familia. Dominic, uno de sus primos exiliados por romper el estricto código familiar. Vida, muerte,

vida. El hombre les había mostrado el dedo del medio y había salido de la mansión rumbo a Sudáfrica para jamás regresar. Mayka se propuso alguna vez ser como Dominic, pero la cobardía, cuando se trataba de cortar sus raíces, era mayor a sus anhelos.

Mayka se concentró en su respiración y sintió que los latidos prácticamente se detenían. Ya no había nervios ni miedo, solo instinto. Ese era el momento, y entonces disparó. El orificio nítido en la frente y la sangre estallando hacia atrás cubrió los asientos de cuero. El hombre a su lado buscó quién lo había hecho con un enorme interrogante teñido del más puro y recalcitrante terror en cada músculo de su cara. El miedo lograba que las personas se pusieran feas; deformaba sus rostros. Eso le dio una ventaja a Mayka, quien no les tuvo piedad.

Disparó de nuevo, una vez más y una última. En escasos siete segundos había logrado deshacerse de cuatro personas. El cuarto no estaba en el contrato. Era lo que se denominaba «daño colateral». No le gustaba. No era su estilo matar a inocentes, pero se había quedado sin opciones.

Los hombres cayeron sobre el suelo polvoriento grisáceo y ardiente. La escasa vegetación lograba que las figuras se distorsionaran a lo lejos por el calor. Mayka se puso de pie y se deslizó por la duna arrastrando su culo, con el rifle en la mano. Corrió a toda velocidad hacia las víctimas, hacia sus presas. Debía verificar que, en efecto, todos estuvieran muertos. Lo hizo de una manera cronométrica. Dejó a los hombres tendidos en medio del terreno. Cualquiera podía atribuirse su muerte. Estaban en terreno salvaje, no habría demasiadas investigaciones al respecto, sin mencionar la condena social y la algarabía de muchos al saber que infames cazadores furtivos terminaron como se merecían.

Mayka los tendió en el suelo y luego se alejó corriendo. Cuando estuvo a una distancia prudente, disparó sobre el tanque de gasolina del vehículo. Uno, dos disparos y todo voló en mil pedazos. Las llamas se expandieron y el humo negro escaló hacia arriba. Mayka observó la mano sudorosa en la cual sostenía su rifle. Temblaba.

«El sabor de la muerte es como una droga. Cuidado, no te conviene volverte adicta a ella».

Mayka no había matado nunca. Había participado en trabajos conjuntos con sus familiares, pero nunca llegó tan lejos. Siempre eran sus hermanos o su padre quienes daban la estocada final. Hoy ella resultó ser la protagonista. Por una vez la historia giraría en torno a ella, a una mujer de veintitrés años cautiva de las sombras y el crimen. Era su primera vez. Como tal, la euforia la invadió. Sentía que las lágrimas rebalsaban sus ojos. La risa burbujeaba en su garganta. Todo un cóctel devastador que fulminó cada célula de su cuerpo.

Era excitante. Dominic había tenido razón: era adictivo.

2. El demonio frente a ti

Londres, Inglaterra, veinticuatro horas después

Mayka escuchó la voz del piloto, quien avisaba que estaban a punto de aterrizar en Londres. Sus ojos pesaban, como cada vez que llevaba adelante alguno de los «trabajitos» de la familia, aunque esta vez se sentía mucho peor. Matar la había agotado. La euforia transmutó en algo oscuro, como si su alma fuera engullida hacia un agujero negro sin retorno un poco más cada vez. Dolía. Una vez que el subidón había pasado la realidad la golpeó con todo lo que tenía. La consciencia, esa maldita que debió haber desterrado de su cabeza, la roía, comía una a una sus ideas. La línea del bien y el mal estaba más difusa que nunca.

Había asesinado a cuatro personas. No importaba si eran buenas o malas. El hecho drenó su energía. Según sus primos, esa sensación de baja energía era normal y disminuía después de un buen polvo» El problema era que a Mayka no le interesaba eso. No quería un pene. Follar con alguien no llenaría el vacío existencial que la embargaba en ese instante, no taparía las ganas de gritar hasta desgarrarse la garganta. No, follar quizá les servía a los hombres, pero ella era más compleja que eso. Se abrazó a sí misma, se humedeció los labios y contempló al resto de los tripulantes en primera clase. La mayor parte eran personas mayores. Un par de ancianos frente a ella la miraron y le dieron una sonrisa cálida. Mayka les correspondió el gesto. Ambos estaban agarrados de la mano. Mayka pensó cómo se sentiría tener esa clase de amor a través de los años. Siempre se lo había preguntado. Era consciente de que lo que sus padres habían tenido nunca se trató de ello. Dio un suspiro y su vista se fijó en el hombre que estaba a un par de asientos de donde ella estaba.

Tenía el cabello por debajo de los hombros, con suaves y sedosas ondas que caían, de un color dorado, con algunas mechas más oscuras. Llevaba una camisa blanca cuyas mangas estaban dobladas por encima de los codos y leía en un Kindle. Mayka se giró hacia la ventanilla, pero sus ojos azules volvieron hacia al hombre casi de inmediato.

«Lo conozco».

Ese porte lo había visto antes, pero ¿dónde? Y la otra pregunta: ¿cómo podía ser tan idiota y olvidar a alguien así? Ella tenía una memoria visual envidiable. ¿Qué le pasó en esta ocasión?

El hombre se estiró en el cómodo asiento en primera clase y se hizo un pequeño rodete. Su cabello caía tan sensual mientras sus dedos bailaban entre las hebreas y lo recogía. Mayka pensó en lo mucho que le gustaba disfrutar visualmente de los hombres bien construidos, y este ser de casi dos metros, al menos lo que Mayka había calculado, era todo lo que cualquier ser humano desearía. Se mordió el labio inferior y pensó que tal vez sus hermanos tenían razón. Un polvo con ese hombre la haría olvidar de muchas cosas, incluso de su propio nombre. Escrutó con detenimiento cada detalle. Esa noche en su cama lo recordaría cuando se follara con el consolador.

Mayka tragó saliva. Su corazón se detuvo cuando siguió la línea de tatuajes del lateral de la mano derecha, desde el pulgar e índice, subiendo por la muñeca. Las rosas se envolvían en una calavera e iban hacia arriba. La luz solar ingresaba por las ventanillas abiertas y dejaba al descubierto cada detalle de ese precioso dibujo. No, este hombre era…

«Mierda».

Todos los sentidos de la mujer se activaron. Miró hacia los costados en búsqueda de señales de los acompañantes que seguro llevaba. No había nada sospechoso alrededor.

El avión tocó tierra en ese instante. La cabeza de Mayka se movió hacia delante y se sintió mareada. Había bajado la guardia, el peor error que podía cometer. El hombre movió su cuello de un lado a otro, estirando las vértebras. Mayka casi las escuchó crujir, del mismo modo que a sus latidos, que retumbaban en su cabeza. El

avión comenzó a detenerse despacio, y el hombre se puso de pie, mientras que Mayka se recostaba en el asiento y apenas lo observaba. Era él. Bryce «el Demonio» Morgan.

El tipo parecía solo concentrado en tomar su equipaje y salir del avión. Fue lo que hizo apenas lo tuvo en sus manos. Mayka esperó unos minutos a que el hombre se alejara y descendiera primero que ella. Había pasado mucho tiempo desde el último enfrentamiento entre su familia y ellos. Sin embargo, una endeble paz entre su abuelo y el padre de Bryce no significaba que todos acataran esa orden.

Salió del aeropuerto casi media hora después y subió a su camioneta. Ya no había rastros de Bryce ni tampoco de nadie de su familia. Era extraño. ¿Qué había estado haciendo en Tanzania? Mayka se deshizo del objetivo y ni siquiera había albergado la posibilidad de que alguien más lo supiera. ¿Bryce estaba allí por lo mismo? Tanzania no era el lugar típico de vacaciones.

«Contrólate».

Frenó a su corazón y a su mente. Fuera cual fuera el error, ya lo había cometido, mas no podía volver a ocurrir. Subió a la camioneta y contempló el volante y luego los cambios. Su cerebro seguía sin procesar información. Su cabeza volvía una y otra vez al tatuaje, a ese tatuaje que cada uno de los Morgan llevaba en su cuerpo. Era su marca, su maldición. Los Callums también la llevaban. Cada uno de los líderes de la familia usaba un anillo con un dibujo celta. Un lauburu. Un símbolo de cuatro cabezas que representaba la muerte y el renacimiento, y los cuatro elementos de la naturaleza; fuego, agua, viento y tierra. El lado masculino y femenino unidos como en todo ser. Su padre llevaba el símbolo. Una vez que él falleciera, lo heredaría Owen. Mayka no cargaba un tatuaje o un anillo, pero las raíces la aprisionaban de la misma forma. Eran invisibles. No obstante, nadie se animaría a negar su existencia, su peso, la asfixia.

Pensó que el tatuaje era mucho más vistoso que un anillo, más puro y visceral, más primitivo y salvaje, como quienes lo portaban. Un anillo era un símbolo de poder y elegancia. En cambio, una marca de piel era eterna, apelaba a los sentidos. En un loco y

retorcido giro de los acontecimientos, Mayka empezó a preguntarse cómo sería acariciar la piel dorada, perfilar cada rosa, cada calavera. Se imaginó a la novia de Bryce o alguna amante tocando y besando. ¿Cómo se sentiría en su lengua? ¿Su piel sería caliente como la suya?

«¿Has perdido la única neurona que te quedaba?».

Mayka se rascó la frente. ¿Qué había sido todo eso? ¿Cómo había terminado a punto de tener una fantasía erótica con el enemigo? Respiró profundo una vez más y se enfocó en el espejo retrovisor.

Estaba en Londres. Había logrado su objetivo. No era momento de tonterías.

3. Bautismo de fuego

Su corazón fue de ella, y por ella sangró.
—Eva Bolfán, Versos.

Mayka estacionó la Range Rover gris plata y notó que aún temblaba. Había conducido a toda velocidad hasta su hogar. Bajó del vehículo y se paró al lado de la puerta. Un segundo después, se afirmó en ella. La Mayka «emocional» debía desaparecer en ese mismo momento. Al sitio donde iba a entrar no había lugar para ese tipo de debilidades.

Uno de los empleados de la mansión salió a su encuentro y le recibió la maleta para llevarla hasta su dormitorio. Se arregló el cabello y sintió la brisa fresca sobre su rostro. Cerró los ojos y se quedó bajo el sol mientras recuperaba fuerzas. Una vez que se sintió estable para enfrentar a su abuelo, que de seguro la esperaba ansioso, como un general cuando uno de sus tenientes regresa victorioso, caminó hacia la mansión.

El hogar ancestral de los Callums se emplazaba a las afueras de Londres en una vasta extensión de la campiña inglesa. Un lugar que casi parecía un cuento de hadas. Casi, si no fuera porque los seres que habitaban allí se asemejaban a príncipes, pero en su interior eran monstruos.

Las columnas griegas de la entrada simbolizaban el ingreso a esa especie de templo rodeado de rosales rojos, amarillos y blancos. El mármol blanco con ribetes grisáceos engalanaba cada espacio. Los pisos eran similares a espejos por estar siempre impecables. El sol entraba por las ventanas y el espacio adquiría más pureza.

Los zapatos de tacón de Mayka resonaron en el piso e hicieron eco entre los pasillos silenciosos. La mansión era hermosa. Mayka amaba las primaveras cuando era niña y corría entre las mariposas junto a

su primo Jesse. Ambos eran de los miembros más jóvenes de la numerosa familia.

Mayka vestía una camisa negra junto a unos pantalones de vestir y una chaqueta del mismo tono. Siempre lucía de negro, casi todos lo hacían. El luto era en lo que todos coincidían. Era bastante triste tener en común algo tan nefasto e inminente como la muerte.

Mayka vio a su hermano mayor, quien tomó el pasillo por donde ella venía. Genial, era lo que le faltaba apenas al llegar. El bastardo le dio una sonrisa ladeada.

—¿A quién tenemos aquí?

Mayka ignoró a Owen e intentó pasar a su lado rumbo al despacho de su abuelo. Este la sostuvo del brazo.

—¿Qué quieres?

—Nada —Owen la soltó y se encogió de hombros—, solo felicitarte. Has sido todo un éxito por lo que he escuchado. Es bueno que hayas aprendido algo de mí, después de todo. El calor de Tanzania al parecer te ha sentado bien.

Mayka se enfocó en los ojos negros de Owen, la característica física que distinguía a casi la totalidad de los Callums, excepto a ella y a su primo Ian. Los ojos de Owen eran un pozo sin fondo, un sitio oscuro a donde nadie querría ir.

—Yo nunca podría aprender algo de ti, porque para eso deberías hacer algo bien.

Owen la escrutó en silencio por segundos que se tornaron siglos y luego lanzó una carcajada. Mayka se mantuvo seria. Las conversaciones con su hermano siempre tenían el mismo efecto en ella: tensión. Algo estaba muy mal en él, lo percibió desde que tenía uso de razón.

—Escúchame, idiota. Sé qué pretendes y lo que buscas, y me di cuenta de eso antes de que tú misma lo notaras. Puedes parecer una mujer fuerte y poderosa, pero en el fondo eres solo una niñita asustada que espera que alguna vez su familia la quiera. Espabila, hermanita, porque eso nunca ocurrirá.

Mayka bajó la vista y se humedeció los labios. Owen ya no la lastimaba. Lo hizo demasiado tiempo. Ahora había aprendido a lidiar con él, y como con todo lo demás, había matado la estúpida

esperanza de que alguna vez él se comportara como un verdadero hermano.

—No lo sé —rio y se acercó para tocar su impecable corbata, esa que Owen detestaba que rozaran siquiera—, a mí me parece que ese sentimiento es tuyo. Tú sabes, las cosas que decimos hablan más de nosotros mismos que de los demás. ¿Qué le pasa al pequeño Owen? ¿Quiere un mimito? —Hizo un puchero.

Cada palabra atravesó a Owen como dagas. Él estrechó los ojos, y ella sintió el cosquilleo en todo su cuerpo, el escozor que le producía su ira. Sin embargo, no lo demostró.

—Disfruta el momento, hermanita. Los momentos de regocijo duran poco en esta familia. —Le tocó el hombro, se agachó y le susurró al oído—: Pronto lo descubrirás. —Le apartó la mano de la corbata de un golpe.

Mayka frunció los labios para contener la risa.

Owen la fulminó con la mirada y caminó en dirección contraria, alejándose de ella.

Mayka cuadró sus hombros y continuó su camino hacia el despacho de Theodor. Hizo las manos un puño, contuvo los nervios y dio dos golpecitos.

—Pasa, Mayka.

La joven soltó un profundo suspiro y largó el aire despacio. Movió la perilla e ingresó al amplio despacho. Vio que no solo estaba Theodor, sino también Abel, su padre, quien le dio una sonrisa de satisfacción.

—Buenos días.

—Toma asiento —dijo Theodor, y le señaló una de las dos sillas antiguas de terciopelo rojo delante de su escritorio de madera oscura.

Mayka se sentó y se arregló el cabello, que colocó detrás de las orejas.

Abel dio pasos hacia ella y le colocó las manos sobre sus hombros.

—Bien hecho, hija.

Mayka sonrió con timidez. Entonces así era como se sentía. Era la primera muestra de cariño de su padre desde que tenía noción de la vida. Había sido testigo de ellas. Era común que Abel le mostrara

respeto e incluso cariño a Owen y a su difunto hermano Klaus, pero nunca a ella.

—Recibimos las noticias y la gratitud de nuestro cliente. Un trabajo impecable.

Mayka se giró hacia su abuelo, quien tenía las manos juntas, apoyadas sobre el escritorio antiguo, y puso las suyas en su regazo.

—Gracias, abuelo —respondió con unas ganas eufóricas de gritarle al viejo que nunca tuvo razón.

«Engendrar mujeres no es bueno para el mundo en el que vivimos».

Mayka había escuchado esa frase de ese maldito dinosaurio bastardo cuando solo tenía cinco años. Aún recordaba las mejillas arreboladas de su madre, como si hubiera cometido el peor de los pecados al traerla al mundo. Mayka no comprendió en plenitud el significado, pero la hizo llorar en silencio. Fue la manera en que aprendió a llorar. La forma en que todas las mujeres y también algunos hombres de la familia lo hacían. No obstante, de un momento a otro, a través de los años, se propuso transformar todo ese dolor en entrenamiento, y así se convirtió en la mujer que era. Mayka dominaba diez idiomas, había terminado la carrera de abogacía con solo veintiún años, era experta en Muay Thai, judo, artes marciales mixtas y kun fu, y manejaba todo tipo de armas, desde rifles, pistolas, espadas, ballestas, todo lo que cayera en sus manos. Superaba ampliamente a su hermano mayor en el manejo de cada una. El problema era que tener un coño parecía que le hacía perder todos los puntos sin importar lo buena que fuera.

Mayka sonrió frente a ese vejestorio que siempre la miró con soberbia y se preguntó cómo había logrado que ese idiota confiara en ella después de todo. Lo peor era que nunca lo sabría. Su padre no se lo diría y Owen… Vamos, ni siquiera valía la pena tomarse la molestia.

—Tus honorarios ya están en tu cuenta bancaria —informó Theodor—, y esta noche he convocado a una cena en tu honor, al igual que lo hacemos con cada miembro de esta familia en su bautismo de fuego.

Mayka fue incapaz de disimular la sorpresa. De pronto, parecía despertar en una realidad paralela en donde Theodor era un ser con empatía.

—¿Sucede algo, hija?

—No —le respondió a Abel—, es solo inesperado.

—Todo se trata de merecimiento, y hoy debemos brindar por ti.

Mayka tensó la mandíbula y reprimió, por enésima vez, las ganas de mandar a la mierda al maldito viejo que se había cansado de defenestrarla por veintitrés años. Sus manos se cerraron en un puño, y asintió con la mejor sonrisa que pudo fabricar. Estaba a punto de ponerse de pie cuando su abuelo levantó la mano.

—Hay algo más. —Los dedos del viejo tamborilearon en el escritorio. Un nuevo golpe en la puerta lo hizo levantar la mirada en esa dirección—. Adelante.

Isaac, otro de los hombres con los cuales compartía lazos sanguíneos, entró al recinto. Se sentó al lado de Mayka y dejó un sobre en el escritorio. Ella lo observó. Para variar, su querido primo no se inmutó. La chica volvió su vista al frente.

—Isaac tiene información acerca de Jesse que nos ha resultado algo, ¿cómo decirlo sin que suene mal?, inquietante —argumentó Theodor, y Mayka volvió a enfocarse en la víbora cascabel que se cruzaba de piernas a su lado.

—¿Qué problema tienes con tu hermano ahora?

Isaac escrutó a Mayka, que estaba a punto de golpearlo. ¿Acaso no se cansaban de molestarlo?

—¿Qué? ¿Desde cuándo proteges traidores? —lanzó Isaac, y Mayka se puso en pie.

—¡Por Dios! ¡Jesse tiene más lealtad que tú y tu padre juntos!

—¡Mayka! —gritó Abel, pero la mujer lo ignoró.

—Por años te has cansado de usarlo como trapo del piso —prosiguió en defensa de su primo de solo veinte años—. Te has burlado de su tartamudeo, de sus lágrimas, de todo lo que lo hace bello y humano, ¿y encima vienes aquí con una acusación de traición?

—Mi deber es con la familia, no con alguien que ha roto el código de honor.

—¿Honor? —Mayka puso las manos en sus caderas. Carajo, al parecer no habría cena para ella esta noche después de esa conversación—. ¿Qué sabes tú de honor? ¡Maldito incestuoso!

—¡¿Qué carajo has dicho?! —Isaac se levantó como un resorte. Estaba frente a frente con su prima, la cual estaba dispuesta a pelear con quien fuera.

—¡Anda! ¡Cuéntales de esa pequeña cabaña que visitas dos veces por semana! —Los ojos de Isaac parecía que iban a salirse de sus órbitas—. ¿Qué? ¿Era un secreto que nadie debía descubrir? ¿Por qué no les dices con quién vas ahí?

—¿Qué carajo estás insinuando?

—No insinúo —aclaró con la mandíbula tensa—, digo la verdad. ¿Quieres que lo cuente? Puedo hacerlo en este segundo.

El puño de Isaac buscó estrellarse en el rostro de Mayka, pero ella lo detuvo. Con una maestría propia de un ser nacido para la batalla, la chica lo giró, ajustó el agarre en su brazo y lo empujó hacia el escritorio, donde la mejilla de Isaac se estrelló.

—Esta seguro es tu posición favorita, ¿no es así, Isaac?

—¡Suficiente!

El golpe en el escritorio los trajo de vuelta a la realidad. Mayka lo soltó e Isaac se incorporó. El rostro blanquecino del hombre ardía. ¡¿A quién mierda le importaba la cena?! Esta victoria sobre un tipo tan despreciable era casi un orgasmo para Mayka.

—Me las vas a pagar —siseó Isaac, y Mayka tragó saliva.

—Cuando quieras. Tú y yo, nada de trucos ni de guardaespaldas gorilas para defenderte. Vas a acordarte de mí cada puto día, pervertido.

—¡Mayka! —Abel volvió a gritar, y Mayka dirigió sus ojos azules hacia su progenitor—. Escucha lo que Issac tiene para decir.

—No importa lo que diga, ustedes van a creerle.

—Creo que estás subestimando mi inteligencia, muchacha.

Mayka volvió a sentarse.

Su abuelo parecía que en cualquier momento saltaría sobre ella para estrangularla.

—Vamos a escuchar a Isaac y después debatiremos sobre este tema.

—¿Debatir o sentenciar?

Mayka había olvidado que había un filtro entre su cerebro y su boca, y necesitaba activarlo de nuevo. Isaac se arregló el saco y la corbata, y masticó la humillación. Abrió el sobre color madera que había dejado sobre el escritorio y desparramó varias fotografías sobre él. La mujer analizó cada imagen. En ellas aparecía Jesse, su adorable primo, con un hombre de unos treinta y cinco años muy guapo. Eran diferentes secuencias, lo que implicaba que este era un trabajo que Isaac venía realizando desde hacía meses.

—¿Qué es esto?

—¿Sabes quién es ese tipo?

Mayka percibió que su mandíbula estaba a punto de quebrarse. El maldito Isaac disfrutaba esto. Tenía la oportunidad que había esperado desde siempre. Se desharían de Jesse, estaba escrito.

—London Morgan —pronunció Mayka con un dolor inmenso en el pecho.

—Y por si no te has dado cuenta lleva un tiempo reuniéndose con nuestro «adorable e inocente» Jesse.

—Eso no significa nada. —Mayka buscó en su mente una razón valedera para que su primo se reuniera con ese hombre.

—Mis fuentes me indican que se conocieron en la universidad. London es profesor allí.

—¿Entonces? ¿Cuál sería el problema? —inquirió Mayka a su abuelo, ignorando a Isaac—. ¿O qué? ¿Tampoco puede hablar con sus profesores?

—¿El apellido no te parece razón suficiente?

—Es su profesor, Isaac ¿Debe cambiar de carrera o estudiar en otro país para no encontrarse con London?

—Pasan mucho tiempo juntos.

Mayka puso los ojos en blanco y miró a su padre, quien también se encargó de regar sospechas.

—Jesse es una persona maravillosa, pero saben los problemas que tiene —objetó Mayka en un tonto en donde suplicaba que le dieran una oportunidad—. Quizá este hombre le esté ayudando. No lo sabemos. Y sí, sé que su apellido es un problema, no soy idiota.

La historia de los Callums y los Morgan se remontaba hacía varios siglos. Una historia de traición, sangre y, por supuesto, corazones rotos. El tatatatarabuelo de Mayka se había enamorado de una doncella Morgan. Sus familias se habían opuesto a la relación y ambos terminaron suicidándose al más estilo Romeo y Julieta de Shakespeare. La cuestión era que al parecer los Callums no se conformaron con la muerte de la muchacha únicamente, sino que decidieron tomar venganza y asesinaron a los hermanos de la joven.

Durante años la historia fatídica los persiguió. Hubo enfrentamientos cruzados, disputas por territorios y negocios ilegales como apuestas y narcotráfico. Los muertos continuaron llegando y el abismo entre ambas familias se tornó más y más profundo.

Fue Río Morgan quien decidió poner fin a las peleas sin cuartel por medio de un acuerdo con Theodor. Eso sucedió dos años atrás. El problema había sido que, en ese acuerdo, Isaac tuvo que retirarse de un negocio multimillonario de apuestas ilegales como «ofrenda de paz» entre ambos clanes. Isaac los odiaba, del mismo modo que Abel, el padre de Mayka, aunque el odio de este último era un misterio para la mujer. Entendía el aborrecimiento de Isaac, pero el de Abel…

—London Morgan ni siquiera lleva adelante negocios paralelos, todos lo saben —aclaró Mayka—. Es hijo de Ariadna, y ella no…

—¿Por qué los defiendes?

—No los defiendo —replicó la muchacha a su primo—, solo digo que conjeturar sobre una traición cuando ambos se encuentran todo el tiempo en la universidad me parece ridículo.

—Quiero que lo vigiles.

Mayka escuchó la voz para nada amistosa de su abuelo. Bien, ahora estaban en problemas.

—¿Qué?

—Jesse no confía en nadie en esta familia, excepto en ti —explicó Theodor—. Nos dirás todo lo que hace, y a partir de allí vamos a evaluar si es una amenaza o no.

—No puedo hacer eso.

Theodor frunció el ceño.

—¿Eres leal a esta familia?

—Por supuesto.

—Entonces no hay motivos por los que no puedas hacerlo.

—Jesse confía en mí.

—Y lo seguirá haciendo porque nunca sabrá acerca de la información que tú nos darás, a menos que sea algo que comprometa nuestra seguridad.

Isaac, como una víbora ponzoñosa, era incapaz de guardarse un poco de veneno cuando se trataba de hundir a Jesse y a Mayka.

—Abuelo, con el debido respeto, no creo que ella esté capacitada para llevar adelante esto. Será parcial en sus juicios.

La maldita voz de Isaac era algo que le ponía los pelos de punta a Mayka.

—Cuenta conmigo, abuelo.

—Señor, yo…

Theodor levantó la mano, y Issac cerró la boca. Los analizó a ambos y luego habló.

—Has demostrado actuar sin fallas, Mayka —dijo el hombre mientras se levantaba y caminaba hacia el enorme ventanal detrás de él—. Tú serás la encargada de velar por la seguridad de esta familia. No lo olvides.

Mayka respiró. No debía sentir alivio, pero en ese momento lo tenía. Isaac condenaría a Jesse y buscaría la forma de destruirlo. Ella haría todo lo contrario. Sería su abogada defensora en todo este litigio.

—Gracias, abuelo.

—Pueden retirarse —manifestó Theodor dándole la espalda. Su vista estaba sobre los rosales que cubrían el exterior de la mansión.

Mayka, Isaac y Abel salieron del despacho en ese instante.

Isaac, enojado con la situación, sostuvo a su prima del brazo.

—Me las vas a pagar.

—¿En serio? —se burló la mujer—. Agradece que no le conté más de tus tórridos encuentros con…

Isaac clavó sus dedos en el cuello de Mayka, y Abel intervino separándolos.

—¿Qué carajo les pasa? ¿Están dementes o qué?

Mayka se mordió el labio inferior y le sonrió al bastardo que bufaba como un toro al cual le flamean la bandera roja.

—Acuérdate de este día, Mayka. Estás muerta.

Y sin decir una palabra más Isaac se alejó con grandes zancadas.

La chica se arregló la chaqueta y Abel se cruzó de brazos frente a ella.

—¿Por una vez en la vida puedes comportarte a la altura de la situación? —la regañó. Entretanto, un par de sirvientes pasaban a su lado y murmuraban—. ¿Te gusta ser la oveja negra? ¿Es que no has aprendido lo que les pasa a las ovejas negras en esta familia?

—Sí, papá. —Mayka le dio una palmada—. Viven sin miedo.

La manzana de Adán de su padre se movió.

—No me falles, Mayka, o no te lo perdonaré.

Mayka negó con una sonrisa cargada de tristeza. ¿Qué importaba equivocarse cuando toda la vida la trataron como una falla?

4. Jesse Callum

Mayka miró el bolso plateado diminuto y acarició los brillantes que decoraban los bordes. Buscó su labial rojo y enmarcó sus pulposos labios. Miró el vestido negro elegido para esa noche y decidió hacer un cambio. Se dirigió a su armario y sacó de allí un vestido que había usado solo hacía dos años en un evento en el hotel Ritz. Rojo sangre. Quizá combinaba tanto como el negro de luto.

«Ese vestido es demasiado», habían sido una vez las palabras de Linda, su madre, y quizá tenía un poco de razón. Demasiado corto, demasiado escotado, demasiado transparente… En fin, demasiado.

Mayka rio con picardía y decidió que esa era su noche, así que lo haría. Desafiaría de nuevo las reglas de esa casa y esa familia acartonada e hipócrita.

El Chanel N°5 olía exquisito en su piel. Lo esparció con cuidado. Esa noche mucho de los inversionistas de la familia estarían allí. Tal vez alguno era lo suficientemente guapo como para hacerla desistir del consolador que tenía debajo de la almohada. No perdía nada con intentarlo.

—Mira eso, son dos picaduras de mosquito.

—No, creo que son más pequeños todavía.

Mayka miró sus senos y fue incapaz de recordar cuándo crecieron. Lo que su mente no podía olvidar era el dolor que le causaron las compañeras del internado al que había ido. Es increíble cuando la gente, con total frivolidad, dice: «Las palabras se las lleva el viento». Mayka dudaba que alguna vez esas cicatrices que habían quedado en su corazón sanaran. Había momentos en los que esas marcas dolían menos, en donde se tornaban casi imperceptibles, pero nunca desaparecían por completo, y sin importar que ya no recordaba el rostro de las niñas que le gritaban esas cosas, sus dichos se

mantenían firmes como una roca, una de las tantas rocas que rodeaban su corazón.

El vestido no tenía mangas ni breteles. Mayka lo tiró hacia arriba para cubrir lo que debía y colocó en su cuello la gargantilla de platino y rubí que fue propiedad de su madre. Su cabello negro caía en ondas y el arrebol de sus mejillas era incontrolable.

«¿Qué mierda estoy haciendo?».

Ese vestido era impropio. Su cabeza quería controlar la situación y hacer que se lo quitara, pero Mayka no la dejaría. Podía llevarlo con altura. Lucía hermosa. Era bella, todos se lo decían. ¿Por qué no confiar en un poder más allá de las armas? Mayka era un arma en su perfecta combinación de seducción y letalidad, una belleza que dejaba en trance a todos los hombres se lo propusiera o no. ¿Y en vez de cuestionar ese poder por qué no le sacaba provecho?

Se echó una última mirada en el espejo y dio una respiración profunda.

«Vamos, perra, este es tu momento».

Mayka se colocó los tacones aguja de quince centímetros y entonces decidió bajar a la gala que se celebraba en el gran salón de la mansión. No todos los Callums vivían en ese palacio, de hecho, la mayoría ya no lo hacía, excepto por sus padres y la familia de Jesse. Mayka había pensado muchas veces en marcharse de ese sitio. No obstante, eso significaría dejar allí a su querido primo, y era incapaz de hacerlo. Jesse, desde siempre, era su debilidad. Cuando dijo sus primeras palabras y le costaba horrores modularlas. Cuando todos reían a carcajadas y las lágrimas brotaban del angelical rostro. Mayka había estado allí para defenderlo. Se hizo más fuerte solo por él en innumerables ocasiones.

«La bondad te va a traer problemas».

Ian era bueno dando consejos, lástima que nunca los tomaba para sí.

Jesse la necesitaba una vez más, y estaría con él.

Vinieron a su mente las fotografías. En ellas se veía sonriente. Se notaba feliz mientras bebía café con London Morgan. Dios, ¿por qué quería meterse en problemas? ¿ O es que de verdad estaba

tramando algo? Los Callums tenían doble cara. ¿Por qué no pensar que Jesse era un embaucador como el resto?

«Imposible».

La mujer bajó las escaleras y varias personas se giraron para verla. Mayka asintió con una sonrisa. Su abuelo la llamó en ese instante. Estaba rodeado de viejos de la misma edad de él.

—¡Y aquí está nuestra joven promesa! —exclamó Theodor, y Mayka pensó en cuántos cigarrillos de marihuana se había fumado para llamarla así—. Quiero presentarte a algunos de nuestros socios en África.

«Así que de eso se trataba».

Mayka les estrechó la mano a los hombres que la comían con los ojos. Los Callums tenían inversiones en varias empresas de diamantes. Había escuchado que estaban en búsqueda de una nueva fusión incluso. Miró los rostros de esos pobres bastardos que en cualquier momento se convertirían en víctimas de su querida familia. Nadie dudaba del poder económico que tenían. Pocos se preguntaban cómo lo habían forjado y cuánta sangre corría diariamente para que los Callums acumularan millones.

Pasaron a las mesas en donde los camareros servían la entrada. Mayka agarró una nueva copa de *champagne.* La primera la había ingerido como agua mientras escuchaba a uno de los gerentes de banco invitados que le hablaba sobre acciones en la bolsa. Era lindo, algo estirado pero lindo. Sin embargo, no terminaba de convencer a la mujer y mucho menos después de esa mañana. Miró alrededor; todos los hombres parecían esperpentos al lado de él, al lado de…

Mayka se humedeció los labios y tocó con su dedo medio el borde de la copa de *champagne* y lo deslizó sobre el borde. Las manos de Bryce Morgan recorriendo su cabello castaño claro volvieron a su mente, así como el tatuaje seductor que se perdía debajo de la manga de la camisa. Gracias a Dios por su imaginación. Era en el único lugar en que podía coincidir con ese hombre. Esa imagen mental nunca la abandonaría. Esta noche se haría una paja extraordinaria, íntegramente dedicada a ese hombre. Sonrió ante la idea y se humedeció los labios.

Sí, ya quería sentir eso.

«Concéntrate».

Sacudió la cabeza. No era momento de dudar ni de soñar utopías. Tenía un enorme problema que resolver, de lo contrario Isaac se adelantaría.

El bullicio era algo diferente al silencio ensordecedor de todos los días. Alrededor, todas las personas hablaban y reían. Los ojos de Mayka iban de un lado a otro. Jesse no estaba. Se enfocó en Isaac, quien estaba con Dustin, otro de sus primos, los cuales cuchicheaban y reían con un par de mujeres. Su abuelo de pronto hizo sonar su copa de cristal.

—Buenas noches a todos —dijo el hombre con la solemnidad que lo caracterizaba—. Agradezco a todos los que me acompañan esta noche especial para nosotros. Confío en que grandes lazos de fraternidad se formen y construyamos negocios prósperos para todos.

Todos sonrieron y hablaron bajo.

Mayka tenía la copa en la mano, que estaba a punto de quebrar por la presión que ejercía en ella.

—También quiero felicitar a la estrella de esta noche, a mi nieta Mayka, quien está comenzando a dar sus primeros pasos en nuestros negocios.

Los invitados aplaudieron.

Mayka sonrío y pensó que estos idiotas no estarían tan felices si supieran que la cabeza de cualquiera de ellos tenía precio en la mente de Theodor.

—Por Mayka, que ha demostrado que es un miembro valioso de esta familia.

—¡Por Mayka!

Su abuelo había hablado con orgullo de una mujer por primera vez en la historia. El machismo recalcitrante lo cegaba. En realidad, los nublaba a todos. Mayka se dijo a sí misma que esa era su primera victoria, mas no la última.

—Hola, guerrera.

Mayka se giró hacia la voz a su lado. El muchacho le dio un golpecito en la mejilla. Los ojos negros bailaron divertidos y el corazón de la mujer por fin se aquietó. Estaba vivo.

—Jesse, ¿dónde carajo estabas?

El muchacho se encogió de hombros. Las palabras no rodaban de ninguna manera.

—Por Dios, ¿estás bien?

Había situaciones que acentuaban el tartamudeo de su primo, la violencia y la recriminación eran las principales. Jesse no estaba bien sin importar cuánto intentara mejorar su semblante.

—¿Qué sucedió? —volvió a preguntar con impaciencia—. ¿Problemas con Isaac? ¿Dustin?

Jesse negó. Sus ojos negros se llenaron de lágrimas.

—Owen.

Mayka frunció el ceño. Lo que le faltaba, que a la lista de bravucones maltratadores se sumara también el bastardo de su hermano.

—¿Qué te dijo?

—Nada.

—Jesse.

—Mayka, ya, por favor —balbuceó.

La mujer se apiadó de su miseria e hizo que se sentara a su lado.

—Está bien, cambiemos de tema.

Mayka pensó en cuán trastornado podía estar un ser humano para creer que Jesse era una mente maestra del crimen, para pensar que formaría artilugios y se confabularía con el enemigo para destruirlos. Partida de idiotas que no tenían nada mejor que hacer.

La vida de Jesse había sido una miseria desde que llegó a este mundo, desde el momento en que lloraba por todo y les tenía miedo a las armas. De nada importaba su gran capacidad para la tecnología, en cómo lograba hackear los sistemas de seguridad más intrincados. Tenía solo veinte años y dos intentos de suicidio. Nadie lo comprendía. Carecía de amigos. Su familia solo era una partida de extraños que actuaba peor que sus acérrimos enemigos. A Mayka se le retorció el estómago cuando recordó el último intento de irse de este mundo.

«No sirve ni siquiera para eso», fue lo que Dustin le había escupido cuando apenas abrió sus ojos en la sala de cuidados intensivos luego de haber estado entre la vida y la muerte por dos

semanas. Fue la primera golpiza que recibió Dustin, y no fue de parte de ella, sino de Ian, uno de sus primos mayores. Ian era mucho mayor que Mayka, pero sin duda se parecían bastante. En lo sentimentales algunas veces y en lo cobardes en otras.

Ese día, Dustin entendió cuál era su lugar en la cadena alimenticia y con quiénes debía meterse y con quiénes no.

Mayka sostuvo las manos de su primo entre las suyas. Jesse temblaba.

—¿Qué se siente… estar en la cima? —preguntó el muchacho en un intento de olvidar la tristeza y la importancia que lo embargaban.

—Te lo diré cuando llegue ahí, amigo —contestó mientras bebía algo de *champagne.*

Jesse dio una risilla.

—Yo…

—¿Qué?

Mayka acarició los dedos largos y delicados de su primo. Por lo general, con ella no hacía pausas en el habla, pero hoy Jesse estaba más roto de lo normal.

—Tuve… miedo por ti.

Mayka tragó saliva. Jesse era tan abierto en sus sentimientos, con una sensibilidad que no estaba aceptada en ese sitio. Los hombres que la tenían ya no formaban parte del clan, pues habían sido exiliados o asesinados. Ser un Callum era símbolo de dureza, de tener un rostro hermoso y de piedra. Jesse y Mayka se entendían. La fortaleza no tiene que ver con estar vacío de emociones. La fuerza, cuando era genuina, era mucho más que violencia desgarradora. Jesse era fuerte. Ninguno de esos bastardos habría sobrevivido al diez por ciento del dolor y las humillaciones que había pasado él.

—No eres el único —dijo con una enorme sonrisa—. Yo también estaba cagada de miedo.

—Una asesina con… sentimientos.

—Una especie en extinción, sin duda.

Jesse y Mayka bebieron un sorbo más de *champagne.* El bullicio en el lugar les permitía expresarse con libertad. Nadie les prestaba atención. Nadie estaba señalándolos. Todos parecían distraídos y felices.

—¿Mayka?

—Dime.

Jesse se encogió de hombros.

—Me voy.

—¿Te vas?

—Yo… voy a salir.

—¿A dónde?

Jesse puso el dedo índice sobre su boca en señal de silencio.

Resultaba extraño. Eran una familia millonaria, una que podía hacer y deshacer a su antojo. Sin embargo, sus miembros eran tan prisioneros como los reos ordinarios. Nadie era libre del yugo de los Callums. Nada se le escapaba a Theodor.

Mayka se arregló el largo cabello que caía por debajo de su hombros. Sus ojos azules fueron a los alrededores. En esa mansión hasta las paredes tenían oídos.

—¿De qué lugar estamos hablando, Jesse? —susurró, y se acomodó la fina cadena del cinturón de oro que caía sobre su diminuta cintura para disimular.

Jesse tenía ambas manos sobre la mesa ahora y jugaba con sus pulgares. Su vista estaba fija en sus manos.

—Jesse —siguió Mayka—, tú no eres así. Nosotros no nos guardamos secretos. ¿A dónde vas?

—No.

Mayka estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Sostuvo la copa entre sus manos y la vació de un tirón. Carajo, esto era serio.

—Vamos a los jardines, Jesse.

—¿Por qué?

—Camina, ahora —espetó entre dientes, e hizo que Jesse se pusiera de pie junto a ella.

Se movieron despacio, entre sonrisas falsas, como si estuvieran disfrutando la presencia de todas esas sanguijuelas a las que llamaban familia. Isaac estaba con Owen en ese instante. Ambos se giraron hacia ellos. Mayka bajó la mirada y caminó con Jesse del brazo. Una vez afuera, Mayka sostuvo a su primo de sus hombros con fuerza.

—Mayka, ya…

—¿Crees que esto es un juego? —interrogó con rabia—. ¿Piensas que puedes ir y venir por donde te plazca?

—Estás…

—¿Qué? Anda, dímelo.

—Loca.

Mayka lo escrutó por un segundo y luego se cubrió el rostro y comenzó a reír.

—¿Loca? ¿Yo? Discúlpame, pero no soy yo quien aparece en un montón de fotografías con un Morgan hablando muy amable.

Jesse la observó sin entender cómo lo había descubierto.

—Yo no…

—No has hecho nada, ¿verdad?—interrumpió—. ¿Sabes qué? ¡A estas basuras no les importa! ¡Te quieren crucificar igual! Y ahora te haces el misterioso.

Jesse la empujó y se cruzó de brazos.

—No… lo van a lastimar.

—Cariño, al que están por cortarle las pelotas es a ti. Deja de preocuparte por London Morgan.

—Es mi amigo —masculló—. Él no… —Estiró las hebras negras que caían en su rostro. Quería arrancarse el cabello. Deseaba con toda su alma que la pesadilla terminara. Una ironía cuando al parecer apenas comenzaba.

Mayka puso las manos en la cintura y después se pellizcó la ceja con fuerza. Un tic que llevaba desde niña y que nunca había logrado superar.

—Todos nuestros movimientos están cronometrados. Sus ojos siempre están sobre nosotros. Ya no quieren más desertores, y han jurado matar a los próximos «rebeldes» en sus filas. ¡Tú lo sabes, maldita sea!

—Yo no pedí nacer aquí. —La voz se le entrecortó.

Mayka volvió a tomarlo de los brazos. Jesse esquivó su mirada. No quería cambiar de opinión.

—Esta es tu realidad, y si quieres amigos, busca en otro lado. Si sigues por ese camino, vas a terminar muerto —advirtió.

Jesse se limpió las lágrimas.

—London es bue… —Hizo una pausa. Necesitaba que las palabras salieran de corrido, pero resultaba imposible con toda la tensión y los nervios—. London…

—Estoy segura de que es buena persona —intentó calmar a su primo. Odiaba verlo así—, pero esto no es sobre ti o London. Es mucho mayor. Estriba sobre sus intereses. Gira en torno a dinero y poder, y para ellos todos los engranajes de la gran máquina de Theodor Callum deben funcionar a la perfección. ¿Es que acaso no lo entiendes? Formas parte. Eres un rulemán más. Nadie sale de aquí. Nadie sobrevive. Mira lo que le ocurrió a la madre de Dominic o a la novia de Jared.

—Ya no puedo, Mayka. Yo…

Jesse lloraba.

Mayka cerró los ojos y abrazó a su primo con todas las fuerzas. Cielos, ¿qué carajo habían hecho para merecer esto? ¿Cuánta deuda kármica tenía su alma para padecer cada segundo de su existencia?

Dominic, uno de los primos de Mayka y Jesse, era el hijo único de Frederic Callum, un hombre que se asemejaba demasiado a su hermano Abel, el padre de Mayka. Desde muy joven, Dom dio muestras de rebeldía, de no formar parte de las reglas del clan. Su madre terminó de confirmarlo cuando se divorció de Frederic y se llevó a su hijo a Ciudad del Cabo, Sudáfrica. El problema era que nadie escapaba de las garras y muchos menos de los tentáculos de esa familia, por lo que, algunos años después, la madre de Dominic murió en un más que dudoso accidente y Frederic volvió a tomar la tutela de su hijo hasta que cumplió los dieciocho.

El caso de la novia de Jared Chadwick era diferente, porque había un manto de misterio que todo cubría. Se sabía que Jared era el hijo bastardo de Joseph Callum, un hijo que nunca había respondido a las normas de la familia, y representaba la vergüenza. Se decía que Abel y el propio Joseph habían matado a su novia años atrás, cuando se enteraron de que esperaba un hijo de Jared. Nadie hablaba demasiado sobre el tema. Quizá los hermanos de Mayka lo sabrían, pero nunca le contaron nada.

Nadie escapaba a las reglas y al deber, y el que buscaba hacerlo lo pagaba con sangre propia o de los seres que amaba.

Jesse se separó del abrazo de esa mujer que lo amaba como su propio hermano.

—Estoy harto… de esto, Mayka —expresó abatido, y miró los ojos de su prima, de esa mujer que lo entendía por más que lo negaba—. No… podemos vivir así. No…

—¿Qué? —animó a su primo a hablar—. Vamos, nunca haces pausas conmigo. No tartamudeas conmigo. Habla.

—No quiero… más guerra.

—Jesse.

—Ya no, Mayka, ya no.

Y una vez que terminó la frase Jesse salió corriendo. Mayka lo siguió, pero su primo atravesó los jardines a toda velocidad rumbo a los estacionamientos de la mansión. Ella se frenó un momento, puso la mano en el pecho y cerró los ojos. Debía ser fuerte. Su mente comenzó a buscar respuestas, y resultó obvio a dónde iría su primo.

«Estamos jodidos».

5. Calaveras y rosas

Londres, Inglaterra

—¿Eso es todo?

—Sí, señor Morgan. Bienvenido a la compañía. Esta es su casa a partir de ahora.

Bryce Morgan estaba en calma esa noche después de varias semanas de trabajo, dudas y negociaciones. Las palabras de bienvenida de sus nuevos socios fueron música para sus oídos cansados. Los negocios en Tanzania en el mercado de diamantes estaban dando excelentes frutos. Estaban dentro. Luego de innumerables obstáculos, idas y venidas, habían logrado el objetivo. Su padre estaba muy feliz, al menos lo parecía. Bryce ya no sabía qué pensar acerca de él. Era un hombre impredecible, mucho más que él en ocasiones.

—Papá, los Callums…

—Esto es nuestro, hijo. Ellos perdieron esta vez. Es tu logro. Felicitaciones.

Bryce pensó mucho en su padre desde las primeras horas de la tarde, cuando tuvo oportunidad de hablar con él.

«Ellos perdieron esta vez».

Era una frase más que contradictoria viniendo de su padre, ya que, según él, los Callums nunca perdían, solo se acomodaban y tomaban fuerza para darte una estocada mejor.

Bryce lo notó confiado, como si supiera que tenía las de ganar de antemano. Sus enemigos tenían numerosos contratos y negocios en África, uno de ellos era el relacionado al mercado de diamantes, un negocio en donde los Morgan ahora también estarían.

La empresa había recibido una oferta suculenta para la fusión de esta junto al imperio de los Callums. Sin embargo, sus dueños actuales no estaban muy convencidos de querer tener como propietarios a personas como Theodor Callum, que más de un dolor de cabeza les había causado.

Río Morgan, el padre de Bryce, fue astuto. Hizo la oferta para ingresar como accionista en el momento justo, y no solo eso, compró las acciones de varios accionistas minoritarios, lo que le daba un papel preponderante ahora. Había que tener cuidado. Más que nunca los enemigos estarían molestos. Bryce sentía que ellos mismos rompían el pacto de paz que Río le ofreció a Theodor tiempo atrás.

Era una ironía. A Bryce le llamaban «el Demonio», pero a veces era el que más consciencia tenía de todos.

«El limbo».

Bryce bebió del martini mientras estaba en la barra de la discoteca de la cual su padre era propietario desde hacía diez años. El nombre lo había elegido él mismo. El limbo era un buen lugar para buscar redención o un sitio entre los dos mundos. Fugarse de la realidad por horas, rendirse al placer visual y, ¿por qué no?, también sexual. Todo era válido en el limbo. Esa era la atmósfera que se respiraba.

—Pero miren a quién tenemos aquí.

Bryce se humedeció los labios cuando la rubia de curvas pronunciadas, envuelta en un vestido de cuero negro y tacones, dio pasos hacia él y colocó sus brazos alrededor de su cuello.

—Belle —dijo con seriedad.

La mujer hizo un puchero.

—No has venido por semanas. Ya te extrañaba.

—¿En serio? No es lo que me han contado.

Belle se encogió de hombros y dio una risilla.

—Una chica debe tener sus distracciones también, ¿no crees?

Bryce comenzó a reír. Siempre supo que con Belle nunca habría una relación de verdad. Les gustaba demasiado la aventura, en todo el sentido de la palabra.

—Yo las tengo, así que no veo motivo para que tú no las tengas —comentó sin titubeos.

Belle le dio una sonrisa pícara.

—¿Entonces estamos bien?

—No.

El rostro de la mujer mutó de la seducción a la sorpresa. ¿Qué estaba pasando aquí?

—Bryce, ¿qué sucede?

—Se terminó, Belle.

—¿Por qué?

—Porque quiero otra cosa de la vida, y tú también —respondió con firmeza—. Fue lindo mientras duró, pero ya le perdí el gusto a esto.

Belle dio un suspiro y miró hacia todos lados. La gente iba y venía a su alrededor.

—Vaya, esto sí es inesperado.

—Lo lamento, pero no encuentro otra manera de decirlo. Sé que no me extrañarás demasiado, así que, en ese aspecto, estoy tranquilo.

—¿Cómo puedes decir eso? Tú no estás en mi mente.

Esta vez Bryce fue incapaz de resistir la carcajada que amenazaba con salir de hacía rato.

—El hecho de que te hayas acostado con dos de mis custodios hace que dude acerca de tu «profundo» interés en mis sentimientos, cariño, así que, tranquila, no voy a juzgarte tampoco. Simplemente elijo otra cosa.

—¿Ellos te lo dijeron?

—No fue necesario. Tuvieron una discusión por ti que Eric escuchó.

—Imbéciles. —Se mordió el labio inferior y apretó sus brazos con más fuerza alrededor de Bryce—. Ellos no son importantes. Tú lo sabes. Eres consciente de que solo me sirvieron unas horas. ¡Vamos! ¡Tú no eres prejuicioso! Si ya no quieres que…

—¿Qué es lo que te molesta, Belle? —interrumpió Bryce con una genuina curiosidad—. ¿Que haya descubierto tu affaire? ¿Perderme a

mí? ¿O que te esté dejando cuando ningún hombre ha sido capaz de hacerlo?

—¡Es que es injusto! —gritó, y le golpeó el hombro—. Nos llevamos bien. ¿Por qué carajo quieres terminar?

—Porque ya no se trata solo de sexo, Belle.

La mujer se mordió el labio inferior una vez más. La situación se salía de control y desconocía cómo actuar.

—Estás viejo.

—Probablemente —contestó Bryce con total tranquilidad. Apartó a la mujer y le dio la espalda.

Belle lo observó por un minuto más, pero al ver que no tendría su atención dio la media vuelta y se marchó.

Bryce terminó su copa y pidió una más a su *bartender.* Este la trajo de inmediato. Del otro lado de la barra estaba su primo, sí, ese que nunca aparecía en la discoteca. Bryce se rascó la barbilla y sonrió. El idiota estaba allí con su pantalón y camisa de vestir. Solo le faltaban los libros. Era un momento que no iba a desaprovechar.

El lugar estaba lleno de gente.

Las luces, la música a todo volumen, los gritos y la euforia constante.

—Profesor, ¿eres tú?

London levantó su rostro de la copa de vino que tenía en su mano y negó con una sonrisa.

—Llegué hace un minuto —respondió—. No fui a saludarte porque estabas ocupado.

—Ya no —dijo Bryce tranquilo, y se sentó a su lado—. Hombre, ¿en serio? ¿Vino?

—Soy un hombre clásico.

—Antiguo, diría yo.

—Cuidado, amigo. Soy más joven que tú. No te conviene hablar de edad conmigo.

Ambos comenzaron a reír.

Bryce contempló a su primo y por primera vez advirtió el gran parecido que había entre ambos. Hay quienes dicen que los genes no fallan… Bueno, Bryce en ese momento estaba de acuerdo con esa premisa.

—Te he extrañado, amigo. —Le propinó un golpe en el brazo, y London sonrió.

—¿Qué tal Tanzania?

—Mejor que nunca. Cerramos el acuerdo antes de lo esperado —contestó con orgullo.

London chasqueó la lengua.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—¿Era necesario? —indagó con algo de enojo—. Robarle el negocio a los Callums.

—¿Por qué no? No robamos nada. —Bryce se encogió de hombros como si fuera una cosa sin importancia—. Los dueños de la compañía prefirieron hacer tratos con nuestra empresa y no con ellos. ¿Cuál sería el problema? Además, sabes cómo es papá. Él estaba empecinado en entrar al mercado.

London bebió un nuevo sorbo de vino y afirmó su codo sobre el mostrador.

Bryce hizo una mueca.

—¿Qué?

—¿Estás necesitado de dinero? ¿No llegas a fin de mes? —ironizó London cansado.

Bryce se humedeció los labios y bebió de su copa.

—¿Por qué tener un millón si puedes tener dos?

—¿Por qué perder tu vida si no vas a conseguir otra?

Bryce se mordió el interior de la mejilla. Era difícil ganarle en una discusión a London.

—Pues si vas a tener una vida al menos vívela al máximo.

—No —replicó su primo—. Si vas a tener una vida, busca ser feliz. No existe máximo o mínimo, solo perspectivas.

—Por supuesto, Aristóteles.

—Todavía te molesta cuando la gente te dice la verdad —esgrimió London, y dejó la copa sobre el mostrador.

—Hey, ¡no te vayas tan pronto! ¡Recién llegas!

London se detuvo antes de bajar del taburete y suspiró. Paso siguiente, se quitó la chaqueta.

—Linda. ¿Con descuento?

—Imbécil. —London dejó el saco en el respaldo del taburete.

Bryce no paraba de reír.

—¡Una broma! ¿Qué? ¿Ya no aguantas una broma?

—Por supuesto, mastodonte.

—No —masculló Bryce en tono serio—, estoy más grandote, eso es todo.

—Has engordado —se burló London—. Tu culo no me deja mentir.

—Cabronazo.

—¡Estás a punto de explotar ese pantalón!

—He usado esta talla por cinco años —dijo con tranquilidad—. Mi cuerpo se amolda a la ropa.

—Seguro. Solo trata de llevar ropa interior cuando el pantalón se raje.

—Cierra la boca. —Le dio un empujón que casi lo tiró del asiento —. Tus bromas se parecen a las de Eric.

—No, yo no soy tan guarro.

—No lo sé, amigo —dudó—. Los anteojos y el traje de profesor serio tapan tu esencia. Deberías dejarla salir más a menudo.

—¿Qué problema tienes con mis trajes con descuento?

—Ninguno —Bryce levantó las manos—, solo digo que divertirse de vez en cuando no está mal.

—Claro. —London entornó los ojos cuando sintió a su celular vibrar en el bolsillo.

El profesor abrió el mensaje y lo leyó una y otra vez. Bryce lo escrutó con detenimiento.

—¿Pasa algo?

—Todo. —Dejó el celular sobre el mostrador y movió su cabeza de un lado a otro. Luego puso la mano sobre su barbilla y en parte cubrió sus labios. Su vista seguía en el celular.

—Sabes que puedes contarme, ¿verdad?

London quitó la mano de su rostro y le dio una sonrisa ladeada.

—No, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque hace unos minutos te estuve dando lata con algo que yo mismo puedo provocar también.

Bryce frunció el ceño, bajó del asiento y se acercó a London. Este quiso beber de nuevo, y Bryce le quitó la copa.

—London, ¿qué carajo está pasando?

—Creo que…

—¿Qué? ¡Ya, hombre! ¡Sin hacer pausas!

—Me siento atraído por uno de mis alumnos.

Bryce pestañeó y después empezó a reír.

—Lo sabía, pervertido. Esa cara está menos tensa hoy. ¿Dando lecciones extras entre semana?

—Cállate. No me estoy acostando con él. No pasa nada, ni creo que pase. Solo lo he ayudado un poco.

—Bien, él puede ayudarte a ti también.

London negó, y Bryce le guiñó el ojo. El profesor entornó los ojos y esbozó una sonrisa ladeada.

—Contigo nunca se puede hablar en serio.

—Claro que sí. Ponme a prueba. Te gusta un alumno. Creo que eso hará que no te veas tan estirado.

—Es una dulzura, Bryce —replicó a las tonterías de su primo. Lo hizo con tristeza.

Bryce asintió. Bien, al parecer no había margen para bromas aquí.

—¿Lo es?

—Tiene solo veinte años —argumentó con sus mejillas encendidas, no solo por el alcohol consumido—. Tiene problemas para hablar.

—¿Es tartamudo?

—No lo llames así.

—Hombre, si es tartamudo no es un insulto —aclaró Bryce—. Y no tiene nada de malo. Cuando la chupan, lo hacen igual que el resto.

—Por Dios. —London volvió a rascarse la barbilla, y esta vez se puso de pie—. Hablamos después, demonio.

—¡Espera! —Bryce lo sujetó del brazo—. ¿A qué te referías con eso de provocar lo mismo que criticabas?

London sonrió y le palmeó la espalda.

—Tú lo sabes, Bryce. Nos vemos. —Guardó el celular y caminó hacia la salida.

Bryce lo observó por unos segundos más. ¿Qué carajo le había querido decir?

Volvió a su taburete. La copa del martini transpiraba; una gota de humedad perfilaba el fino cristal. Bryce puso sus manos juntas en la estructura de madera y se enfocó en las calaveras y rosas de su tatuaje. Con su dedo índice dibujó sobre una de las rosas y sus espinas.

«Calaveras y rosas».

Los ojos grises de Bryce se abrieron con sorpresa.

La misma historia de antaño, el mismo verdugo.

6. London Morgan

—Profesor Morgan, disculpe la hora, pero necesito hablar con usted.

—Jesse, ¿qué sucede?

—Estoy muy mal, profesor.

—Tranquilo, te voy a pasar la dirección de mi departamento. Te espero allí.

—Perdone la hora, en verdad.

—No te preocupes, es viernes. Estoy despierto.

London le dio una nueva pitada al cigarrillo. No recordaba la última vez que fumó, como tampoco alcanzaba su memoria la última vez que se había sentido nervioso por encontrarse con alguien que lo atraía como Jesse Callum.

Desde el día en que lo conoció sintió algo por él, aunque su cabeza encendió todas las luces de alerta cuando esos ojitos negros de pestañas tupidas se enfocaron en él. La triste verdad lo golpeó con la dureza de una roca. London podía tener a cualquiera, excepto a ese muchacho. No obstante, su cerebro no estaba en consonancia con su cuerpo y tampoco con el de Jesse, que cada día se unía más a él. London sentía que ambos se complementaban, se ayudaban. Jesse apenas entrecortaba las palabras cuando estaba a su lado. Hablaba con la fluidez y naturalidad de una persona que está a gusto con la compañía.

London quería hacerlo sentir seguro, protegido, cuidado.

«Amado».

¿De qué mierda estaba hablando? ¿Cómo podría darle amor cuando el pasado de ambas familias le tocaba el hombro y le decía «Aléjate de allí»?

A su mente vinieron los cuantiosos momentos en los que había visto llorar a Jesse en la cafetería cerca de la universidad, en su

mirada triste que le indicaba que el dolor estaba tan metido en su interior que jamás saldría de allí. Se limpiaba las lágrimas una y otra vez. Sus orbes negros, esos que provocaban que a London le temblaran las piernas, siempre estaban hinchados. Jesse estaba roto, en mil pedazos, en minúsculas partículas que nunca se reunirían y volverían a su posición original. London era bueno leyendo a la gente, y solo necesitó un par de palabras en una tarde de lluvia con ese muchacho para entenderlo.

«No es tu problema».

Su cabeza, como la metiche insistente que era, le decía eso todo el tiempo.

¿Qué más le daba su tartamudeo? ¿Qué le importaba que algunos rieran cuando le hacía alguna pregunta en la clase?

London era hijo de Ariadna Morgan, hermana de Río. Desde el primer momento la mujer mantuvo a sus hijos fuera de todos los negocios de su familia. London no era millonario. No le había ido mal en la vida, pero jamás tendría el nivel de vida de Bryce y sus hermanos. Tampoco le interesaba. Se graduó como arquitecto con solo veintidós años, tenía algunos trabajos en cuenta propia y enseñaba en la universidad desde hacía tres años. London vivía tranquilo. Tenía un departamento en el edificio que pertenecía a Bryce. Fue un regalo, uno que había sido incapaz de rechazar, una fastuosa estructura que costaba cien veces los salarios de todo un año en la universidad.

Y habría seguido tranquilo si no deseara con cada célula de su cuerpo a uno de sus alumnos más brillantes, porque lo era. Jesse tenía un talento natural para el diseño. Tenía un mundo que contar, y su única salida era la arquitectura.

London esperó a Jesse al lado de su auto, frente a la puerta del edificio donde vivía. Volvió a fumar, y el cigarrillo se consumió por completo. Las ganas de fumar estaban intactas. Se cruzó de brazos y se quitó los gafas, que guardó en su chaqueta. Un deportivo de color gris plata se estacionó a media cuadra de donde él estaba.

De pronto, London entendió que las ganas intactas no solo eran de poner un nuevo cigarrillo en su boca. Él quería poner muchas cosas en su boca esa noche, y también en la de Jesse.

«Ni siquiera sabes si él te corresponde».

London se encontraba en una terrible lucha interna. Por un lado, quería contener a su alumno, mostrarle lo valioso que era. Por otro, solo quería sostenerlo debajo de él y decirle y hacerle cosas menos formales.

Jesse bajó del vehículo, y sus miradas se encontraron de inmediato. London metió las manos en sus bolsillos, tentado a abrazarlo, a perpetuar esa loca obsesión que lo traía penando desde hacía meses.

—Lo lamento… profesor —dijo Jesse cuando estuvo a su lado—. De verdad perdone… la hora, pero necesitaba hablar con alguien y…

—Deja de disculparte —London sacó las manos de sus bolsillos y agarró a Jesse de sus hombros—, y te he dicho que puedes llamarme por mi nombre.

—London…

—Si, eso está mejor. —Contuvo las inmensas ganas de pegar sus labios a esa dulce boca frente a él. Dios, le encantaba cuando lo llamaba por su nombre de pila—. Ven, vamos adentro.

Ambos ingresaron al edificio, un complejo de varios departamentos construido cinco años atrás. La mayor parte de los que allí vivían eran conocidos de los Morgan. Cámaras de seguridad en cada rincón y dos guardias en la puerta al momento de ingresar. Jesse se mantuvo al lado de London, sin decir una palabra, hasta que llegaron al departamento.

—Pasa, ponte cómodo. Siéntete en casa. —Jesse hizo una mueca, y London negó con una sonrisa—. Lo lamento, la analogía fue una mierda.

—Es como debería sentirse el hogar, ¿no? —cuestionó Jesse al tiempo que daba pasos hacia el sofá en medio de la enorme sala de tonos verdosos con un techo de color crema—. ¿Por qué nunca…?

—Hay miles de personas en tu situación, Jesse —aclaró London—. Tú al menos tienes dinero. No has pasado necesidades económicas. Imagina a todas esas pobres almas que viven solas y en la pobreza extrema.

—Sí, lo sé. Me cuesta… sentirme…

—¿Feliz?

—Afor-afortunado.

London asintió y se dirigió a la cocina. Jesse se ubicó en el amplio sofá. El profesor se afirmó en la encimera de la cocina. Ni siquiera recordaba cómo hablar en ese instante. Jesse estaba allí, en su departamento.

—¿Te preparo algo? —preguntó nervioso. Su voz tembló por esto —. ¿Té? ¿Café? ¿Jugo de naranja? ¿Vino?

—¿Agua?

London asintió.

—Por supuesto, ya te la alcanzo.

Buscó dos copas y sacó una botella de la nevera. Colocó todo en una bandeja de porcelana y caminó con ello hasta la mesa ratona de vidrio oscuro frente al sofá. Jesse apoyó su espalda en el respaldo y su vista fue hacia el techo. El profesor se colocó de costado a su lado.

—¿Qué pasa, Jesse? —inquirió London mientras apoyaba su brazo en la parte superior del respaldo y su cabeza sobre él. Dios, ¿por qué debía trastornarlo así?

—Ellos saben. —Esta vez Jesse imitó la posición de London.

—¿Qué cosa?

—Tienen m-mie-miedo de que los traicione.

London frunció el ceño.

—¿Por mí? ¿Qué carajo les pasa a esos idiotas?

—Me voy —replicó Jesse con un hilo de voz—. Me voy del país.

Una bala retorciéndose en su hígado de seguro era menos lacerante que aquella declaración.

—No, no puedes.

—Te van a hacer daño, London. Yo no… Yo…

—Jesse —London se humedeció los labios y esta vez tocó su rostro. Ya no importaba. Que todo se fuera a la mierda si era preciso. No iba a perderlo—, si te vas, tú me harás más daño que ellos.

—Es un buen amigo, profesor —Jesse se secó la cara—, pero no voy a arriesgarlo. Mi fa-familia está podrida. Es incapaz de ver más allá de negocios, muerte y…

—La mía lo está también —replicó desesperado—. Aun así, ¿me ves rendirme?

Jesse sonrió y se irguió en el sofá. Luego puso sus brazos sobre sus rodillas y tiró su cuerpo hacia delante, sobre ellas.

—M-Me habría gustado ser valiente como usted —susurró decepcionado—, pero algunos de nosotros no sabemos c-cómo. M-Me iré en un rato más.

—Jesse…

—Necesitaba despedirme y agradecerle. No muchos me han tratado bien en la vida. No muchos me han dicho que merezco ser feliz, y aprecio eso. Es invaluable.

Lo había dicho sin cortar una palabra, igual a cómo lo practicó mientras venía de camino para encontrarse con ese hombre que lo hacía sentir tantas cosas en su interior. Un ser imposible. Uno que jamás se fijaría en otros hombres y menos en uno que tartamudeaba.

Jesse se puso de pie, y London supo que el tiempo de las formalidades y las cursilerías había pasado.

London se levantó del sofá y lo sostuvo del brazo.

—No vas a irte, no lo permitiré.

Jesse sintió la fuerza del agarre. Sus mejillas de repente se tornaron cálidas, una llama difícil de apagar.

—London, yo…

—¿No te das cuenta de que me tienes loco? —indagó enojado. Entretanto, la mano que sostenía su brazo lo dejaba e iba a la cadera del muchacho—. Te deseo desde que te conocí, y tú solo dices: «Me voy, profesor. Buena suerte».

La mandíbula de Jesse temblaba. Sus ojos negros, grandes y hermosos, iban de arriba abajo, hacia el impresionante hombre que ahora enredó ambos brazos en su cintura.

—Profesor…

—Dios, debo ser un pervertido si me caliento cada vez que me llamas así.

Y Jesse intentó hablar, de verdad lo intentó, pero los labios de London ya estaban sobre los suyos, y el mundo, tan triste y solitario, pasó a ser una gota de agua que se evaporaba después de la lluvia.

Ya no existía, había mutado a algo mejor, algo maravilloso, algo que no iba a perder.

7. Colisión

Mayka estacionó su deportivo fuera del edificio en donde había visto a su primo Jesse ingresar junto a London Morgan un par de horas atrás.

«Me voy de aquí. Se terminó, Mayka».

La mujer sostuvo el volante con todas sus fuerzas. Retorció sus manos allí de igual modo a como deseaba retorcerle el pescuezo a cada hijo de puta que le hizo daño a Jesse, que lo había orillado a terminar con su vida o a irse de Inglaterra.

Debía detenerlo. Huir no era la solución. Irse del país implicaba convalidar cada acusación injusta que había recaído sobre él. Mayka cerró los ojos y golpeó su cabeza con el respaldo. Entendía a Jesse. Las ganas de terminar con todo y marcharse a algún lugar donde nadie la conociera fue una idea que siempre estuvo en su mente, pero la cuestión era dónde.

Su abuelo era un gran pulpo con un millar de tentáculos que captaban todo lo que sucedía dentro y fuera del país. Fue así como encontraron a la madre de su primo Dominic en su momento. Fue así como persiguieron a cada desertor de sus filas.

Jesse muchas veces le dijo a Mayka que su familia se parecía un poco a las historias sobre la mafia siciliana. Sin embargo, él estaba equivocado. Los Callums eran mucho peores que cualquier mafia, que cualquier poder oculto. No eran mafiosos, tampoco empresarios, abogados, médicos o arquitectos. Eran un clan de asesinos, una hermandad, y ningún «hermano» salía de su órbita.

Tenía que entrar al edificio. Al parecer, era la única manera en la que podría hablar con Jesse. La estructura tenía cámaras de vigilancia por doquier. Si decidía entrar y las cosas se descontrolaban, su rostro aparecería, y no podía darse el lujo de desatar un nuevo conflicto con ellos.

«Tienes que demostrar la inocencia de Jesse».

¿Cómo carajo iba a lograr eso? ¿Iría y le diría a su abuelo que Jesse solo era amigo de su profesor de historia del arte? ¿A quién le importaba si su versión era verdad o mentira? ¡Eso era irrelevante! Isaac, Dustin, Owen y Abel odiaban a los Morgan más que Theodor. Jesse no sería perdonado por esta afrenta.

Después estaba la cuestión de cuál de los Morgan era, y eso lo hacía mucho peor. London era pobre, un prospecto con el cual no obtendría ningún crédito. Sí, el cerebro medieval de su abuelo le impedía ver más allá. Entonces, estaba frente al gran dilema de su vida.

Salvar la vida de Jesse ayudándolo a salir del país o terminar con el maldito London Morgan, aunque Jesse la odiara por toda la eternidad. No había salida de allí. Jesse debía separarse de ese hombre sin importar lo bueno y amable que fuera con él. Mayka se abrazó a sí misma. La noche estaba fría y las horas pasaban dentro del vehículo.

«Mátalo».

El celular sonó, y Mayka tuvo miedo de responder. Era Owen. Dio un suspiro y presionó para que la llamada entrara.

—¿Lo tienes?

—Estoy en eso, Owen.

—¿Dónde estás?

—Dije que estoy en eso.

—No te hagas la renuente conmigo. No te queda.

—Entonces déjame trabajar. —Cortó la comunicación y arrojó el maldito celular al piso de la camioneta.

«Maldición, Jesse».

No había tiempo para excusas ni remordimientos. Tenía que deshacerse de London, aunque su cabeza atolondrada le decía que eso traería los mismos problemas que buscaba evitar. No obstante, algunos estarían más que felices con ese accionar. Los Morgan se vendrían sobre ellos y los malditos perros de sus primos tendrían la guerra que ansiaban.

Siendo consciente de que todos los caminos la conducían a la destrucción, Mayka bajó del vehículo y buscó el arma, la cual tenía

en el bolso. Guardó la misma y colocó uno de sus cuchillos en una de sus medias. Suspiró. Los nervios empezaron a hacer su jugada. Estaba en su territorio, y, por lo que sabía, varios de ellos vivían en ese lujoso edificio.

Se paró frente al lugar y miró el cielo, cuyas nubes comenzaban a poblar y teñir de mayor oscuridad la noche. Caminó a paso rápido hacia el edificio antes de que la lluvia empezara a caer. Tuvo una oportunidad cuando vio una pareja que estaba saliendo del edificio y colocaba el código de acceso. El hombre y la mujer la observaron, y ella les sonrió con amabilidad.

—Lo siento, vengo por un amigo.

—Seguro —dijo el hombre con una sonrisa de oreja a oreja.

Mayka arregló su cabello. El tipo en cualquier momento perdería la mandíbula si seguía abriéndola, y también las pelotas, porque su novia estaba a punto de patearlo como en verdad lo merecía.

La puerta de blindex y marco dorado se cerró detrás de ella. Mayka se paró y captó cada detalle. Los pisos brillantes de mármol negro marquina contrastaban con las paredes de color blanco, al igual que los techos, en donde sobresalían tres arañas de caireles que hacían que el amplio pasillo que llevaba hacia los departamentos fuera imponente.

«Nada mal para un profesor universitario».

Resultaba obvio que London jamás podría comprar un departamento allí.

Mayka contempló a los dos guardias que aparecieron desde un costado del vestíbulo y que habían estado en una especie de cuarto de vigilancia.

—Buenas noches.

—Buenas noches —Mayka volvió a sonreír—. Estoy aquí por un amigo.

—¿Nombre y departamento? —indagó un hombre de casi dos metros que la observaba con cara de pocos amigos, en contraste con su compañero, que solo le faltaba una cola para menearla como un chihuahua.

—No recuerdo el número. —Se rascó la frente. Su mente estaba más allá del próximo paso—. Es London Morgan.

—Aguarde un segundo —contestó el hombre gruñón—. Avisaremos que está aquí.

—Gracias. —Mayka sonrió. Sus manos estaban sobre el pequeño bolso, que presionó con todas sus fuerzas. Los hombres le dieron la espalda, y fue su peor error.

Mayka dejó caer el bolso, agarró el arma y dio dos zancadas. Un golpe en la nuca sobre el simio gruñón que lo hizo caer al suelo. El otro se giró hacia ella, y Mayka le dio una patada en la entrepierna que lo incapacitó.

El simio gruñón intentó ponerse de pie. Mayka lo sostuvo de la cabeza y le dio un rodillazo en la cara, el cual lo envió a dormir por un buen rato. El otro hombre de rodillas vio cómo Mayka lo apuntaba con el arma. Levantó las manos en señal de rendición.

—Necesito saber piso y departamento en el que vive London Morgan.

El guardia tragó saliva y negó. Mayka acomodó el gatillo, y el hombre supo que con ella no se jugaba.

—Décimo piso, departamento 6D.

—Gracias.

Dicho eso, le propinó un golpe seco sobre la cabeza con la culata del arma y luego miró hacia la puerta. Gracias a Dios nadie se veía a esas horas de la madrugada. Arrastró a los hombres hasta el cuarto en donde se encontraban ellos y todo el circuito de cámaras. No tenía cómo atarlos, así que rogó que estuvieran inconscientes un buen tiempo. Disparó sobre la computadora que guardaba la información de las cámaras. Esculcó los bolsillos de los hombres y pudo obtener las llaves de ese cuarto. Los encerró en ese espacio hasta terminar su trabajo.

Salió de allí y se arregló el cabello. Recogió el pequeño bolso, volvió a guardar el arma, y caminó hacia los tres ascensores al final del pasillo iluminado. El silencio cubría cada espacio. Mayka escuchó la puerta de acceso, que se abría, y apuró su marcha. Si tenía suerte, nadie se percataría de que los guardias no saldrían a recibir a quien fuera que ingresaba a esa hora. Mayka entró en el ascensor del medio y presionó en el tablero el décimo piso. La puerta comenzó a cerrarse cuando alguien interpuso su brazo para frenarlo.

El corazón de Mayka se detuvo. Aquel tatuaje con el que había soñado, que anhelaba tocar, estaba sobre la piel dorada nuevamente. Era él.

La puerta del ascensor se abrió, y Mayka se encontró de frente con ese hombre. Ambos se quedaron estáticos. Bryce colocó las manos en los bolsillos. Parecía tranquilo, distendido. Mayka sentía que el sudor bañaba su diminuto vestido. Sus miradas se cruzaron. El gris plata se perdía en el azul mediterráneo. Mayka sintió que su boca se secaba. Bryce Morgan era aún más imponente de frente.

—Lo lamento, no me gusta esperar —se justificó con una sonrisa amistosa.

Mayka se enfocó en el piso brilloso, donde se reflejaba cada parte de su estructura corporal.

—No hay problema.

Bryce no entró al ascensor, sino que lo mantuvo abierto. Milésimas de segundos que se tornaron eternas. La había descubierto. No había forma de que «el Demonio» no la reconociera. Todos tenían muy en claro la imagen del otro, y eso resultaba muy útil; les ayudaba a no cruzarse o los alertaba a tener cuidado.

Bryce dio un paso en el interior del amplio ascensor, y este se cerró. Vestía de nuevo una camisa blanca y tenía su chaqueta en el brazo. Mayka apretó su bolso mientras mantenía su mirada al frente ahora. Bryce le echó un vistazo al tablero.

—Vaya, qué coincidencia. Vas al mismo piso que yo.

Mayka intuyó que esa tranquilidad era solo una fachada. El hombre actuaría en cualquier momento, y debía estar preparada.

Bryce se arregló el cabello, el cual estaba de nuevo atado en un rodete. Algunos mechones caían sobre su rostro. Morgan se enfocó en el espejo y se dedicó a dejar en perfectas condiciones cada mechón que caía.

—¿Nos conocemos? —Puso una de sus manos una vez más en su bolsillo.

Mayka lo miró de soslayo.

—Lo dudo —replicó sin titubeos—. Es la primera vez que visito a mi amiga aquí.

—¿Eres amiga de Halsey? —inquirió con entusiasmo.

Mayka seguía sin mirarlo.

—Sí —respondió sin vacilación.

Bryce asintió y se encogió de hombros.

—Vaya, eso es raro.

—¿Qué cosa?

—No hay ninguna Halsey en el décimo piso.

La puerta se abrió cuando llegaron a destino. Mayka se enfocó en el hombre a escasos centímetros de donde estaba. Bryce hizo una mueca de una sonrisa.

—¿Qué haces aquí, Callum?

Mayka, en un movimiento a la velocidad de la luz, le arrojó el bolso delicado y elegante sobre la cara, haciéndolo retroceder fuera del ascensor. Tomó impulso, saltó sobre él e hizo que cayera al piso. Uno, dos puñetazos, que fueron esquivados por Bryce, quien la sostuvo de la cintura y la hizo girar para que diera contra el suelo y él quedara sobre ella, inmovilizándola.

—Te tengo.

—Ya quisieras.

Mayka levantó la cabeza y le dio un cabezazo en la nariz tan potente que hizo a Bryce caer al piso a su lado, lo cual le dio tiempo para tomar de nuevo el bolso y sacar el armar. Corrió hacia las escaleras de emergencia y bajó a toda velocidad.

—¡Carajo!

Bryce sintió que el tabique nasal estaba fuera de lugar. La sangre empezaba a salir. El dolor lo mareó. Hija de puta, y él era un idiota por subestimarla. El hombre se incorporó y la siguió. Tal vez debió haberla dejado pasar e investigar hasta dónde llegaba. Corrió detrás de ella. El alcohol que había ingerido horas antes le jugaba una mala pasada en cuanto a sus reflejos. Se movieron a paso rápido por las escaleras hasta que Mayka comenzó a disparar hacia arriba. El arma contaba con un silenciador. Nadie en ese edificio sabría lo que ocurría. Bryce se pegó a la pared para no quedar en la mira de la mujer. Ambos siguieron descendiendo escalón por escalón. Mayka llegó al octavo piso, disparó las últimas balas y maldijo. Pateó la puerta de emergencia y entró de nuevo al pasillo que daba hacia los departamentos. Bryce le pisaba los talones. Se giró hacia él. Ambos

estaban concentrados en las acciones del otro. Bryce sacudió su cabeza. Por momentos se dibujaban tres siluetas en su retina. Mayka sacó de su portaligas un cuchillo, que movió de una mano a la otra. Bryce se irguió ante la voluptuosa mujer.

—Pensé que las mujeres Callums eran más cordiales.

—No son cordiales, son sumisas —espetó Mayka—,y ten por seguro que yo no soy como ninguna de ellas.

Los ojos grises de Bryce, en su aturdimiento, recorrieron cada centímetro de su cuerpo en el vestido rojo apretado. Recordó la primera vez que la vio, cómo había cambiado en solo dos años. Si despertó fantasías en aquel momento, ahora el Demonio sería capaz de hacer toda una película con ella, aunque, por supuesto, no incluiría la hemorragia nasal. Mayka sintió que sus mejillas ardían, y no era debido al candor de la batalla. Bryce suspiró. Bien, el juego había terminado. Sacó de la parte trasera, entre su camisa y el cinturón, un arma. Mayka cerró los ojos. Estaba jodida.

—Vaya, ¿qué es esto? —ironizó Bryce mientras miraba su arma—. Parece que a alguien se le terminaron las balas, y no soy yo.

—Bastardo.

¿Por qué no le había disparado desde el principio? Fue una pregunta que vino a la mente de la mujer.

Mayka le arrojó el cuchillo, y Bryce lo esquivó.

—Mierda, eso estuvo cerca, pero fallaste, amiga. Ahora te toca venir conmigo.

—¿Qué quieres?

—Saber el motivo por el cual estás en mi edificio —apuntó el arma hacia la mujer con seriedad—, así que más vale que cooperes, o los Callums tendrán un asesino menos en solo un segundo.

8. Prohibido

—¿Es normal que me haya venido solo con verte desnudo?

—No lo sé, pero sin duda eres una caricia a mi ego.

Una risa, un gemido… Los sonidos se perdían y distorsionaban en medio de sus respiraciones. London sabía lo que hacía. No solo era buen profesor de historia del arte, sino también un todoterreno. La lengua del hombre se deslizó sobre el cuello de Jesse, su pecho y después sus abdominales. Su gran mano acarició su torso, mientras que la otra estaba apoyada sobre la cabeza de Jesse. London lo estaba contemplando. No solo lo colmaba de besos cortos, largos, profundos y chupetones. London lo veneraba. La manera en que acariciaba cada parte de su ser como si fuera lo más hermoso de la galaxia. Jesse no quería que ese momento terminara. No quería que esa burbuja de deseo en la que estaban inmersos se rompiera. No lo soportaría.

—Hey —London subió despacio. Dejó una estela de besos húmedos con los cuales ahora pinceló su pecho—, estás aquí. Deja de pensar en lo que pasará.

Sería tan fácil si el mundo simplemente los dejara tranquilos, si el mundo en el que vivían les permitiera ser ellos mismos.

La mano que acariciaba el pecho descendió como en una montaña rusa y se estacionó en su virilidad. Jesse se mordió el labio inferior y arqueó su espalda cuando los dedos de London se cerraron sobre ella. El dedo pulgar hizo círculos en el glande. El miembro de Jesse ardía, se humedecía. Denotaba cuánto lo deseaba, cuánto necesitaba de sus besos, de su lengua.

—London…

—Solo dime si algo te pone incómodo —advirtió antes de bajar a aquel punto de locura en Jesse y tragarse de una sola vez su miembro.

La garganta de Jesse vibró en un gemido. Llevó su rostro hacia un costado y cerró los ojos, esas turmalinas negras que eran la perdición del hombre que ahora lo devoraba con sumo placer. El calor y la humedad de esa boca experta se mezclaban con su propio calor. La pelvis se elevó con desesperación. London gimió cuando la hombría fue más profundo en su cavidad bucal. Le gustaba. Le encantaba que se animara a explorar nuevas sensaciones. Jesse no le había dicho que era virgen, no habían hablado de experiencia a nivel sexual, pero resultaba obvio que, si no era el primer hombre con el que estaba, estaba muy cerca de haberlo sido.

London se perdió entre las piernas de su amante. Sus manos se movieron presurosas en búsqueda de más piel, rozaron el pecho y llegaron a los pequeñas protuberancias de color rosa profundo. Los dedos índice y pulgar se enroscaron en los pezones, y Jesse volvió a gemir. London sabía dónde tocar, besar, morder, lamer, como si lo conociera de toda la vida, como si en alguna vida hubieran coincidido como amantes y hubieran quedado experiencias candentes aún por probar.

Una succión tan poderosa logró que Jesse gritara y se enfocara en el techo. Las lágrimas se acumularon en sus ojos. Dios, esto debería estar prohibido.

«De hecho, lo es. Sabes que él está prohibido para ti».

Jesse fue consciente de que su cabeza era su peor enemiga, casi que podía competir con Isaac, Dustin y Owen. Frenó el pensamiento, le puso fin a la imagen de esos bastardos que venía a su mente ahora, a sus risas, a sus burlas, a todo aquello que le infligía dolor.

El sexo era maravilloso, London se lo mostraba en este momento, y lo ocurrido años atrás, esa oscura experiencia que le llevó su inocencia de manera brutal, quedaba lejos de allí. Jesse era un hombre de veinte años que había renacido, que se decidía a brillar en ese preciso instante. Con London, con un Morgan, y que el infierno se desatara en la tierra si era preciso.

—Más —rogó Jesse con voz entrecortada.

London sujetó las caderas con fuerza y su boca fue más allá.

Jesse lo sostuvo de su cabello, de esas hebras doradas que caían y ahora cubrían el espectáculo. Peinó los cabellos e hizo una especie

de cola de caballo. Ahora era testigo y protagonista de lo que sucedía. La forma en que los labios de su profesor aprisionaban su verga y le traían a su cuerpo sensaciones desconocidas. La boca se abría y los labios se deslizaban en un movimiento de ascenso y descenso. London sostuvo el pene con su mano izquierda y presionó sobre la vena sobresaliente. Jesse se mordió el labio inferior y encogió los dedos de sus pies. El profesor, su «serio y respetable» profesor, lo observó con deleite. Entretanto, la lengua giró alrededor del glande. Jesse volvió a cerrar los ojos y se dejó caer sobre la almohada una vez más. Este hombre iba a matarlo. Una muerte envidiada por muchos, por todos. A Jesse le gustó la idea. Le agradó la idea de tener algo que los demás nunca tendrían. Una muerte en la agonía de un profundo orgasmo era más que tentadora.

Los sonidos de saliva junto a los jadeos y gemidos cubrían el silencio de la noche.

Jesse abrió sus brazos y se sostuvo de las sábanas de seda roja, esas que contrastaban con su piel blanquecina y con los músculos dorados de su amante. Los dedos de London se tatuaron en sus caderas. Su boca empujó hacia abajo y capturó toda la extensión. Volvió a succionar, y Jesse llevó sus manos nuevamente hacia la cabellera rubia dorada.

—London —dijo en medio de un jadeo—, voy a…

Un gemido cortó de nuevo sus palabras.

London supo que estaba a punto, que estaba donde él lo quería, donde lo había soñado desde que lo conoció. Comenzó a succionar y masturbarlo. La cabeza de Jesse daba vueltas y su rostro fue de un lado a otro. El último hilo de cordura que le quedaba moría en ese instante, moría para que Jesse renaciera.

El semen golpeó la garganta de London, quien cerró los ojos y se entregó al momento, de igual modo que su amante, que dio un grito silencioso e intensificó el agarre sobre su cabeza. El profesor absorbió cada gota de su esencia, así como lo había imaginado en aquella cama king size.

London volvió a trazar un camino de besos y chupetones en la piel que se tornaba de un delicado color rosado, y succionó sobre uno de los pezones. Jesse, perdido en el orgasmo, gimió. London se colocó

entre sus piernas. Su alumno las abrió, gustoso. Las manos del profesor fueron a ambos lados de su rostro. Jesse soltó una risilla y quiso esquivar la mirada cargada de seducción de su amante. London no se lo permitió.

—Mírame.

—Es vergonzoso.

—No lo es —replicó—. Nunca sientas pudor ni vergüenza conmigo.

Las pestañas de Jesse casi tocaban sus mejillas, su mandíbula suave y libre de vello, su nariz respingada…

—Dios, ¿qué voy a hacer contigo, Callum?

Jesse hizo una mueca y sus dedos rozaron la barbilla de London. Ambos sabían que esa frase era lapidaria. Y el miedo, como el bastardo engreído que era, le susurró al oído.

—¿Sabes qué? —dijo mientras volvía a su tarea de besar la piel suave, que olía a ozono y menta—. Por ahora voy a conformarme con hacerte el amor.

—¿Solo eso? —bromeó Jesse cuando sus manos iban y venían sobre la espalda musculosa.

—Sí, solo eso —confirmó London, y sus labios volvieron a encontrarse.

El sabor de Jesse estaba en su boca. Fue extraño y excitante. Las lenguas de ambos danzaron al unísono. Sus manos, como en un baile perpetuo, recorrieron cada retazo de piel. El deseo era un león que rugía en el interior, uno que solo acallarían con más besos, con sexo puro y duro, hasta saciarse, hasta que ninguno de los dos fuera capaz de mover un músculo.

Un fuerte golpe en la puerta rompió el cristal de la burbuja en la que se encontraban. El miedo, como un ladrón de momentos y destructor de sueños, recogió el guante y dio un nuevo mensaje. Estaba a punto de proclamarse ganador. London sintió que Jesse se tensaba debajo de él. El vello de su piel se erizó.

—¿Esperas a alguien? —cuestionó Jesse con la esperanza de que sus pesadillas no se concretaran.

—No —replicó London, y se movió del tibio lugar en el que se hallaba de un solo salto.

—London…

—Vístete —ordenó el profesor, y buscó una bata blanca.

Jesse salió de la cama y empezó a buscar su ropa.

Un nuevo golpe en la puerta.

London dejó la habitación y caminó hacia la entrada del departamento.

—¿Quién es? —indagó, y sus manos se hicieron un puño.

—Soy yo, amigo —contestó Bryce—. Abre. Tenemos una invitada esta noche. Un poco maleducada, tú sabes, esas de las que se invitan solas, pero…

London abrió la puerta. Del otro lado encontró a Bryce desaliñado y magullado afirmado a la pared. Delante de él había una impresionante mujer de cabello negro y ojos azules. La sangre de London se congeló.

—¿Mayka?

London se giró hacia el muchacho detrás de él, que llevaba su bata de seda negra. Tenía el ceño fruncido, incapaz de procesar lo que sucedía. Bryce se cruzó de brazos.

—¿Nos permiten pasar? Debemos aclarar algunas cosas —explicó Bryce.

La mujer puso los ojos en blanco y se giró hacia ellos.

—No creo que sea buena idea —le murmuró London a Bryce, y este sonrió.

—Hombre, déjala pasar, porque, créeme, se pondrá insoportable.

London esta vez miró a Jesse, cuya mirada solo estaba en su prima, en aquella mujer que siempre fue su sostén, aquella que arriesgaría todo por su seguridad. Jesse no tenía alternativa, y si él no la tenía, entonces London tampoco.

—Muy bien —London respiró cansado—, pasen y explíquenme las razones por las cuales aparecen golpeados en la puerta de mi hogar a las tres de la mañana.

9. Una mujer audaz

—¿Qué quieres?

—Saber el motivo por el cual estás en mi edificio, así que más vale que cooperes, o los Callums tendrán un asesino menos en solo un segundo.

«La madre que me parió».

Estaba atrapada. Este hombre no me quitaría los ojos de encima mientras subíamos por el ascensor hasta el décimo piso. Desconocía cómo contener la sangre de su nariz. Aun así, el arma siempre estaba apuntándome. De verdad lamentaba haber arruinado esa hermosa cara, mas no tuve alternativas.

La puerta del ascensor se abrió, y él se alejó un poco y me hizo una seña para que avanzara. Lo hice, siempre atenta a un posible movimiento. Me mantuve tranquila. Él sabía que estaba en su edificio, podía alertar a los demás, y de igual modo ya no podría cumplir mi objetivo.

«¿No te cansas de ser patética?».

La voz de Owen resonó en mí. De seguro me diría eso, como cada vez que me equivocaba, aunque mi margen de error fuera escaso.

—Iremos a mi departamento.

—¿Qué? —La afirmación me sobresaltó—. Yo no tengo nada qué hacer allí.

—Por supuesto que sí —aclaró tranquilo mientras contenía el dolor de su tabique roto—. Ya te dije que, si quieres salir de aquí viva, vas a tener que hablar.

Guardé silencio. Tarde o temprano este hombre descubriría las razones y me asesinaría de igual forma. Caminamos por el pasillo. Miré de soslayo la puerta del departamento en donde se encontraba Jesse y seguimos de largo hasta el final.

—Detente ahí —me ordenó—. Tus manos sobre la pared del costado. Abre las piernas.

Coloqué las palmas sobre la pared húmeda y fría de color blanco. Di un suspiro cuando él se posicionó a pasos de mí, presionó un código para abrir la puerta y empujó con la perilla.

—Ahora entra.

Di pasos hacia atrás, me giré e ingresé al lugar. Su departamento era ostentoso, como todo lo que había en el edificio. Las paredes color crema contrastaban con el piso de madera brillante y oscura. Era un espacio abierto, cubierto de ventanas, las cuales en ese momento estaban acompañadas de cortinas blancas de seda. Solo uno de los ventanales se mantenía abierto. Frente a él había una enorme mesa para doce personas, y sobre ella, un jarrón antiguo de porcelana.

—Pasa, ponte cómoda —ironizó, y esta vez me giré hacia él.

Bryce mantuvo la distancia. No quería repetir el error causante de que su nariz estuviera cubierta con un pañuelo ensangrentado.

Mis tacones se sentían diferentes en el piso de madera, no tan ruidosos como en el mármol de mi hogar. Me senté en una de las sillas al lado de esa mesa de vidrio perfecta, que, sin dudarlo, sería la envidia de mi «querido» abuelo.

Bryce se ubicó en el extremo contrario sin dejar el arma.

—Debes colocarla en su lugar y frenar el sangrado.

—Ya se detendrá.

—Idiota. —Me levanté, y él me apuntó—. No voy a matarte. Tengo a mi lado decenas de objetos contundentes para lanzarte, y no lo he hecho. —Me acerqué a él.

Se puso de pie y bajó el arma. Dios, todos estos tontos eran iguales. La fuerza bruta era un factor preponderante, pero si careces de la suficiente inteligencia terminas muerto. Bryce pronto lo estaría de seguir así. Lo sostuve del rostro.

—¿Qué haces?

—Lo necesario .—Y antes de que me respondiera empujé el tabique con toda mi fuerza y lo coloqué en su lugar. Dio un quejido profundo, pero solo eso—. ¿Tienes gasas?

—En el baño —me dijo cuando llevó sus manos al rostro.

Esta vez la que ordené fui yo.

Bryce negó, y lo sostuve de la barbilla. Nuestras miradas se encontraron de frente.

—Dime dónde está el baño.

Tensó la mandíbula y me hizo una seña hacia un costado. Visualicé un pasillo, el cual de seguro debía seguir. Lo hice. Me alejé de ese hombre, al cual herí, y debería seguir haciéndolo, y me adentré en su hogar. El pasillo llevaba a un punto en donde convergían varias habitaciones. Uno al parecer era el cuarto de huéspedes y otro era su recámara, y del lado derecho estaba uno de los baños. Encendí la luz, me mordí el labio inferior y percibí el perfume amaderado de Bryce en cada espacio. Todo olía a él. El baño era amplio, blanco, nada ostentoso en comparación a la sala donde estuve. Busqué en los cajones del tocador, los cuales estaban prácticamente vacíos.

—No es este. —Di un salto cuando lo encontré parado en el umbral de la puerta—. Es en el de mi recámara.

¿Su recámara? Estaba loco si pensaba que iba a entrar ahí, ni más faltaba. Ayudaba a un Morgan y, como si fuera poco, hacía un tour por todo su apartamento.

—¿Tienes miedo?

Noté la burla en su voz. Dios, ¿qué carajo seguía haciendo allí? ¡¿Cómo terminé en esto?!

—Por supuesto que no —contesté enojada, y lo aparté para pasar.

Bryce se movió hacia su recámara, y, como la idiota olímpica que era, lo seguí.

Su recámara era un sueño. La cama con dosel, de donde se desprendía seda blanca que combinaba con la pureza de las paredes, y un edredón de color púrpura. Desvié mi vista y me enfoqué en la puerta entreabierta del baño, donde se hallaba Bryce. Me acerqué despacio. Este baño no se parecía en nada al que vi antes. Este era el tocador de un emperador romano.

Bryce abrió uno de los cajones del mueble de madera oscura, y me encontré con un par de tijeras, alcohol, gasas y dos cajas de condones.

«Dos cajas».

Las gasas y el alcohol… Sí, debía enfocarme en ello. Le quité las gasas de la mano, al igual que el alcohol. Humedecí la gasa y la llevé hacia su rostro, que se tornaba de un color morado. Debía apresurarme y salir de ahí. El problema era que mi mente calenturienta pensaba en que, si tuviera la mínima oportunidad, lo ayudaría a terminar cada una de esas cajas que guardaba. Sin descanso.

Mi vulva latió, entusiasmada con esa idea. Estaba frente al enemigo, ¿por qué mi cuerpo se negaba a entenderlo?

—Esa cabeza tuya es de acero —bromeó antes de apretar los dientes cuando el alcohol entró en contacto con su piel.

—Nadie tiene la cabeza igual de dura a la mía, ya lo sabes.

Bryce frunció el ceño e hizo una mueca similar a una sonrisa. Empujé la gasa con más fuerza. El sangrado se detuvo.

—¿Esa fue una broma?

—Así parece —respondí con seriedad, y abrí un paquete de algodón, el cual comencé a introducir en sus fosas nasales.

—¿Sabes? Estoy seguro de que ningún Callum jamás haría lo que tú estás haciendo por mí.

Chasqueé la lengua, Bryce tenía razón.

—Lo hago porque ningún Morgan jamás me dejaría viva después de haberlo golpeado e intentado matar mientras entraba a su hogar.

—Touché.

Tenía la camisa entreabierta. Las gotas de sangre seca sobre la tela blanca comenzaban a adherirse a los hilos. El tatuaje, el maldito tatuaje que comenzaba en su mano llegaba hasta parte de su pecho. Visualicé una de las rosas cubiertas de espinas, desvié la mirada y me enfoqué en su rostro solo para corroborar que Bryce se había dado cuenta de todo.

Di pasos hacia atrás, y él, como el coqueto pecaminoso que era, empezó a desabrocharla frente a mí. Puse mi vista en un costado, pero era imposible no volver a él. El tono dorado, su torso tonificado, los abdominales que quería trazar y dibujar con mi dedo índice, y luego aquel dibujo, esa obra maestra que cubría parte de su piel.

—Vamos a la sala. —Dio pasos hacia mí al tiempo que yo parecía un perrito tímido que solo meneaba la cola cuando le decían cosas

tiernas.

—¿No vas a ponerte una camisa?

—¿Por qué? ¿Te molesta?

«No, solo me provoca ganas de saltar sobre ti y escalarte».

—Para nada —contesté sin volver a él—, es solo una pregunta. —Caminé fuera de la recámara, y él también lo hizo. Lo estaba haciendo a propósito. Sabía que me incomodaba. La cuestión era por qué, por qué le permitía que nublara mi juicio.

Llegamos a la enorme sala. Tomé el lugar donde estuve anteriormente, coloqué mis manos sobre la mesa y la acaricié. El arma de Bryce estaba a solo centímetros de mí.

¿Qué clase de asesino bajaba la guardia de ese modo? ¿Qué clase de asesina ayudaba al enemigo que había jurado odiar? Quizá eso era lo que me intrigaba de ese hombre. En el fondo sentí como si fuéramos parecidos, como si ambos hubiéramos nacido en las familias equivocadas.

—Muy bien, Mayka —volvió a tocar su nariz—, creo que es buen momento para hablar, ¿no crees?

—Estoy aquí por London —pronuncié sin demora—. Es profesor de mi primo Jesse en la universidad.

Bryce sonrió y se cruzó de brazos. Sus pectorales se veían más anchos y gruesos. Dios, ¿por qué mierda no se vestía? ¿Dónde creía que estaba? ¿En el Caribe?

—¿Y?

Tragué saliva. Estaba en un punto en donde no tuve más alternativa que contarle la verdad. Tenía la loca idea de que podía confiar en este hombre, de que me ayudaría a resolver mi dilema.

—Mi familia lo tiene vigilado —expliqué—. Es cuestión de tiempo para que se deshagan de ambos.

—¿A eso viniste tú?

—No —repliqué—, solo debo encargarme de London.

—Bien —asintió y se mordió el labio inferior—, ¿piensas que voy a dejar que mates al único tipo que vale la pena en la familia solo por un capricho de tu papacito y los otros?

—Jesse me dijo que iba a irse de Inglaterra —expresé—. No puedo perderlo. Es lo único que tengo. Es lo que me mantiene viva.

Bryce me observó en detalle. Esta vez lo hizo de la misma manera que yo lo hice con él. Me sentí expuesta como nunca, como si en ese momento mi alma decidiera desnudarse ante él.

—London está enamorado de él —confesó.

Entorné mis ojos y di un suspiro de resignación. Me estaba diciendo lo que ya sospechaba.

—¿De qué hablas?

—Me lo dijo hace un rato. Obviamente, evitó el nombre, pero me dio las pistas necesarias para que me diera cuenta.

—No voy a poner a Jesse en peligro por una estupidez.

—No es una estupidez, está enamorado.

—Más adelante le gustará alguien más —argumenté sin titubeos —. La vida es así.

—¿Qué puedes saber tú de la vida además de ser un robot?

Sentí su pregunta como un golpe directo a mi mandíbula. ¿Quién se creía para juzgarme?

—¿Y tú? ¿O me vas a decir que tu familia es lo más amoroso que existe?

—Lo es —confesó—. Me dieron cariño, y los amo. Arriesgaría todo por cada uno.

—Pues has tenido suerte, porque yo solo tengo a Jesse, y no lo voy a perder. Ya no quiero más tragedias de amantes prohibidos en mi familia.

—Estás metiéndote donde no te llaman. El problema es de Jesse y London.

—¿Sabes de lo que son capaces Isaac y Owen?

Bryce sonrió con satisfacción. Esto le encantaba, le producía placer saber que podía enfrentarse a ellos.

—¿Por qué no me los dejas a mí y tú regresas a casa?

—Van a matar a Jesse antes de que cualquiera de ustedes intervenga.

—Lo harán de igual modo —replicó sin pudores—. ¿Es que acaso debo explicarte cómo funcionan las cosas en tu familia? No se trata de Jesse o London, tú lo sabes.

Me quedé en silencio, impotente, sin respuestas, sin fuerzas para aceptar la verdad. Quería gritar, romper algo, escapar.

—Ven conmigo. —Bryce se puso de pie y se dirigió a su recámara.

Lo miré estupefacta.

Regresó unos segundos después con una camiseta negra que se le adhería a su cuerpo fibroso.

—¿A dónde vamos?

—A hablar con London.

—Está con Jesse.

Bryce sonrió con picardía.

—Lo sé, y lamento interrumpirles la follada.

Bryce se adelantó.

Me puse de pie y observé el arma, que aún seguía sobre la mesa.

—¿No vas a llevarla?

—Nadie ha osado entrar en este edificio durante mucho tiempo, y no creo que nadie más lo haga por ahora. ¿O qué? ¿Piensas matarme ahora?

—No, no todavía.

—No todavía… —Bryce volvió a sonreír. Tenía una sonrisa tan hermosa—. Ya me había olvidado de quién eras.

10. Confesión

El silencio tiñó el espacio de la sala en donde se encontraban Bryce, Mayka, London y Jesse. Los amantes se sostenían de la mano; sus dedos permanecían entrelazados. Bryce estaba a punto de reírse. Jamás pensó ver a su primo intelectual como un adolescente, pero lo hacía. Y, a pesar de la tristeza, ninguno de los dos era capaz de ocultar la enorme felicidad de tenerse, de amarse. Bryce se preguntó si eso era suficiente cuando el odio era ancestral, cuando la rabia hacia el otro bando era antigua como la vida misma.

«Hay cosas que simplemente son imposibles, y lo mejor es que queden de esa manera. Bajo la profundidad del océano, esa que guarda secretos inconmensurables, esos que nadie dice, que nadie sabe y que, si salen a la luz, crearán oscuridad».

Los dos hombres frente a él le daban una lección a ambas casas. Mostraban la otra cara de la moneda, esa que nadie fue capaz de ver. ¿Por qué debían morir para abastecer la ambición y la maldad? Esos hombres eran más valientes que todos los miembros del clan. Se jugaban el todo por el todo aun cuando sabían las amplias probabilidades de perder.

—No quiero que te vayas, Jesse —rogó Mayka con sus manos entrecruzadas en señal de súplica ante su primo—. Vamos, hay otra solución.

—No voy a irme —aclaró Jesse, y se giró hacia su amante—, voy a quedarme con el profesor.

—¿Qué?

—Va a quedarse aquí conmigo, mientras resuelvo cosas en la universidad y con algunos clientes. Después, si es necesario que nos vayamos, lo haremos.

—Es evidente que se les ha zafado un tornillo. —Mayka se puso en pie—. ¿Piensas que se quedarán tan tranquilos?

—Lo harán —respondió Jesse con algo de vergüenza—. Ellos… no tienen… —Agarró el celular que estaba sobre la mesa ratona frente a ellos y buscó una serie de archivos. Luego se lo entregó a Mayka. Bryce miró de soslayo. Era un video, no uno, varios.

—¿Qué es esto? —Mayka estaba a punto de sufrir un infarto.

—Es Owen junto a Isaac y Dustin.

—Vaya, esos sí que se tienen amor fraternal.

Mayka le dio una mirada asesina a Bryce, quien reía divertido y no se perdía detalle.

Jesse estaba serio, nervioso. London lo abrazó y le besó la sien. Debía calmarse, de lo contrario no podría hablar, y lo estaba haciendo muy bien.

—Por Dios. —Mayka dejó de mirar la escena—. ¿Cómo lograste conseguirlos?

—Hackeé las cámaras del lugar donde se encuentran —confesó—. Tengo fotos también de ellos.

—Jesse… —Mayka cerró los ojos y sonrió.

—Dudo que esos hijos de puta se dejen chantajear —comentó Bryce escéptico—. Con el debido respeto, esas lacras te cortarán el cuello al instante y culparán a London por ello.

—No lo harán —dijo Jesse—. Puede que parezca tonto, pero no lo soy tanto. Hay un servidor, el cual activo diariamente para que esas fotos no se publiquen. En el momento en que deje de hacerlo…

—Todo el mundo sabrá quiénes son en verdad —completó London, y le besó la frente.

Bryce arqueó la ceja. Dios, si el amor le hacía eso a la gente no quería enamorarse nunca.

—Sí que el gatito había guardado sus garras —se burló.

Jesse se encogió de hombros.

—Soy un Callum, aunque a ellos muchas veces se les olvida.

No había miedo mayor a la humillación pública. Si esos videos se filtraban, la reputación del clan se destruiría.

Mayka sintió que las lágrimas rebalsaban sus ojos. Estaba tan orgullosa y triste a la vez. El ángel inocente que siempre buscó proteger había madurado, a fuerza de dolor lo había hecho.

—Diles la verdad, Mayka —London rodeó con su brazo a Jesse—, ya no importa.

—Ellos no se quedarán con los brazos cruzados.

—Lo sé —esbozó—, pero ganaré tiempo para que nos vayamos de aquí.

—Jesse…

—Gracias por ayudarme, Mayka —dijo el muchacho con seguridad —. No me alcanzará la vida para agradecer todas las veces que estuviste conmigo cuando todo se derrumbaba, pero si no lucho por mi felicidad nadie lo hará. Tú también deberías hacerlo.

—Sabes que yo no soy como tú. —Jesse soltó a London y se levantó, al igual que su prima. Ambos se abrazaron—. Quisiera que todo fuera diferente.

—Todo lo ocurrido —Jesse frenó el llanto y se concentró en su habla— nos llevó a este momento, me llevó a mi amor. Algún día tú seguirás mi camino, y no va a importarte morir por ello.

—Hemos asesinado a tanta gente durante siglos por innumerables motivos… —Mayka aprisionó el cuerpo delgado de su primo—. Supongo que morir por amor no debe ser tan malo después de todo.

***

«Lo amo, Mayka. Lo amo tanto como para arriesgar mi vida por él».

Mayka se limpió las lágrimas de nuevo. Bryce iba a su lado.

—¿De verdad ibas a matar a London? ¿Realmente ibas a provocarle tanto daño a Jesse?

Mayka se encogió de hombros.

—Es la forma en que arreglamos lo que nos molesta en nuestra familia —expresó con vergüenza—. Jamás se me pasó por la cabeza que Jesse prefiriera arriesgarlo todo por un tipo.

—Sí, bastante idiota nos resultaron ambos.

Mayka rio ante la broma. Las lágrimas no dejaban de caer, y le molestaba.

—¿Sabes? No es tan malo llorar.

—Lo es para mí —aseguró—. No estoy acostumbrada a hacerlo. Jesse siempre fue débil, desde muy pequeño. Nació cuando solo tenía seis meses de gestación.

—Mierda.

—Su madre —Mayka sentía que el llanto la ahogaría— fue la única que estuvo a su lado. Luchó dos meses para salir de allí. Sus hermanos le hicieron la vida imposible desde siempre. Ellos profundizaron su trastorno en el habla. Hubo una vez incluso que…

—¿Qué?

Las puertas del ascensor se abrieron. Mayka buscó escapar, pero Bryce la sostuvo del brazo.

—¿Qué ibas a decirme?

—Isaac y Dustin son unos pervertidos —esgrimió—, pero no solo por acostarse entre ellos y con Owen.

—Dios. —El estómago se le revolvió a Bryce.

—Son psicópatas en todo el sentido de la palabra, Morgan—aclaró —. No importa cuánto Jesse crea que los tiene en sus manos, ellos son capaces de cualquier cosa.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Lo único que sé es que después de ese viaje, cuando Jesse tenía dieciséis años, sus problemas se agudizaron. Nunca me contó lo que pasó, y sé que nunca lo hará. Es su secreto, y está bien. Hay veces que es mejor que las cosas permanezcan ocultas.

—Te equivocas, porque continúan dañándote.

Caminaron hacia la puerta del edificio. Los dos guardias que Mayka había encerrado la miraban con cara de miedo. Bryce hizo una mueca y alzó la mano.

—Tranquilos, la tengo bajo control.

Cuando Bryce los encontró y liberó, los guardias intentaron llamar a la policía. Sin embargo, Bryce argumentó que no era necesario, que solo era una de sus ex despechadas que buscaban pelea.

Ambos salieron del edificio y caminaron por la acera.

—¿Cómo está tu nariz?

—Mejor que nunca —ironizó Bryce.

Mayka esta vez sonrió y su rostro se iluminó.

El «Demonio» pensó que era, sin duda, lo más hermoso que había visto en su vida.

—¿Estarás bien?

—Quédate atento al periódico —bromeó Mayka—, sobre todo a la sección fúnebres.

—Muy graciosa.

Mayka se humedeció los labios. Sus ojos fueron de nuevo al prominente tatuaje.

Bryce inclinó la cabeza.

—¿Qué te llama la atención?

—Nada. Es difícil obviar una señal de advertencia cuando es tan grande y bella.

—¿Sabes qué dice mi padre acerca de los Callums?

—¿Además de insultarnos?

—«Los Callums son como rosas, así de bellos e imponentes, y cuando te acercas y deseas tocarlos, te das cuenta de que tienen espinas hasta en sus pétalos».

—Una frase fulminante.

Bryce asintió y puso la mano en su barbilla.

—No lo sé —reflexionó—. London cree que hay rosas por las que vale la pena sangrar.

El corazón de Mayka bombeaba sangre con la fuerza de un torbellino. De pronto, el dolor, esa tristeza que se aferraba a sus huesos, se mezclaba con una chispa, una que haría arder todo lo conocido.

—¿Y tú? —preguntó la mujer, a la espera de una respuesta que le llenara el corazón de algo más que angustia.

Los orbes agrisados penetraron en su ser y removieron cada fibra de su corazón.

—Cuídate, Mayka —dijo, y dio pasos hacia atrás para luego girarse y regresar al edificio.

Mayka sonrió y negó varias veces.

¿Qué más daba lo que dijera? Nunca volvería a tenerlo así de cerca en su vida.

11. Contradicciones

—Les advertí que ese imbécil nos traería problemas. Si me hubieran dejado encargarme…

—Isaac —Theodor levantó su mirada de los papeles que firmaba —, ¿te he pedido tu opinión?

Mayka estaba cruzada de brazos sentada en la silla de terciopelo frente a su abuelo una vez más. Les había contado la verdad, ¿qué más daba a estas alturas? Isaac se movía de un lado a otro, mientras que Owen se encontraba en uno de los sillones antiguos unos metros más allá, al lado de la gran chimenea, la cual tenía sobre ella un gran árbol genealógico.

—No, sé que no lo hiciste —replicó Isaac a Theodor—, pero sabes que tengo razón.

Theodor se mantuvo hermético. Se enfocó en Mayka una vez más. Ella tenía su vista en el ventanal, en el día brillante que los acompañaba. No había conciliado el sueño en toda la noche buscando la manera de hacer encajar las piezas, de que la traición no fuera la idea preponderante en la cabeza del patriarca.

—No lo quiero allí —espetó Theodor.

—Abuelo, con el debido respeto —empezó Mayka—, Jesse no hará nada en contra de la familia, ni siquiera está al tanto de nuestros negocios. No es una pieza valiosa.

—¿No lo es para ti?

—Para mí sí —afirmó sin rodeos—, pero para ti y el resto de la familia siempre se lo consideró como un estorbo.

—Es verdad —confesó Theodor, y afirmó sus manos en el escritorio—. Nunca estuve de acuerdo con todos los esfuerzos que se hicieron para que continuara con vida. Los Callums no necesitan débiles en sus filas.

El asco se instaló en la boca del estómago de Mayka, una amalgama de náuseas, tristeza y nervios que en cualquier momento harían que el desayuno ingerido hacía una hora terminara sobre el fino escritorio.

—Hay asuntos que resolver todavía —dijo Theodor después de unos minutos de reflexión—. Por ahora manténganlo vigilado. Luego le daremos un final. —Mayka asintió y se levantó—. Una cosa más, querida. —Alzó la mano, y ella se mantuvo de pie—. No quiero que tengas ningún tipo de comunicación con Jesse.

—Entendido .—No pondría objeciones, ya se las arreglaría más adelante. Lo importante era que había ganado tiempo. London y Jesse se irían del país, y aunque le doliera el alma, Mayka supo que era lo mejor.

—Puedes retirarte.

—Abuelo. —Hizo una reverencia con la cabeza y salió del despacho.

Isaac estaba parado al lado de la enorme biblioteca que cubría la pared sur.

Theodor dio un suspiro.

—Hemos perdido el negocio con Olimpia Zeratos.

Isaac asintió.

—Estoy al tanto de ello.

—Ochocientos millones de dólares invertidos en sobornos, patrocinios, para que ahora nos hagan a un lado a favor del bastardo de Río Morgan.

—Era un riesgo desde el principio —aclaró Isaac—. Lamento que la propuesta de ellos les haya parecido mejor que la nuestra. Es extraño que a Owen y Abel se les escapen esas…

—¿Sabes cuánto dinero invirtió Morgan? —interrumpió la defensa de Issac.

—No, señor.

—Quinientos millones.

—¿Qué?

Theodor se acarició la barbilla con fuerza. Su mano se deslizó hacia el cuello flácido, ese que empezaba a mostrar los vestigios de la edad.

—La firma del convenio final se hará en Nueva York la semana que viene.

—¿Entonces?

Theodor se enfocó en su nieto. Isaac puso las manos en la espalda.

—Me recuerdas mucho a mi hermano menor —explicó—. Las mismas ganas de triunfar. Las ansias de mostrar grandeza.

—Es un placer.

—El elefante no se empeña en mostrar su tamaño, él solo camina —dijo el anciano de inmediato—. Cuidado con la soberbia. Ese es el peor mal de los perdedores.

El rostro de Isaac se tornó sombrío. Las bofetadas filosóficas de Theodor eran de las más dolorosas.

—Siempre he cumplido tus órdenes al pie de la letra —se defendió —. Jamás he fallado.

—Lo sé —esgrimió Theodor pensativo—. Aun así, continúas dudando de ti mismo. ¿Por qué?

Era fácil responder que no lo hacía. Sin embargo, mentirle a Theodor era una tarea titánica. Cada gesto y cada palabra eran leídos en forma milimétrica.

—Mayka es mucho más hábil que tú. —Terminó por hundir la autoestima de Isaac—. Tiene talento natural para el liderazgo, más que tú o muchos de los hombres de esta familia.

—¿Por qué nunca le diste un trabajo entonces? —La rabia entrecortó su voz al final—. ¿Por qué jamás estaba en tus planes?

Theodor sonrió. Lo hizo de una manera tan condescendiente que Isaac sintió que en ese instante era capaz de sacar el arma y vaciarle todo el cargador encima a ese vejestorio que se creía con derecho de humillarlos a todos.

—Mi hermano murió linchado en una de las guerras civiles del Congo Belga —dijo sin un mínimo de angustia—. Aprende a controlar tus instintos, tu ira, tu maldad, si no quieres terminar como él.

—Sé perfectamente cuáles fueron las causas de su muerte. No terminaré igual.

El viejo se hizo hacia atrás en el cómodo sillón, que era lo más parecido a un trono de la realeza, buscó en uno de los cajones y sacó un sobre de madera y una caja metálica con habanos.

—Eso es para ti. —Cortó el habano y lo abrió.

Isaac dio pasos hacia el escritorio y tomó el sobre. Lo abrió y encontró dentro de él fotografías. Se detuvo en cada una de ellas. Era un numeroso grupo de personas. Los accionistas mayoritarios de Olimpia Zeratos. Uno de los rostros hizo que Isaac sonriera. Vaya, por fin algo interesante.

—Irás con Owen y Silas. Los quiero fuera a cada uno de los que aparecen allí, incluido al maldito Bryce Morgan, ¿entendido?

—Creí que había un acuerdo de paz firmado.

—Sí, y ellos lo rompieron en el momento en que se metieron en mi territorio.

***

Mayka estaba en el gimnasio de la mansión cuando su hermano Owen llegó con una toalla y una botella de agua. Frunció el ceño. Ese imbécil jamás ocupaba ese espacio, ya que prefería entrenar fuera de las instalaciones. La mujer continuó con su actividad e incrementó la velocidad del aparato electrónico.

Owen dejó la botella y la toalla en una de las mesas que estaba cerca de la pared junto al refrigerador y al dispensador de agua. Mayka rio. Todavía le producía gracia aquella vez en donde ella e Ian, en una reunión familiar, inventaron que habían encontrado partículas de cianuro en un análisis del agua de los aparatos que abastecían cada espacio.

El hombre se movió hacia el mueble que cubría una de las paredes en donde estaban las vendas y los guantes de boxeo.

Mayka sacudió su cabello —las gotas de sudor salpicaron hacia todos lados— y bajó la velocidad de la caminadora. Su coleta se había desarmado, por lo que volvió a recoger su pelo con ella. Continuaba preocupada por Jesse, pero era imposible usar cualquier medio de comunicación aún. Además, ir y verlo personalmente sería una tontería. Desconocía de qué artimañas se valdría Theodor para

terminar lo que ansiaba desde hacía veinte años: sacar a Jesse de sus vidas para siempre.

—Me extraña encontrarte aquí —comentó Owen mientras se colocaba las vendas—. Pensé que saldrías corriendo a proteger a tu primo preferido.

—Mi primo preferido, como tú lo llamas, es un desertor —aclaró—, y puede que yo lo estime, pero nunca lo haré más que a mi familia.

—Por supuesto. —Owen se rio, y Mayka frenó el caminador—. ¿Piensas que el abuelo te cree tus mentiras?

—¿Desde cuándo ese es tu problema? ¿Qué pasa? —desafió—. ¿Estás preocupado por lo que el «primo bebé» pueda decir?

—¿De qué carajo estás hablando? —Movió sus dedos para que las vendas se adaptaran a ellos.

Mayka salió del aparato electrónico y se afirmó en este.

—Vamos, Owen, soy tu hermana, y, para tu tristeza, eres muy fácil de leer.

—Escúchame con suma atención, perra —la señaló—, si piensas que…

—Tranquilo, Owen —replicó—, últimamente te enojas muy fácil.

Owen se quitó la camiseta negra y quedó solo con un pantalón de chándal que caía debajo del hueso de su cadera. Le llevaba veinte centímetros en estatura a Mayka. Ella le dio una sonrisa ladeada.

—¿Qué pasa? ¿Ganas de que te dé una paliza?

—Ven acá, bocona.

Mayka adoraba los momentos en que podía retorcer a golpes a su hermano mayor. Era un placer sádico que latía cada vez que este la desafiaba. Se descalzó y caminó hacia el medio del enorme cuarto. Había una alfombra azul de forma circular allí. El piso del gimnasio era de madera. Eso garantizaba que todos los movimientos de saltos no afectaran las articulaciones. Mayka no buscó vendas ni nada que la cubriera. Solo tenía un sostén deportivo y un pantalón corto. Se colocó de costado y levantó las manos en posición de combate.

—Veo que no te cansas de hacer el ridículo, perra —se burló—, pero tranquila, dentro de dos días comenzaremos la limpieza por ti.

—¿De qué hablas?

Owen dio dos zancadas y fue sobre ella. Izquierda, derecha, y Mayka esquivó ambas. Se alejó mientras se mantenía moviendo en círculos. La defensa de Owen era de las mejores. Era difícil asestarle un golpe, por lo cual debía tener la paciencia para concretarlo.

Owen se desplazó en círculos con ella con esa sonrisa burlona que ahora Mayka quería borrar. Su hermano avanzó hacia ella. Izquierda, derecha y rodilla arriba. La defensa de la mujer estuvo a punto de romperse. Dio pasos atrás por el impacto del golpe. El maldito no volvió a pronunciar palabra. Esta vez se lanzó con todo, un *uppercut,* o gancho a la mandíbula, rompió la defensa, y Mayka cayó al suelo. Se puso de pie al instante. Owen se fue hacia ella de nuevo y le lanzó un *hook,* o gancho oblicuo, directo al hígado. Mayka pudo trabarlo y metió un rodillazo directo al pecho de su hermano, con lo cual logró romper su equilibrio.

Owen trastabilló dando pasos hacia atrás. Se limpió el sudor y arremetió una vez más. Esta vez Mayka no le permitió acercarse. Una *high kick,* o patada alta, dio directo sobre los antebrazos de Owen y lo lanzó de espalda al piso. Mayka elevó los puños, lista para seguir, pero Owen esta vez solo se irguió y arrastró la pierna derecha, logrando tocar la suya, con lo cual fue al piso también. Saltó sobre ella, presionó el antebrazo en el cuello e inmovilizó sus piernas con las propias. El antebrazo profundizó en la garganta. Mayka sintió que su mandíbula se tensaba mientras lanzaba ganchos de un lado a otro e intentaba quitarse de encima a Owen. Su pierna derecha se zafó del enganche y con la rodilla golpeó sobre el trasero de su hermano, que la cubría encima. Una, dos, tres golpes y Owen cayó hacia delante. Eso fue suficiente para que Mayka rodara hacia el costado derecho y se incorporara.

Owen también se levantó y comenzó a reír.

—Esa estuvo buena, hermanita —ironizó—. El pobre Jesse nunca tenía fuerza para zafarse.

Las vísceras de Mayka se inflamaron. Estaba a punto de incendiarse.

Owen se encogió de hombros.

—Hijo de puta —balbuceó primero con sus ojos inyectados de sangre—. ¡Maldito hijo de puta!

Y esta vez la técnica, la perspicacia y la inteligencia se fueron por el retrete. Mayka dio un grito y, como una leona a la cual le lastiman un cachorro, saltó sobre su hermano y lo tiró de espaldas una vez más. Owen colocó sus manos en defensa, pero resultó una pérdida de tiempo. Mayka lanzaba puñetazos desde todos los ángulos con velocidad y fuerza. De pronto, la mujer reflexiva se había convertido en un vendaval de golpes directos, izquierdos, derechos, a la mandíbula, que le impedían reaccionar a Owen. Era un relámpago de furia.

—¡Mayka! ¡Mayka! —Fue su primo Ian quien la sujetó en un intento para calmarla. Ella gritaba con tal fuerza que cualquiera que la escuchara en aquel momento temblaría—. ¡Por Dios, mujer! ¡Ya!

Owen se levantó y trató de seguir con la pelea. No obstante, Ian se interpuso.

—Vete de aquí ya —ordenó Ian con seriedad—. Se terminó.

—Aquí no se termina hasta que yo lo diga.

—¡Owen! —Ian perdió la compostura en ese instante también—. Desaparece en este momento o voy a terminar lo que ella empezó.

—¿En serio? ¿Tú?

—¿Quieres ponerme a prueba, Owen?

Owen sonrió ante la amenaza de Ian y le echó una mirada a Mayka, quien todavía era sostenida por su primo.

—No puedes protegerlo siempre. Que te quede claro.

Y después de esas palabras Owen salió del gimnasio maldiciendo.

Mayka sintió que sus piernas se tornaban gelatina. Ian la dejó en el piso. La mujer colocó la mano en su cabeza y negó.

—Mayka, ¿qué carajo fue eso?

—Jesse —susurró con tristeza—. Se ha ido con London Morgan.

—¿Eh? —Ian apenas creía lo que sus oídos escuchaban.

—Sabes el tiempo que llevan intentando una guerra con ellos. Ahora tienen la chance.

—Mayka —sujetó su rostro con ambas manos—, no puedes cambiar el destino de Jesse, ni el tuyo tampoco.

—No digas eso. No lo digas. —Mayka sentía que el aire se le escapaba, que las esperanzas se desvanecían. Esas tontas ilusiones que aún conservaba en su corazón.

—La guerra está declarada, y no es por Jesse —confesó. Entretanto, la puso en pie y la abrazó—. Hay noticias que no sabes.

—¿Qué? ¿Qué va a pasar ahora?

—Es el abuelo, Mayka —respondió con pesar—. Ha ordenado asesinar a todos los miembros de Olimpia Zeratos, y entre ellos a su último accionista.

—No.

—Sí, Mayka. Isaac, Owen y Silas van a asesinar a Bryce Morgan.

12. Consciencia

«Isaac, Owen y Silas van a asesinar a Bryce Morgan».

Mayka revolvía el azúcar una y otra vez en el café que había pedido una hora atrás. Su mente estaba en blanco. Se imaginó que un hámster en una rueda de pronto caía y se quedaba exhausto de tanto dar vueltas sin sentido.

Fue algo inesperado, algo intolerable. Mayka odió descubrir que tenía una consciencia más allá de Jesse y su propio dolor. La frase de Ian daba vueltas y vueltas en su cabeza. ¿Qué carajo le importaba cómo terminara «el Demonio» Morgan»?

El tatuaje que ahora conocía a la perfección, esa imagen en donde se entrelazaba su pasado y el de Bryce. Rosas, espinas y muerte. Tentación y lujuria. Era avaricia desear más allá del placer visual que la embargó en aquella ocasión. No estaba en sus manos la vida de ese hombre.

El celular sonó en aquel instante, y algo en su interior se incendió una vez más. Había tratado de comunicarse con él durante toda la mañana sin resultado. Quizá estaba ocupado. Tal vez no le interesaba conocer nada acerca de su familia. Ambas razones eran válidas, y Mayka no las cuestionaría. Si ella tuviera la chance, haría lo mismo que ese hombre que ahora se apiadaba de ella.

—Dominic —respondió en un vano intento de ocultar los nervios en su voz.

—¡Y miren quién apareció! —exclamó su primo desde el otro lado de la línea—. Te juro, todavía no creo que me hayas llamado treinta veces.

Mayka se mordió el labio inferior. Nadie tenía en cuenta a ese hombre en la familia. Ya no formaba parte de ella hacía varios años, cuando decidió ser libre.

—De verdad lamento molestarte. —Cerró los ojos y se aprestó a escuchar la negativa de su primo.

—Tú nunca molestas, Mayka —se sinceró—. Me da gusto escucharte.

—Dom, no podemos hablar por aquí —replicó con velocidad.

—Bien —respondió tranquilo—. Tienes mi número. Busca la forma. —Y cortó la comunicación.

Mayka se puso de pie y le hizo señas a la mesera para que buscara el dinero por la cuenta del café que no había bebido y la propina. Salió de allí y encontró la solución a una cuadra de donde estaba. Corrió hasta la estructura de color rojo, una cabina telefónica, y gracias a Dios por esa antigüedad que todavía tenía espacio en Londres.

Mayka ingresó, cerró la puerta y agarró el teléfono. Cerró los ojos y dio un suspiro profundo. Cargó las monedas y marcó al celular del hombre.

—Hola —se burló Dominic.

—Estoy en una cabina telefónica.

—Has derribado un mito. Nadie puede decir que las bonitas son tontas ahora.

—Vete al carajo —insultó—. No te comportes como un bastardo misógino. No tú, por favor.

—Lo lamento, una broma cavernícola —se disculpó, pero aún reía, lo que significaba que no lo sentía una mierda—. Dime, prima, ¿a qué debo este honor?

—Deja de tontear —pidió—. Tengo un gran problema sobre mi cabeza, y creo que eres el único que puede ayudarme.

—Bien, estoy en mi despacho a punto de terminar mi trabajo e irme a follar a mi novio, así que más vale que te apresures.

—Entonces es cierto. Eres gay.

—No soy gay, soy bisexual, pero tengo un novio ahora, uno que no perderé por ningún motivo.

—Al abuelo le dará un infarto.

—Ojalá fuera tan fácil matarlo, pero lo dudo, cariño. —Dominic volvió a reír.

Mayka se afirmó al vidrio de la cabina telefónica y observó a la gente que pasaba.

—¿Crees que alguna vez podré ser libre como tú?

—Pienso que ya eres libre. Solo debes tomar tus cosas y largarte de ahí sin miedo a las consecuencias.

—Ian dice que solo los locos hacen eso.

—Ian nunca se animó a nada —objetó Dominic—. Lo quiero, al igual que a ti y a los que valen la pena, pero está tan metido en la mierda familiar que no ve más allá de eso.

Dominic se había marchado cuando era prácticamente un niño. Había regresado un par de veces por reuniones familiares, mas nunca se contaminó con dramas e intrigas. Era bueno que su padre también hubiera muerto varios años atrás. Era fantástico saber que Dominic solo necesitó cumplir los dieciocho para desligarse por completo de las obligaciones de familia. Todos le temían en la familia. Dominic tenía un nombre, un prestigio. Era letal en cualquier terreno. Cuando se desempeñaba como abogado o cuando dejaba entrever al asesino que cargaba en sus genes.

Mayka necesitaba una salida, y nadie más tendría las pelotas para darle una visión clara como él.

—Mayka —esta vez su voz sonó tranquila—, cuéntame, ¿qué te sucede?

—Jesse se marchó de la mansión —comunicó—. Tiene un amorío con un profesor en la universidad.

—Vaya, nada como lo prohibido, ¿eh? —bromeó Dominic, y Mayka puso los ojos en blanco.

—El profesor es London Morgan.

—Bueno, tal vez lo prohibido está sobrestimado.

—Mis hermanos y los de Jesse odian a los Morgan, tú lo sabes. Ahora Río Morgan ha firmado un contrato multimillonario con Olimpia Zeratos, y nuestro querido abuelo ha dado la orden de aniquilarlos a todos.

—A Theodor no le gustan mucho las negativas.

—Su ambición no tiene límites. Quieren tener lugar en todo el mercado de diamantes. Ese es el objetivo. Río Morgan se metió en

medio, y ahora Bryce morirá asesinado junto al resto de los accionistas.

—¿Quién te ha dicho todo esto?

—Ian.

—Entonces es información confiable.

—Lo es.

—¿Y en dónde entro yo? —cuestionó intrigado.

—Necesito que me ayudes a impedir la masacre. —El silencio envolvió la línea en ese instante. Los segundos pasaron, y Mayka pensó que la comunicación se había interrumpido—. ¿Dominic?

—¿Sabes? Hubiera preferido que seas tonta.

—Ya deja las bromas, que estoy hablando en serio.

—¿Te das cuenta de lo que estás planteando? ¿Vas a ir en contra de toda la familia?

—Tengo menos de cuarenta y ocho horas para resolver esto. La reunión será en Nueva York. Debo llegar ahí.

—Mayka, ¿por qué quieres hacer esto?

Mayka se acomodó el cabello y golpeó la cabeza con suavidad en el vidrio detrás de ella.

—Si te soy sincera, no lo sé —confesó—, pero no quiero que mueran.

—¿Los conoces? ¿A los dueños de la compañía?

—No.

—¿Entonces?

—Bryce Morgan se ha portado bien con Jesse —expresó con dudas acerca de si eso era el verdadero argumento—, lo ha protegido incluso. Considero que…

—¿Has hablado con el «Demonio»?

Mayka se mordió el labio inferior. Sí, había hablado con él. Es más, lo había olido y visto semidesnudo.

—Sí, tuve la oportunidad de hablar con él.

—Siempre me pareció un tipo muy caliente.

—¿Acaso tú no estás en pareja? ¿Qué pensaría tu novio si supiera que hablas así de otros hombres?

—Tranquila, loca celosa —se rio—. Mi novio también tiene ojos, y pensaría lo mismo que yo.

—No soy celosa, ni siquiera lo conozco.

—Si te ayudo a salvarlo, dile que me debe una follada.

—Deja de ser tan guarro.

—Y tú disimula que te mueres por él.

Mayka cayó en la trampa una y otra vez. Dominic se burlaba de ella, ¡y no le brindaba respuestas!

—¿Me ayudarás o no?

Dominic dejó de reír.

Mayka se mantuvo firme y esperó a que su primo se pusiera serio.

—Ellos van a vigilarte —advirtió—. Debes tener ojos en todos lados. No puedes viajar en un vuelo comercial, así que deberás pedirle ayuda a tú sabes quién.

—No, por Dios —rogó—. Me odia.

—Creo que a todos, pero si le pagas lo hará —replicó—. Debes sacar un vuelo en una aerolínea comercial hacia otro destino y asegurarte de que Mayka Callum suba a ese vuelo, ¿me explico?

—Sí —afirmó mientras sus ojos iban a la gente que iba y venía a esa hora—. ¿Qué más?

—Creo que necesitarás que tu piloto también te ayude a hacer el trabajo.

—¿Cómo logro eso?

—Sabes cuál es el lema de Jared. El dinero nunca es suficiente. ¿Quiénes son los asesinos?

—Isaac, Owen y Silas.

—No deben mostrar su rostro en ningún momento, de lo contrario están muertos.

—Lo sé.

—Te enviaré el contacto de una mujer en Londres. Su nombre es Sabina Kuvric. Ella puede ayudarte. No es barata, pero, al igual que Jared, es la mejor.

—Está bien.

—Recuerda mantener apagado el celular y usar uno alternativo.

—Lo tengo.

—Mayka.

—¿Sí?

—No estás preparada para enfrentar a tres Callums experimentados, menos cuando uno de ellos es tu hermano.

—Puedo hacerlo.

—Tienes menos de dos días para trazar un plan perfecto. Te sugiero que te des prisa.

—Lo haré —respondió con escaso convencimiento—. No se saldrán con la suya.

—No puedo creer que hagas esto por un Morgan.

—Quizá no lo hago solo por él.

—Siempre nos dijeron que los Morgan y los Callums no nacieron para estar juntos. ¿Sabes lo que yo pienso?

—Dime —dijo con su mano apoyada sobre la cabina, cansada antes de comenzar a luchar incluso.

—Creo que es al revés —argumentó Dominic con su típica sinceridad, que era su sello—. Es fácil amar las partes brillantes de un ser humano, pero las oscuras solo puede hacerlo alguien que habite en la misma oscuridad.

Mayka recordó unas palabras de su madre cuando era niña. Habían sido muy parecidas a las que Dominic había dicho. Su madre había dejado de dar consejos hacía mucho tiempo, perdida en el tiempo y bajo el yugo de un esposo violento, un hijo muerto y uno cruel. Mayka se preguntaba cada vez que la miraba si ese era su destino, si de verdad se perdería en una relación vacía en donde no la valoraran. Ese miedo la acompañó por mucho tiempo, y esa noche, cuando tuvo a Bryce frente a frente, algo de ese temor se desvaneció.

Bryce era un asesino, pero no era como ninguno de sus hermanos. Había algo más debajo de ese tatuaje que mostraba de manera ostentosa, algo más que calaveras y rosas, algo que valía la pena conocer.

—No sé qué me ocurre con Bryce Morgan —confesó a Dominic—. Apenas lo conozco. Traté de matarlo incluso.

—Como te dije, él ya conoce tu parte más oscura, y tú la de él. Ahora solo queda jugar tus cartas.

—A todo o nada.

—Creo que ya entendiste, Callum.

13. Jared Callum

Cuando los Callums hablaban del bastardo hijo de Joseph, todos se persignaban. Era un secreto, uno que se paseaba por donde quería, recibía los trabajos que quería, y no necesitaba rendirle pleitesía a Theodor ni mucho menos al hijo de puta de Joseph.

Jared era una vergüenza, una prueba de la infidelidad, de que la «perfección» que buscaba Theodor era inexistente cuando lo que tenía bajo su mando eran seres de carne y hueso, con deseos y lujuria.

Jared era medio hermano de Ian Callum, el primo favorito de Mayka, junto a Dominic. El problema era que Ian odiaba a Jared, o era muy bueno disimulando el desdén. Nadie sabía a ciencia cierta dónde vivía. Es decir, tenía una casa en Londres, pero nunca estaba allí. Solo unos pocos tenían su teléfono para contactarlo, por lo que negociar con él o solicitar un «trabajo» era un privilegio de pocos.

Esa noche el aire se tornó denso. La neblina característica de Londres era una bruma espesa que cubría cada espacio. Mayka se enfocó en el Támesis, en ese río que tenía más historias guardadas que su propia familia durante siglos.

—Pero miren a quién tenemos aquí.

Mayka entornó los ojos cuando esa horrible voz sonó detrás de ella.

—Llegas tarde —replicó enojada.

—Solo cinco minutos.

—¿Cinco minutos? —Frunció el ceño—. ¡Hijo de puta, llevo una hora aquí como estúpida!

—¿Y ahora es mi culpa que seas estúpida? —ironizó el hombre—. Cúlpame de la tardanza, no de tus defectos.

—Eres insoportable. —Mayka contuvo las manos en su chaqueta. Quería estrangular a ese idiota que se acercó y se cruzó de brazos

frente a ella.

—¿Enojada, princesa? Cuidado, no te conviene.

—No me llames princesa, odio cuando lo hacen —replicó entre dientes, cansada de luchar con ese idiota.

—Está bien. —Jared levantó las manos en señal de rendición—. ¿Qué es lo que necesitas de mí?

—Un vuelo a Nueva York. Necesito estar allí la mañana del jueves.

—Bien. —Chasqueó la lengua—. Es decir que tengo menos de treinta y seis horas para planear el vuelo. Lindo.

—Y voy a necesitar apoyo en terreno también.

Jared frunció el ceño y comenzó a reír.

—Bueno, prima, creo que hemos llegado a un punto sin retorno. Dime, ¿a quién vas a matar en Nueva York? ¿Y por qué no le pides apoyo a tu gente?

Mayka lo observó por un momento y luego desvió la mirada. Cielos, era más fácil decirlo que hacerlo.

—Habrá una reunión entre los miembros de la nueva cúpula de Olimpia Zeratos.

—Te sigo.

—Isaac, Owen y Silas estarán allí para terminar con ellos. Todo se debe a un acuerdo que salió mal. El abuelo quiere vengarse.

—Y es fácil ordenar venganza cuando tienes un ejército que te apoya dócilmente. Aun así, no entiendo el motivo por el cual quieres que nos enfrentemos a tu propio hermano.

Mayka dio un suspiro y se arregló el cabello.

—Quiero ayudar a alguien de la compañía. Creo que le debo este favor.

—No me jodas. Un Callum jamás aceptaría que le debe algo a alguien.

—Pues yo sí —replicó—. Y quiero compensarlo.

—¿Quién es? —Jared frunció el ceño—. Necesito los nombres de todos para saber a qué nos atenemos.

—¿Entonces aceptas?

Jared levantó la mano.

—Tranquila ahí, correcaminos. No he dicho tal cosa.

—Te pagaré.

—Por supuesto que lo harás, pero debo analizar todos los frentes si hay Callums de por medio.

—No hay mucho tiempo.

Jared levantó las cejas y rio.

—Sí, pero ese es tu problema, no mío, amiga, así que mis reglas o buscas a alguien más.

Mayka cerró los ojos y negó. Abrió su teléfono celular y le envió por mensaje la lista de nombres de todos los miembros que estarían presentes.

Jared buscó el celular en el bolsillo de su traje y leyó con detenimiento. Uno de los nombres fue el que le llamó la atención.

—¿Puedo preguntar algo? —inquirió con una sonrisa irónica, como era su costumbre—. Está claro que el Bryce Morgan que aparece en este listado no es el que ambos conocemos, ¿verdad? Porque de seguro hay muchos hombres que deben tener ese nombre y apellidarse Morgan, ¿cierto?

Mayka se mantuvo seria. Se giró y dio pasos, alejándose. ¿Qué era lo que hacía?

—Jared —sus manos se movieron como si fuera más fácil hablar cuando gestualizaba con ellas—, Jesse se fue. Muy pronto se irá del país con London. Hace un par de noches tuve la brillante idea de ir al edificio donde viven e intentar matarlo.

—Carajo. —Jared negó y la miró escéptico—. Te pasas de mensa, mujer. Te imaginaba más inteligente.

—¡Tenía miedo! —exclamó—. La familia amenazaba con borrar a Jesse del mapa. Lo tildaron de traidor, aún lo hacen, entonces quise deshacerme del problema. La cuestión es que me encontré con Bryce Morgan allí.

—¿Y?

—Pudo haberme matado, mas no lo hizo. Le rompí la nariz, y aun así se mantuvo abierto al diálogo. Me llevó hasta London y Jesse. Pude hablar con ellos. La cosa es…

Jared se mordió el labio inferior y empezó a reír.

—Mayka Callum, ¿sabes lo que les pasa a los traidores en tu casa? ¿Vas a asesinar a tu hermano porque estás caliente con un Morgan?

—Yo no voy a asesinar a mi hermano, solo impedir que cumplan su misión —replicó—. Y que quiera agradecer cómo han tratado a Jesse no implica que esté interesada en él.

—Seguro —dijo Jared sin creerle una sola palabra—. Entonces, tu plan perfecto sería: te llevo a Nueva York y te ayudo a ser la salvadora de un tipo que nos odia y luego volvemos aquí. ¿Es así? Sanos y salvos, y todos contentos.

—Deja el sarcasmo, imbécil. Sé que es algo muy difícil de hacer, pero también sé que, si cuento contigo, puedo llevarlo adelante.

—Que me acaricies el ego no significa que te diré sí. No soy tan fácil, aunque lo parezca.

—Tú has padecido a esta familia —dijo con tristeza—, y te estoy dando la posibilidad de que le des una golpiza a tres hombres que son aborrecibles. No me importa el parentesco que tengan conmigo, lo son.

Jared se mordió un costado de su labio inferior, como lo hacía cada vez que reflexionaba sobre algo. Sujetó entre sus manos el celular de nuevo y observó los nombres.

—Hay una gran posibilidad de que no salgamos vivos de allí.

—Lo sé.

—El mismo Bryce puede terminar tiroteándonos el culo.

—Soy consciente de ello —masculló Mayka, que ya había visto el problema desde todos los ángulos.

—Si se enteran de que fuimos nosotros, nos perseguirán toda la vida.

—No lo harán —objetó convencida—. ¿Cuál es tu respuesta?

Jared la escrutó en detalle. Los hombres de la familia tenían una belleza descomunal, pero la de las mujeres era algo fuera de este mundo. Nunca perdían la inocencia en sus ojos sin importar cuánto dolor u obstáculos enfrentaran.

Jared no tenía mucho por lo que luchar, no lo tuvo desde que perdió al amor de su vida años atrás. Ahora solo se dedicaba a matar, a sacar de este mundo a lacras. Jamás creyó que Mayka se acercara a él por ayuda, y él jamás esperó darle la respuesta que estaba a punto de revelar.

—Está bien, Mayka —aceptó sin dudarlo—. Por una vez en su vida esos tres hijos de puta van a saber lo que es sentirse jodido.

14. Valentía

—Hay algo en este viaje que tiene un sabor diferente.

—Sí, huele a mucho dinero —contestó Bryce a su hermano, Eric, uno de los que siempre estaba a su lado, sobre todo cuando debían cuidarse las espaldas.

Había personas que decían que no tenían hermanos favoritos, y Bryce se avergonzaba al pensar que no los entendía. La relación que siempre tuvo con Eric fue un lazo mayor a cualquiera que tuvo con el resto.

Río Morgan tenía seis hijos, y entre ellos se encontraba Bryce, que era el mayor y quien estaba a cargo de casi todas las negociaciones. El segundo era Eric, con quien solo había un año de diferencia.

—Hablo en serio, idiota —dijo mientras ambos estaban en la oficina de Bryce en el centro de Londres.

Para el mundo, Bryce Morgan gerenciaba una empresa de venta de autos de lujo. Era ahí donde pasaba la mayor parte del tiempo, y en las noches se dirigía en búsqueda de un trago a El limbo, la discoteca que pertenecía a su padre. Tenía una vida tranquila, aunque el término tuviera una connotación diferente en el resto de los seres humanos.

La vida de Eric era menos «simple». Contaba con una empresa de seguridad informática y, además, con personal entrenado para custodiar celebridades y otras personas que tuvieran el dinero para contratar sus servicios.

—Papá tiene razón a veces —esgrimió Bryce—. Te preocupas demasiado.

—Lo necesario para mantenernos vivos —expresó en tono serio—. Además, sabes mi opinión sobre este maldito acuerdo.

—Por favor, no empieces. Ya me recuerdas a London —cortó a su hermano antes de que comenzara con todo el sermón.

—Definitivamente, London no —recalcó—, y mucho menos ahora, que ha cometido el peor error que un Morgan puede tener.

—Coincido contigo —aceptó Bryce—. Enamorarse es de tontos.

Eric miró hacia arriba y luego dio un suspiro. Comenzó a reír, del mismo modo en que lo hacía Bryce, que lucía feliz después de mucho tiempo.

—London nos ha dado una gran lección, Eric —opinó con alegría en su voz—. Ha hecho lo que ninguno de nosotros se habría animado.

Eric se cruzó de piernas. Ambos se quedaron en silencio. Bryce estaba con su *tablet* y observaba los nuevos prototipos vehiculares que saldrían ese mes.

—Discutí con él ayer —confesó Eric—. Le dije cosas…

—Me imagino. Cosas hirientes como solo tú sabes decir —interrumpió Bryce—. ¿Y qué te respondió?

—Me dijo que soy un cobarde, que lo único que tengo de valor es el arma que cargo siempre.

Bryce dejó la *tablet* y se afirmó en el escritorio.

—¿Qué piensas acerca de eso?

—Llevo años asesinando personas y gasto mi tiempo follando a otras tantas de las cuales ni siquiera sé su nombre y que conozco en aplicaciones de citas.

—Pensé que eso estaba bien para ti.

—Lo estaba, pero…

—London te puso contra las cuerdas.

—¿Qué puede saber? Él no tiene idea de lo que es esta vida. London sueña con castillos y hadas.

—O con castillos y caballeros.

—Probablemente.

Ambos rieron ante el disparate. Eric estaba anonadado por lo sucedido.

—Lo entendería, ¿sabes? —dijo al cabo de unos segundos—. El tal Jesse es una cosita hermosa. Si no tuviera ese apellido, creo que yo también tendría mi verga dura por él todo el tiempo.

—Demasiada información. —Bryce arqueó una ceja, y Eric se frotó la cara.

—Lo lamento, hombre. A lo mejor estoy divagando y esta desconfianza es producto de lo sucedido con London.

—Hemos luchado y ganado batallas que todo el mundo creía imposibles —explicó Bryce con su vista sobre su hermano menor—. ¿Qué puede suceder para lo cual no estemos preparados?

Eric sonrió, dejando entrever ese lindo hoyuelo que tenían varios de sus hermanos.

Bryce se giró hacia la ventana, desde donde se tenía una panorámica completa del famoso Big Ben.

—¿Quieres venir a cenar esta noche a casa?

Eric puso sus labios en línea recta y después negó con la cabeza.

—Lo lamento, tengo planes.

—Ya veo —replicó Bryce—. Sigue así, hermano. Quizá algún día conozcas a un Jesse en esa aplicación.

—Lo dudo —se puso de pie—, pero mientras encuentro al correcto me divertiré con el equivocado.

***

—¿Así? ¿Tan espontáneo?

—No es espontáneo. Lo he pensado bastante, y necesito un descanso.

Mayka le sonrió a su padre en medio del almuerzo en el jardín de invierno que Theodor había organizado. Frente a ella tenía a Owen, quien bebió de la copa de vino blanco y se mantuvo serio. Mayka sentía que cada fibra de su cuerpo se contraía. Theodor estaba ocupado hablando con otros miembros de la familia. Abel asintió, de la misma forma que Linda, su madre.

—¿Las Maldivas? Vaya, sí que tomas en serio el descanso, hermanita.

—Tú vives de vacaciones —replicó—. No entiendo por qué yo no.

—Viajo por negocios —aclaró—. Además, me parece una tontería que te excuses en estar cansada cuando haces poco y nada.

—¡Qué bueno que no es tu problema!

—Suficiente. —Abel cortó la discusión entre los hermanos. Mayka tomó uno de los sorrentinos en salsa blanca y lo llevó a su boca—.

Mayka nos ha notificado y no tenemos objeciones.

—Gracias.

—¿Por cuánto tiempo te irás?

—Por una semana. —Bebió de la copa de vino, que transpiraba más que ella—. Si hay algún inconveniente, puedo postergarlo. De verdad no quiero…

—Está bien, Mayka. Te deseamos buen viaje.

Dicho eso, su padre le dio la espalda y comenzó a hablar con Owen acerca de la pobre víctima, es decir, la mujer que su hermano había conocido un par de meses atrás y que presentaría como su novia en pocos días.

Fue la primera vez que se sintió bien ser ignorada por sus padres. Mayka dejó la mitad del platillo que el chef había preparado. Los nervios de los últimos días la hacían devolver todo lo que ingería. Lucía demacrada. De verdad denotaba que necesitaba unas vacaciones.

Comenzaba a sentir la soledad en los almuerzos. Era increíble estar rodeada de tantas personas y estar así de vacía.

«Jesse».

En un principio se limitó a pensar que todo esto lo hacía solo por él, pero ahora Mayka estaba en una encrucijada en la cual no solo estaba protegiendo a su primo, sino que también buscaba darle una lección a su propia familia.

«Y quedar como una diosa frente a Bryce Morgan, admítelo. No seas hipócrita».

Sus pensamientos la asustaban, pensar en un hombre que, con seguridad, ni siquiera la recordaba. Y las imágenes de su piel y la de él tocándose, dándose calor, se tornaban cada vez más nítidas. Sueños extraños, sueños que jamás había tenido ni en su desastre hormonal.

No necesitaba un amante y mucho menos uno como él. Y la cuestión iba más allá del miedo o la valentía. Era el mundo que los separaba, un mundo que tenía tanto de moderno como de arcaico. Un mundo en el que sobrevivir significaba destruir a todos alrededor. No obstante, el miedo más profundo, ese que su mente buscaba sacar a flote en cada pensamiento, seguía ahí. Mayka tenía miedo,

pero no por las razones que ella misma se daba. Tenía miedo porque frente a ese hombre, que el mundo ardiera o no, carecía de importancia.

El celular que encendía de vez en cuando recibió un nuevo mensaje.

Museo de Victoria y Alberto, tres de la tarde.

Había hablado con su familia y entregado a Jared toda la información necesaria para ingresar a las oficinas de Nueva York de Olimpia Zeratos. Solo restaba un pequeño detalle: encontrar a la mujer que se haría pasar por ella y que tomaría su vuelo a Maldivas.

Conocía a su familia. Pese a que ninguno mostró sospechas, no se confiaba ni de su sombra, por lo que necesitaba comprar un vuelo en primera clase y subir a alguien allí que se hiciera llamar Mayka Callum.

Con ese objetivo, Dominic le dio un nombre, una mujer que, según él, no solo era más ardiente que el infierno, sino también una especialista en suplantar personas.

El museo estaba atestado de personas. Mayka contempló el frente, esa estructura antigua en donde en una de sus alas flameaba la bandera británica, y se paró en las escalinatas. Llevaba un traje negro que combinaba con sus gafas y sus zapatos de tacón. Miró el reloj y advirtió que había llegado a tiempo. Las personas a su alrededor la esquivaban para entrar. Mayka no sabía si ingresar al museo o mantenerse en la puerta.

—Odio los museos. Nadie que no ha vivido en el pasado puede comprenderlo.

Mayka se giró hacia su derecha y notó a una mujer rubia de su estatura, con gafas oscuras también, pantalón negro y una chaqueta borravino que combinaba con sus botas.

—No sabía si esperarte aquí o…

—Ven, entremos —interrumpió la mujer, y ambas se dirigieron al interior del enorme edificio que había sobrevivido no solo el paso del tiempo, sino también la Segunda Guerra Mundial.

Mayka iba unos pasos atrás de la mujer, quien observaba las distintas colecciones que se encontraban.

—Este museo cuenta con siete plantas y ocupa un total de cuarenta y cinco mil metros cuadrados. Tenemos materiales provenientes de todos los puntos del planeta.

Ambas se detuvieron y escucharon al guía, un joven de unos veinticinco años.

Sabina se paró frente al hombre y fijó sus ojos celestes en él, al punto de que el muchacho tuvo que agachar la mirada mientras los turistas lo invadían con preguntas.

—Me encantan así de tímidos —dijo con seriedad—. Son los mejores en la cama.

Mayka enarcó una ceja. Habría esperado cientos de comentarios de esa mujer, pero nunca ese.

—Dominic me dio tu número.

—Mi amado Dom. —Sabina suspiró—. Es de los pocos que destruyen mi teoría acerca de los hombres tímidos. Él no lo es, y es uno de los mejores amantes que he tenido en mi vida. Jared y Dominic son hombres que dejan huella. Quizá todos los hombres de tu familia lo sean, pero son estos dos los que he podido probar.

—Los hombres de mi familia son memorables, todos ellos, y a veces no en el buen sentido —replicó Mayka, seria.

Sabina se humedeció los labios.

—¿Y tú, pequeño ángel? —Se acercó y le arregló un mechón de cabello—. ¿Tú también eres inolvidable?

—No soy yo la que debería decir eso, ¿no te parece?

—Humildad —se burló Sabina—. ¿Estás segura de que eres una Callum?

—Lamento decirte que no he venido a hablar de mi ascendencia —masculló presurosa—. Las horas corren y necesito saber a qué atenerme.

—Bien —Sabina abrió las manos—, cuéntame.

Mayka sacó del bolsillo de su chaqueta un boleto de avión.

—Este es un pasaje de ida a las islas Maldivas para mañana. Junto con ello tendrás una estadía de cinco días en Ja Manafaru Resorts con todo incluido.

Sabina frunció los labios, conteniendo la risa.

—Bien, ¿y a cuántos debo eliminar por esto?

—A nadie. Solo necesito que te hagas pasar por mí, que tomes ese avión con mi identidad y que te asegures de que te vean, porque de seguro te estarán vigilando.

—Bien. Deberás conducir al aeropuerto. Deben verte seguir la ruta desde tu hogar. Haremos el intercambio en uno de los baños. Voy a indicarte en cuál.

—Perfecto.

—¿Sabes? Mi hermana decía que necesitaba unas vacaciones. Al parecer, debe tener telepatía o algo.

—Recuerda que eres Mayka. Necesito que me envíes tus honorarios, y los tendrás depositados dentro de una hora.

—Eso déjamelo a mí, tú no la embarres en estas horas, y de lo demás voy a encargarme yo. —Sabina se arregló su cabello largo rubio y se dio cuenta de que Mayka lo miraba—. De verdad puedes confiar en mí. Seré Mayka Callum, británica, de veintitrés años.

—Con todo respeto, pareces mayor que yo.

—Con todo respeto, deja a la experta actuar. —Le guiñó el ojo y le tocó el hombro—. Soy una mujer de detalles. A mí no se me escapa nada. —Volvió a observar al guía turístico, que ahora recorría el lugar junto con el contingente—. Y cuando digo que no se me escapa nada hablo en serio. Nos vemos, Callum.

Y sin posibilidad de despedirse Mayka vio a la imponente mujer rubia acercarse al contingente y al pobre guía, que ahora le daba una sonrisita nervioso. Negó y miró al cielo. ¿Es que en su entorno nunca hallaría a alguien normal?

15. Jamás te harán daño, porque yo estoy aquí

Sus lenguas jugueteaban, hacían círculos y se tocaban. Se chupaban despacio, como quien tiene todo el tiempo del mundo para el placer, como quien aprendió a apreciar las cosas buenas de la vida, las mejores.

London enredó sus dedos entre los cabellos negros que caían sobre la frente de Jesse. Se observaron un segundo. El fuego abrasador de sus miradas consumía cada célula de sus cuerpos. Estaban vivos, más que nunca. London volvió a arremeter sobre esa dulce boca que nunca lo saciaba, una droga para la cual no encontraba remedio y tampoco control.

Habían llegado de la universidad hacía solo media hora. Era difícil mantenerse alejados, fingir frente al mundo, un mundo al cual no le debería importar qué hacían con sus vidas. Un café a solas, una práctica cotidiana, ahora se sentía insuficiente.

Jesse tuvo que contener las intensas ganas de sentarse en el regazo de su profesor. London tuvo que resistir el deseo de poner a su alumno a horcajadas sobre él y ordenarle que lo cabalgara como a un caballo salvaje, uno que había encontrado su jinete, y no permitiría que se escapara.

No habían tenido novedades de los Callums. Jesse no regresó a su hogar y no recibió llamada de ninguno de sus parientes. Entonces entendió que poco les importaba a esos desconocidos con los cuales compartía su sangre. Solo Mayka había mostrado dolor al alejarse de él. Su querida prima, su todo.

—Hey —London lo sujetó del mentón y lo obligó a mirarlo. Ambos yacían en la cama. Jesse estaba a horcajadas sobre su hombre—, ¿qué pasa con esa carita?

—Extraño a Mayka. —Acarició los músculos duros de su pecho—. No he sabido nada de ella, y eso me preocupa.

—Ella estará bien —calmó el profesor—. No es una damisela en apuros ni mucho menos. Creo que está más segura que tú y yo juntos.

—Eres un tonto. —Jesse hizo una mueca y le dio un golpecito en la nariz a su amante—. Hablas como si tú fueras la damisela en apuros.

—Es probable —bromeó, y lo estrechó más entre sus brazos—. Anda, ya deja de preocuparte.

Jesse salpicó besos en los hombros de London y luego en sus clavículas, en su cuello. London cerró los ojos y permitió la caricia, una que despertaba cada terminal nerviosa. La boca de Jesse era muy talentosa, y London se extasiaba de solo pensar que él había sido su maestro, y no solo en la universidad.

London lo giró y lo arrojó bruscamente sobre las sábanas . Jesse dio un grito y rio. Enredó sus brazos alrededor del cuello. Sus piernas rodearon las caderas y sus erecciones se acariciaron. La humedad en sus abdómenes era la señal más clara de su excitación.

—Profesor…

—Eres un bastardito muy hábil. —London le mordió la oreja—. Sabes qué decir para matarme.

—No es mi intención matarte —replicó Jesse—. Quiero… quiero…

—¿Qué? —Chupó sobre la mandíbula libre de vello—. Dímelo.

—Te deseo en mí.

—Por supuesto que sí, hermosura. —Clavó sus dedos en la barbilla de su amante y su lengua se hundió una vez más en él.

Jesse lo atrajo hacia su cuerpo. Buscaba unirse más, que las fronteras de sus cuerpos se desvanecieran y solo quedaran dos almas, la plenitud absoluta, la libertad que solo algunos seres se animaban a experimentar.

Los besos de London parecían no tener límites. Jesse se estremeció cuando la lengua poderosa y experimentada descendió una vez más por su cuello hasta su pecho. Cardenales violáceos sobre otros más antiguos… Su cuerpo era un lienzo sobre el cual el gran artista creaba sin cesar, una obra que contaba la historia del

desenfreno y la lujuria, de una pasión desmedida que ardió con furia y que a pasos agigantados se transformaba en el más puro amor.

—London —gimió Jesse cuando su pezón izquierdo fue succionado con ímpetu.

La lengua de su profesor lo rodeó una y otra vez. Aleteó sobre la protuberancia rosa para después engullirla como una cereza madura. El aire se entrecortó en la garganta de Jesse, un delicioso espectador de todo lo que a London se le ocurría en ese instante.

La boca de London continuó su viaje al sur con lentitud, deteniéndose en cada porción de piel donde encontraba una marca anterior. La piel blanquecina de Jesse tomaba un color rosado cuando el calor lo invadía. El pene goteante esperaba la lengua de London, su humedad para complementar la que él ya tenía.

—¡Ah! ¡Sí! —gritó Jesse, desesperado, cuando London por fin succionó sobre la cabeza de su miembro y lo llevó al interior de su boca.

Las lágrimas se agolparon a los costados de los orbes negros, que esta vez se cerraron y le permitieron a Jesse captar con sus otros sentidos el maravilloso tacto de su amante.

Un estruendoso y erótico sonido resonó en sus oídos cuando la boca de London abandonó el pene antes de chuparlo una última vez como si fuera un dulce.

—Date la vuelta —susurró con la voz gastada por el tiempo en que llevaba haciéndole un oral a Jesse.

El muchacho gimió con algo de descontento —le gustaba venirse cuando esa boca lo devoraba por completo— y se giró en la cama. London buscó una de las almohadas y la puso entre el colchón y la pelvis de su amante.

—¿Para qué pones…?

—Tranquilo —dijo London mientras le besaba el hombro—, te va a gustar.

Jesse gimió cuando la almohada presionó sobre su pene, que aún continuaba necesitado de mucha atención. Respiró profundo y sintió la presión de la boca de London sobre su cintura, besos húmedos que lo inundaban y lo sumergían en un profundo placer, una sensación única que siempre quería llevar. London tenía la capacidad

no solo de hacerle el amor, sino que lograba que Jesse se encontrara consigo mismo y también se amara.

London mordió sobre una nalga turgente y la apretó con su enorme mano. Jesse soltó una risilla mientras sujetaba una de las almohadas sobre su boca. Muy pronto la necesitaría. Sabía cómo funcionaba. Lo habían hecho decenas de veces desde aquel día que London lo desvirgó.

Jesse abrió la boca en un silencioso gemido cuando esa lengua que había pincelado palmo a palmo su físico ahora penetraba su ser. El muchacho extendió sus piernas, y London comprendió el concepto. Jesse sentía que se dilataba milímetro a milímetro. La lengua de London rodeó la entrada, y las caderas del joven se elevaron.

London se alejó y se mordió el labio inferior. Se deleitó con ese hombre de veinte años que lo deseaba, que lo hacía sentir un adolescente de nuevo, un puberto hormonal que solo buscaba saciar sus fantasías. London nunca se percibió a sí mismo como sus primos, alguien con la libido a nivel estratosférico. El profesor siempre fue simple, y el sexo también lo fue por mucho tiempo, hasta que encontró a un ser que lo tornaba un depredador, un espécimen que solo se alimentaba de orgasmos.

Dos dedos lubricados presionaron sobre el estrecho orificio, el cual se tornaba de un color rosa profundo. London acarició despacio, un juego de provocación en donde lograba que la temperatura de Jesse llegara a las nubes, así como estaba la de él.

—¿Aún te molesta que estén fríos? —cuestionó.

Jesse negó con la cabeza.

—No, ya no.

—Qué bueno entonces.

Las primeras veces, Jesse se quejaba del escaso calor del lubricante. London le explicó los motivos por los cuales se sentía de ese modo.

London recordó la manera en que las mejillas de su amado se tiñeron de rojo.

Las falanges ingresaron juntas, y el calor las apresó de inmediato. London empujó de un lado a otro y luego hizo un movimiento de

tijeras. Jesse gimió.

—¿Duele?

—No, me gusta —replicó con la voz entrecortada por la necesidad —. Me gusta mucho.

London abrió los dedos y lo estiró para él, para su nada despreciable tamaño. La prisa era un enemigo impaciente a esas alturas. Después abandonó la entrada y agarró su pene, que lubricó en abundancia. Dio dos jaloncitos y percibió la dureza y la textura que pronto se mezclaría con la de su amante. Jesse sujetó la almohada y acomodó el lateral de su rostro sobre ella. Sus ojos se entrecerraron, a la espera del instante en que ambos se tornaran uno. El trozo de carne se apoyó sobre su entrada y comenzó a abrirlo.

El primer empuje siempre era el más difícil. Jesse todavía no se explicaba cómo ese dolor se tornaba en infinito placer al cabo de los segundos. El miembro se alojó en su interior por completo y el cuerpo pesado de London cayó sobre su estructura.

Era tan caliente sentirse inmovilizado, a merced de un hombre cuyo cuerpo estaba hecho para darle sensaciones mágicas.

«Magia».

Jesse se mordió el labio inferior y pensó en London como un mago. Sí, un mago con una enorme varita. Estocadas cortas hicieron vibrar su ser. London empezó a moverse. La respiración de su amante estaba sobre su oído. Jesse rio cuando su profesor le mordió el lóbulo de la oreja. Los brazos de London lo envolvieron, y entonces la primer estocada firme y profunda llegó. Luego otra y otra y otra.

Jesse gimió alto. La pelvis de London lo empujaba de una forma gloriosa y lo llevaba rápidamente por un camino más que prometedor. En esos momentos, London se olvidaba que debajo de él había un ser humano. Solo se escuchaba el sonido de la carne colisionando, los chasquidos cada vez más nítidos, del mismo modo que los sollozos de placer de ambos.

La almohada debajo de sus caderas daba un ángulo perfecto. La próstata de Jesse recibía empuje tras empuje y los dedos de su pies se contraían. Todo su cuerpo buscaba moverse, pero London se lo

impedía. Esa mezcla era la que causaba estragos en Jesse, ese estado de sumisión.

—Dios, estoy tan cerca.

—Todavía no, mi amor —susurró London, y después le mordió el hombro.

—Es que ya no…

—Puedes, claro que puedes.

London salió de su interior, y Jesse se giró sobre el colchón. La almohada seguía debajo de sus caderas. London lo desarmó en un beso bestial. Jesse estaba abrumado por todo lo que percibía cada parte de su cuerpo.

London se arrojó entre sus piernas, y Jesse las enredó en su cintura. El vaivén se tornó de salvaje a imposible. Las estocadas eran tan rápidas y duras que Jesse creyó que iba a desmayarse. London se perdió en su boca una vez más, una de las tantas veces en que caía en ese deseo culposo. No podía mirar a Jesse sin pensar en su lengua dentro de esa boquita elegante.

—London —chilló Jesse cuando el líquido blanquecino golpeó sobre el abdomen de su amante, que lo embestía sin contemplaciones.

London cerró los ojos y se derramó en su interior. Chorro tras chorro de esencia llenando al hombre que deseaba como nada en el mundo. Sus ojos celestes fueron a esa hermosa cara debajo de él, a las facciones pueriles, a ese encanto que, sin duda, había nacido en la familia equivocada. Jesse lloró, y London lo abrazó. Su joven amante cada vez estaba más sensible. El miedo por momentos lo invadía de tal forma que lo dejaba sin habla.

¿Qué haría si su familia tomaba represalias? ¿Qué haría si Jesse recuperaba la cordura y lo abandonaba?

London también quería llorar, mas no lo hizo. Contuvo el dolor y disfrutó del orgasmo. Chupó sobre la mandíbula, el cuello, y volvió a la boca hinchada por su besos. Luego salió de su interior, se arrojó al lado de su amante en el colchón y lo llevó hacia él para abrazarlo, para que ambos se mantuvieran unidos. Sus respiraciones erráticas y agitadas volvían a la normalidad. Entretanto, el sudor comenzaba a abandonar sus cuerpos cansados. Jesse apoyó sus labios sobre la

manzana de Adán y succionó muy despacio para no dejar una marca visible. London rio. Se mantuvieron así, en silencio, tocándose con sus manos y bocas, sin palabras de por medio, porque ambos sabían que la ocasión se rompería, y no querían que eso sucediera. Se negaban a lo inevitable, pero la realidad les golpeaba la puerta, martillaba sus pensamientos.

—Bryce viajará a Nueva York mañana —dijo London al cabo de una hora.

Jesse hizo una mueca. Hacía dibujos sobre los anchos pectorales.

—¿Irá solo?

—Con Eric.

—¿Quién?

—Eric, uno de mis primos.

—Ah, ya me acordé —expresó con tristeza—. El que estaba con el que no me soporta.

—No te fijes en Anael —replicó divertido—. A duras penas nos soporta a nosotros.

—Me miró como si me odiara —opinó consternado—. ¿Cómo puedes odiar a una persona con la cual jamás cruzaste palabra?

London dio un suspiro. Entrar en la historia de sus primos era penetrar en una oscuridad mayor a todo lo que encerraba la historia de los Callums y Morgan.

—Anael es difícil —dijo para tranquilizarlo—, pero confía en mí, nunca te haría daño.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a lo mejor tú no le caigas demasiado bien, pero a mí me quiere, y entre nosotros nos cuidamos y respetamos.

Jesse se abrazó al cuerpo caliente y enorme, suspiró y cerró los ojos.

London lo sujetó de la barbilla.

—Mi amorcito.

Jesse sonrió de lado. La vergüenza hacía que pasara de una tonalidad blanquecina a bermellón en un segundo.

—Tonto.

—¿Por qué? Eres mi amorcito —replicó—. Es así como te siento. Y te estoy haciendo un cumplido. Aprende a aceptarlos, porque los

mereces.

Jesse rozó el labio inferior de London con el dedo pulgar, y este lo besó.

—¿Sigues preocupado? —preguntó el hombre cuando la mirada de Jesse se perdió en un punto del techo.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Nunca podré dejar de estarlo.

London besó su frente y lo presionó contra su cuerpo con toda su fuerza.

—Ellos jamás te harán daño, Jesse —prometió en aquel momento pese a que no tenía ni la fuerza física ni los recursos para cuidarlo de los Callums—, no mientras viva.

—Si yo fuera fuerte como mi primo Dom, podría cuidarlos a los dos.

London frunció el ceño y recordó algunas cosa que se decían acerca del gran Dominic Callum, algunas que parecían sacadas de una película de ficción. Fueran verdad o mentira, Jesse admiraba a ese hombre.

—No necesitas ser alguien más, Jesse —aseguró para darle consuelo—. Solo debes creer en ti.

—¿De verdad lo piensas?

—Lo llevas en la sangre, amor, solo que todavía no lo descubres.

Sus bocas se unieron por enésima vez en esa cama que compartían.

Jesse se durmió entre sus brazos. London fue quien esta vez quedó atrapado en un punto del techo. Bryce y Eric estarían lejos, y con ello gran parte de su seguridad en aquel edificio se desvanecía. Pensó en el enorme peligro que significaba para el mismo Bryce el acuerdo que habían logrado en África, la ofensa que habían lanzado a los Callums. Rogó a quien lo escuchara que sus primos regresaran a salvo. Rezó porque la mentirosa y endeble paz tejida en los últimos años entre ambas casas perdurara.

16. Mamá

Mayka se observó en el espejo del tocador de su dormitorio. Se enfocó en sus gestos, en sus ojos azules, esos que por momento lucían muy celestes. Acarició sus mejillas y perfiló con sus dedos su rostro ovalado. Su dedo índice tocó su labio inferior. Se miró a sí misma y pensó si alguna vez volvería a hacerlo, si esta locura en la que había decidido sumergirse la llevaba a algún lado.

Estaría en un avión en unas horas junto a uno de los hombres más odiados de su familia.

El sonido de la puerta la sacó de sus pensamientos.

—¿Puedo pasar? —Su madre le sonrió desde la puerta.

Mayka asintió mientras continuaba sentada frente a ese espejo, frente a decenas de perfumes y maquillajes que carecían de importancia.

—Iba a ir a despedirme en un rato —comentó—, antes de que durmieras.

—¿Te vas a la madrugada?

—Sí —respondió cuando agarró un portacosméticos y guardó un par de perfumes y algunos maquillajes.

—Vendrás muy bronceada —expresó la mujer, divertida—. Fuimos con tu padre un par de veces antes de que nacieras. El lugar es un sueño.

—Deberían ir de nuevo alguna vez.

—Tu padre tiene muchas obligaciones. Lo sabes.

—Viaja todo el tiempo. Podría llevarte.

—Vamos, Mayka, sabes que no funciona así.

Mayka dio un suspiro y se tragó la lengua. Quizá después de años la sumisión de su madre no debía enervarla, pero aún lo hacía. Linda se sentó a su lado en el taburete. Cuando estaban una al lado de la

otra, resultaba fácil deducir de dónde venía la extraordinaria belleza de Mayka, más allá de que Abel era bastante guapo.

—Ya sanó. —Su madre tocó sobre un corte que tenía Mayka cerca del hombro.

—Como todos los hematomas que nos hacemos a diario, mamá.

Linda guardó silencio.

El rostro de Mayka, luego del encuentro con Owen, daba sendas muestras de la poca amistad que había entre sus hijos.

—No creas que soy indolente —dijo la mujer, que ahora tocaba el cabello de su hija—. Sufro por mis hijos.

—No lo demuestras demasiado.

—Es necesario. —Agarró un cepillo, se puso de pie y comenzó a peinar el largo y sedoso cabello de su hija—. Cada día eres más fuerte, más poderosa. Nadie te hará daño jamás.

—Nunca lo entenderás, ¿verdad? —replicó Mayka con la tristeza que se agolpaba en su garganta—. Eres madre de rotos emocionales.

—No hables así.

—Es la verdad —aseguró sin miedo—, y tú solo…

—¿Qué? —Los ojos de Linda se llenaron de lágrimas—. Vamos, di lo que tengas que decir.

—Te vale mierda lo que sufrimos, a ti y a todos.

—Mayka…

—Recuerdo la manera en que mis compañeras en el internado hablaban de sus madres. En su cariño, en su protección. Algunas veces, cuando la soledad me daba golpes demasiados duros, pedía por ti, no para que me cuidaras, eso no lo necesité, sino por tu cariño.

Linda tomó un mechón de cabello y lo peinó con suavidad. Ambas danzaban en medio de ese silencio incómodo y lacerante, ese que, como un fantasma, las acompañaba siempre.

—Cuando perdí a Klaus, parte de mi vida murió con él —esgrimió —. Nadie soporta la muerte de un hijo, nadie, sin excepción. Nadie lo sobrevive. Solo quedas allí, pensando en lo que fue. En sus manos, en sus ojos, en su sonrisa, en los gestos. A veces te miro a ti y lo veo a él. Lo veo, y eso me lastima.

—Te quedaron dos hijos, mamá. —Mayka intentó frenar la pena por su madre, por esa mujer que se olvidó de ella—. Owen es un monstruo. Nadie lo controla.

—No —Linda puso la mano en su hombro—, tu hermano solo es incomprendido.

—¿Te dices eso cada vez que lo escuchas decir atrocidades? ¿Te dices eso cuando me golpea y humilla a sus propios familiares incluso?

—Owen es tu hermano. —Se limpió los ojos y dejó el cepillo sobre el tocador—. Nada puede cambiar eso. Y el día en que lo necesites te protegerá.

—Mamá —Mayka comenzó a reír—, estás tan ciega.

¿Cómo explicarle a una mujer que su propio hijo quemaría el mundo por su propia ambición? Linda ya había sufrido un golpe letal cuando su hijo mayor murió, así que Mayka no le daría uno más.

Se puso de pie y abrazó a su madre. La presionó contra su cuerpo y la perdonó en ese instante. Esperar algo de un ser que ya no tenía nada para ofrecer era de ilusos.

—Voy a acostarme un rato, mamá. El avión sale a las cinco de la mañana.

Linda asintió cuando su hija se separó de ella y apretó sus manos entre las suyas. Estaban en una habitación del tamaño de un departamento. Mayka pensó que, si esa mujer le hubiera dado calor, habría sido capaz de vivir en la calle.

—Buen viaje, hija. Cuídate.

—Gracias, mamá.

No hubo un nuevo abrazo. Quizá para Linda ya no era necesario. Mayka le había dicho todo cuando la estrechó.

Linda miró a una de las pocas mujeres Callums que había, y en su corazón sintió vibrar el orgullo. Mayka era extraordinaria, y todos lo sabían. El problema era que nunca se lo dirían.

El bien y el mal eran solo caras de una misma moneda. Su madre era la mejor versión que podía ser. Mayka pensó que quizá su abuela la había criado de ese modo. Tal vez las experiencias vividas le quitaron el poco cariño que le quedaba. No importaba. Mayka siempre la amaría porque era su madre, no porque se lo mereciera.

Hay distintos tipos de madres; no son buenas ni malas, solo seres humanos.

Mayka hubiera deseado una mujer que la cobijara en las noches, que cuando llorara le dijera que todo estaría bien, que cuando tuviera miedo en la profunda oscuridad la tomara de la mano y la sacara de allí. Linda era incapaz de hacerlo. Mayka pensó cuán románticos eran los humanos al momento de hablar de maternidad. Las madres solo eran simples mujeres que hacían lo que podían, ni más ni menos. Algunas amaban sin condición y otras mataban a sus propios hijos.

Mayka se preguntó en ese momento qué clase de madre llegaría a ser ella alguna vez. En caso de que por algún milagro quedara embarazada.

«¿De verdad serías capaz de traer a alguien al mundo? ¿A tu mundo?».

Mayka subió a su deportivo unas horas después y condujo hasta el aeropuerto de Londres.

Búscame en el primer baño del lado oeste.

Sabina ya le había enviado su mensaje.

El tráfico de Londres aún estaba tranquilo. Observó por el espejo retrovisor un Mercedes color negro que la siguió apenas salió de la mansión hasta el aeropuerto. Mayka bajó de su vehículo, y el auto se estacionó cerca de donde ella estaba. Tenía los vidrios polarizados. Fingió no prestarle atención. Bajó la maleta y su bolso de mano, y luego caminó hacia el interior del lugar. Cientos de personas estaban allí incluso a esa hora.

Mayka caminó a paso firme mientras sus ojos iban hacia todos lados. Estaba cerca. Después de ello, debía viajar a una de las pistas privadas que utilizaba Jared para pilotear su avión. Llegó al baño y sujetó el bolso de mano.

Sabina abrió el primer cubículo y sonrió.

—Justo a tiempo. Así me gusta.

—Me siguen.

—Lo sé. Hay uno que está buenísimo.

Mayka puso los ojos en blanco, se quitó la chaqueta y se la arrojó a Sabina. La mujer se quitó la peluca que llevaba.

—No te pareces a mí.

—¿Lo dices porque tengo casi el doble de tu edad?

—No —replicó—. Tus curvas… no sé. Además, no sabía que tenías más de cuarenta. No lo pareces.

—Gracias. Mis amantes siempre dicen lo mismo también.

Mayka se quitó la ropa.

Sabina le entregó un jean, una camiseta blanca y una chaqueta negra con tenis blancas.

—Y también usarás esto. —Le arrojó una peluca rubia y gafas cristalinas.

—Bien.

Mayka se cambió a la velocidad de la luz. Sabina seguía vistiéndose en el cubículo. Cuando la mujer salió de allí, Mayka sintió que su mandíbula estuvo a punto de descolgarse.

—¿Sabina?

—¿De verdad pensabas que iría con mi carota y alguien creería que tengo veinte?

Maya se acercó a la mujer y tocó su rostro. Era una máscara, una que era el retrato de ella. Quizá Sabina tenía un poco más de curvas, pero nadie dudaría que esa mujer era Mayka Callum.

—Ahora sal de aquí y vete. El vehículo en el que viniste debe quedar en el estacionamiento —recordó—. Puedes llevarte el mío o llamar un Uber.

—Tranquila, yo me las arreglaré.

Mayka pensó que Sabina tendría por delante la parte más difícil. Pretender ser otra persona no parecía tan difícil antes de ver con sus propios ojos la transformación de esa mujer.

Mayka salió del aeropuerto con su peluca rubia y sin un bolso encima. Miró hacia el cielo y escrutó uno de los aviones que recién despegaba. Todo estaría bien, ella podría con esto. Tomó un Uber cinco minutos después y se dirigió a la dirección que Jared le había dado.

Era una pista privada. Pertenecía a uno de los conocidos de Jared. Según lo que le explicó, la usaba únicamente cuando no podía salir

de algún aeropuerto principal del país. Mayka se sentía casi desnuda sin un mísero abrigo más que la chaqueta que Sabina le había entregado.

Jared estaba impecable con su traje de tres piezas color gris, al igual que su corbata, y una camisa blanca. Llevaba lentes de sol. El amanecer llegaba.

—Buenos días, prima.

—Por favor, dime que al menos tienes café.

—Tranquila —expresó—, vas con el gran Jared Chadwick.

—Te pareces a Sabina.

—Y no sabes ni la mitad.

Mayka entornó los ojos y ambos subieron al avión privado con capacidad para seis personas. Una aeromoza la recibió con una sonrisa.

—Pase por aquí, Señorita Mayka.

Mayka se giró hacia Jared, y este le guiñó un ojo. Junto a él en la cabina iba otro hombre, quien no le dirigió la mirada a la muchacha.

—Muy bien, pasajera, prepárate —comentó Jared por el al altavoz.

La mujer se colocó el cinturón de seguridad. El motor del avión ya estaba encendido, por lo cual Jared solo lo puso en movimiento. Mayka sentía que su vejiga iba a explotar. Había ido al baño más veces en un par de horas que en toda la semana.

—Mayka Callum, ¿sabes lo que les pasa a los traidores en tu casa? ¿Vas a asesinar a tu hermano porque estás caliente con un Morgan?

—Yo no voy a asesinar a mi hermano, solo impedir que cumplan su misión. Y que quiera agradecer cómo han tratado a Jesse no implica que esté interesada en él.

—Seguro. Entonces, tu plan perfecto sería: te llevo a Nueva York y te ayudo a ser la salvadora de un tipo que nos odia y luego volvemos aquí. ¿Es así? Sanos y salvos, y todos contentos.

De todos los malditos Callum debía poner su vida en manos de Jared.

Mayka golpeó el asiento con su cabeza. Estaba allí por su culpa, por meterse donde no la llamaban, por querer enderezar un camino torcido desde hacía siglos. ¿Qué pretendía? ¿Qué esperaba que Bryce Morgan le dijera una vez que todo terminara?

El avión tomó velocidad en aquel instante y las ruedas dejaron el pavimento.

Mayka respiró profundo una y otra vez.

Una sombra de arrepentimiento buscó la forma de espantarla.

Era muy tarde. Mayka no daría marcha atrás aunque la vida se le fuera en ello.

17. Acuerdos y problemas

—¿Cuánta comida chatarra puedes comer, hombre?

Eric observaba a Bryce, quien devoraba una hamburguesa después de no haber probado bocado desde la noche anterior.

—¿Qué? ¡Tengo hambre!

—Lo sé, pero no por eso debes meterte una cosa de tu tamaño a la boca.

—¡Mira quién habla! —Bryce rio—. Seguro que tú te has comido cosas más grandes y ahora te haces el mojigato.

—Quizá —contestó Eric para llevarle la corriente—, pero al menos me limpio la boca cuando lo hago.

Bryce agarró una servilleta y se limpió. Debía reconocer que a veces parecía un cavernícola por la forma en que devoraba la carne. En realidad, parecía una bestia la mayor parte del tiempo.

Eric bebía un té con tostadas, mermelada y queso, y tenía los brazos cruzados sobre la mesa.

—¿Hace cuánto no veníamos a un McDonald's?

—No lo sé —pensó Bryce—. ¿Diez años?

—Más o menos.

Los hombres llegaron a Nueva York a las tres de la mañana y se habían alojado en sus habitaciones. Eric se rascó la barbilla. Ambos llevaban ropa deportiva. Parecía que recién salían del gimnasio cuando en realidad hacía solo media hora se habían podido despegar de las sábanas. El agotamiento hacía mella en ellos, carcomió sus huesos, como si de repente no fueron hombres en sus treinta, sino que se asemejaban a ancianos de noventa.

—¿Alguna novedad? —interrogó Eric, y Bryce negó. Esta vez terminó de masticar antes de hablar.

—Envié un mensaje a papá apenas llegamos. Me dijo que los de Olimpia Zeratos ya están en la ciudad.

—Perfecto —respondió Eric, y levantó las manos—. Ahora firmarás con ellos y todos felices.

—Papá estará feliz —aclaró—. A mí no me cambia nada este acuerdo.

—Nos dará más poder —explicó Eric—. Además, tú estabas muy entusiasmado. ¿Qué te pasa ahora?

—No lo sé —esgrimió Bryce—. Creo que no era buen momento para dejar Inglaterra ambos. El clima no es el mejor, y el hecho de que no tengamos novedades me genera más incertidumbre. Normalmente, algunos de los Callums nos llamaría y nos insultaría, pero ahora nada, como si perder millones de dólares no les hubiera importado.

Eric se humedeció los labios y mordió una tostada. La verdad era que su intuición le había dicho que esto era una mierda desde el primer momento.

—Y está lo del pequeño espía.

—Por Dios, Eric, Jesse no es un espía.

—Nunca te confíes de un rostro inocente y mucho menos cuando sabemos de dónde viene.

—Creo que la charla con Anael te ha trastornado. —Bryce comenzó a reír. La verdad era que su hermano era más paranoico que todos los Morgan juntos.

—Sí, es posible.

Bryce bebió del refresco de cola y escrutó a su hermano, quien ahora revolvía la infusión.

—Pronto terminará, hombre —aseguró—. Ellos no nos atacarán aquí y tampoco lo harán en Inglaterra, no aún .

—¿Cómo lo sabes?

—Serán los primeros sospechosos, y los demás no se quedarán de brazos cruzados. Dios sabe que nunca van a exterminar a toda la familia. Nunca fueron capaces.

—Pero lo intentaron —replicó Eric—, y la historia puedes contarla desde la óptica que quieras y busques. Aun así, siempre terminamos perdiendo.

—Subestimas a Theodor —argumentó Bryce—. El viejo es más metódico. ¿Crees que iniciaría la caza solo por perder unos cuantos

millones? Es mejor que eso. Tiene la habilidad de un zorro. Papá siempre lo dice. El abuelo también admiraba eso de su rival.

—Y me da la impresión de que tú también.

Bryce comió el último trozo de hamburguesa, apoyó ambas manos en la mesa y pensó por un instante.

—Creo que aprendemos de los amigos y aliados, pero sobre todo de nuestros adversarios. Un rival fuerte te devela tu corazón, tu entrega e inteligencia. En lo que a mí respecta, el viejo es un rival formidable. Gana las guerras incluso antes de empezarlas. Si me preguntas si lo querría en mi equipo, date por seguro que mi respuesta sería positiva.

Eric comenzó a reír y negó. Bryce y sus análisis. Nadie pensaría que ese mastodonte en verdad pensaba como un estratega a veces.

—Bien, supongo que deberemos apelar al buen juicio de ese dinosaurio.

Bryce dejó uno de los bordes de la mesa y movió su mano hacia la taza de Eric y se la colocó un par de centímetros más adelante.

—Bebe tu té y come tus tostadas. Esta tarde seremos mucho más ricos de los que somos en este instante.

Eric le dio una sonrisa ladeada.

—Amén, hermano.

***

Nueva York, doce del mediodía

—Bienvenida a Nueva York, señorita Mayka —satirizó Jared—. Espero que haya tenido un buen descanso. Con todo respeto, lo va a necesitar.

Mayka abrió los ojos. Estaba tan cansada que parecía que había corrido una maratón de mil kilómetros. Se rascó la barbilla, arregló su cabello en una coleta y se quitó la manta que la azafata le entregó unas horas atrás.

No había probado bocado. Su estómago estaba comprimido con un enorme candado que, de abrirse, provocaría que vaciara su escaso contenido en el inodoro.

Jared pidió autorización para descender a la torre de control del aeropuerto. Mayka preparó su chaqueta, que era lo único que llevaba además de su billetera. El avión tocó tierra media hora después debido al tráfico aéreo a esa hora.

Jared hablaba en ruso con el piloto, que estuvo a punto de gruñirle. Mayka estaba lejos, por lo que fue incapaz de oír. Solo pudo ser testigo de la sonrisa socarrona de Jared y de su palmeo en la espalda. El copiloto revoleó los ojos, como si no soportara a su primo. Mayka y Jared descendieron del avión.

—Fiodor estará atento a nuestra llamada para salir de aquí —informó Jared mientras caminaban hacia la salida—. Debes comprar ropa, sin duda.

—¿Y tú?

—Nos alojaremos a las afueras de la ciudad por el momento. Tengo algo de ropa allí. Las credenciales de ingreso me las entregará mi contacto en una hora.

—¿A dónde vamos exactamente?

—Iremos a un motel.

—¿Un motel?

—Sí, niña millonaria —ironizó—. Conozco al dueño. Me debe algunos favores. Es el lugar más seguro, y despertará menos alertas.

—Jared, ¿qué clase de favores puede deberte el dueño de un motel?

Él se encogió de hombros.

—Tus oiditos no están preparados para escuchar mis pecados, querida.

—Mierda —Mayka juzgó a su primo con la mirada—, a ti nada te avergüenza.

—Tranquila, prima. Con el tiempo aprenderás que la vergüenza es una mala compañera en este negocio.

Jared y Mayka pasaron por un par de tiendas, donde Mayka compró lo más apropiado para entrar al edificio de la compañía donde formarían parte como empleados.

—Las sala de reuniones de la compañía se encuentra en el piso doce. Ahí debemos llegar después de Silas, Owen e Isaac. Por lo que sé, están aquí desde ayer. No vienen con equipo de apoyo para no levantar sospechas.

Eso les daba una oportunidad. Mayka había trabajado con el equipo de soporte que entrenaba junto a los Callums, y eran infalibles.

—Entonces seremos tres contra dos. No es un mal número.

—Si logramos que los Morgan nos escuchen, eso se pondrá todavía mejor.

Mayka se humedeció los labios. Jared le mostró el edificio y las fotografías de las cámaras de seguridad que había hackeado previamente.

—¿Las transacciones ya se hicieron?

—Es lo que tengo entendido —aseguró Mayka—. Solo faltan las firmas y el acuerdo quedará cerrado. La compañía se fusionará con los Morgan y la cartera de accionistas se expandirá.

—Hablamos de quince accionistas, ¿verdad?

—La mayor parte europeos. Hombres y mujeres que llevan custodia personal.

—No les servirá de nada en este caso. Owen, Silas e Isaac disfrutarán mandarlos al otro lado.

—La idea es que no lo hagan.

—Mayka —Jared se afirmó en la diminuta mesa de madera en la que se encontraban—, concéntrate en sacar de allí a Bryce Morgan. El resto de la película ya la conocemos.

—Jared…

—No puedes cambiar el destino de la gente aunque te duela —interrumpió—. Aprende eso antes de que tu bondad te termine matando.

—Crees que estoy cometiendo un gran error, ¿verdad?

Jared se puso de pie. La habitación era tan minúscula que apenas entraba una mesa, un par de sillas y una cama al lado de un baño.

—Pienso que todavía no entiendes cómo funcionan las cosas en tu familia —aclaró—. Si Theodor quiere a los Morgan muertos, nada lo detendrá. Puede que nosotros hoy hagamos la diferencia, pero una

golondrina no hace verano. Ellos tienen el poder, y frente a eso luchas o los mandas a la mierda y te apartas.

—Tú lo viviste, ¿no es cierto? La muerte de tu novia.

Jared se afirmó cerca de la ventana. Los vehículos pasaban por la carretera. Estaban a varios quilómetros de la ciudad.

—Ellos mataron a Mora porque estaba embarazada. La asesinaron porque sabían que era la única manera de quebrarme. Nada podía destruirme, hasta que se llevaron lo único que amaba.

—Pensé que alguien como tú haría un ataque directo y los eliminaría.

—Eso sería suicida. Sería declarar la guerra a una hidra de cien cabezas, y esa no es la solución.

—¿Entonces?

—Esperas el golpe.

—Eso puede tardar años.

Jared arqueó una ceja.

—La venganza se saborea igual, y no tengo problema en esperar.

El silencio inundó el ambiente una vez más. Mayka pensó en cuán equivocada había estado cuando juzgó a Jared, al igual que sus hermanos y el resto de sus primos. Nunca comprenderían la complejidad de ese hombre, sus dolores y tristezas.

—Será mejor que te prepares —comentó él—. Nos vamos en quince minutos. Iré por unos cigarrillos y un buen vino.

—¿Bebes antes de un trabajo?

—No, cariño. Me gusta celebrar cuando le pateo el trasero a un Callum.

18. La última persona que verá en su vida

Eran cerca de las dos de la tarde cuando tres hombres con anteojos anchos y oscuros ingresaron al edificio ubicado a solo cinco cuadras del Empire State. El viento soplaba entre los edificios. Era una brisa fresca. El sol brillaba, y nada demostraba lo que sucedería y la manera en que cambiaría la vida de varios hombres y mujeres.

Iban impecables en trajes negros. Como solía decir Mayka, siempre estaban preparados para el luto.

«Ya no profetizamos la muerte, nos convertimos en ella».

Theodor y sus frases inolvidables, esas que marcan a fuego, que se graban en el corazón y el alma de seres que entienden que no hay salida de allí, a menos de que hagas un sacrificio, a menos de que tengas las pelotas de aceptar el costo de la rebeldía frente a un hombre que carece de piedad y escrúpulos.

—Muy bien, señores, sus maletines aquí, por favor —dijo uno de los guardias, el cual realizaba las acreditaciones.

—No te preocupes, yo me encargaré —expresó uno de los empleados que había entrado hacía solo una semana.

—¿Seguro?

—Por supuesto. Mira la hora que es. Todavía no has almorzado.

—Te debo una, hermano. —Palmeó el brazo de su compañero y abandonó el puesto de trabajo.

Los tres hombres esperaron a que el empleado nuevo completara la registración. Luego agarraron sus maletines e ingresaron al edificio. El piso doce era su objetivo.

—Es un trabajo limpio. Nadie tiene por qué enterarse. Entramos a la reunión, terminamos con ellos y salimos por donde ingresamos.

—El punto es quebrar la seguridad a la entrada.

—Tranquilo, ya me encargué de eso.

Silas Callum era un hombre de cincuenta años, uno de los pocos «veteranos» que aún se mantenía activo en la familia. Theodor había decidido que él dirigiera la operación. ¿Los motivos? Bueno, había varios, pero sobre todo se debía a que Silas vivió varios años en la ciudad, por lo cual tenía amplio conocimiento de todo el movimiento de una orbe inmensa. Lo acompañaban Owen e Isaac, quizá los mejores tiradores junto con Dominic y Jared.

Subieron al ascensor, que los llevó hasta el piso ocho. Desde ahí subirían al techo de este y bloquearían el sistema de ascensores el tiempo suficiente para que la atención del personal estuviera orientada en resolver ese inconveniente. Ellos se colocarían los guantes, colgarían sus maletines en sus hombros y treparían hasta el piso catorce, donde ingresarían por las escaleras de emergencia y descenderían hasta el doce.

Las cámaras habían captado el ingreso de los tres. Después tendrían una toma de ellos en el piso catorce y un ingreso a las escaleras de emergencia, las cuales deberían usar, dado que uno de los ascensores no funcionaba y la afluencia de personas a esa hora era bestial. Quedaba el tema del piso doce, que fue resuelto por Isaac una hora antes.

Silas, Isaac y Owen entraron al piso doce, el cual estaba atestado de personas que iban y venían. Una puerta de blindex separaba las dos oficinas que tenía la gerencia de Olimpia Zeratos. Los pasillos estaban repletos de fotografías de diamantes y modelos exclusivas, quienes lucían sus diseños. Las luces dicroicas sobre el techo blanco que apuntaba directamente a las paredes del pasillo iluminaban las fotografías y revelaban cada detalle. También había imágenes de paisajes propios del África. Mostraban su belleza, la naturaleza, su gente. Lo que ellos buscaban defender. Isaac arqueó una ceja cuando observó a una pareja que caminaba en medio del calor africano con sus animales en búsqueda de abrevaderos. Toda una ironía considerando que la explotación de diamantes era una de las prácticas más controversiales, en donde se pagaban sueldos ínfimos en regiones gobernadas por líderes autoritarios que solo buscaban una tajada de ganancia gracias a las empresas que se llevaban los recursos naturales del país.

Había varios guardias, los cuales eran informados de los problemas con los ascensores, por lo tanto, debían indicar a las personas por dónde debían bajar, o de lo contrario esperar a que el inconveniente se solucionara.

Aquellos que pretendieran escapar serían cazados en las escaleras.

Silas sonrió cuando una de las secretarias se acercó a la puerta de vidrio y les permitió la entrada.

—Buenas tardes. Nos están esperando —dijo con su impecable acento inglés.

Isaac y Owen se mantuvieron a un par de metros.

—Permítame anunciarlo.

La secretaria iba a tomar el teléfono cuando Silas abrió el saco y le mostró su arma.

—Solo indíqueme dónde están.

La mujer se congeló y se enfocó en dos secretarías más, que estaban al teléfono. Isaac y Owen se acercaron a ellas y las redujeron.

—Señoritas, les pido guarden silencio y me acompañen al sanitario, que de seguro está por aquí, ¿verdad? También necesitaré las llaves.

La mujer miró las cámaras y esperó que la ayuda llegara pronto. Gran error. Eso no ocurriría. Las tres se dirigieron al baño con Owen, quien las encerró en el lugar.

Una vez que la oficina quedó vacía y libre, los hombres abrieron los maletines y armaron sus rifles de asalto en cuestión de segundos. Después se colocaron los guantes.

—La sala de reuniones está al final del pasillo —dijo Isaac mientras gatillaba y notaba que el rifle funcionaba a la perfección.

Los tres se colocaron los lentes de protección. El chaleco antibalas iba debajo de su saco. Si el personal de seguridad hubiera hecho un trabajo exhaustivo, lo habrían notado, al igual que los rifles de asalto que iban desarmados en los maletines. El hombre encargado de hacer esa labor pertenecía a su grupo y había logrado infiltrarse una semana antes.

Owen se enfocó en Isaac, quien sonrió y le guiñó el ojo.

—Bien, vamos a mostrarles quién manda.

***

—Mi padre fundó esta empresa. Nadie creía en su visión, y ahora…

Eric se acomodó su rubia cabellera y contempló a su hermano Bryce, que contenía el bostezo. Los discursos siempre resultaban aburridos sin importar quién los diera.

—¿Te has dado cuenta de que cualquiera podría volarnos la cabeza? En el edificio de enfrente tendrían una vista perfecta.

—Sí. Por suerte, tienen los vidrios blindados —murmuró Bryce mientras el hombre seguía hablando a los accionistas.

—¿En serio?

—¿Sabes? Quizá tu hermano mayor te parezca un estúpido, pero no lo es. —Eric arqueó una ceja, y Bryce se encogió de hombros—. Bueno, a lo mejor un poco.

—Voy a decirte algo, y no me pedirás que lo repita.

—¿Qué?

—Nunca me has parecido estúpido. Ya está. Lo dije.

Bryce gesticuló con su boca y luego sonrió.

—Pues lo has disimulado muy bien todo este tiempo, patán.

—Es que no has estado atento a las pequeñas señales.

—No, solo me he enfocado en las grandes, y en todas ellas me has hecho parecer un idiota.

—¿Algunas palabras, señor Morgan?

Los dos hermanos se enfocaron en uno de los accionistas principales, quien los observaba con una enorme sonrisa en los labios.

Bryce se aclaró la garganta. —¿Qué puedo decir? Mi padre siempre soñó con tener negocios en todo el mundo, y creo que estamos cerca de su objetivo. —Sonrió.

Eric frunció el ceño. Había sido la peor sonrisa fingida de su hermano en años. Luego miró el reloj y pensó que la tortura pronto terminaría. Habían tenido que dejar sus armas en la entrada del edificio debido a que, por política general de la compañía, nadie

portaba armas en las instalaciones, excepto el personal de seguridad.

—Bien, les pido que lean el contrato redactado y, en caso de estar en desacuerdo con algún punto, nos lo hagan saber, así el equipo legal lo modifica.

Bryce agarró el documento y comenzó a leerlo. Uno de los abogados de su padre lo había leído veinticuatro horas antes, cuando enviaron una copia de las condiciones por correo electrónico. Esto solo era una formalidad.

Bryce y Eric mantuvieron sus ojos en el papel cuando la puerta de acceso a la oficina se abrió. Para su sorpresa, no se trató de una de las asistentes.

—Buenas tardes —saludó Silas con su rifle en la mano.

Los accionistas se pusieron de pie en ese momento. Bryce y Eric se mantuvieron en el lugar.

—¿Quién es usted? —indagó el hombre que empalideció.

Silas, con la falta de escrúpulos que lo caracterizaba, sonrió y le apuntó.

—Soy la última persona que verá en su vida.

19. Ataque

El hijo no tiene la culpa de los pecados del padre. Sin embargo, ¿qué sucede cuando el hijo ha decidido seguir ese camino sin mirar atrás? ¿Sin contemplaciones o cargo de consciencia?

El sonido de los disparos era una melodía que me acompañaba desde siempre. Una música en la que me sumergía, dispuesta a bailar y entregarme. Una melodía con la que me transformaba. Y cuando eso pasaba, la mujer preciosa de inocentes ojos azules mutaba a la tigresa, a la asesina entrenada. La mujer que enfrentaba todo, Mayka Callum, se diluía como una sustancia que se arroja en el mar. Mi esencia se iba perdiendo paso a paso con cada bala, con cada muerte que dejaba a mi paso. La tigresa no fallaba, mientras que Mayka Callum solo era un ser humano.

***

«Los Callums tenemos sangre de dioses».

Mayka se preguntó si esa frase de su abuelo perseguía a todos como lo hacía con ella. Sudaba como una bestia a la cual están a punto de sacrificar. La camisa blanca se adhería a su piel. Ansiaba quitarse la chaqueta gris, el chaleco antibalas y esa maldita camisa y solo quedar con su camiseta blanca. Ser libre de ese peso, y estaba segura de que ya no se trataba únicamente de la ropa.

Jared miró su credencial y la acomodó.

«Karen Morning y Joffrey Powers».

Los nombres apestaban, pero al menos ambos podían usar sus armas sin que nadie sospechara. Dios, Jared se amaba, se felicitaba por su velocidad para conseguir cosas que los demás decían que era imposible. Para él la palabra «imposible» era suficiente para tener toda su atención.

—Recuerda, no los quiero muertos, solo quiero que fallen, ¿entiendes?

—Por supuesto, Caperucita —bromeó Jared, y observó el revuelo.

—¿Qué ha pasado aquí?

Se encontraron con el torbellino de personas que iban y venían y maldecían en todos los idiomas.

—¿Qué crees?

Mayka cerró los ojos.

—Son ellos.

—Deprisa, hay que llegar al piso doce. Toma las escaleras del lado este, y yo lo haré con las del lado oeste.

—Entendido.

Ambos corrieron a través de las escaleras. Su corazón agitado mientras algunas personas tomaban ese acceso para salir del edificio. No había revuelo por ningún suceso extraño, solo insultos por los problemas de los ascensores. Debía haber decenas de personas «varadas» en los pisos superiores. Mayka se acomodó el chaleco antibalas, se puso a un costado y sonrió frente a un hombre que iban con dos niños. Dio un suspiro. ¿Cuántos había como él?

Debía darse prisa. Jared era muy ágil. Tenía una reputación fundada, y ella, que daba sus primeros pasos, debía demostrar que estaba a la altura.

Siempre se trataba de eso, demostrarle al mundo que Mayka Callum era digna.

«Digna».

Una palabra corta, pero tan rica en significado.

Mayka corrió escaleras arriba, frenando de vez en cuando para permitir el paso. Fue así como llegó al piso doce, al mismo tiempo que Jared, quien se arregló el saco y caminó como si no hubiera escalado doce pisos. Mayka, en cambio, en una mezcla de nervios y adrenalina, lucía un desastre. Jared frunció el ceño cuando se puso a su lado y arregló los mechones de cabello que se habían zafado de su coleta. Mayka hizo una mueca. ¿De verdad se había fijado en eso?

Caminaron a paso rápido y continuaron esquivando personas que reclamaban por el hecho de que deberían usar las escaleras. Mayka

miró hacia todos lados. Llegaron a una enorme puerta de blindex transparente. Estaba entreabierta, lo que significaba que ya estaban ahí. Ambos ingresaron y sacaron sus armas. No había ni siquiera un papel fuera de lugar. Nada indicaba que tres hombres armados ya habían perpetrado la paz de esa oficina. Mayka se aventuró al interior y revisó la oficina contigua, que estaba vacía, mientras que el baño permanecía con llave. Golpeó la puerta y escuchó el llanto que venía desde dentro.

—¿Hola?

—Por favor, ayúdenos. —Una voz llorosa de una mujer de la edad de Mayka.

La mujer abrió la puerta y se encontró de frente con tres chicas al borde de un ataque de nervios. La luz tenue y elegante sobre las paredes color crema que combinaban con la alfombra. Una de las secretarias abrazó a Mayka. La sostuvo y se desmoronó en el suelo junto con ella.

—¿Qué sucede?

—Unos hombres —sollozó— entraron y…

Mayka miró hacia donde se enfocaban los ojos color café de la mujer. Jared les hizo señas para que guardaran silencio. Ambos se movieron despacio hacia la sala de reuniones.

—¿Preparada?

—Lista.

Uno al lado del otro, con el arma apuntando.

Jared le propinó una patada a la puerta, y esta se abrió. Lo que encontraron los derrumbó por completo.

—¡Mierda! —insultó Jared cuando vio el tendal de accionistas en el suelo o en sus sillas. La sangre corría por sus ropas. Habían asesinado a todos.

No había señales de los Callums. Mayka buscó en los rostros de los fallecidos. Una chispa parecida a la esperanza se encendió. ¿Podía ser posible?

—No está aquí.

Jared asintió mientras contemplaban a las personas que ahora estaban en otro lugar cuando lo único que soñaban era expandir sus cuentas bancarias.

—Debió haber escapado.

—Imposible —refutó Jared—. Quizá no vino.

Ambos salieron de la oficina antes de que la policía llegara e iniciara una persecución. Caminaron fuera del lugar y volvieron a las secretarias, que se habían quedado donde les indicaron.

—No están allí dentro. ¿Por dónde pudieron haber escapado?

—Por el ascensor de servicio —contestó la muchacha—. Está al final del pasillo. Es el que usa el personal de limpieza.

—Vamos —indicó Mayka, y Jared escudriñó a las mujeres aterrorizadas.

—Váyanse de aquí, no es lugar para ustedes —dijo antes de correr hacia donde iba su prima.

Mayka miró el hueco del ascensor, el cual también se había detenido.

—Bajaron por aquí.

—¿Hacia dónde?

—Al estacionamiento —explicó—. Si yo fuera el Demonio Morgan, intentaría salir de aquí para rearmarme.

—Pues bien —Jared arregló sus guantes—, le cedo el honor a las damas.

—Idiota.

Mayka observó la pared frente a ella, los recovecos donde podía sujetarse. Dio un salto y cayó sobre la pared, donde se sujetó de una sola mano.

—Muy bien, Caperucita —bromeó Jared, quien imitó el accionar de la mujer y saltó sobre la pared para luego sostenerse del cable que transportaba el ascensor.

Mayka lo siguió esta vez. Ambos se sujetaron de los cables, uno de cada uno, y gracias a los guantes liberaron sus manos y comenzaron a deslizarse hacia abajo a toda velocidad.

—Ten cuidado, los ascensores pueden activarse en cualquier momento —advirtió Jared, que iba atento a todo movimiento o sonido extraño.

Solo necesitó decir esas dos palabras para que el sistema se activara y los ascensores volaran hacia arriba.

—¡Salta! —gritó a la mujer, y lo hicieron para quedar entre las estructuras metálicas y la pared.

Mayka sentía que su pie se resbalaba de donde lo tenía apoyado.

—No se te ocurra caerte ahora —alertó Jared, y esperaron a que el ascensor descendiera—. Allí viene.

Uno, dos, tres… Saltaron sobre la estructura que iba a toda velocidad hacia abajo. Jared le hizo una seña para que guardara silencio. El ascensor llevaba personal de limpieza.

—Prepárate para saltar de nuevo.

El ruido del movimiento del cable los hacía descender.

Mayka apoyó una rodilla y se afirmó en el techo del elevador mientras este bajaba varios pisos. Jared hizo el mismo movimiento y se sujetaron cuando la estructura frenó. Estaban en planta baja. Debían llegar al subsuelo, uno de los cinco que el edificio tenía.

Las cosas no habían salido como las planearon. Bryce estaba en algún lugar, herido de gravedad con seguridad.

Treparon a la pared una vez más y esperaron a que el ascensor se moviera.

¡Bingo! Siguió su incursión hacia el sector subterráneo y se detuvo en el segundo subsuelo. Una vez que el silencio impregnó el ambiente, Jared disparó con su arma con silenciador sobre el techo, logrando que parte de este se abriera y de ese modo bajar a través de él.

Salieron del ascensor y analizaron cada sector.

—Los malditos están aquí —susurró Jared—. Hay que apurarse antes de que nos descubran.

Mayka asintió.

Buscaron entre los vehículos, y no había rastro de los Callums ni tampoco de los Morgan. ¿Habrían logrado irse? No obstante, una figura detrás de una Van le mostró a Mayka que tal vez la suerte estaba de su lado.

Mayka corrió, se escondió entre los vehículos y pudo visualizar lo que Bryce estaba a punto de hacer. Golpeaba la cerradura e intentaba abrirla. Eso significaba que el peligro no había pasado.

—Jared —dijo en un susurro mientras caminaba a paso firme—, trae el vehículo.

—¿Lo encontraste?

—Sí, lo tengo.

Mayka dio pasos con sigilo, ya que desconocía si Bryce había conseguido un arma. Se acercó cuando fue testigo de que un hombre rubio estaba tirado al lado de la Van. Tenía un disparo en el brazo. Era Eric Morgan.

Mayka les apuntó, y Bryce se congeló. Ambos contemplaron a la mujer. Eric se puso en pie, y Bryce lo sostuvo. El hombre sonrió y se humedeció los labios.

—Debí matarte cuando tuve la oportunidad.

—Error, Morgan. Si hubieras hecho eso, no estaría aquí para salvarte el culo.

20. Asesinato

Bryce se quedó quieto por unos segundos. Mayka continuaba apuntándoles. Este era el final. Lo había imaginado de muchas formas, pero nunca desarmado, con uno de sus hermanos heridos a su lado, a la espera de que una diosa lo mandara al otro lado.

«El amor tendrá dos caras para ti, Bryce Morgan. Será tu salvación y al mismo tiempo tu muerte».

Bryce recordó a aquella mujer con la que había salido tiempo atrás, mejor dicho, con la que se acostó un par de veces. En una de esas noches a su lado, ella agarró su mano y le leyó su futuro. Bryce contuvo la risa, seguro de que las profecías eran cuentos infantiles y que solo los humanos por sí mismos forjaron su destino.

Bryce se preguntó si esa mujer era consciente de que para el Demonio nunca sería más que una buena follada. Para el caso era lo mismo. Estaba a punto de morir en las manos de uno de sus enemigos. Nada de muertes rosa de amores perdidos y traiciones lacerantes. En conclusión, Bryce tuvo razón al juzgar el supuesto talento de la mujer para la videncia. No era vidente, solo era buena en la cama.

Mayka apretó la mandíbula. Sería tan fácil terminar con él, dejar atrás esta locura a la que voluntariamente se había entregado. Hay quienes dicen que las peores decisiones encierran un aprendizaje más profundo que las buenas. Mayka rogó que tuvieran razón.

—Jared, apresúrate. Tenemos un herido —le dijo a su primo antes de bajar el arma y dar pasos seguros hacia los dos hombres.

Bryce frunció el ceño cuando la mujer revisó la herida de bala de Eric, quien estaba en estado catatónico, del mismo modo que su hermano mayor.

—La ayuda viene en un minuto. Manténganse en silencio. —Los miró—. Ellos los están buscando.

—¿De qué trata todo esto? ¿Un juego innovador de tu abuelo? —indagó Bryce, inseguro del sitio donde los conduciría esa mujer.

—Ya quisieras —contestó Mayka, y sin más se colocó al lado de Eric—. Pon tu brazo alrededor de mi cuello. Hay que moverse hacia la salida ahora. —Escuchó el sonido del ascensor y se agachó junto con los dos hombres.

Bryce espió por uno de los vidrios de la Van negra.

—Isaac—dijo, y Mayka cerró los ojos.

—Con cuidado —se quejó Eric. La herida era enorme. El torniquete con una parte de la camisa sería inútil en unos minutos. La sangre impregnaba de rojo la tela y pronto comenzaría a chorrear, a dejar rastros.

Se movieron con velocidad, agachados, y se dirigieron a la salida donde estaba la rampa.

Un disparo sonó sobre uno de los autos y voló el vidrio del auto delate de ellos.

—¡Por aquí! —Bryce cargó a su hermano, y Mayka corrió adelante.

La lluvia de balas cayó sobre ellos.

La mujer se detuvo. —Quédense aquí.

Ambos hombres se quedaron en un rincón mientras esperaban a Jared.

—¿A dónde vas?

Mayka dio un suspiro y se giró hacia donde estaba Isaac.

—Tengo que deshacerme de él. Sabe que estoy con ustedes. —Y corrió entre los autos.

Se agachaba y cada tanto levantaba apenas la cabeza y apuntaba con el arma.

«Tu plan perfecto sería: te llevo a Nueva York y te ayudo a ser la salvadora de un tipo que nos odia y luego volvemos aquí. ¿Es así? Sanos y salvos, y todos contentos».

¿A quién quería engañar? Los finales felices y perfectos no existían. Las palabras de Jared explotaron en su estómago y le revelaron la triste realidad. Debía matar a Isaac, y aunque ese bastardo lo merecía, Mayka no quería hacerlo.

El plan debió haber sido más sencillo; sacar a Bryce y Eric de esa maldita reunión antes de que comenzara. Llegar antes que su

familia. Todo se fue por el retrete.

Ahora, mientras caminaba lentamente y trataba de que su primo no la matara en medio de un estacionamiento, Mayka comenzó a cuestionar su sanidad mental.

Corrió de un sector a otro y se inclinó al lado de la rueda delantera de un BMW. Los pasos de Isaac se sentían muy cerca. Afirmó su rodilla derecha en el piso y sostuvo el arma con ambas manos. El ruido del polvo y algunas piedritas que arrastran las ruedas de los vehículos resonaba cada vez más fuerte a medida que Isaac se acercaba a su posición.

—Siempre supe que te mataría, Mayka.

La mujer lo escuchó con atención, preparada para levantarse y dar el golpe. Solo debía tener paciencia, aguantar hasta que todo se apaciguara.

—Nos traicionarías en algún momento, era inevitable. Tú y el idiota de Jesse nunca debieron nacer en nuestras familias.

«Prepárate».

Todo se tornó en cámara lenta. Sus latidos, sus manos, la manera en que se incorporó y golpeó a Isaac con la culata del revolver para lograr que retrocediera unos pasos.

El hombre intentó apuntar, y Mayka le dio un disparo en la mano. Un grito desgarrador cuando uno de sus dedos voló. La mujer estaba frente a su primo. Este la observó con el mismo odio recalcitrante con que lo hizo durante toda su vida.

Isaac se sostuvo la mano y apretó los dientes mientras se encontraba de rodillas.

—Has iniciado la guerra, Mayka —respondió con su voz temblorosa—. No tendrán piedad contigo.

—Nunca la tuvieron —replicó—, y debo recordarte que los que viajaron hasta aquí para asesinar a Morgan fueron ustedes.

—Perra traidora —escupió—, igual que tu maldita madre.

—¿Qué?

Isaac rio una y otra vez, como si lo que estaba a punto de revelar lo fuera a salvar de su destino.

—Tu madre estuvo a punto de casarse con Río Morgan antes que con Abel. Nunca esperó que las deudas de su familia con los Callums

la condenaran a una vida con nosotros.

—Estás mintiendo.

—No, sabes que no —espetó gustoso ante el cambio en el rictus de Mayka—. La traición te pudre la sangre. —Y siguió riendo.

Mayka miró el arma que llevaba en su mano y oyó las ruedas del vehículo que ingresaba en ese momento. Apuntó a su primo.

—Lo lamento, Isaac, la charla terminó.

—Siempre justiciera —se burló—. Lástima que no estuvieras para proteger a Jesse aquella vez.

El estómago se le revolvió ante la confirmación de los hechos. Mayka apretó el arma entre sus manos con fuerza, a punto de romperla.

—Lo único que lamento es que Jesse no vea morir a su abusador.

Isaac quiso decir algo más, pero dos balas impactaron en su cráneo. Mayka contuvo su dedo, que quería seguir gatillando sobre ese hijo de puta. Y pensar que había sentido piedad por él. Isaac no merecía nada. Luego corrió hacia el vehículo. Bryce y Eric se pusieron de pie en ese instante. Bryce cargó a su hermano, que estaba desvanecido.

—Debemos ver a un médico —le informó a Jared, y este se encogió de hombros.

—¿Estás chiflada? Si no te has dado cuenta, nadie sabe que estamos aquí, y así debe seguir.

Jared recibió a Eric y lo colocó en el asiento trasero. Bryce subió a su lado, mientras que Mayka se ubicó en el lugar del copiloto. El hombre miró hacia todos lados. No había rastro de los otros Callums.

—Vámonos de aquí. —Golpeó el capó del auto y se puso al volante. Hizo chirriar las ruedas y salió de allí tan rápido como había entrado.

Jared se incorporó a la avenida y el auto se perdió en la maraña vehicular a esa hora. Dentro, sus respiraciones todavía estaban agitadas. Ninguno emitió palabra, quizá por alivio, tal vez porque las palabras sobraban.

Habían escapado. Sin embargo, nada cambiaría el hecho de que uno de los miembros más amados de la familia Callum había muerto.

—Theodor entrará en cólera. —Jared apretó el acelerador y empezó a adelantar algunos autos—. Más vale que se preparen para lo peor.

—Nos intentará matar como otras veces, no es novedad —replicó Bryce, quien tenía la cabeza de Eric descansando en su hombro—. Lo que todavía no entiendo es qué hacen ustedes aquí y cuándo presionarán el gatillo en nuestra contra.

Jared arqueó una ceja y contempló a Bryce por el espejo retrovisor.

—Escúchame, «niño bonito», si quisiera patearte el culo ya lo habría hecho. Deja la paranoia.

Mayka iba en silencio, sentada al lado de Jared. Observaba a través de la ventanilla.

Bryce se concentró en ella, en la mujer implacable.

—¿Por qué nos salvaste?

Mayka se giró hacia el hombre. Sus rodillas temblaron. Era tan ridícula la forma en que su corazón canturreaba cuando sus miradas se encontraban.

—Tuviste la posibilidad de matarme en tu edificio, mas no lo hiciste. Has protegido a Jesse. Debía devolverte el favor.

—Ya lo has hecho, Callum. —Las comisuras de sus labios tiraron hacia arriba. Las contuvo. Lo único que le faltaba en ese momento era sonreír—. La balanza quedó equilibrada.

Mayka asintió.

Eric movió la cabeza apoyada sobre el hombro de Bryce.

—Va a morir si no lo tratamos —le dijo a Jared, quien volvió a enfocarse en el espejo retrovisor.

—Primero hay que salir de aquí. Veremos qué podemos hacer por él.

21. Dos años atrás

—Mierda.

Eric se quejó y tensó la mandíbula cuando el cuchillo se incrustó en su brazo en búsqueda de la bala. Jared silbaba como si estuviera realizando una tarea de lo más tranquila. Bryce sujetó a su hermano y le cubrió la boca cuando el cuchillo se hundió más y un grito desgarrador estuvo a punto de despertar a todos los que estaban en el motel.

—Bingo. —Jared arrojó la bala sobre una servilleta, y Eric respiró —. Ahora vamos a vendar y rogar porque no haya complicaciones hasta que regreses a Inglaterra.

—He hablado con mi padre —dijo Bryce—. Están al tanto de lo sucedido.

—Yo aún no recibo llamadas —esgrimió Mayka con un deje de preocupación—, y eso me asusta.

—Deben estar intentando salir de Estados Unidos —comentó Jared mientras vendaba el brazo—. Están hablando de un atentado. Nosotros también debemos irnos de aquí cuanto antes.

Bryce le movió el brazo con brusquedad, y Eric se quejó. Mayka, que había estado apoyada al lado de la ventana, viendo cómo el cielo se caía sobre ellos, dio pasos hacia el hombre herido y lo sostuvo con delicadeza. Sus manos se rozaron con las de Bryce, cuya mirada la desnudó.

—Hay que recostarlo unas horas —expresó la mujer. La vergüenza teñía sus mejillas.

—Estaré en la habitación contigua —informó Jared—. Necesito dormir.

—¿Puedes dormir en una situación así?

Bryce estaba anonadado frente a la frialdad de Jared. Y, contra todo pronóstico, encontró a ese tipo como admirable.

—Amigo, si no pudiera dormir después de una balacera sería un zombi —bromeó—. Nos vemos en un rato.

Eric se quedó dormido de inmediato. Bryce estaba en una silla frente a la cama, y al lado de él estaba Mayka. En silencio, contemplaban lo que el odio hacía.

—Mi madre fue amante de tu padre.

Bryce pestañeó y se giró hacia la mujer.

—¿De qué estás hablando?

—Isaac me lo dijo antes de que lo matara. No me preguntes el motivo, pero siento como que me estaba diciendo la verdad. Desconozco si nuestros padres serían capaces de aceptar esa realidad, mas no lo sé. Isaac no era tan creativo para inventar una cosa así.

Bryce se hizo hacia delante en la silla, frotó sus manos, que estaban heladas, y procesó cada palabra de Mayka.

—No me crees, ¿verdad? Lo entiendo, no tienes por qué hacerlo —susurró Mayka al cabo de un tiempo.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —indagó con una sonrisa irónica—. He creído todo lo que me has dicho desde el primer momento en que te vi.

El corazón de Mayka dio un vuelco. Su pulso se aceleró. De repente, se sintió una colegiala tímida. Los recuerdos de su adolescencia vinieron con la fuerza de un huracán.

«Mayka mi caca, Mayka mi caca, Mayka mi caca».

La seguridad se desvaneció. Todo lo que creía superado la golpeó como un boxeador y la dejó tirada en la lona. Mayka, esa mujer exuberante, la asesina, seguía siendo la misma tonta de la que sus compañeras se burlaban. Quería agradarle a Bryce, y en esa búsqueda cayó en los pérfidos recuerdos que enterró hacía mucho tiempo.

La mujer se puso de pie como un resorte, caminó hacia la puerta y salió de la habitación. La lluvia golpeaba el techo con toda su potencia. Por fortuna, los pasillos que separaban las habitaciones estaban protegidos con una estructura de madera.

Mayka corrió hacia la habitación donde Jared dormía seguramente. Corrió sin mirar atrás. Cuando estaba a punto de

llegar, sintió una mano que la sujetó del brazo y la atrajo hacia él.

—¿Estás bien? ¿Qué te ocurre…?

—Nada —interrumpió el interrogatorio—. Será mejor que intentes descansar.

—Lo hiciste por mí, ¿verdad? —cuestionó Bryce al tiempo que su ego se inflaba—. Has estado pensando en mí.

—No digas estupideces. —Se cubrió con un manto de agresividad —. Vuelve con tu hermano. Mañana debes regresar a Londres, y yo debo buscar un lugar dónde esconderme hasta que se cumpla una semana.

—¿De qué hablas? ¿Qué significaba eso de que ellos desconocen tu paradero?

—Mi familia piensa que estoy en las Maldivas.

—Lamento decirte que de seguro ya descubrieron que no.

—Tengo una persona que se hace pasar por mí allí.

Bryce negó entre burlón, tierno y caliente. Esta mujer lo sorprendía a cada segundo.

—¿Todo esto lo hiciste porque consideras «injusto» que yo muera?

—No que mueras —replicó mientras su compostura volvía—. Ya te dije, debía devolverte el favor.

Esta vez Bryce sonrió, no de una manera seductora ni con burla. Fue una sonrisa tierna, una que le mostraba a Mayka que ese hombre no era ningún tonto.

—Claro. —Fingió para no avergonzarla—. Yo también puedo ayudarte con el problema que tienes ahora.

—Gracias, pero lo resolveré yo misma.

—Estoy seguro de que podrías hacerlo —insistió—, pero me gustaría colaborar, después de todo, te debo la vida.

—Habíamos quedado en que no nos debemos nada.

Estaban allí, en medio del pasillo de ese hotel andrajoso, después de haber sobrevivido a una masacre. Bryce arregló un mechón de cabello que caía sobre su ojo derecho.

—Por Dios, jamás esperé reencontrarme contigo.

—Sí, después de lo de Jesse…

—No —interrumpió Bryce—, hablo de dos años atrás.

—Disculpa, pero no te entiendo.

Bryce dio dos pasos más cerca de ella. Su calor amenazaba con desatar un infierno en el sensible cuerpo de Mayka. Ella buscó retroceder, y los brazos del hombre rodearon su cintura con firmeza. El cuerpo duro de Bryce estaba pegado al de ella. Mayka contuvo un gemido.

—La presentación de Ashton Martin en el Ritz. Fuiste con Abel y Linda.

La mente nublada de Mayka buscaba entre sus recuerdos. En ese instante, la escena vino sobre ella.

—Papá es fanático de la marca, y teníamos una invitación para el lanzamiento. —Todo el rompecabezas empezaba a tener sentido—. Al final mi madre también fue. ¿Tú estuviste ahí?

—Vendo autos de lujo, ¿crees que no iría? —Deslizó sus manos en la espalda. El aire se atoró en su garganta, un nudo tan grande que pensó que iba a morir asfixiada—. Estabas con un vestido color rojo que resaltaba tus ojos, tenías el cabello más largo, suelto, salvaje, y tus labios estaban pintados de rubí. No podía quitarte los ojos de encima.

Mayka lo empujó con suavidad y logró poner distancia. Debía irse de allí. Estaba a punto de cometer una locura, una imperdonable, más de la que ya había hecho.

—Sí que tienes buena memoria. Yo no recuerdo lo que hice esta mañana —ironizó, y dio pasos hacia atrás para girarse y marcharse.

—«Mírala, Eric. Mírala y dime, ¿acaso no valdría la pena sangrar por ella?».

—No entiendo —susurró nerviosa—. Debes volver con Eric. Hablamos mañana.

—Fue lo que le dije a Eric porque me increpó debido a que era incapaz de sacarte la mirada de encima. Dios, tenía tantas ganas de ir hacia ti ese día, ver si eras tan bella de cerca como lo eras de lejos, pero me equivoqué.

—¿Una mala impresión? —inquirió con sus labios en línea recta.

—Cuando te vi ese día en el edificio, me convencí de que nadie puede ser más bella que tú. Ni lejos ni cerca. No tienes competencia.

—¡Qué romántico! —El sarcasmo y los nervios hicieron vibrar su garganta—. Ahora, si has terminado de…

—¿A qué le tienes miedo, Callum?

—Yo no le temo a nada.

—Puedes fingir todo lo que quieras —replicó el hombre—. Hay algo que guardas solo para ti, algo que temes que descubran, y actúas como una guerrera para que la diosa se mantenga en penumbras. Malas noticias, cariño: eres una diosa. Ya es hora de que la reconozcas y la dejes salir.

Mayka miró hacia el piso. El agua bordeaba el techo y caía. Se giró hacia las escasas luces de la carretera y la inexistente iluminación del motel, y se humedeció los labios. Bryce dio pasos hacia ella y las dos manos enormes acunaron su rostro.

—Me sentí un pervertido esa noche —continuó su relato—. Le hice el amor a la mujer con la que salía de todas las formas posibles y fui incapaz de saciarme. Tus ojos seguían apareciendo en mi mente, tu cuerpo, tu preciosa juventud.

—Ya basta de tonterías. —Agarró sus manos y buscó apartarlas. Bryce no lo permitió.

Estuvo a punto de desmayarse. El aliento caliente incendió cada centímetro de la mujer. Mayka le rodeó el cuello y lo atrajo más a su cuerpo. De pronto, todo tuvo sentido, el deseo que los tenía temblando como adolescentes. Sus manos alcanzaron el pecho, los músculos deltoides. Bryce era puro músculo y poder.

«Un semental extraordinario».

Casi rio al recordar una frase de su amiga Martha, una de las pocas chicas con las que hablaba en el internado elitista donde recibió la educación. Bryce lo era, y estaba entre sus brazos.

—Sí —musitó él mientras le devoraba la mandíbula y el cuello—, sabes del modo en que te imaginé.

Mayka gimió ante las palabras ardorosas. Bryce recorrió con sus expertas manos la espalda y luego fueron al pantalón de vestir. Apretó su trasero, ese que sus hermanos le decían que era enorme. Bryce lo acariciaba con vehemencia, al punto de la veneración.

—Viniste por mí. —Un chupetón entre la camisa, y Bryce desprendió un nuevo botón—. Viniste a salvarme como la heroína que eres. No es agradecimiento. Tú me deseas.

¿Cómo negar aquella frase cuando todo su cuerpo lo pedía a él? ¿Cómo decirle no cuando, desde que unieron sus labios, la única palabra que venía a su mente era sí?

—Demonio…

—Bryce —corrigió—. No me gusta que tú me llames así. Eso se los dejo a mis enemigos.

—Yo lo soy.

Bryce frenó el vendaval de pasión y su mirada volvió a encontrarse con esa joven que parecía en trance, como si habitara en una realidad paralela, una dimensión en la que solo el deseo reinaba y era el único medio de comunicación. No respondió. Fue incapaz de negar o aceptar esa declaración. Volvió sobre esos labios rojos, esos labios que jamás pensó que tendría así de cerca, que besaría y chuparía a su antojo, como lo estaba haciendo.

Las manos de Mayka se tensaron sobre la camisa. Arrastró al hombre hacia la pared de madera y lo contempló de la misma manera en que lo había hecho él. Bryce sonrió con seducción. Le encantaba que tomara la iniciativa. Su celular sonó, y la realidad rompió el encanto.

Mayka saltó hacia atrás, como si Bryce quemara.

El hombre intentaba recuperar su ritmo de respiración normal.

—Jared —dijo agitada.

—¿Dónde estás?

—Recién salgo de la habitación de Eric y Bryce.

—Ven aquí. Te tengo algunas novedades.

—Voy.

Mayka se arregló el cabello. Su labial estaba sobre los labios y el cuello de Bryce. El hombre la miró con lujuria. Ella se giró para no caer presa de la tentación que emanaba de ese ser cuyo sabor era similar a una porción del postre más calórico, delicioso y suculento.

—Debo irme.

—¿Dónde te quedarás en Londres? —preguntó apresurado—. No puedes volver a tu casa.

—Me las arreglaré como siempre hago.

—Hay un lugar que nosotros usamos. Es sumamente discreto. Nadie te descubrirá.

Mayka asintió y dio un suspiro.

—Gracias, lo tendré en cuenta. —Y antes de marcharse volvió sobre el hombre y le comió la boca por enésima vez.— Dios, eres adictivo.

—Ven conmigo. Puedo protegerte —susurró Bryce mientras picoteaba las comisuras de sus labios.

—Te equivocas, Morgan —replicó, y abandonó sus cálidos brazos —. Nadie puede protegerme.

22. Consecuencias

—Theodor ha convocado a una reunión familiar.

Mayka frunció el ceño y miró su celular. Nadie se había comunicado con ella.

—Es extraño, no recibí ni un mensaje. En un caso como este convocarían a toda la «tropa» sin importar en qué parte del mundo se encuentre.

El nudo que oprimía el estómago de Mayka se afianzó. Y la cara reflexiva de Jared la preocupaba más todavía.

—¿Piensas que me descubrieron? —Su cabeza aún daba vueltas, como si estuviera borracha. Bryce había detonado la última neurona que le quedaba.

—No, creo que es algo más grave todavía.

—¿Qué sería más grave?

—No confían en ti —replicó Jared—, y si no confían en ti es porque están tramando algo en contra de alguien que amas.

El rostro de Mayka se desfiguró. De pronto, la excitación mutó al estupor al pensar en Jesse y en London.

—Ellos los culparán —agregó—. Verán la forma de encajar las piezas y decir que tu primito retardado les ayudó.

—Te recuerdo que también es tu primo —lanzó enojada—. Y no es retardado.

—¿En serio? ¿Ahora soy familia? ¿Después de todos estos años?

Mayka tragó saliva. Nunca le importó lo que pensaran de Jared o cómo lo trataban. Había tenido mala suerte y punto. Ahora que estaba a punto de formar parte de la selecta lista negra de los Callum la perspectiva cambiaba. Era extraño ponerse los zapatos de un desertor; sentía que no eran de su talla.

Guardaron silencio por un instante. Mayka se sentó a su lado en la cama. Jared no parecía molesto por la discriminación de años, solo

parecía… ¿Jared?

De igual modo, Mayka se propuso limar asperezas de la mejor manera posible.

—Lamento haberte tratado como un extraño todo este tiempo.

—Lo sé —contestó orgulloso y con una sonrisa maliciosa—, y estoy feliz de que lo lamentes, como cada Callum hijo de puta que termina pidiendo mi ayuda porque saben que soy el forastero y soy el mejor.

—Eres un soberbio idiota.

—No soy idiota porque estás viva gracias a mí —argumentó—. ¿Y soberbio? ¿En serio? Eres hermana de Owen Callum, ¡no tienes autoridad moral para decirme eso!

Mayka entornó los ojos. Jamás se había sentido tan frustrada en su vida. Negó varias veces con la cabeza y se cruzó de brazos mientras se encontraba sentada al lado de su primo. Jared chasqueó la lengua y le golpeó el hombro.

—¿Te quedarás con Morgan?

—Por supuesto que no —respondió sin titubeos—. Buscaré un lugar dónde refugiarme hasta que pase «la tormenta». De todos modos, deberé estar atenta a sus movimientos. Si piensan que Jesse será un blanco fácil, están equivocados.

Jared sonrió con burla.

Mayka frunció los labios ¿Y ahora qué le pasaba?

—¿Qué te sucede?

—Pienso que para mentir al menos debiste haber cubierto el enorme chupetón que comienza a salir debajo del cuello de tu camisa.

La mano de Mayka fue hacia el lugar donde Jared le señalaba y lo cubrió por instinto.

—Mierda, un segundo más y te folla al lado de su hermano moribundo.

—Cierra la boca.

—¿Qué pasa, Callum? —Rio con sorna—. ¿Te haces la mojigata? ¿Casta y pura por toda la eternidad? Lamento decirte que tu cuerpo de estrella porno no ayuda para sostener esa afirmación.

Mayka se puso de pie y arregló el cuello de su camisa. Jared seguía riendo. Ella estaba por echar humo. ¿Qué le parecía tan gracioso?

—Ay, prima —esbozó sin contener la sonrisa—, es difícil cuando el cuerpo empieza a tomar decisiones por nosotros. No se lo permitas.

—Eres hombre —replicó—. No son el epítome de la reflexión cuando están calientes.

—Lo sé, y por dejar que mi cuerpo me gobierne he estado metido en muchos líos. Es un consejo, nada más. Ahórrate más problemas con tu familia.

El labio inferior de Mayka temblaba. Su mirada estaba en el piso y sus brazos, cruzados, una señal clara de que esta conversación le parecía una mierda.

—Escucha —Jared dio un suspiro—, acuéstate con él si lo deseas, pero no cometas la idiotez de enamorarte.

—Enamorarse no es una idiotez.

—¡Exacto!, no lo es. ¿Ahora entiendes a lo que me refiero?

Mayka abrió y cerró la boca varias veces. Ocupó de nuevo el lugar al lado de su primo.

—¿Cómo lo haces?

—¿Qué cosa?

—Sexo sin sentimientos.

Los orbes negros de Jared se abrieron con sorpresa ante la pregunta indiscreta, una que la antigua Mayka Callum jamás le haría.

—Simplemente dejas de sentir. Dejas de conectar y solo te dedicas a obtener placer del otro.

—¿Y cuando el sexo termina?

Jared rio ante la inocencia, ante la falta de maldad e incluso de experiencia de ese ser humano con excesiva belleza.

—Nada, no pasa nada, solo pasas al próximo.

—¿No te cansas de eso?

—Cuando cada vez que te has enamorado has sufrido. Sexo sin compromisos es la única solución posible para mantener la poca cordura que te queda.

***

El agua resbalaba por los techos inclinados. La lluvia no se detendría pronto. Bryce entendió que la única manera de salir de Nueva York sin ser detectados era con la ayuda de Mayka Callum.

«Mayka».

Hasta su nombre era exótico, una fruta de esas que luce deliciosa y que cuando la pruebas te sabe mejor. Así de sorprendente había sido tenerla en sus brazos, tocar su piel, su boca, sus enormes senos entre la camisa ajustada. Las ganas de desnudarla y devorar cada centímetro de esa figura contorneada estaban intactas. Sus ojos cargados de inocencia, donde no comprendía lo que hacía, pero se dejaba llevar sin miedo.

Dios, era lo más bello, dulce y caliente que su lengua degustó en años.

—Se te va a partir el ceño.

Bryce se giró hacia su hermano, quien todavía lucía mareado.

—Dios mío, ¡me has dado un susto de cagarse!

Eric arqueó las cejas y suspiró. Entretanto, se desplazó por el colchón empujándose con el brazo intacto y se recostó sobre el respaldar de la cama.

—Alguien murió, ¿verdad?

—Isaac —contestó preocupado—. De todos los hijos de puta creo que Mayka se llevó al peor.

—No voy a llorar por él, eso es seguro. —Eric arqueó la ceja—. ¿Y de dónde salió todo el heroísmo de la tal Mayka?

Bryce se rascó la barbilla.

—Es una historia larga.

—Estoy aquí, así que tengo tiempo de escucharla. —El rostro de Bryce denotaba otra cosa—. ¿Qué pasa? ¿Es una historia larga o no quieres contarme?

—Ella entró a nuestro edificio el día en que Jesse decidió mudarse con London.

—¿Entró? Me dijiste que tú le permitiste el ingreso.

Bryce se humedeció los labios y asintió. Luego se señaló la nariz, que aún mostraba vestigios del último encontronazo con esa mujer.

—Ella lo hizo —afirmó sin vacilar.

—¿Y por qué carajo no me lo dijiste?

—Anael ya estaba conjeturando los peores escenarios —argumentó—. No quería echarle más leña al fuego y provocar un incendio.

—¿O sea que decidiste mentir y decir que te golpeaste con la puerta del *vanitory*? ¡Sabía que no eras tan tonto! ¡Sabía que había algo raro!

—Basta, Eric.

—¿Basta? Has comenzado a mentir por esa mujer a tus hermanos, que darían todo por ti, ¿y se supone que debo calmarme?

—Estás vivo gracias a ella. Tan mala no debe ser, ¿no te parece?

Eric chasqueó la lengua. Desconocía esta versión de Bryce, una en la que se percibía débil y afectado.

—«Mírala, Eric, mírala muy bien. ¿No estarías dispuesto a sangrar por una mujer así?». Fue eso lo que me dijiste hace dos años, cuando la encontramos junto a su padre en el Ritz.

Había pocas memorias tan perfectas como la de Eric. Era su talento más admirable, y lo estaba usando de una manera excepcional para poner contra las cuerdas a su hermano.

—¿Qué pasa? ¿Piensas que porque me pareció hermosa en aquel momento voy a arriesgar todo?

—Has bajado la guardia —sentenció Eric—. Pusiste en riesgo tu vida y la de la gente que te quiere.

—Ella es una buena persona. —Bryce la defendió a pesar de todos los argumentos de su hermano.

—No se trata de ella, y tú lo sabes. No está sola. Y hoy mató a uno de los tipos más importantes que los Callum tenían en sus filas. Cuando esto salga a la luz, la van a desollar.

—No sucederá —interrumpió al instante—. Le daré refugio si es preciso. Ella nos ayudó, así que no voy a desampararla.

Eric sonrió de lado. No fue una sonrisa de burla, sino más bien de resignación y pérdida.

—No puedo creer que te haya sucedido a ti —dijo con un deje de profunda decepción.

—¿Qué cosa?

—Enamorarte del malo, imbécil.

Bryce negó, ofendido y enojado ¿Quién carajo se creía que era?

—¿Te das cuenta de la estupidez que dices?

—Una verdad tan grande como una catedral —dejó caer, y continuó riendo, esta vez con nerviosismo—. Esa mujer va a destruirte. Nos enterrará a todos.

—No tengo necesidad ni tiempo de escuchar tus demencias —respondió Bryce—. Iré a darme un baño. Me espera una larga noche.

—Sabes que te quiero, Bryce —comentó Eric con tristeza—. Espero que entiendas las consecuencias de tus actos.

Bryce sujetó la toalla, la única que le habían entregado cuando contrataron la habitación.

—Debo ir a buscar nuestras pertenencias en el hotel y deshacerme de ellas. —Cambió la línea de la conversación—. Descansa, lo vas a necesitar.

23. Próximos pasos

Owen levantó la mano y quiso tocar el cuerpo frío y gris frente a él en la morgue. Se tocó el pecho. Algo parecido a un dolor lo invadió. Se imaginó que ese dolor se afianzaría con el paso de los días, a medida que entendiera que nunca lo vería de nuevo. Owen nunca volvería a besarlo ni a tenerlo en sus brazos. Sí, adoraba follar a ese bastardo, sentir que era importante para alguien. Isaac habría sido el único que sufriría si él moría. Ahora, cuando le llegara su turno, a nadie le importaría. Quizá a su primo Dustin, pero a nadie más.

Su madre tenía tantos sentimientos como una planta, siempre resignada al papel que le tocó cumplir, y Mayka, bueno, ni siquiera era una mala broma. Su hermana haría una fiesta para celebrar su muerte. Lo odiaba tanto como él a ella.

—Debemos salir de aquí. —Silas, su tío, le tocó el brazo mientras él se encontraba perdido en sus pensamientos.

—¿Cuándo harán el traslado?

—En unos días más. Están con algunas averiguaciones dado el problema que se suscitó en el edificio. Aún no entienden cómo fallaron las cámaras de vigilancia.

—Voy a torturarlos —juró—. Los voy a hacer pagar por la vida de Isaac.

—Lo haremos —aseguró Silas—. Sabes que tienes mi apoyo total. Sin embargo, ahora hay que mantenernos cautos.

—¿Cautela? ¿Acabo de perder no solo a mi primo, sino a mi mejor amigo, y debo pretender que nada pasó?

Silas tragó saliva y presionó con más fuerza en su hombro.

—Theodor nos ha convocado cuanto antes. Debemos viajar de regreso a Inglaterra.

—¿Sabes que ha sido lo único positivo de todo esto? —preguntó Owen, y Silas frunció el ceño.

—¿Hay algo positivo en esta mierda?

—Sí. —Los ojos negros se clavaron en su tío—. Al fin tendremos la guerra que siempre esperamos y borraremos a los Morgan de la faz de la tierra, empezando por London y mi «querido primo», Jesse.

Silas, que era un bastardo, todavía se sorprendía del odio que Owen le tenía a Jesse y a Mayka. No era natural aborrecer a dos seres que nunca hacían nada malo.

—Hay que salir de aquí, Owen —replicó Silas—. Muy pronto sabremos cómo debemos seguir…

—No me quedaré sin mi venganza —interrumpió—, así deba ir en contra de Theodor y toda la familia.

—Sin el apoyo de la familia no tienes nada.

—Si debo hacerlo solo, lo haré. Mataré a esos hijos de puta y a todos los que estuvieron de su lado. Te lo juro, Silas. Y sabes bien que no prometo en vano.

—Estás cegado por la rabia. Lo más probable es que en esta situación el muerto seas tú.

—¿Qué?

—Es momento de pensar, Owen —reflexionó—. No seas como Isaac, de lo contrario terminarás con dos metros de tierra encima.

—¿Y qué sugieres entonces?

—Déjalos ganar esta vez —respondió convencido—. Es lo que Theodor está haciendo.

—A Theodor no le importamos.

—Ahí te equivocas —rebatió Silas—. Carecemos de importancia afectiva, pero no estratégica para mi padre.

—No voy a conformarme solo con ser un soldado esta vez.

—Tranquilo —dijo con una serenidad imperturbable—, dejar el poder en manos de Theodor no es una mala señal.

—Él no actuará pronto.

—Tal vez no, Owen, pero cuando lo haga, créeme, no quedará nada de los Morgan.

***

El ambiente se cortaba con un cuchillo en el avión que los trasladaba a Inglaterra a Mayka, Eric, Bryce y, por supuesto, Jared como piloto.

Mayka no había vuelto a acercarse al demonio. Después de la noche anterior y la conversación con Jared entendió que lo mejor era estar muy lejos de él.

Isaac murió. Es hora de que regreses a casa.

Finalmente, el mensaje le había llegado. Mayka tenía sentimientos encontrados con respecto a la muerte de su primo. Se preguntó si Jesse estaba al tanto de esto. ¿Le daría importancia? ¿Jesse por fin enterraría el pasado? ¿Se sentiría liberado?

Isaac había sido uno de los perpetradores de Jesse. Mayka rogó porque solo fuera él y no también Owen y Dustin. Estaba tan segura de lo ocurrido pese a la negativa de su primo de hablar sobre aquello que le causaba pánico en las noches.

Isaac estaba muerto, y junto con él toda la maldad y el daño provocado.

Rogó para que su anhelo, ese anhelo que venía desde el fondo de su alma entristecida, fuera una realidad.

—¿Pensaste en mi propuesta?

Mayka pestañeó y volvió al presente, a esa realidad que la tentaba como nada en este mundo, a esa realidad que había logrado que se masturbara dos veces en la ducha esa mañana y que aún estuviera excitada.

—No será necesaria. Me quedaré en un hotel en Manchester y esperaré la llegada del avión desde las Maldivas con la mujer que me ha reemplazado en ese lugar desde hace cuarenta y ocho horas.

«No te atrevas a seguir mirándome así».

Esos ojos grises sobre ella eran algo irresistible. Le provocaban un deseo tan poderoso e incontrolable. Jamás, ni en sus más remotos y delirantes sueños, esperó ser embargada por una sensación así.

—Vamos —replicó, y dejó el asiento frente a ella para colocarse a su lado. Mayka estaba a punto de hiperventilar—, prometo no molestarte allí.

—No me molestas —masculló a la defensiva.

—Claro que sí. —Bryce sonrió y siguió escrutándola con detenimiento—. Lamento haberte besado anoche. Prometo que no volverá a suceder, pero considero que no hay lugar más seguro que el sitio donde puedo llevarte.

Estaba decepcionada, ¿para qué mentir? El hecho de que Bryce se hubiera disculpado por provocarle las mejores sensaciones de su vida se sintió como un insulto, un golpe duro sobre su rostro, justo igual al que ella le había dado horas antes.

—Te has tomado muchas molestias por nosotros, y de verdad lo agradezco. —Bryce parecía sincero cuando hablaba—. No hay otras intenciones de por medio. Si no quieres nada conmigo, no pasa nada. No te perseguiré. No serás la primera negativa que he tenido en mi vida, y aun así he sobrevivido.

—Mentiroso —esgrimió, y esta vez Mayka se permitió reír—. A ti nadie jamás te ha dicho que no.

Bryce se encogió de hombros y volvió a reír. Con soltura e inocencia, como un pequeño al que atrapan en una travesura. A Mayka le encantó esa sonrisa, más que las cargadas de seducción incluso. Ese era el Bryce libre de manipulaciones, puro y nítido como un cristal. Pensó que ningún Callum tendría la posibilidad de conocer esos gestos.

—Es cierto, pero sobreviviré de todos modos.

Mayka se cruzó de piernas y también de brazos. Alzó todas sus barreras para alejarse de malas decisiones, de pésimas y nefastas decisiones.

—Puedo contactarte con Jesse si lo deseas.

Y su talón de Aquiles abrió todo un abanico de posibilidades en su relación con Bryce.

Podría hablar con Jesse y estaría segura, y no estaría sola con Bryce.

—Es muy peligroso ahora.

—Déjame eso a mí. —La seguridad en sí mismo era tal vez un afrodisíaco para una chica que siempre luchó para lograr esa actitud —. ¿Aceptas o no?

«Cuando cada vez que te has enamorado has sufrido. Sexo sin compromisos es la única solución posible para mantener la poca cordura que te queda».

Su cuerpo palpitó ante la idea de tener a esa hombre alojado profundo en su interior. De repente, lo de Jesse fue solo una patética excusa. Mayka iba a terminar aceptando porque su cuerpo no le perdonaría negarse a probar ese bombón del más dulce chocolate.

Lo besaría, lo chuparía, lo degustaría hasta el cansancio, hasta que sus fuerzas y sus deseos se drenaran completamente de su cuerpo, hasta que su mente no recordara esos ojos grises. Podría ser como Jared. Podría tener sexo sin sentimientos de por medio.

—Está bien, Bryce —aceptó convencida de esta locura—, iré contigo.

24. Culpa

Jesse cerró los ojos y disfrutó la sensación del semen caliente impregnando su interior. London gemía en su oído y sus caderas se sacudían para que los últimos vestigios de su erección desaparecieran. Las piernas de Jesse estaban enrolladas en su cintura, y no planeaba soltarlo pronto. London desperdigó besos húmedos en su mandíbula y con su boca entreabierta recorrió el cuello de abajo hacia arriba. Sus labios terminaron sobre los de Jesse de nuevo, como lo habían hecho desde el momento en que Jesse decidió bajar todas sus barreras y se entregó a recibir amor, sexo, pasión y diversión.

—Gary Damonte me habló de ti hoy —musitó London, y descansó su impresionante estructura sobre ese muchacho que a simple vista parecía frágil.

—¿De mí?

—Dice que eres brillante —agregó London, orgulloso, mientras sus dedos peinaban el cabello lacio azabache de Jesse—. Quiere que te adscribas como ayudante de cátedra.

Jesse se contrajo debajo de su cuerpo. London picoteó su rostro con besitos suaves, diferentes a la pasión desbordada de hacía solo unos minutos.

—London… yo… no… —Comenzó a entrecortar las palabras, como le sucedía cada vez que estaba nervioso.

Su amante intentó darle calma.

—¿Por qué no quieres intentarlo?

—¿En serio? ¿A-Acaso no m…? ¿Acaso no me escu…?

—Sí, te escucho. Me encanta hacerlo, y sé que tienes una enorme capacidad. Tú amas el diseño interior. Y le darás confianza al alumnado.

Jesse giró su rostro hacia un costado, y London lo sostuvo del mentón. No había lugar para huir. London no permitiría que continuara con esa misma mecánica dolorosa.

—Es hora de que rompas la cáscara y salgas de allí, mi bella mariposa.

«Mi bella mariposa».

Era lo más cursi y gay que Jesse había escuchado en su vida, y también lo más dulce que sus oídos le transmitieron en sus veinte años. Jesse entendió que era parecido a ese hombre. Jesse no era un Callum, así como London no era un Morgan. Solo eran dos seres que se amaban. Sin limitaciones ni juicios. Sin malos tratos ni palabras hirientes.

—Voy a tartamudear, London —dijo avergonzado cuando fue capaz de hacer rodar las palabras.

—Gary te ayudará. Es un gran hombre. Me ayudó muchísimo cuando me inicié en la universidad.

—¿Y por qué él…?

—¿Por qué me ha contado esto? —Jesse asintió, y London tocó con su nariz la del muchacho—. ¿Tú qué crees?

—¿Sabe de nosotros?

—Me alentó todo el tiempo desde que apareciste en mi vida —confesó London con alegría—. Obviamente, él piensa que mi reticencia a concretar algo contigo se debía a la relación profesor-alumno. Gary no tiene idea del mundo que nos separa.

—¿Tú me has recomendado?

—No, Jesse. —London frunció los labios y salió de su interior despacio. Jesse cerró los ojos cuando su amante se retiró de su cuerpo y lo tiró hacia él—. Esto es mérito tuyo. Gary me ha consultado porque sabe que ahora somos más cercanos. Eso es todo.

Jesse hizo círculos con el dedo índice sobre el pecho de London. Tenía chupetones allí. Él era el causante, por lo que sonrió con algo de malicia.

—¿En serio me ves como profesor?

—No te lo diría si no creyera en ti. Y tú sabes que soy muy exigente.

—Un bastardo ref-refinado.

London arqueó la ceja, y Jesse frunció su tierna boquita para aguantar la risa.

—¿Quién me llama así?

—Todos. —Jesse se cubrió la boca mientras contaba el secreto de sus compañeros de clase.

—Hijos de perra. —London se mordió el labio inferior al tiempo que reía—. ¿Y tú?

—No, yo nunca.

—¿No me estás mintiendo?

—Nunca, profesor Morgan.

Por la risilla de Jesse London no estaba seguro de creerle. Dio un suspiro de resignación.

—Me gusta que se esfuercen para dar su mejor versión. ¿Es tan malo eso?

—Vamos, no es para tanto —se burló Jesse, y London comenzó a hacerle cosquillas.

Las risas se escuchaban en todo el departamento.

London tomó la boca de su joven amante y hundió su lengua en ella. Jesse sintió que lo ahogaba. Sus manos presionaron sobre los hombros. London lo giró para que cayera de espaldas en el colchón y se posicionó sobre sus piernas. Su pene duro y húmedo descansaba sobre el estómago de Jesse.

—Quiero comerte todo el tiempo —musitó en su cuello, y succionó. Jesse hizo una mueca de dolor y gimió—. Siento como si tuviera tu edad de nuevo.

Jesse lo empujó y colocó su abdomen sobre el colchón. London acarició las suaves nalgas y dio un golpe. El muchacho se mordió el labio inferior.

—Voy a nalguearte hasta el cansancio —murmuró en su cuello—, y luego me voy a enterrar en ti sin piedad.

London no era un hombre de promesas vacías. Cada nalgada llevó a Jesse a aullar en una mezcla de dolor y placer. El pene deslizándose en su interior hasta la empuñadura solo fue la cúspide de la lujuria. Jesse mordió la almohada y aguantó las embestidas sobre ese punto que lo transportaba a la locura.

Su profesor, el hombre serio y protector, amable y considerado, se transformaba en una bestia sin frenos inhibitorios. Dispuesto a todo mientras profanaba su cuerpo y lo convertía en su esclavo.

Jesse encogió los dedos de los pies y se vino con un sonido estrangulado. Comprimió sus paredes musculares y apretó a London en su interior de tal modo que eyaculó en ese instante. Sacudió sus caderas, y Jesse se mordió el labio inferior para no lanzar un gemido que oiría todo el edificio.

—Este es el mejor final del día que puedo tener: enterrado en ti.

Jesse ronroneó mientras London desparramaba besos en su cuello y disfrutaba de la nube postorgásmica.

Se abrazaron una vez más, sudados y húmedos, sucios por los fluidos del otro.

London besó despacio la tierna boca que se le ofrecía como un postre después de una gran cena.

A lo lejos, ambos escucharon el sonido de un celular. Jesse se removió y retuvo al hombre con sus piernas.

—Jesse.

El muchacho levantó su mirada, esas pestañas que tocaban sus mejillas cuando tenía los ojos cerrados, espesas y abundantes. Era la imagen más erótica que London recordaba haber visto en toda su vida.

—¿Mm? —preguntó, y logró que London lo envolviera en su impresionante cuerpo, ese que no tenía derecho a tener porque era una tentación para todo el mundo.

—Es tu celular, amor.

Jesse frunció el ceño. Apenas comprendía las palabras que decía su amante. Pestañeó una y otra vez, e intentó caer en la cuenta de esas palabras. London abandonó su cuerpo y se deslizó por la cama rumbo al comedor. Jesse se sentó y dio un quejido. ¡Dios santo! ¡Estaba partido en dos! London regresó con el celular. Su rostro había cambiado a uno de preocupación.

—Es Dustin.

Jesse puso los ojos en blanco. ¿Qué carajo quería ahora? ¿Más amenazas? Recibió el celular. El nombre en la pantalla del aparato no dejaba lugar a dudas.

—¿Qué quieres? —inquirió Jesse, cansado del hostigamiento.

—¿Estás feliz ahora?

—¿Eh?

—Isaac está muerto. No te hagas el que no sabes cuando te la mete uno de nuestros enemigos y tú gritas como su perra en celo.

La capacidad de habla de Jesse se extravió. Su cabeza dio vueltas mientras la palabra «muerte» lo rompía en mil pedazos.

—Mientes. —Solo pudo decir eso.

London lo miraba a su lado y le preguntaba qué ocurría.

—¿Acaso piensas que soy como tú, puta traidora?

—Cállate. —Las lágrimas rebalsaron sus ojos. Quería morir en ese momento, huir a algún lugar en donde nadie lo reconociera.

—El único hermano que amaba lo he perdido por tu culpa —esbozó Dustin—. Por tu traición. Ni se te ocurra aparecer en el funeral, porque van a comerte vivo. Y me encantaría verlo. Te juro por Dios que pagaría por atestiguar cómo te destruyen.

—¿Igual como hace… cinco años?

Silencio en la línea. La respiración de Dustin se aceleró. Jesse se mantuvo firme. No iba a callarse cuando él era una víctima.

—Eras una puta que pide verga en todo momento. Lo sigues siendo ahora.

—No —las lágrimas lo desbordaban—, era solo un adolescente inocente, y ustedes, unos bastardos sádicos.

—Sigue diciéndote ese cuento, puta. Algún día quizá te lo creas. De todos modos, prepárate tú y tu noviecito. Tarde o temprano sabrán que meterse con los Callums fue el peor error que cometieron.

London le quitó el celular a su amante, que había entrado en una crisis de nervios.

—¡Deja de lastimarlo!

—Profesor Morgan, es genial escucharlo —ironizó Dustin—. Para usted también tengo noticias.

—Escúchame bien, imbécil…

—No, Morgan —interrumpió con la ira golpeando en su voz como un huracán devastador—. Tú abre tus oiditos. Lamento comunicarte que te has quedado sin empleo, muerto de hambre.

London quedó estático. Conocía los riesgos y el poder de los Callums. Sabía que era solo cuestión de tiempo para que contactaran a los cabecillas de la universidad.

—A diferencia tuya, sé lo que es la vida real —lanzó con rabia y resentimiento—. He trabajado toda mi vida. Si piensas destruirme, necesitarás algo mejor que eso.

—Disfruta a tu juguetito sexual, London —amenazó—. Muy pronto te quedarás sin él.

—¿Sabes, Dustin? Creo que no me conoces enojado.

—¿Y qué harás? ¿Agarrar un arma y salir en búsqueda de tu doncella en problemas? Acepta la realidad. Podemos quitarte del medio cuando queramos.

—No es la primera vez que me subestiman, querido cuñado —se burló London—. Puedes preguntarme dónde están todos los que lo hicieron. Puede que no sea como los hijos de Río, pero cuidado, sé defenderme y también atacar.

La comunicación cesó. London dejó el celular y puso la mano derecha en su frente. Jesse lloraba a su lado.

—¿Estás bien, amor? ¿Qué pasó? ¿Qué te dijo?

Jesse lo abrazó con todas sus fuerzas mientras dejaba que el llanto cayera como un río inagotable. London le acarició la espalda. Su mano subía y bajaba.

—Isaac está muerto, London —confesó entre hipidos dolorosos—. Dustin dijo que fue por mi culpa.

—Dios. —London cerró los ojos y se perdió en un nuevo abrazo con su amante.

—Nada va a detener ahora a Owen y a Dustin. Ellos vendrán por mí.

—Pues tendrán que vérsela con nosotros.

—No entiendes.

—No, tú no entiendes. Nadie me va a apartar de ti ni ahora ni nunca. ¿Te quedó claro?

—¿Siempre me amarás? ¿Estarás conmigo?

—Lo juro por lo más sagrado que tengo. Nada va a pasarnos, Jesse.

—Te creo. —Jesse se limpió las lágrimas y descansó su cabeza en el pecho de su hombre—. Necesito hacerlo.

25. Plan B

«Aprovecha cada segundo, pero recuerda que debes salir de allí caminando».

Jared, idiota. Ni siquiera sabía por qué estaba pensando en él en ese momento. O a lo mejor sí, porque iba a cometer la tontería más grande de toda mi vida.

—Es aquí.

La voz de Bryce me sacó a Jared del pensamiento con velocidad y precisión.

Me gustaban las dos macetas en la puerta, una a cada lado de la entrada, con flores amarillas y púrpuras. Estacionamos en la calle, en frente del lugar que Bryce me sugirió. La verdad era que no entendía cómo podía decir que era seguro cuando no tenía ni siquiera rejas. Era una casa muy reducida, con techo de tejas negras y un farol del lado derecho, donde al parecer hubo un jardín. La estructura de ladrillo había sido pintada hacía poco. El olor a pintura impregnaba mis fosas nasales a medida que me acercaba.

La puerta era de color amarillo pastel. Bryce sacó la llave de su bolsillo y la abrió. Yo continué investigando el sitio e intenté responder la pregunta obvia que se suscitaba en mi mente, que, a pesar de estar calenturienta, todavía trabajaba.

—Dijiste que este lugar es seguro —reproché enojada—. Es evidente que tenemos conceptos distintos de lo que significa «seguro».

Bryce rio y negó una y otra vez. Sabía que no estaba bien. Había discutido con su hermano largo y tendido, y estaba segura de que era por mí.

—Ven aquí, te mostraré. —Me hizo una seña para que avanzara en la diminuta casa.

Ingresé, y él levantó una mano para que me detuviera. Frené en seco. Me señaló la puerta y la golpeó. Asentí. Era blindada, ¡gran cosa!

—Blindada —dije como en una obviedad.

—Los vidrios de la ventana delantera y de las dos traseras también, al igual que las puertas.

—Bien.

—¿Crees que te he estado tomando el pelo? —Me quedé callada, y Bryce arqueó una ceja—. Te pareces mucho al viejo Theodor.

—¿Qué?

—Subestimas a todo el mundo. Piensas que la única mente pensante en el mundo es la tuya.

Frente a la afirmación de este hombre contaba con dos opciones. Una era mandarlo a la mierda por compararme con un ser tan ruin como mi abuelo y la segunda era darme cuenta de que había un punto en el que todos los miembros de mi familia nos caracterizábamos: nos creíamos unos sabiondos de primera.

—Lamento si…

—Está bien. —Lo miré de frente, antes de que se disculpara por decirme la verdad en la cara—. ¿Qué más tiene esta cajita de zapatos que no me hayas mostrado?

—¿Cajita de zapatos?

Bryce comenzó a reír divertido.

Me encogí de hombros y, al cabo de unos segundos, empecé a reír junto a él.

—No es mi culpa que sea así de pequeño.

—Ven aquí, sabelotodo. —Caminó delante de mí, y decidí no seguir con lo mismo.

Lo acompañé hasta la alcoba y me quedé en el umbral de la puerta, frente a una cama que era más grande que la casa. Me crucé de brazos y frené a mi mente, que empezaría a imaginar escenas pornográficas en ese sitio con el hombre que estaba allí. Salvaje y dispuesto.

—¿Qué hay aquí? —indagué nerviosa, y Bryce se humedeció los labios. Paso siguiente, agarró la cama y la movió del lugar donde estaba.

Una puerta se visualizó en el piso de madera clara. Bryce apoyó una rodilla en el suelo e introdujo una nueva llave. Lo que encontré debajo de esa casita austera no tenía nombre.

—Es un búnker.

—Un poco más complejo que eso.

Bryce bajó por la escalera, y yo lo seguí. Era una habitación. Cubría todos los metros cuadrados de la estructura de ladrillo. Había un sistema de seguridad desde allí y una especie de computadora.

—¿Sabes? Mi hermano me odia por contarte esto a ti. —Bryce dio un suspiro, como si las opciones se hubieran agotado en torno a mí.

—Lamento eso.

—¿Amas a tus hermanos?

—Solo tengo uno vivo, y te diría que el término «aborrecer» se queda corto. Y es un sentimiento mutuo.

—Yo los amo. —Acarició el teclado y se afirmó en el escritorio—. Son mi vida. No sé qué haría sin ellos. Mi familia es lo más maravilloso que tengo.

Envidié a Bryce Morgan en ese momento.

—Esto activa un sensor que provoca que la alarma de incendios se active.

—Ah.

Bryce sonrió. Fue una sonrisa de «Otra vez te crees una maldita sabionda».

—No es agua lo que impregnará a tus enemigos, es ácido.

Me paralicé al escuchar eso. Era por ello por lo que no necesitaban más seguridad en la estructura. Solo con eso tenían a sus rivales en sus manos.

—¿Alguna vez lo usaron?

—Nunca ha sido necesario. Nadie sospecharía que esta casa simple y campestre es un refugio.

Me sentí una idiota. Bryce tenía el panorama tan claro que nos dejaba al resto como unos novatos.

—Siéntate aquí —señaló la silla delante del escritorio.

Di pasos hacia allí y obedecí.

Él colocó su mano en mi hombro. Lo sentí arder con su cercanía.

—¿Ahora qué? —cuestioné intranquila. El aliento de Bryce estaba sobre mi oreja. Me provocaba pequeños choques eléctricos que impactaban en todo mi cuerpo.

—128123. Ese es el código que activa todo el mecanismo del desagüe y provoca que los químicos incineren a los bastardos.

Fue un instinto. Debía observarlo mientras estaba a mi lado. Giré mi cabeza hacia él. Nuestros rostros quedaron a centímetros uno del otro. Bryce recorrió cada una de mis facciones y se quedó en mi boca. Se humedeció la suya.

—Por esto discutías con Eric, ¿verdad?

—Sí —confesó—. Ellos tienen una visión de los Callums que…

—Tienen razón —interrumpí con tristeza—. No deberías confiar en mí.

—¿Piensas traicionarme?

—No. Aun así, es peligroso. No me conoces.

—Pues llámame tonto si quieres. —Intentó que el clima que había recaído en esa habitación se distendiera nuevamente. Era imposible. Me sentía fatal.

—Envidio a la gente como tú. —Ya no me importaba lo que ese hombre pensara de mí. Iba a abrir mi corazón, y que todo se rompiera si era preciso—. A las personas que valoran a su gente, que todavía creen en los demás.

—¿Cuántos años tienes, Callum?

—Veintitrés.

—Eres demasiado joven para cargar con ese cinismo ante la vida —replicó—. Desconfiar de todo el mundo te lleva a vivir en guerra. ¿No es agotador?

—Lo sería si hubiera sido criada como un ser humano, no como un robot que sirve a los fines de un bien mayor.

—Bien mayor… —Bryce rio ante la frase absurda—. A los Callums no les importa el bien mayor, como tú dices, solo obedecen a la voluntad del viejo decrépito de Theodor.

—¿Por qué fuiste a Nueva York? —curioseé—. ¿Estabas interesado en ingresar al mercado de diamantes?

—No, mi padre soñaba con ese negocio.

—No somos tan diferentes, demonio —susurré. Mi mano se posó sobre su mejilla y la acarició con suavidad—. Respondemos a hombres que necesitan satisfacer su ambición.

—¿Sabes dónde estriba la diferencia? —Bryce sujetó mi mano y la besó—. Mi padre jamás me hubiera enviado a una muerte segura.

—Demonio. —Me puse de pie y esta vez llevé mis manos a su cuello, y las de él fueron a mi estrecha cintura—. Río conoce a Theodor. ¿Por qué no aceptas que en el fondo son demasiado parecidos?

Bryce acarició mi mejilla con su nariz. Me olfateaba como un cachorro. Buscaba mi aroma, y me encantaba que lo hiciera.

—Nunca vas a dejarme ganar, ¿verdad?

Me humedecí los labios y esperé su invasión. Este hombre se estaba arriesgando por mí. Había discutido con su hermano por mí. En ese momento no solo me convenció, sino que también me dio la fuerza necesaria para comprender que debía probarlo, que debía sentirlo en mí y que sería la mejor follada de mi vida.

—No, Bryce —susurré a milímetros de sus labios. Sus manos descendieron de mi cintura a mi trasero—. Más vale que te acostumbres.

26. Infierno

La cama gritaba sexo en cada milímetro de su extensión. ¿A cuántas mujeres habría hecho gemir de placer mientras las embestía? Su piel se erizó cuando su pelvis percibió el enorme bulto endurecido entre la tela de los pantalones de Bryce.

Bryce estiró el labio inferior de la mujer y lo saboreó. Planeaba chuparla como un dulce, como uno con el que jamás volvería a deleitarse. La verdad no debió haberle sonado dolorosa, pero carcomió su ser, lo hizo reflexionar acerca del deseo y las veces en donde su frontera con el amor se tornaba difusa. Bryce no estaba enamorado de Mayka, por supuesto que no. Sin embargo, el hecho de sentir su cercanía, la manera en que se tornaba frágil y necesitada entre sus brazos, lo llevó a entender a su primo London. Si el tal Jesse le generaba lo mismo, pues el pobre estaba condenado al infierno.

«Un bálsamo que cura mis heridas y alimenta mi libido».

Mayka tenía un sabor excepcional. Uvas frescas bajo el calor de la Toscana. Bryce había pasado un verano allí hacía varios años. Mayka lo transportó al calor de esa tierra, al aroma de un buen vino, a su piel bronceada en la arena. Esta mujer tenía magia, la capacidad de llevarlo a momentos felices, lejos de los nubarrones de Londres.

Salvaje, dulce, aguerrida, visceral, con un toque de ternura. Una fórmula mágica, una que descubriría esa noche.

—Eres un hombre grande. —La mujer colgó de nuevo sus manos en el cuello. Lo acercó más, lo adhirió a su ser. Mayka anhelaba que sus cuerpos se convirtieran en uno.

—Tú también tienes partes grandes —bromeó—, y todas me gustan.

—Idiota. —Le golpeó el pecho.

Bryce le devoró la boca y la absorbió como siempre había querido, después de todo, nunca más la tendría para sí.

—Me declaro culpable —musitó mientras sus labios la recorrían y sus manos masajeaban su trasero—. Tú pones tonto a cualquier ser humano con ojos. —Acarició los gloriosos senos entre la camisa. ¿Eran más grandes que como los recordaba?

—¿De verdad me viste esa noche hace dos años? —preguntó incrédula. ¿Cómo era posible que un hombre como Bryce recordara a una chiquilla en medio de decenas de mujeres increíbles?

—Una cosa hermosa. —El demonio le chupó la mandíbula—. La más bella y deseable. La más prohibida. Dios, solo a ti te quedaba bien ese vestido rojo. La forma en que casi se traslucía en tu culo y en tus enormes tetas.

Mayka puso los ojos en blanco, y Bryce desperdigó besos húmedos en su cuello. El ambiente alcanzaba más y más temperatura. Cada toque la quemaba.

—Todos los hombres quedan hipnotizados con mis tetas —confesó Mayka—. Odio cuando solo miran eso.

—No me digas que te molesta —replicó Bryce—. Mujer, ten un poco de piedad de nosotros. Somos almas débiles.

—Y básicas.

—Eso también.

Bryce era incapaz de negar lo obvio. Con esa mujer cualquiera se volvía un típico cavernícola posesivo que solo buscaría marcarla para que todo el mundo supiera a quién pertenecía. No había espacio para la posesividad, solo era un polvo. Uno muy esperado, pero se limitaría a eso.

Ambos rieron ante las locuras de Bryce. Tal vez era eso. Esa amalgama de alocado y serio era lo que le llamaba la atención a una mujer nacida en un ambiente hostil.

La boca del hombre descendió por su cuello hasta el segundo botón de la camisa, que estaba desprendido. El tercero estaba tirante. Bryce se mordió el labio inferior con fuerza.

—¿Cómo haces para meter estas bellezas en esa camisa tan ajustada?

Los dedos trémulos de Mayka tironearon la camisa de Bryce, quien seguía contemplando sus senos. Una vez que la desajustó por completo, la deslizó por los hombros de ese tipo experimentado, el cual se había quedado pasmado con sus tetas.

—¿ Eso te importa?

Bryce levantó su vista y se enfocó en la diosa. Un solo tirón y todos los botones volaron en distintas direcciones. Mayka dio un grito de sorpresa. Bryce corrió hacia abajo las copas del sostén y descubrió los pezones rosados, esos que lo llamaban a deleitarse con ellos en su boca. Luego la besó con el hambre que crecía a pasos agigantados. Su lengua pinceló su cuello y se deslizó al lugar donde se había soñado desde que sus caminos convergieron.

Mayka gimió cuando la boca de Bryce se enganchó en su pezón derecho. La lengua hizo círculos y después aleteó sobre él. Mayka enterró sus dedos en las suaves hebras doradas de su cabello. Bryce succionó, y las piernas de la mujer temblaron.

Bryce le comió los pezones como si se tratara de deliciosas uvas. La imagen de la Toscana volvió a su mente. Se visualizó allí con la diosa, bebiendo vino directo de esa piel sudada. Sostuvo ambos pechos con sus fuertes manos y les dio un trato minucioso. Su lengua jugaba con ellos, y Mayka comenzó a reír con la pervertida fijación de su amante. Estaba húmeda. Mayka pensó que de un momento a otro tendría un orgasmo solo con ese toque prodigioso.

—Bryce…

—Lo sé, van a dolerte mañana. Lo lamento, pero son irresistibles —se disculpó ante la insistencia de su boca sobre esa parte de su cuerpo.

Mayka buscó a tientas el cinturón y lo desajustó. Bryce la miró con seducción, convencido de que esto era especial para esa mujer cautivadora. El pantalón cayó y luego lo hizo el de Mayka. La pequeña tanga de algodón se perdía en sus prominentes nalgas. Bryce las apretó y unió su pelvis a la de su amante. La erección en vivo y en directo. Mayka gimió. Bryce, como el sádico que era, volvió a chupar sus pezones e introdujo su mano derecha entre la prenda. Sus pliegues vaginales estaban mojados. Mayka abrió las piernas, dispuesta, y sus ojos se fueron hacia atrás cuando el índice y el

dedo medio masajearon en su vulva con entusiasmo. Su pelvis se contrajo ante la intrusión.

—Me aprietas con fuerza. Me encanta —le susurró Bryce al oído antes de chupar el lóbulo de la oreja.

Mayka enganchó su pierna derecha en la cintura de su hombre, y este empujó con sus falanges más profundo en su interior.

—Penétrame.

—¿Lo deseas?

—Sí —afirmó con devoción—. Te necesito.

Fue todo lo que Bryce pudo resistir.

La penumbra de la lámpara mostraba la belleza y la intensidad que desprendía la diosa.

«La diosa».

Bryce pensó que era un mejor apodo que tigresa. Hablaba más de la personalidad de Mayka, de su versatilidad, de la manera en que se mostraba como un ángel y una ninfómana al mismo tiempo. Tiró hacia abajo su bóxer y liberó el enorme pene, que acarició mientras daba pasos hacia la cama. La sangre estaba a punto de hervir en el estado de excitación en el que se encontraba.

—Ven aquí.

Mayka dio pasos hacia él con entusiasmo y deseo. Acarició por enésima vez el tatuaje y sus ojos fueron al pene más que despierto. Bryce la rodeó con su brazo y la atrajo hacia él.

—¿Cuántas veces has hecho esto? —Bryce se mordió la lengua después de hacer esa pregunta cuya respuesta no debería importarle.

—Tú primero. —Mayka se mordió el labio inferior y sostuvo entre sus manos el rostro del hombro—. Anda, cuéntame.

—No lo recuerdo.

—¿No lo recuerdas o tienes miedo de que te juzgue como un gran error?

—Pensé que ya lo era.

Mayka negó ante una frase demoledora. Eso es lo que representaban el uno para el otro. Un gran error, el peor de todos.

—He estado con decenas de mujeres —esgrimió al cabo de un segundo—. Y lamento decirte que no llevo la cuenta.

Mayka lo besó con hambre, como si esa declaración activara sus instintos y liberara la lujuria por completo.

—¿Y tú?

—Tampoco me acuerdo —bromeó, pero Bryce entendió que estaba mintiendo.

—Vamos, prometo no decir una palabra.

—Vas a asustarte —declaró segura de las consecuencias—. La mayoría lo hace.

—Ponme a prueba. —Le dio un beso esquimal. Era maravilloso sentir el cuerpo caliente y cómodo entre sus brazos.

—¿Contando este encuentro?

—Sí.

—Uno.

Bryce frunció el ceño. Primero, la respuesta parecía una locura. Una mujer así de bella y extraordinaria. Intrépida y entrenada. Una máquina formidable en el sentido más primitivo de la palabra. Una hembra que tenía tanto para entregar en el sexo y el placer.

—Es broma, ¿verdad?

Mayka sonrió y se rozó contra el cuerpo desnudo.

—¿Y si te digo que no? —desafió caliente y dispuesta a todo—. ¿Y si todos los hombres me parecían primates hasta que te conocí? El sexo nunca fue una primera opción, solo algo para sacarme la tensión. Para ello tengo un lindo consolador bajo la almohada.

Bryce se quedó estático.

Mayka fue quien esta vez frunció el ceño.

—¿Te molesta?

—No —replicó ansioso—. Lo que pasa es que no tienes idea de cómo me has puesto solo con saber eso.

Si antes de esa declaración Bryce se comportaba como un hombre de las cavernas, sometiendo a su cuerpo con fuertes caricias y besos, lo que vino después fue bestial.

Las manos del hombres se enredaron en el largo cabello negro y tiraron de Mayka hacia delante. Bryce la besó ¡Y cómo lo hizo! La absorbió con una fuerza implacable. Sus manos se pasearon febriles en toda la extensión de su piel.

Si Mayka hasta ese momento estaba excitada, ahora se podría decir que goteaba. Las lenguas se enredaron y batallaron por el control de la otra. Mayka nunca se rendía, incluso cuando esa guerra estaba perdida. Bryce era un hombre mucho mayor que ella, experto en las artes amatorias. No obstante, su entusiasmo y energía competían con esas dos cualidades.

La empujó hacia la cama. Mayka cayó de espaldas sobre ella. Bryce le dio una mirada. Por dios, ¡qué mirada! Fue la primera vez que esa mujer se avergonzó de su desnudez, de la manera en que ese hombre leía sus deseos. Mayka se convertía en un libro abierto en sus manos, en sus labios, y estaba a segundos de probar más de él.

Bryce se alejó de la cama, y Mayka se sentó en ella. El hombre levantó la mano, se dirigió a uno de los cajones del chifonier de madera antigua y obtuvo del primer cajón un vibrador, lubricante y una tira de condones. Mayka en ese momento se preguntó si de verdad estaba preparada para todo eso. Ya no importaba. Lo probaría. Nada la haría desistir del manjar que representaba Bryce Morgan.

Se acercó de nuevo a la cama y lanzó los artilugios al lado de la mujer. Ella los miró y luego se enfrentó a su hombre, quien se agachó y la sostuvo del cabello para que se sentara sobre sus talones al borde de esa estructura tamaño king.

—¿Tienes miedo?

—No —contestó Mayka, hambrienta de deseo, cuando Bryce rodeó con su pulgar sus tiernos labios.

—¿Seguro?

—¿Te pone que diga sí? Solo dímelo y ya.

Bryce volvió a enredar sus largos dedos entre el cabello y la sostuvo con fuerza. Mayka gimió, un sonido claro y morboso, como todo lo que rodeaba ese encuentro.

—Nunca he estado con una primeriza.

—¡Qué bueno! Será genial desvirgarte a ti también.

Bryce fue incapaz de contener la risa. Se imaginó otro tipo de mujer cuando se encontró con ese ángel dos años atrás. Pensó lo

mismo cuando volvieron a verse en su departamento. Esta mujer distaba mucho de lo que su imaginación había preparado.

Mayka no se parecía a nada de lo que soñó. Era millones de veces mejor. Bryce volvió a besarla. La mujer enredó los brazos en su cuello y tironeó de él.

—Ven aquí —rogó en un susurro—. ¿Acaso no te gusto? —Hizo un lindo puchero.

Bryce volvió a acariciarle el labio antes de volver a devorarla. ¿De dónde había salido esta mujer?

Esa noche Bryce entendió dos cosas. Una, los Callums eran mucho más peligrosos cuando estaban calientes, más que enojados. Segundo, todas las películas de adultos que vio en su vida no serían suficientes para expresar las cosas que el «Demonio» le haría esa noche a ese ángel.

El sonido de la lluvia que golpeaba los cristales los alertó de una tormenta, una que amenazaba desde que aterrizaron en Londres. Estaban allí, en medio de un calor más acuciante que el de la sabana africana que ambos conocían. Un par de fieras listas para todo lo que él propusiera.

—Nunca volverás a follarte con un consolador después de esta noche, te lo garantizo —susurró Bryce sobre sus labios, y Mayka se hizo hacia atrás en la cama.

—No lo sé, un consolador tiene muchos beneficios —se burló, y Bryce volvió a sonreír.

—Tranquila, Callum. Yo tengo muchos más, solo tienes que descubrirlos.

27. Ráfagas de pasión

Sus labios parecía que se llamaban en una hoguera que contrastaba con el vendaval que se desataba en el exterior de esa pequeña casa que encerraba muchos secretos. Ahora tendría uno más, uno que ninguno de los dos olvidaría. Bryce la arrojó sobre las sábanas frías, y el contraste con sus pieles se sintió maravilloso. El demonio serpenteó con su lengua el cuello y volvió a sus senos. Abrió su boca al límite y se tragó gran parte de uno. Mayka se mordió el labio inferior. Presenciar tal acto descarnado estaba a punto de causarle un orgasmo. Mayka le acarició el cuero cabelludo y lo masajeó. Bryce ronroneó ante el toque mientras seguía brindándole un placer inimaginable.

—Demonio…

—Bryce —replicó antes de rodear con su lengua la aureola de su pezón derecho—. Llámame por mi nombre.

—Eres un demonio —dijo Mayka antes de gemir cuando volvió a succionar—. Me haces querer cosas que jamás pensé en mi vida.

—Y recién estoy empezando, cariño.

La lengua de Bryce, ese instrumento de placer innato que no solo complacía con su toque, sino con sus palabras, se deslizó hacia el sur. Bryce desperdigó besos sobre su abdomen y sus grandes manos lo acariciaron con vehemencia. Mayka pensó en los rollitos que habían salido en las últimas semanas, esos que intentaba mantener a raya, pero el chocolate lo hacía casi imposible.

—Eres tan hermosa.

Solo con esas palabras las dudas de Mayka se disiparon.

Bryce salpicó besos húmedos por su cintura, luego por su vientre, y descendió hasta su monte de Venus. Besó los labios como quien pide permiso para una intromisión. Mayka abrió las piernas y le mostró su feminidad.

—Soy un bastardo, Callum —susurró con voz ronca—. De verdad no tienes idea de las cosas que mi cabeza me pide hacerte.

—Hazlas. —Mayka lo animó a más, lo impulsó a todo—. Nunca tuve miedo de un hombre, y no empezaré ahora justo con uno que solo me dará placer.

—¿Tan segura estás de mis intenciones?

—Como un águila cuando levanta el vuelo.

Bryce besó el comienzo de sus labios vaginales. Mayka apoyó sus codos y antebrazos en la cama para contemplar la escena.

—Eres muy poética cuando te lo propones.

—Quiero esa lengua tuya haciendo lo que mejor sabe hacer. ¿Me la darás?

La lengua de Bryce aceptó el desafío. Dio un lametazo por el contorno, y Mayka se estremeció. Sus ojos se enfocaron en el techo y sus terminaciones nerviosas captaron la lengua que iba y venía sobre sus pliegues. Minuciosa, demandante, todo lo que esperaba. Las grandes manos se estacionaron en sus pechos. Los dedos pulgar e índice se ajustaron en sus pezones y los hicieron rodar de un lado a otro. Mayka se recostó. Era genial atestiguar cada cosa, pero mucho mejor era simplemente sentir en cada célula el enorme placer que le provocaba el tacto de Bryce. Mayka sujetó ambas manos del hombre en sus senos para que continuaran con su arduo trabajo. La lengua talentosa exploraba y despertaba sensaciones que hasta ese momento la mujer desconocía que existían. Puntos de excitación que florecían ante el prodigioso amante. La forma en que succionaba… Mayka cerró los ojos y gimió ante esa especie de máquina detonadora del éxtasis femenino. Levantó la pelvis en búsqueda de más contacto cuando un par de dedos la hicieron temblar.

Era la primera vez que algo más que un aparatito de plástico profanaba su coño. La columna se arqueó y sus piernas temblaron ante el inminente orgasmo. Bryce apuró las estocadas en combinación con el aleteo de su lengua. Mayka se cubrió la boca y en su estómago sintió el poderoso Big Bang. Cerró las piernas y sostuvo con fuerza la cabeza de su amante allí abajo. Se vino y pensó que asfixiaría a esa pobre alma que seguía dando embestidas en su interior.

Bryce se mantuvo dócil. Permitió que la fuerza de Mayka lo abstrajera de la realidad, que ella también lo hiciera suyo de la manera que deseaba. Ya tendría él su turno, y no se guardaría nada. Era simple: contaba con el permiso de esa diosa para satisfacerla y encontrar alivio para él mismo. Las piernas de Mayka aflojaron el agarre. Bryce dio un par de lamidas más y besó el interior de sus piernas. Luego se sentó sobre sus talones en la cama. Mayka tenía los brazos extendidos y sus senos subían y bajaban. Se estaba recuperando del orgasmo.

—Bien para empezar, ¿verdad?

Mayka rio ante la muestra de soberbia y ego de su amante.

—Sí —contestó mientras recuperaba el aliento—, pero estimo que puedes mejorar, ¿no es así?

Mayka era una delicia para degustar despacio. Un plato premium de edición limitada, uno que no cualquiera había tenido el privilegio de probar. Esta mujer tenía un talento innato para la guerra, pero también para el sexo. Su sensualidad le venía por naturaleza.

Bryce, sentado sobre sus talones, se posicionó entre las piernas extendidas. Sostuvo su miembro con su mano derecha y golpeó en los genitales sensibles de Mayka. La mujer frunció la boca y contuvo un gemido.

—Si lo anterior te ha gustado, esto te volará la cabeza.

—Fanfarrón —se burló, aunque sin duda pensó que, si el orgasmo de recién había sido brutal, tener esa delicia en su interior sería mil veces mejor.

Bryce tomó un condón de los que estaban en la cama y se enfundó en él. Después colocó una porción abundante de lubricante. El bastardo volvió a dar golpecitos sobre la vagina. Mayka se retorció. Necesitaba más, y Bryce también. Percibió la enorme y húmeda cabeza sobre su entrada y el deslizamiento lento hacia el interior. Dio un quejido cuando la extensión incursionó en lo profundo de su ser.

—¿Estás bien?

—Dios, ¿cómo carajo piensas meter todo eso en mí?

—Relájate. —Bryce contuvo el ímpetu de perforarla con velocidad —. Es incómodo al principio.

—¿Qué? —Mayka gimió de nuevo—. ¿A ti te lo han hecho?

—No —esgrimió algo divertido—, pero siempre dicen eso al principio. Después…

—¿Qué?

—Ya lo verás.

Bryce se lanzó sobre su cuerpo. Sus pezones se erizaron al entrar en contacto con los de Mayka. Tenía toda esa hermosa y delicada piel a su disposición. La besó con hambre, como venía haciéndolo desde que se embargaron en esta locura. Y fue Mayka quien enganchó las piernas tonificadas en su cintura y se deslizó sobre la imponente verga. Bryce se mantuvo estático. Ambos se miraban. Mayka le decía tantas cosas en ese momento sin esbozar una mísera palabra. Su pelvis ágil y exploradora se balanceaba sobre la enorme extensión. Mayka volvió a gemir, pero esta vez de puro placer. Los brazos de la mujer estaban sobre el cuello musculoso. Echó la cabeza hacia atrás mientras su caderas se mecían con una velocidad continua.

—Dios.

—¿Dios? No, cariño, a Dios no le gustan estas cosas.

Bryce acompañó el vaivén con lentitud esta vez. La luz amarilla y tenue de la habitación mostraba sus gestos, la manera en que sus cuerpos se acoplaban. La silueta de Mayka entre sombras era mucho más excitante.

—Fóllame.

—Dilo de nuevo.

—Fóllame —pidió Mayka sin tapujos—. Házmelo como tú sabes.

Y por esa noche el Demonio se propuso dar rienda suelta a todos sus deseos.

Una estocada fuerte y profunda. Mayka se arqueó en ese instante.

—Bryce —gimió su nombre, y se abrazó con todas sus fuerzas al hombre sobre ella.

—Tranquila, amor —musitó en su oído antes de agarrar sus brazos y ponerlos sobre su cabeza—. Esta noche será inolvidable para los dos.

28. Sin piedad

«Nunca subestimes el poder de un orgasmo, Mayka. Puede llegar a ser tan adictivo como matar».

Mayka odiaba a Dominic con toda su alma en ese momento. Ese bastardo de seguro estaba en control de esas dos cosas, mientras que ella se encontraba gritando cosas ininteligibles. El pene de Bryce la embestía con la potencia de un tanque. Claro que se vino, lo había hecho dos veces en solo veinte minutos. Mayka desconocía si eso era normal, pero estaba segura de que no muchas mujeres u hombres tenían el privilegio de probar a un espécimen como Bryce Morgan.

«Un semental».

Lo era en todo el sentido de la palabra. Había barrido en su cuerpo. Mayka pensó que su aroma jamás se quitaría. Tampoco eso la molestaba, al contrario. Bryce olía tan bien, incluso sudado como en ese instante en que embestía sobre ella. Mayka le apretó las nalgas. Eran tonificadas y grandes. Tenía un culo espectacular, como pocos hombres. Clavó sus uñas en él. Una petición tácita de ir más profundo, incluso cuando dolía.

Bryce sujetó su rostro con ambas manos y la besó. Ni siquiera era correcto llamarlo beso. Era un cúmulo de deseo, saliva, dientes y lenguas que se enredaban en una danza perpetua. Las piernas de Mayka estaban abiertas al límite. Bryce las abría un poco más con cada empuje bestial. Sus ojos negros de lujuria, sus pupilas al límite. Devoraba sus labios, su cuello, sus clavículas… Y, claro, luego estaban sus senos.

Mayka pensó que, de todos los hombres adoradores de sus tetas, se había quedado con el más fanático. Todo su cuerpo dolía. Había chupetones en cada porción de su piel, pero en sus pechos, vaya, pensó que no podría usar un sostén en un mes.

Bryce pesaba. Era un hombre enorme que lanzaba sobre ella toda su potencia. Mayka, aun así, creyó que era la perfección absoluta. La manera en que sus cuerpos estaban envueltos, como dos paños de seda que juegan en contra del viento y se unen con belleza y elegancia. Una obra de arte. El coito con Bryce Morgan era una obra de arte, una que ahora llevaba inmortalizada en cada milímetro de su ser. El orgasmo, uno más, comenzó a gestarse en su interior. Mayka le mordió el hombro con fiereza, y Bryce se quejó, pero solo eso. Ajustó el vaivén y se tornó no solo rápido, sino también salvaje. Quizá ese era el talento de Bryce: volver adictas a las mujeres que estaban con él. Tal vez fue eso lo que Dominic le advirtió aquella vez mientras practicaban tiro y se reía de sus mejillas arreboladas.

Mayka apretó los dientes y un nuevo orgasmo la embargó con el mismo ímpetu que el primero. Se retorció en los brazos de su amante. Entretanto, este la empotraba con la velocidad perfecta. Mayka sonrió porque sabía lo que venía, y en ese momento quiso que la barrera de látex se desvaneciera.

Un gemido ronco y profundo en su oído. Bryce la apretó contra el colchón y se sacudió como si estuviera siendo afectado por una corriente eléctrica. Acarició sus brazos, su espalda, y volvió a apretar sus nalgas. Mayka amaba estrujarlas. Tal vez sufría el mismo fetiche que Bryce tenía con sus senos.

—Cosita hermosa.

Bryce la llamó del modo en que Eric había denominado a Jesse.

Mayka y Jesse eran tan diferentes pero similares al mismo tiempo. La dulzura que emanaban no era simple imaginación. Mayka era una guerrera, una que podía acallar su boca, pero no su mirada, y sus ojos estaban llenas de una dulzura inconmensurable.

—Eres increíble.

—Gracias.

Mayka rio y le golpeó el brazo. Ambos continuaban unidos, cómodos, sudados. Tenía entre sus piernas al hombre más prohibido de los Morgan, al que su hermano Owen odiaba, a ese que toda su familia consideraría indigno de estar en su cuerpo y cubrirla de besos, marcas, saliva y sudor. Bryce mancillaba todo lo que su familia le había enseñado a preservar, y eso le encantó.

Bryce salió de su interior despacio y se arrojó a su lado en la cama. Ambos miraban el techo. El hombre se colocó de perfil y acarició el lateral de su rostro. Mayka se giró hacia él.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca —contestó la mujer sin rodeos ni vergüenzas.

Bryce conocía cada lunar de su piel ahora. Era inútil querer ocultarle algo cuando había ahondado en su piel. El hombre se humedeció los labios y con la punta de sus dedos rodeó su boca. Mayka cerró los ojos y disfrutó de esa caricia.

Bryce atestiguó las marcas que él había dejado en su cuello y pecho, y, por supuesto, llegó a ese par de objetos de sus más bajos instintos. Mayka sonrió cuando el bastardo hizo círculos sobre uno de sus pezones.

—Por Dios, hombre —dijo soñolienta—, eres un «tetópata».

—¿Un qué? —Bryce frunció el ceño y rio.

—Un psicópata de las tetas.

La carcajada cortó el silencio que embargó la habitación por unos minutos. Bryce se giró sobre el cuerpo deshuesado a su lado y se montó sobre él. Mayka abrió las piernas.

—Me gusta que seas graciosa. Pensé que ninguno de ustedes lo era —confesó al tiempo que besaba su mandíbula.

—Reconozco que muchos no, pero con algunos te partirías de la risa. —Mayka dejó un beso en la nariz respingada.

Bryce respondió presionando ambas narices juntas en un beso esquimal.

—Tú eres divertida —enfatizó—. Hermosa e inteligente.

—Con tetas enormes.

—Esa sería la cereza del pastel. —Besó su cuello. Picoteó varias veces incluso sobre los hombros—. Tu novio será un hombre muy afortunado.

—No —replicó Mayka—, nunca tendré un novio ni tampoco un esposo, mucho menos hijos.

—No digas eso.

—Es la verdad, Bryce —afirmó tajante—. No hay lugar para el amor en nuestro trabajo. Tú lo sabes.

—Aun así, algún día, al menos a mí, me gustaría tener una familia.

Mayka sonrió. Todo habría sido más fácil si Bryce Morgan fuera solo un asesino a sangre fría.

—Espero que algún día puedas concretar ese anhelo.

Las manos de Bryce presionaron sobre las caderas de Mayka, sobre las marcas que ya portaba en la piel. Su erección firme y más despierta que nunca volvió a acariciar los pliegues de la vagina. Mayka estaba húmeda. A cada segundo sentía que se rebalsaría como un río. Lo giró en el colchón y lo montó a horcajadas. Bryce suspiró de placer. Le encantaba que las mujeres tomaran la iniciativa, y había estado esperando que Mayka lo hiciera.

—Tu familia tiene muchos caballos.

—Los mejores —dijo orgullosa. Se irguió sobre el hombre y buscó el lubricante, no porque lo necesitara, sino porque le encantaba el calor que le daba en la fricción.

—Nunca he montado —confesó Bryce.

Mayka paseó su lengua por su boca. La erección de Bryce se endureció más con ese gesto. La mujer esparció el lubricante en su mano y untó su zona íntima con él. Lo hizo despacio, tanto que Bryce sujetó su mano, y ella sonrió.

—Déjame hacerlo a mí.

No era una petición, sino una demanda ardiente en donde Bryce embadurnó sus dedos y los hundió en el interior cálido y dolorido de Mayka.

—Sí, ahí. —Mayka movió su pelvis sobre los dedos.

Bryce los quitó, se enfundó en un nuevo condón y llevó su miembro al interior de una sola estocada.

—Muéstrame cómo se cabalga, Callum.

Mayka asintió y su pelvis empezó un erótico vaivén. Sus caderas danzaron en círculos y su vulva se acopló a la enorme intrusión. Ella estaba encantada de conocer y alojarlo muy profundo. Bryce la sostuvo de la cintura y la arrojó sobre él. Mayka rio sorprendida.

—¿Te gusta jugar?

Mayka asintió, y Bryce le sujetó las muñecas y las llevó a su espalda. La inmovilizó e impulsó sus caderas hacia arriba.

—Pensé que deseabas que te enseñara mi manera de cabalgar.

—Lo harás —le mordió el mentón—, pero primero quiero tenerte así.

Jadeos, gemidos, sollozos… y todo volvía a comenzar.

Mayka se mordió el labio inferior cuando sintió la succión en uno de sus pezones y luego en el otro. Mientras tanto, Bryce la empotraba como una bestia en celo. Se vino dos veces, antes de que Bryce decidiera eyacular.

Bryce esta vez la abrazó con una intensidad escalofriante. Mayka imitó la acción porque entendió cuál era el miedo de ese hombre. Ambos lo sentían incluso sin decirlo. Frenó a su mente, que la impulsaba a confesar lo que su corazón gritaba.

El abrazo duró media hora, con una esencia visceral. La cama de pronto se redujo a una superficie donde solo entraban sus cuerpos, dos seres que habían disfrutado el sexo, pero lo sentían insuficiente.

Volvieron a tener sexo. Mayka se perdió en las sensaciones, en los fluidos, en el toque de Bryce Morgan. Profundo y salvaje. Un torbellino de pasión que enloquecería a cualquiera.

«Bryce Morgan».

¡Qué hombre maravilloso! ¡Qué amante excepcional!

Se durmió en su pecho. Mayka enredó sus dedos en el cabello rubio y volvió a mirar el techo, ese testigo mudo de todo lo sucedido, testigo de lo que Mayka estaba a punto de hacer.

Había viajado a Nueva York para protegerlo, y ahora no podía condenarlo a muerte quedándose con él.

29. Vacío

Bryce estiró los brazos en la tibia cama y palpó a su lado solo para encontrar el vacío. Se giró hacia allí aún sin abrir plenamente sus ojos. El sol se colaba por la ventana, así como el trino de los pájaros, que de seguro se posaban en los árboles cercanos. Había amanecido. La vida volvería a su ritmo cotidiano y las imágenes que atravesaban su cerebro en ese momento pasarían a formar parte de sus recuerdos. Dio un suspiro profundo y tragó saliva. Su garganta estaba seca y su pecho comenzaba a doler. Frotó su mano sobre él y masajeó en el área del corazón.

«Se ha ido».

¿Qué esperaba exactamente? Bryce era consciente de que Mayka tomó la mejor decisión por los dos. Ni siquiera debió haber pasado la noche con ella. El celular sonó en la mesa de luz. El aparato estaba al lado del lubricante, cuyo pomo estaba abierto y escurría sobre el mueble de madera oscura.

Bryce se incorporó en la cama, se rascó la barbilla y atendió.

—Anael.

—Por Dios, hombre —dijo uno de sus hermanos menores—, ¿tienes idea de lo que te hemos buscado?

—Estoy en Manchester.

—¿Por qué carajo te sacaste el reloj?

Bryce había desactivado el sistema de rastreo por GPS. No quería que nadie lo molestara.

—Estoy bien. —Esquivó al pregunta—. Ya puede descansar, soldado.

—Te quedaste con ella, ¿no es así? ¿Es cierto todo lo que Eric me ha contado?

—No tengo idea de lo que él te ha contado.

—Por tu negativa a una respuesta directa estimo que pasaste la noche con Mayka.

—Se fue antes de que despertara, así que tranquilo, no volveremos a verla.

Anael se carcajeó. Su típica risa psicópata cuando alguien intentaba tomarle el pelo.

—Claro, porque tú nunca la buscarás, ¿cierto?

—Correcto.

—Demonio —Anael contuvo las inmensas ganas de ir y quebrarle la mandíbula a su hermano hasta que reaccionara o hasta que sufriera amnesia y se olvidara de esa mujer—, estamos en la peor crisis como familia desde hace siglos. Los Callums nos atacarán en cualquier momento, ¿y en tu mente lo único que había era follarte a esa mujer?

—No me vengas con dilemas morales —advirtió—. Tú no.

—Exacto —afirmó enojado—. Se supone que el único inconsciente en la familia soy yo, ¿y ahora resulta que tú quieres quitarme el puesto?

—¿Papá sabe todo lo sucedido?

—No, Eric le dijo que la idiota esa los ayudó y que luego tú la llevaste a Manchester. Eso es todo.

—Bien. —Salió de la cama—. Estaré en la textilería en un rato. Más vale que ustedes también.

—Papá nos ha pedido que nos reunamos en la mansión.

—Tiene miedo de que nos ataquen en la empresa.

—Sí.

Ambos guardaron silencio. Bryce pensó hasta qué punto había perdido la cabeza la noche anterior para patear las consecuencias en un rincón de su mente. Había expuesto a su familia. Un error imperdonable.

—Lamento lo que ha sucedido.

—No lo digas —interrumpió Anael—. Tú no estás arrepentido. Lo escucho en tu voz, maldita sea.

—Puede que Mayka me guste —aclaró de inmediato—, pero a ustedes los amo, y estaré para ustedes pase lo que pase.

Anael chasqueó la lengua. La situación le parecía surrealista. Hacía solo días había estado planeando un viaje al Caribe. Ahora todos esperaban el golpe mortal en el corazón de su casa.

—Siempre supe que esto terminaría así —comentó Anael confiado.

Bryce frunció el ceño.

—¿Así cómo?

—Con alguno de nosotros metiendo la verga donde no debía.

Bryce comenzó a reír. Con Anael era muy difícil tener una conversación seria por más de quince minutos.

—No se trata de eso, ya lo hablamos.

—Es una broma —replicó Anael—. Sabes lo que es una broma, ¿verdad?

—Todo el negocio de Tanzania se fue al retrete.

—Y apenas empieza.

—¿A qué te refieres?

—Tienes que venir. Lo hablaremos personalmente.

—Está bien, Anael. —Bryce se frotó la cara, agotado—. Nos vemos en un par de horas.

—Hecho.

***

Mayka acarició el volante de su camioneta cuando llegó a la mansión, donde todos la esperaban.

—Eres una estafadora. Esas han sido las vacaciones más cortas de mi vida.

—Lo lamento, Sabina, pero mi regreso se debe a un motivo de fuerza mayor.

Mayka había tomado un Uber desde Manchester hasta el aeropuerto. Allí había esperado a Sabina Kuvric, quien regresaba de su estadía en las Maldivas. La mujer subió al vehículo y Mayka lo hizo después. Se cambiaron y dejó a la mujer rubia y con nueva apariencia en la calle unos minutos más tarde.

—No nos han seguido esta vez.

—¿Segura?

—Cariño, soy experta en mi profesión y también en el lenguaje masculino.

Mayka esperó alguna vez tener esa seguridad, dejar huella en cada lugar donde pisaba. Sabina no solo era belleza, tenía algo mucho más poderoso. Actitud e inteligencia. Sus piernas temblaban. Al principio pensó que era por los nervios, pero luego cayó en la realidad.

«El maldito Bryce Morgan».

Todo su cuerpo dolía como si hubiera estado sometida a un tratamiento salvaje.

¿No lo había estado acaso?

Pensó en su despertar. Sus ojos ardieron. El cuerpo de ese hombre la llamaba a cobijarse en él y no salir de allí jamás. ¡Qué ironía la de los sentimientos! Forjarlos en las personas equivocadas y mantenerlos pese a que el mundo nos dice que es un error.

El poco tiempo en que Mayka había dormido tuvo sueños retorcidos, sueños que le provocaron angustia. Idilios de esperanza, utopías de amor con un hombre que, con seguridad, solo había usado su cuerpo.

«Sexo sin sentimientos»

¿Por qué esa frase no funcionaba para ella? ¿Por qué la vida había puesto en su camino a un hombre maravilloso, que jamás podría tener?

Contuvo las ganas de gritar o romper algo. No era el lugar ni el momento. Descendió de la camioneta y se dirigió a la casa. El sonido del mármol blanco debajo de sus pies la sugestionó más de lo normal.

—Señorita Mayka.

—Ingrid —saludó a una de las empleadas de servicio—. ¿Dónde están todos?

—En el sala de reuniones, señorita.

—Gracias.

Mayka atravesó la enorme galería con techo de vidrio y caminó con paso firme a la sala de reuniones. Se paró frente a la enorme puerta de bronce con el lauburu grabado en el centro. Acarició la flor y golpeó.

—Adelante.

Fue Theodor quien dio la orden para que ingresara.

Mayka atravesó el umbral y se encontró con la gran mesa de madera antigua y su familia, cada uno de ellos sentados y vestidos de manera impecable. No era una reunión familiar, sino una reunión de negocios. La vestimenta de cada uno de ellos proyectaba esa idea. El salón tenía dos arañas de caireles que colgaban del techo alto color blanco. Las paredes de un color azul marino junto a retratos de diferentes momentos de la familia. Theodor era un loco de la pintura y la escultura. De ahí que prefiriese ese tipo de expresión a las fotografías, aunque había algunas en la mansión.

Rubinska, la tía de Mayka, se puso de pie y caminó hacia ella. Tenía los ojos hinchados de llanto. Mayka bajó la mirada. ¿Cómo había sido capaz de asesinar a su primo por un desconocido?

—Lo lamento muchísimo, tía.

Y esa mujer, que nunca daba muestras de afecto, al igual que su madre, la abrazó. La apretó contra su pecho para que jamás se apartara de ella. Mayka le correspondió el gesto. Se mantuvieron unidas en ese lazo fraterno. Algo feo se retorció en el estómago de Mayka. Le dolía ver la desazón de su tía, pero no tenía un ápice de arrepentimiento por lo hecho.

Isaac merecía morir desde hacía mucho tiempo. Era un incestuoso, un abusador y asesino. Había dañado a un ser inocente como Jesse. Mayka hizo una gran contribución al mundo sacándolo de allí, pero los ojos de Rubinska la hicieron revolverse en su basura. ¿Tan diferente era a Isaac?

—Bienvenida, Mayka. Toma asiento.

La voz de Theodor las sacó de una ocasión que debió haber sido solo para ellas. La mujer se limpió las lágrimas, esas que nunca permitía que se le escaparan en público. Mayka se sentó al lado de Dustin y Owen. Ambos estaban ojerosos; el color violáceo de los surcos debajo de los ojos contrastaba con la dureza de su aspecto. La ira era el idioma que ambos hablaban en ese instante. Querían sangre, la anhelaban. A Mayka se le erizó la piel cuando sintió la tensión de su hermano y su primo.

—Los restos de Isaac serán repatriados y llegarán mañana —dijo Abel, el padre de Mayka, quien ni siquiera se molestó en saludarla, del mismo modo que Linda, su madre.

Es increíble la manera en que el ser humano se adapta a todo, incluso al desamor de los progenitores.

—El funeral se realizará mañana también. Será una reunión únicamente familiar —aclaró Sariel, el padre de Isaac, Jesse y Dustin.

—Perfecto —contestó Theodor—. Por mi parte les quiero asegurar que lo sucedido no quedará impune. Y cuento con ustedes para que nuestros planes no se diluyan.

—Cuentas con nosotros —dijo Owen de inmediato.

Theodor le hizo una seña para que guardara silencio.

—Entiendo la animosidad de cada uno de ustedes. No soy insensible al perjuicio que nos han causado.

Mayka arqueó una ceja. ¿Perjuicio? ¡Estaba hablando de un ser humano! ¡Un vil ser humano, pero hablaba de él como si se tratara de una mercancía caduca!

Theodor apoyó sus codos y antebrazos en la mesa, juntó las manos y se enfocó en ellas.

—Los familiares de Olimpia Zeratos que han heredado la empresa han decidido acordar con nosotros. —Dibujó una leve sonrisa—. Entienden que es la mejor decisión debido a que el acuerdo previo no se firmó.

—Lo cual significa que los Morgan están fuera de África. —Fue Silas quien aclaró la situación.

—Será un proceso extenso y exhaustivo —continuó Theodor—. Habrá una serie de restricciones que comenzaremos a marcar en su territorio. El daño al corazón vendrá, pero primero debemos debilitarlos.

El corazón de Mayka retumbó tan fuerte en su pecho que por un momento pensó que los que estaban alrededor lo escucharían.

Dustin frunció la boca. Theodor, que observaba cada gesto de cada una de las personas en su mesa, se enfocó en él.

—¿Estás disgustado, Dustin?

El hombre saltó de la silla. Respiraba con dificultad, como quien tiene que tragarse la rabia. Sus manos estaban en puños.

—Con todo respeto, abuelo, creo que se está equivocando.

Theodor asintió. Su rostro pétreo no develó ninguna emoción.

Mayka admiraba eso, ya que su cara hablaba más que mil palabras.

—Dustin, ¿entiendes que en la vida hay más que violencia?

—Ellos mataron a Isaac, a mi hermano. Ellos…

—Los destruiremos, si es lo que te preocupa, pero no de la forma en que tú actuarías. Es momento de ser racional, no actuar como un simio subdesarrollado.

Mayka se mordió el labio. Estaba a punto de lanzar una carcajada cuando en realidad era un momento de tensión.

—Ellos actuaron como animales —replicó—, y todo esto empezó con Jesse.

—Dustin, ¿quieres quedarte sin hermanos?

—Nunca fue digno, tú lo sabes. —Dustin señaló a su abuelo—. Siempre lo dijiste.

Theodor se mantuvo estoico. Mayka pensó que incluso disfrutaba de la muestra de rabia e histeria de Dustin.

—Sangre y cenizas, Dustin. Eso es lo que nos ha llevado a donde estamos hoy. En este momento decido que la sangre puede esperar.

—¿Y entonces? ¿Cómo vamos a vengar a Isaac?

Theodor se hizo hacia atrás en esa especie de trono de terciopelo azul y se cruzó de piernas, seguro y confiado. Mayka pensó que, si tuviera que buscar la imagen de villano perfecto, ese sería su abuelo.

—Es momento de aplastar a los Morgan de una vez por todas, Dustin —afirmó Theodor, y se rascó la barbilla—. Por ello los he convocado hoy.

—Yo no sirvo para pensar —murmuró Dustin cansado.

Todos le dieron una sonrisa en la mesa. Nadie dudaba de ello.

—Lo sé, hijo —contestó su abuelo—, pero, para fortuna de todos, yo sí.

30. Asfixia

Bryce había llegado hacía solo media hora. Saludó a Johana, su madre, que corrió a abrazarlo y besarlo. Lloraba. Derramaba amargas lágrimas y tocaba su rostro. Bryce sintió una punzada de dolor inmenso en el pecho. No le hubiera importado morir, pero dañar así a su madre era imperdonable. Besó su rostro una y otra vez, cerciorándose de que era real, de que su hijo estaba vivo y en sus brazos. Sus hermanos menores también lo saludaron y le dieron su cariño.

Y con todo ese cariño y amor que circundaba el recuerdo de Mayka y su imagen impúdica no abandonaban su cabeza.

«Mayka».

Bryce tuvo miedo por ella. Luego entendió que la estaba subestimando. Río tenía razón, Mayka era una rosa, una flor con espinas hasta en sus pétalos. No había nada que temer, ella se defendería y podría frente a todo lo que su familia le impusiera.

Río y Anael lo miraron desde la escalera, en la planta alta de la mansión. Bryce cuadró sus hombros y esperó a que estos bajaran.

—Hijo.

Río lo estrechó en sus brazos del mismo modo que su madre y le palmeó la espalda con fuerza. Fue la misma sensación que la caricia de su madre. Río intentaba tomar consciencia de que por un milagro sus hijos mayores estaban vivos.

—Te esperaba ayer junto a Eric.

—¿Cómo está él? —Bryce anuló una posible pregunta.

—Recuperándose. Llegó hace un momento. Lo primero que hizo ayer fue ir a una clínica. Hicieron un gran trabajo.

—Hicimos lo que estuvo en nuestras manos.

—¿Es verdad entonces?

Bryce se humedeció los labios. Era incómodo hablar de su vida personal. Era un hombre de treinta y cinco años, no un adolescente.

—Mayka Callum nos salvó.

—¿A cambio de qué?

—Ella no ha pedido nada. Entiendo que es difícil pensar en un Callum sin dobles intenciones, pero ella lo es.

—Primero London, ahora tú —reprochó Río.

El resto de sus hermanos se miraron entre sí y los dejaron solos allí, al borde de la escalera de esa enorme mansión pintada de blanco.

—¿Qué carajo les pasa?

—Eric no ha terminado herido por mi culpa ni tampoco por la de London.

Río hizo una mueca de una sonrisa y después se humedeció los labios.

—¿Crees que no me siento culpable?

—No importa si te sientes culpable o no —replicó Bryce—. Lo que te pido es que no intentes causarnos cargo de consciencia a nosotros cuando sabemos perfectamente que la reacción de Theodor Callum se debe a que nos metimos en su territorio. —Se cruzó de brazos y esperó la devolución de su padre, de ese hombre que estaba quebrado. Pocas veces el semblante de Río había estado tan demacrado como en ese instante.

—Perdóname —dijo Río con una voz profunda—. Perdóname por preocuparme en saciar mis ambiciones y obviar a mi familia, el único tesoro que tengo.

—Está bien. —Bryce tocó con su mano derecha el hombro de su padre—. Te equivocaste. Es normal que lo hagamos a veces. Si todo fuera predecible, la vida sería aburrida.

—Los he hundido en el infierno, y apenas comienza. —Río lamentaba cada una de las acciones que había derivado en muerte —. No quiero que te inmiscuyas con ella.

Bryce entornó los ojos y negó.

—Ya basta.

Río fue quien lo sostuvo de los hombros y aprisionó en esta oportunidad.

—Hijo, tú eres un Morgan, y ella es una Callum.

Bryce rio. La verdad era que rumiar sobre el mismo tema ya lo tenía cansado.

—No somos Romeo y Julieta, si es lo que te preocupa.

—Por supuesto que no —aceptó su padre con una mirada dura—. En un mundo de asesinos no hay lugar para el romance, menos cuando el enemigo ha jurado exterminarnos.

—Ella no es el enemigo —masculló con la ira martilleándole el pecho—. Ella es maravillosa. Tú ni nadie de ustedes la conocen. Es una mujer…

—Carajo —Río cerró los ojos y maldijo—, estás hasta las pelotas por ella.

El sonido de su voz fue un eco en la inmensidad de la sala. Estaban solos, su padre y él, y en medio de ellos había una verdad insoslayable, una a la que Bryce podía ponerle mil nombres. Sin embargo, nunca dejaría de ser lo que era.

—No la veré de nuevo, si eso es lo que te preocupa —aclaró—. A ella no le intereso de un modo «romántico», si es lo que te pone intranquilo. La tragedia griega que elucubra tu mente no ocurrirá.

Río no le creía una palabra. Conocía ese sentimiento. Conocía la fuerza de lo prohibido, y lo vio reflejado en su hijo mayor. Los ojos azules que jamás olvidó sin importar lo feliz que había sido con Johana y los seres maravillosos que engendraron.

—La conocí en la universidad. Teníamos dieciocho años. No entendía demasiado de la vida. Era inocente.

Bryce hizo una mueca de confusión. Un surco se formó en su entrecejo.

—¿Mayka?

—No —contestó mientras su vista iba hacia el piso—, Linda Callum.

Bryce seguía sin hacer encajar la piezas. Era incomprensible.

El rostro de su padre se tornó lúgubre.

—¿La esposa de Abel?

—Fue mía antes de él, ¿sabes? —confesó sin vergüenza—. La mujer con más pasión que conocí en mi vida. Un sueño hecho realidad. Su sonrisa, sus ojos azules…

—Mayka es parecida a ella.

—Lo sé. —Y algo que jamás había ocurrido sucedió ante la sorpresa de Bryce, quien se mantuvo estático—. Por mucho tiempo fue el gran amor de mi vida.

—¿Qué ocurrió?

—La historia de nuestras vidas —pronunció con resignación—. Abel Callum apareció con su poder y prestigio, con su traje de tres piezas impecable y su sonrisa seductora.

—¿Ella te dejó?

—Un año después de conocernos. Nadie sabe cuánto duele un desamor hasta que lo sufre. Aprendes de tu fuerza en el momento en que caes de rodillas frente a la vida.

Bryce no sabía qué decir o hacer. A su padre aún le dolía esa mujer. Sangraba por esa pérdida incluso cuando aseguraba que ella «había sido» el gran amor de su vida. El sufrimiento se mantenía intacto. La asfixia fue palpable en el semblante de Río. Todavía la lloraba, y lo seguiría haciendo.

—Mayka no es como su madre. —Bryce desconocía el motivo por el cual defendió a una extraña.

Río le dio una sonrisa, de esas que le daba cuando era niño, cuando los problemas parecían lejanos. Su padre lo sujetó de las mejillas con cariño.

—Cuando la guerra llegue, fíjate de qué lado está. —Se alejó y se arregló el impecable saco gris humo. Bryce tragó saliva, sin armas para rebatir la promesa de fuego de su padre, esa afirmación letal—. Ven conmigo. Es hora de enfrentar al mundo.

31. Sospechas

—Hay una denuncia masiva de evasión fiscal —explicó Río a sus hijos mientras se preparaban para la peor debacle de su familia.

—No me jodas —dijo Anael mientras ponía los pies sobre la mesa de la sala.

Eric, quien recién había llegado, lo observó con reprensión.

—Afecta a tres de los casinos y al astillero —prosiguió Río, y abrió las hojas de la investigación que la unidad de evasión impositiva les había enviado y que ya estaba en poder de los abogados—. Es solo el principio —advirtió—. Los Callums no se detendrán por nada del mundo.

—¿Crees que nos atacarán? —cuestionó Johana, que siempre se había mantenido al margen de los negocios de su marido, pero esta vez necesitaba intervenir.

—No físicamente. Theodor es más inteligente que eso.

—¿En serio? —ironizó Eric al tiempo que le señala el brazo inmovilizado.

—Era una situación diferente —argumentó Río en su intento por tranquilizarlos—. El objetivo de Isaac, Owen y Silas era el directorio de Olimpia Zeratos.

—Sitio que también perdimos —agregó Anael, y Bryce maldijo—. Las familias de los accionistas firmarán un acuerdo con Theodor en breve. Todo lo hablado y negociado con sus parientes ha muerto junto con ellos.

—Están amenazados.

—Eso no importa, Bryce —expresó Anael—. Ellos quieren evitarse mayores problemas, y si bien no hay pruebas fehacientes de que los Callums hayan sido los sicarios, el hecho de que hayan estado en Nueva York y uno de ellos haya aparecido muerto en el estacionamiento sin duda les debe hacer ruido.

—¿Vamos a ser pobres?

Bryce entornó los ojos ante la pregunta de Felicity, su hermana de veinte años, que se comportaba como una adolescente todavía.

—¿Crees que es lo único importante?

—Es importante —aclaró a su hermano mayor—. Mis amigos no me mirarán si eso ocurre.

—Entonces no son tus amigos, idiota —contestó Samantha, que era un año más pequeña que ella.

—Tú porque no tienes a nadie.

—Ya basta. —Río cortó la discusión infantil—. Estamos hablando de asuntos muy delicados. Si no tienen la madurez para estar aquí, les pido que se retiren.

—¿Las reuniones de los Callums serán así de ridículas?

—Por supuesto que no —replicó Sam—. Ellos no tienen a alguien como tú en sus filas.

Río se puso de pie y afirmó sus manos sobre la mesa de mármol. Las dos chicas guardaron silencio.

—Lo más probable es que debamos pagar multas millonarias. Ellos intentarán asfixiarnos económicamente. Hay deudas que hemos contraído que, si no las pagamos, nos van a generar intereses cuantiosos.

—¿Hay algo que podamos hacer? —inquirió Eric, y Río dio un suspiro.

—Mantenerse vivo es una gran labor, y es la que más me preocupa en este momento. Quiero que cada uno vaya con tres de mis hombres. Las órdenes son claras.

—¿Has revisado las cuentas bancarias? ¿Los sistemas informáticos de la petrolera?

—Tengo a los expertos más conocidos del Reino Unido —esclareció Río a Bryce—. Ellos no se atreverán a cruzar esa línea. —Miró a Johana, a la mujer con la que había compartido alegrías y desavenencias, su punto de inicio y desenlace—. Nuestro aniversario es en cuatro meses —les informó a sus hijos—. La reserva para celebrarlo en Barbados sigue en pie.

—Amor, ¿no es peligroso?

—Tenemos un gran equipo de seguridad —contestó Río—. Ellos harán lo mejor para nosotros. Cumplimos cuarenta años de casados, nos merecemos esta celebración. Theodor no va a condicionarnos para siempre.

—Más de una vez nos dijiste que Theodor es un hombre paciente —advirtió Bryce—. ¿No te parece que es un dato para tener en cuenta?

—Es un hombre paciente —afirmó Río—, pero desconoce que lo más importante en el mundo para mí es mi familia. Me quitará mi poder económico y quizá nos termine dejando en la calle o en la cárcel. No lo sabemos, pero nunca destruirá nuestro cariño. Ahí no llegará, no puede. Para ello debería sentir lo mismo. Solo el que ama como nosotros sabe lo que es temer a perder todo.

—Está bien, papá —respondió Bryce—. Estaremos atentos a los próximos movimientos. En menos de veinticuatro horas nos ha hecho perder el treinta por ciento de nuestras ganancias. Espero que seamos capaces de contenerlo.

—Esta vez quiero que se cuiden ustedes —replicó Río—. Y hablo en serio con lo de los custodios. No quiero verlos sin ellos, ¿está claro?

Bryce le dio una media sonrisa.

Pobre Río, ¿en verdad creía que podría obligarlo a tener a tres simios detrás de él?

***

Owen tecleó en la computadora mientras terminaba un informe, el cual debían enviar a primera hora de la mañana siguiente. Miró el reloj. El estómago le rugía. Llevaba en el bufete un par de horas cuando Dustin golpeó la puerta del despacho e ingresó antes de que Owen hablara.

—Hola.

—Hola.

Ambos se miraron.

Dustin metió las manos en los bolsillos de su pantalón Armani, caminó hacia su primo y se afirmó sobre el escritorio de madera al

lado de Owen.

—¿Cómo has estado?

—Enojado —contestó Dustin con los ojos inyectados en sangre—. Molesto con los hijos de puta que asesinaron a Isaac y con nuestra familia, que no piensa hacer nada.

Owen alejó el computador y colocó sus antebrazos en el escritorio. Luego su mano derecha fue hacia la pierna de Dustin y la acarició con firmeza.

—¿Qué querrías hacer ahora?

—Borrarles las carcajadas que en este momento deben lanzar mientras se burlan de nuestra inoperancia. —Le temblaba la voz. La rabia incontenible estaba enclaustrada en sus cuerdas vocales—. Te juro que iría en este mismo momento y les volaría la cabeza. —Se puso de pie.

Dustin abrió sus piernas, y su primo tomó lugar entre ellas. Lo sujetó del rostro y lo besó. Allí, en su despacho, en un lugar público, un sitio en donde corrían peligro. Dustin le respondió el beso y se perdió en la sensación.

—Dame tiempo, maldita sea —dijo Owen mientras besaba su cuello y le desajustaba la corbata—. Nos encargaremos de cada uno de ellos, pero debes tener paciencia.

—¿Cuándo? —Sus manos se hundieron en el saco azul de Owen—. ¿No crees que ha sido extraño lo sucedido? Ustedes jamás han fallado.

—Hubo alguien que nos delató.

—Jesse. —El rostro de Dustin se llenó de desprecio al pronunciar el nombre de su hermano.

—No —replicó—. Sin importar lo mucho que deseo matarlo, él no es el culpable. Ese retardado no tiene esa capacidad.

—¿Entonces? —indagó Dustin con urgencia—. ¿Quién más nos traicionaría?

—Mayka. —Owen tensó la mandíbula mientras acariciaba los pectorales de Dustin—. A esa puta le encantaría vernos muertos.

—Dijiste que fue a Maldivas. Tú la viste abordar el avión.

—No lo sé. —Owen no conseguía explicar la fuente de sus dudas —. Solo es un presentimiento. No son muchos los que conocían

nuestro viaje a Nueva York.

—De todos modos, no importa —susurró Dustin apesadumbrado —. Perdimos a Isaac.

—Ellos sufrirán, Dustin —abrazó a su primo con fuerza—, pero para ello necesito de tu ayuda.

—¿A qué te refieres?

—Les daremos un mensaje, y tu hermanito Jesse estará incluido.

32. Habitación 4172

Una semana después…

—Oigan, pueden relajarse, ¿saben? No necesitan ir detrás de mí todo el tiempo.

Los hombres no respondieron, y Bryce dio un suspiro de resignación. Había corrido casi cinco kilómetros con esos orangutanes pegados a su culo.

«Si no piensas en tu seguridad, al menos piensa en tu madre».

Río conocía a sus hijos. Sabía muy bien dónde tocar la fibra para romper una posición férrea. Bryce creía que no los necesitaba. Él era capaz de defenderse por sí mismo. Bueno, hubo un par de veces en las que lo agarraron con la guardia baja, pero no era algo común.

Owen, Isaac y Silas eran letales. Resultaba normal que casi hubiera perdido la vida en sus manos. Y luego estaba el caso de Mayka.

«Mayka».

¿Era común escuchar los gemidos de la mujer en su oído aun cuando llevaba una semana sin verla? Bryce había corrido kilómetros y kilómetros durante una semana, intentando huir de aquello que lo llamaba, de esa tentación ambulante. Sabía dónde vivía, el bufete donde trabajaba, el gimnasio al cual iba… Sus manos se tornaron puños, los cuales quería golpear contra el piso hasta el cansancio.

Los Callums siempre terminaban jodiéndolos de una u otra manera. Mayka lo había tornado su esclavo sin proponérselo. Estaba en su mente todo el tiempo. Mañana, tarde y noche. El aroma y el sabor de su piel, sus manos, que habían arañado su espalda y sus nalgas… Colocó las manos en los bolsillos de su pantalón de gimnasia. Se volvía loco.

¿Tan parecido era a su padre? ¿Es que esa mujer se tornaría imborrable?

—No puedo creer que te haya sucedido a ti.

—¿Qué cosa?

—Enamorarte del malo, imbécil.

Eric se equivocaba. Bryce no estaba enamorado de esa mujer. ¿Desde cuándo uno se enamora de la gente después de un polvo? ¡Imposible! ¡A él nunca le había pasado! Y no permitiría que las ganas pudieran más que el respeto a su familia.

El deportivo plateado que pasó a unos metros de donde él estaba le llamó la atención. Su corazón se detuvo cuando el vehículo paró en la cuadra siguiente y una mujer de traje blanco descendió. Era ella. Bryce se detuvo en su vestimenta impecable. Ese pantalón y la chaqueta hacían que su culo y sus tetas lucieran más pronunciados. Sus tacones blancos la estilizaban y le daban un porte como si se tratara de una actriz. Mayka se arregló el cabello, cargó su bolso blanco e ingresó a una cafetería. Estaba allí después de una semana, un día y tres horas. La mujer de sus sueños más sórdidos estaba a unos pasos de él. ¿Cómo carajo iba a quedarse sin hacer nada?

Los Callums estaban cerrándoles todas las puertas económicas. Estaban minando su poder de una forma tan paciente y metódica que Río se resignó a replegarse y arrepentirse por la osadía de haber querido iniciar un negocio deseado por Theodor Callum.

Río se había conformado. No obstante, Bryce era incapaz de hacerlo. A él no le había bastado con algunas caricias y una noche de pasión furiosa. Su cuerpo necesitaba más de esa mujer que ahora se hallaba frente a un hombre apuesto de la edad de ella. Bryce la observó desde la vereda de enfrente. Ella reía y el hombre le platicaba sobre algún tema.

¿Qué carajo podía decirle que la tenía tan divertida? Esa sonrisa que ahora le mostraba a ese imbécil era la misma que él había disfrutado muchas veces tan solo unos días atrás.

Un sentimiento de ira y posesividad lo cubrió como un manto. Lo abrigó a tal punto que esos sentimientos anidaron en cada célula y lo llevaron a pensar una locura, una que debía hacer, de lo contrario se arrepentiría toda su vida.

Bryce miró a su alrededor. No había sospechosos. Al parecer, el asedio había cedido un poco. Se desarmó el rodete y dejó que su cabello cayera sobre su rostro y la esperó. Metió la mano en su bolsillo y sacó su celular.

Sí, debía tomar el riesgo.

***

Una hora después, Mayka le tendió la mano al hombre, y este, confianzudo, le dio un abrazo. La mujer le sonrió con incomodidad y lo apartó. El tipo entendió el mensaje y se quedó en la mesa, mientras que ella abandonaba el café. Caminó hacia su vehículo cuando un hombre de capucha gris, corriendo, chocó con ella y dejó caer su celular.

—Disculpe. —Mayka se agachó para levantar su cartera y el celular del tipo. Este no paró y tampoco la miró, sino que siguió corriendo—. ¡Oiga! ¡Su teléfono!

El extraño no se detuvo. Mayka frunció el ceño y contempló el celular. Volvió a enfocarse en el hombre, pero este había desaparecido. Acarició la pantalla y lo cargó mientras subía en el auto. De seguro en algún momento el extraño se daría cuenta y la llamaría.

Mayka encendió el motor y anduvo unos pocos metros antes de frenar en un cruce peatonal. Luego continuó hasta llegar a un semáforo tres calles más adelante. Su vista se quedó en la luz roja y su mente se mantuvo en blanco hasta que la luz llegó como una enorme lámpara que le aporreó la cabeza. Escudriñó en su cartera y volvió a analizar el celular.

«Hijo de puta».

Puso la luz de giro, y en cuanto el semáforo dio verde, se estacionó a mitad de cuadra. Temblaba. El hormigueo en todo su cuerpo le mostró lo emocionada que estaba.

El sonido de una llamada entrante la alertó. Mayka respondió de inmediato.

—¿Estás demente? —indagó entre enojada y excitada—. ¿Cómo se te ocurre…?

—Habitación 4172 del hotel Ritz. Te espero en una hora.

Todo su cuerpo saltó ante la idea de encontrarse con él una vez más. Su labio inferior tembló. Quería enojarse, insultarlo. Quería…

«Montarlo como a un caballo que nadie era capaz de domar».

Mayka cortó la comunicación. Dejó el celular en el asiento de al lado y se cubrió la cara. Esto era malo, muy malo, malo, malo, malo.

¿Cuántas veces más se lo diría? ¿Acaso importaba?

—Por Dios, jamás esperé reencontrarme contigo.

—Sí, después de lo de Jesse…

—No, hablo de dos años atrás.

—Disculpa, pero no te entiendo.

—La presentación de Ashton Martin en el Ritz. Fuiste con Abel y Linda.

La había citado en el mismo lugar donde Bryce la vio por primera vez. A Mayka se le erizó la piel. ¿Es que tendría alguna especie de fantasía? No iba a ir. Era un riesgo innecesario para ambos.

Su teléfono fue el que sonó esta vez. Mayka se sobresaltó a un punto que casi dio un grito. Dios, tenía que calmarse. Respondió casi al instante.

—Mamá —dijo apresurada.

—Hola, hija. ¿Ya vienes a casa?

Mayka respiró profundo. La pregunta de su madre la puso entre la espada y la pared.

—¿Qué sucede?

—Hay algo que me gustaría contarte.

Mayka acarició el volante de su auto de lujo.

—Lo lamento, debo ver a un cliente más todavía.

—¿Y después?

—¿Después? —Mayka negó ante su falta de voluntad—. Voy a almorzar en el Ritz.

—Está bien, hija. Hablamos cuando regreses entonces. Pide langosta. Allí la prepararán como los dioses.

Mayka estuvo a punto de lanzar una carcajada.

—Ya veremos, mamá —respondió sin ánimos de seguir una conversación donde la terminaría embarrando—. Ya veremos.

33. Más que nada, más que todo

Decir que Mayka estaba nerviosa era subestimar la situación. Jamás sintió que sus tacones le molestaran tanto en toda su vida, ni siquiera cuando corría con ellos. El miedo era un mal consejero, uno terrible.

¿Qué pasaría si la descubrían? Owen y Dustin estaban sobre ella como halcones en busca de un suculento ratoncito, esperando el momento justo para atacar ¡Y ella corría en campo abierto!

Vociferó cientos de palabrotas en contra de Bryce en su vehículo y continuó maldiciendo mientras caminaba por el impecable mármol níveo. El hotel tenía la vista al Green Park. Era una construcción de estilo neoclásico que gritaba «costoso» en cada moldura. Llegó a la recepción, suspiró y sonrió con delicadeza y amabilidad. Le indicaron que ya la esperaban, y uno de los empleados la condujo hasta el lugar. Atravesaron los pasillos decorados con alfombras persas. Jarrones con flores blancas y perfumadas decoraban los laterales del pasillo que la llevó hacia los ascensores y desde allí a la suite donde Bryce la esperaba. La luz natural era lo más llamativo del lugar, con sus techos de vidrio de cuyos bordes se desprendían dibujos circulares de color dorado.

—Si necesita algo, estoy a su disposición —le dijo el hombre, y le entregó la tarjeta magnética de ingreso.

Mayka la miró en sus manos. Era obvio que las órdenes de Bryce habían sido muy específicas. Apretó la tarjeta. De pronto, tuvo ganas de correr, de huir de esa realidad que la tenía atrapada.

«Quieres huir de esta realidad, no de él».

Y nuevamente la verdad salía a la luz. Era brillante, y aunque por instantes le causaba estupor, Mayka sabía que era lo correcto. Estaba allí porque había elegido arriesgarse, porque deseaba tener a ese hombre una vez más en sus brazos.

Colocó la tarjeta, y el ingreso se activó. Empujó la puerta y entró a la suite. En contraste con la luminosidad del ambiente fuera de la habitación, allí todo estaba en penumbras. Las cortinas estaban cerradas y la oscuridad solo era quebrada por velas colocadas estratégicamente en diferentes sectores. La suite contaba con mobiliario antiguo de color durazno, cortinas de seda blanca y paredes amarillo pastel. Mayka dejó la cartera en la mesita de arrimé y caminó al centro de la sala. El piso alfombrado impedía que los tacones golpearan con fuerza. Miró alrededor. El olor a rosas impregnaba el espacio.

«Los Callums son rosas que tienen espinas hasta en sus pétalos».

Estaba claro que a Bryce le faltaba un tornillo. Mayka dio gracias a Dios por ello, por su valentía, por el arrojo que a ella le faltaba al momento de liberar sus deseos. Dio vueltas y capturó con su retina los detalles, desde los cuadros antiguos hasta los dibujos de bronce que decoraban las paredes. Tiró hacia atrás un mechón de cabello que se había desarreglado y se decidió a cruzar la doble puerta frente a la imponente sala. Dio pasos hacia ella y presionó sobre la manija dorada. Dejaría de perder el tiempo. Cruzó el umbral de la puerta de ensueño y encontró un escenario similar al de la sala, con la diferencia de que la cama, con sábanas de lino blanco, estaba abierta. Sobre ella estaban esparcidos pétalos de rosa, y las velas rojas decoraban todo alrededor. Sin embargo, lo más atrayente era, sin dudar un segundo, la figura que yacía desnuda sobre la blancura de las telas. Su cabello estaba mojado, lo que develaba que había tomado un baño para recibirla.

Mayka solo lo miró. Bryce le dio una sonrisa de labios cerrados al notar que esa mujer había perdido el aliento. Le encantaba que sintiera lo mismo que él, porque Mayka producía eso en los mortales. Les mostraba lo débiles que eran y también lo valerosos que debían ser para conquistar y merecer semejante espécimen femenino.

—Deberías pensar en usar el blanco más seguido. Definitivamente, te queda.

Mayka se humedeció los labios y se desabotonó la chaqueta. Debajo de ella solo llevaba un sostén de encaje. A Bryce se le hizo

agua la boca.

—No lo sé, amigo—se burló—. Creo que el negro es mi color. Como dice mi abuelo, «nos convertimos en la muerte hace mucho tiempo».

—Con todo respeto, tu abuelo está chiflado.

—Con todo respeto, tienes toda la razón.

Ambos rieron.

Bryce saltó de la cama, y ocurrió lo que Mayka estaba esperando desde que entró a la suite. El hombre comenzó a empuñar la enormidad entre las piernas. Los músculos pélvicos de la mujer se endurecieron con esa imagen. Casi los escuchó crujir y gemir, todo lo que ella deseaba hacer. Se mantuvo firme en el sitio cuando el Demonio se fue sobre ella. Esperó el agarre, y él no la decepcionó. La sostuvo del cabello, primero con suavidad, después enroscó en su mano hebras largas y oscuras, y tironeó. Esto provocó que Mayka levantara la cabeza.

—No he dejado de pensar en ti toda la semana. Dime, ¿por qué carajo me pasa esto contigo?

—Me encantaría saberlo —desafió Mayka—. También me gustaría entender el motivo por el cual arriesgo mi vida y mato miembros de mi familia por ti, sin razón aparente.

—Muchas preguntas.

—Demasiadas. —Levantó sus manos y las posó sobre los pectorales duros. Bryce no aflojó el agarre sobre su cabello, mas no le importó—. Me he puesto a pensar que quizá no debamos responderlas.

—Ah, ¿sí? —Bryce arqueó una ceja. Escrutaba el hermoso rostro frente a él milímetro a milímetro—. ¿Y eso por qué?

—Porque, si las respondiéramos, dejaríamos de poner excusas y tendríamos que aceptar que nos encanta estar encima del otro.

Bryce parpadeó despacio y sintió que su erección crecía.

Mayka llevó las dos manos hacia ella y la acarició.

—Está calientita y húmeda. —Se chupó el labio inferior.

El hombre frente a ella estaba obnubilado.

Sus rostros estaban tan cerca y sus labios, deseosos y con ganas de dilatar el instante.

El tira y afloje de esa cuerda que los mantenía unidos, que ambos romperían tarde o temprano.

—Me encanta estar encima de ti. —Bryce soltó su cabello, la estrechó en sus brazos y comenzó a besar su mandíbula. Entretanto, Mayka enredó los brazos en su cuello—. Dentro de ti, debajo… Cualquier posición me va contigo.

Mayka se sujetó con firmeza del cuello y se trepó a su cintura. Las enormes manos de Bryce cayeron sobre su culo tonificado.

—Eres un mentiroso.

—A ti nunca te he mentido.

—Claro que sí —replicó mientras le mordía el mentón—. Me dijiste que nunca más usaría un consolador en mi vida. Resulta que lo he usado en esta semana más veces de lo que lo utilicé en toda mi existencia.

Una risa ronca abandonó la garganta de Bryce, quien ya le desprendía el sostén y lo dejaba caer a un costado.

—¿Qué pasa, Callum? ¿Has estado ansiosa?

—Te odio. —Mayka gimió al sentir el pene duro entre su ropa.

Y sus bocas se volcaron sobre la otra sin contemplación. No fueron besos. Ellos no besaban, simplemente se perdían en un juego pérfido de dientes, lengua, y exploración del otro que los llenaba de entusiasmo y excitación.

¿Besos? Besos se daban en las novelas románticas, y ellos no eran románticos. Mayka entendió que lo de ellos era la pornografía, lisa y llana. Sexo duro, que los tornaba más insaciables, que rompía sus esquemas de juego y los llevaba a desafiar sus límites.

Bryce era el juego de su vida, y en medio de esa invasión total sobre su boca la mujer percibió que ese sentimiento era mutuo.

Bryce la cargó hasta la cama y la depositó sobre ella. Mayka desprendió el botón y el cierre del pantalón blanco, y Bryce tironeó de él hacia abajo. Lo que encontró casi provocó que el pobre hombre se tragara la lengua. Mayka llevaba un liguero y medias blancas junto con una tanga del mismo color. Sus caderas lucían más anchas y su cintura, más estrecha. Se asemejaba a un reloj de arena, uno en donde Bryce sentía que su propia saliva escurriría gota a gota, decantada en besos húmedos y chupetones.

—Lo compré antes de venir —confesó ella. Se mordió el labio inferior y le dio una mirada de inocencia mientras hacía círculos sobre el pezón izquierdo con su dedo índice—. Quería mostrarte todo el conjunto, pero, como la bestia que eres, me arruinaste la sorpresa.

—Dios…

—¿Dios? —Mayka frunció el ceño—. Creí que habías dicho que a Dios no le gustan estas cosas.

—Créeme, no hay ser en la galaxia que te vea así y no piense en follarte.

Mayka le guiñó un ojo.

Bryce la sostuvo de las piernas y la arrastró a la orilla de la cama. Paso siguiente, y sin demasiado preámbulo, la cabeza del hombre fue entre sus piernas. Mayka sonrió y cerró los ojos.

—Sí, enrosca la lengua como tú sabes —susurró sin pudor, y sostuvo la cabeza de su hombre ahí abajo. Mientras tanto, la lengua hacía círculo tras circulo alrededor del clítoris y le quitaba la poca cordura que le quedaba.

El orgasmo la embargó solo tres minutos después. La noqueó como un *uppercut* directo a su mandíbula, solo que el dolor aquí no tenía espacio. El placer repercutió en cada célula. Mayka dio un chillido de placer y, como la primera vez, cerró las piernas y apretó la cabeza de Bryce para que siguiera trabajando en ella durante el orgasmo, para que los espasmos que tornaban trémulas sus piernas se volvieran eternos.

Estaba ida cuando el enorme pene recubierto con la barrera de látex se posicionó sobre la entrada y empujó. Llegó profundo, a un punto que los testículos golpearon en sus nalgas. Mayka lo abrazó. Estrujó sus nalgas de nuevo mientras el hombre pretendía entrar más profundo y quedarse a vivir allí.

—Así te he soñado toda la semana. —La voz entrecortada de Bryce sobre su oído y su cuello era la melodía que necesitaba para encender al máximo el ambiente—. Gritando mi nombre, enterrado en ti hasta rebalsarte.

—Hazlo —susurró sin comprender lo que pedía. En ese momento se sintió un hombre, uno que pensaba con el coño—. Llename.

—Mayka… —Bryce gimió de solo pensarlo mientras embestía a toda velocidad en ese cuerpo hecho para pecar de mil formas—. Es peligroso.

—Eres el primero. —Mayka lo aprisionó contra su cuerpo sudado un poco más.

Bryce se tensó sobre ella, pero el fuego no mermó, al contrario, él empujaba con más ímpetu.

—Tú también eres la primera.

Mayka, aturdida por el deseo, no consiguió interpretar la frase. Su hombre apenas salió de su interior y se quitó el condón para arrojarlo un costado. La carne húmeda confluyó en la suya, y las caderas de Mayka se alzaron con avidez.

Ambos se movieron al unísono. Decodificaron el lenguaje corporal del otro, ese idioma críptico que solo ellos conocían, y pensaban reservarlo solo para ellos eternamente.

—Te sientes muy bien. —Los dedos de Mayka se enterraron en la separación de las nalgas de Bryce.

El hombre rio.

—¿Qué carajo estás pensando hacer?

—He visto… un video —gimió cuando Bryce comenzó a tocar su clítoris, y sus dedos húmedos presionaron sobre el perineo y masajearon.

Bryce frunció el ceño y gimió. Carajo, ¡le encantó!

La cama saltaba con sus cuerpos en medio de un vaivén salvaje. Mayka giró a su amante y se montó sobre él. Sus caderas jamás estuvieron tan vivaces como en esa habitación. Y no fue casualidad que esta vez ambos se vinieran juntos, mientras se desafiaban con la mirada.

Volvieron a besarse. Las caderas de Mayka hicieron círculos y las grandes manos de Bryce le recorrieron la espalda y las nalgas. Sus dedos tocaron el punto en donde todavía estaban unidos y se desplazaron unos milímetros un poco más atrás. Mayka gimió y rio. Adivinó sus intenciones.

—Uno de estos días te la voy a meter por aquí.

Mayka dejó picos sobre su cuello, mandíbula, hombros, y volvió a su boca.

—Estás muy seguro de que esto se repetirá.

—¿Tú no? —Bryce arqueó una ceja.

Mayka se encogió de hombros y apoyó su cuerpo sobre el del hombre que le entregaba incontable placer.

—No quiero que te lastimen —susurró ella al cabo de un par de minutos, cuando sus palpitaciones volvían a su ritmo normal.

—Entonces no empieces tú.

Mayka acarició su cabello, los mechones rubios y ondulados. Pensó en lo sexi que era, en lo bien que la pasaba con él. Bryce la sujetó del rostro con ambas manos y sus bocas se unieron en un beso febril, un beso que terminó en más caricias, que derivó en más desenfreno sobre las sábanas mojadas.

Cuando Mayka salió de esa habitación cinco horas después y de inmediato pensó en dar la vuelta y regresar allí, supo que estaba atada a Bryce Morgan, y no solo por el sexo.

«Más que nada, más que todo».

Lo deseaba más que nada en el mundo porque la hacía sentir más que todo.

Caminó hacia su deportivo y buscó en su cartera el celular. Sí, el teléfono que Bryce no había querido que le regresara.

«Si piensas que esto merece una oportunidad, sabes qué hacer».

Bryce la iluminaba por dentro. Era gracioso que todo el mundo lo llamara demonio cuando a los ojos de Mayka era el más hermoso de los ángeles. Un ángel lujurioso, de eso no cabía duda, pero que le mostraba un lado de la vida que nadie se había animado, un lugar al que nadie más llegaría porque Mayka tenía el corazón blindado desde que nació. Bryce se las había ingeniado para encontrar la llave, y las barreras, una a una, fueron cayendo.

El viernes, a las diez de la mañana,
podemos vernos en el mismo lugar.

Sus dedos teclearon el mensaje y lo enviaron antes de que Mayka se pusiera a pensar.

Falta una eternidad para el viernes.

Mayka sonrió ante la respuesta. Ella pensaba lo mismo, pero tenía obligaciones, y no quería levantar sospechas.

Te doy tiempo para que eches a volar tu imaginación,
quien sabe, con un buen lubricante puedas
explorar otras partes de mí.

Mayka dio una risilla y cayó en la cuenta de que parecía una adolescente tonta.

Cuidado, «Tigresa», me estás dando
vía libre y eso puede ser un error.

Soy una Callum, «Demonio».
A mí ningún desafío me asusta.

Envió el último mensaje y puso la primera marcha para salir de allí. Se detuvo dos calles más adelante frente al semáforo y miró el celular otra vez.

Lo sé, eso es lo que más amo de ti.

La sonrisa juguetona se desvaneció. Mayka leyó el mensaje una y otra vez.

«Lo que más amo de ti».

Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando el semáforo dio verde y el deportivo avanzó.

¿Qué iba a ser con Bryce Morgan?

34. Clandestino

«¿Puedo ser feliz?».

Nos hemos terminado perdiendo en un amor que nunca verá la luz más allá de esta penumbra en la que se relajan y disfrutan nuestros cuerpos.

Hoy me sentí más mujer que nunca, y sé en mí interior que lo hice sentir más hombre también.

¿Quién imaginaria alguna vez que lo tendría entre mis sábanas? Al «Demonio», al mal nacido que solo vino al mundo a complicarle la vida a mí familia. Tengo tanto miedo de que despierte. Tengo tanto miedo de que se dé cuenta de que esto es solo un sueño.

Ser su amante nunca fue una opción cuando me enfoqué en sus ojos grises aquella noche, cuando en mi mente dibujé los trazos de su tatuaje, esos que ahora he tocado y besado hasta el cansancio. Cada rosa, cada cráneo está impregnado de muerte, pero así también de una pasión más ardiente que el infierno.

***

Dos meses después…

Resultó que el sexo anal le encantó, aunque cada vez que lo practicaban la dejaba dolorida durante toda la semana. También adoró todas las perversiones que Bryce maquinaba y disfrutaba vertiendo en su cuerpo.

«Dulce y pegajosa».

Esa era la sensación después del orgasmo, después de que Bryce se agotaba de besar su cuerpo, sobre todo sus senos, esos que el Demonio también le follaba cada vez que se encontraban. Se trataba de cumplir fantasías, de aprender sobre el cuerpo del otro, de escuchar los gemidos y disfrutar de sus besos.

Los viernes no fueron suficientes, y de pronto se hallaron en una rueda que giraba y los hacía desearse cada vez más. Los encuentros no tenían un horario fijo, simplemente sucedían. Estaban en contacto permanente. Desayunaban juntos en la suite del Ritz a veces y luego se dedicaban a gastar las calorías consumidas. Otra veces ocurrían cuando caía la tarde y el sol daba lugar a la luna inmensa en el cielo de Londres. Esos encuentros eran más intensos. Después de un largo día no había nada mejor que descansar en el cuerpo del otro.

Al final del segundo mes, no había día en el que no se encontraron. Al menos una hora destinaban para ellos, para besos, caricias y lágrimas cuando recordaban algo doloroso porque a esa altura el sexo ya no era lo único importante. Se confesaban uno al otro. Se apoyaban en sus tragedias y pérdidas. Y aunque Bryce no había vuelto a mencionar ningún sinónimo de la palabra «amor», ese sentimiento profundo y diáfano calaba hondo.

—Puedes embarazarte. —Bryce tenía su cabeza entre los hermosos y suaves senos.

Mayka lo apretaba contra su pecho. Adoraba cuando lo escuchaba dormir al menos por unos minutos sobre ella. Su vista estaba sobre el techo, ese en el que se detenía mientras sus respiraciones se estabilizaban.

—Eso no va a ocurrir.

—Ayer me dijiste que no tomas anticonceptivos. Me preocupas, Mayka.

Bryce giró su cabeza y le besó el pecho. No fueron besos cargados de lujuria o pasión, sino una muestra de ternura.

—Tranquilo, eso nunca sucederá.

—¿Por qué dices eso?

—En uno de mis entrenamientos en Estados Unidos tuve problemas —recordó Mayka, y su cuerpo se tensó.

Bryce levantó su cabeza y la miró.

—¿Qué clase de problemas?

—Debías completar un trayecto. Para ello, te daban un mapa. Si no lograbas hacerlo, caías preso del otro equipo, y ellos podían tomar las medidas que consideraran convenientes. Era un programa

de supervivencia. Varios miembros de las fuerzas especiales incluso participaban. Todos nosotros pasamos por algún tipo de entrenamiento que te marca a fuego. —Bryce se movió del tibio lugar y su espalda dio en el cómodo colchón. La atrajo hacia él y la arropó en sus brazos con delicadeza—. Tenía solo dieciocho años, y estaba nerviosa —alegó con voz cargada de tristeza. A Bryce se le arrugó el corazón—. Cometimos algunos errores y el equipo rival nos capturó. Éramos diez personas. Sin embargo, por algún retorcido motivo, les pareció que mi forma curvilínea era más apropiada para practicar boxeo que la de los demás. Me usaron como una bolsa de carne por una hora.

»Me golpearon una y otra vez, sobre todo en la zona abdominal. Me destrozaron. Jamás vi tanta sangre en mi vida. Lo único que escuchaba era: «Cerda, ahora te toca chillar».

»Cuando los instructores llegaron, yo estaba irreconocible. Afortunadamente, no golpearon demasiado mi cara. Estimo que mi barriguita era más atractiva. Me llevaron al hospital cuando la hemorragia se tornó insostenible. El médico que me atendió me dijo que habían destruido uno de mis ovarios, y el otro estaba en muy malas condiciones.

—Ya —la rabia hervía en el cuerpo de Bryce—, es suficiente. Perdóname por haberte preguntado. Perdóname por haberte llevado a ese dolor una vez más.

—El médico salvó uno de mis ovarios. —Mayka continuó con su relato—. Así y todo me dijo que solo un milagro haría que alguna vez tuviera un hijo. De todos modos, creo que no me gustaría ser madre. ¿Quién quiere un hijo cuando tu vida ha sido un infierno?

»No le había visto la ventaja hasta ahora, cuando me follas y siento que te derramas en mí. Es la sensación más placentera del mundo, y no albergo ningún tipo de miedo cuando lo haces.

—¿Qué dijo tu familia después de eso?

—Ellos me enviaron allí, Bryce. ¿Qué te hace pensar que iba a preocuparles?

Bryce podría decirle que los abandonara, que se fuera a vivir con él, que la protegería, así como London hacía con Jesse, pero Mayka no funcionaba de ese modo. A medida que la conocía más difícil le

parecía. No se rendía, y, por algún motivo, Bryce estaba seguro de que esperaba que en algún momento le dieran el valor que tenía.

—No tienes por qué aguantar eso.

—Debo hacerlo ahora más que nunca —replicó la mujer.

—Prométeme que lo pensarás. —Bryce le besó la frente y luego su nariz.

—¿Qué debería pensar?

—Buscar tu libertad, Mayka —contestó. La ira hacía temblar su voz —. Mereces ser feliz. Y quizá no soy el príncipe azul ni mucho menos, pero te aseguro que, mientras viva, siempre estaré a tu lado.

—Es extraño —reflexionó, y apoyó su mano derecha en la mejilla —. Nunca creí que fuera merecedora de algo hasta que te conocí.

Bryce abrió la boca y la cerró varias veces. Las ganas de llorar lo invadieron. Mayka lograba que su parte sensible se develara sin temores.

—Te amo, Mayka.

La mujer le sonrió y cerró sus ojos. Era una tontería. No obstante, Bryce logró algo que nadie jamás había hecho. La hizo sentir segura.

—Ya lo sé, amor. Ya lo sé.

Durmieron por algo más de hora y media. Mayka despertó y miró la espalda fuerte llena de rasguños de su amante. Dio una risita y se deslizó fuera de la cama. Buscó su ropa interior y comenzó a vestirse. No le gustaba despertarlo, sobre todo cuando estaba en medio de un sueño profundo. Se acuclilló a su lado y le acarició el rostro. Bryce se removió, mas no despertó. Era tan lindo cuando dormía. Parecía inocente. Nadie imaginaría que ese semblante albergaba un asesino profesional.

«Buscar tu libertad, Mayka. Mereces ser feliz. Y quizá no soy el príncipe azul ni mucho menos, pero te aseguro que, mientras viva, siempre estaré a tu lado».

No era una promesa vacía. Mayka supo que era el momento de abandonar el clan y de vivir su vida, la que le negaron desde que nació. Una vida rodeada de lujos, una jaula de oro, pero seguía siendo una jaula. Bryce no había abierto la estructura metálica que la contenía, pero había entrado en esa jaula junto a ella y le había dicho que había un mundo y que ya no estaría sola.

Mayka se sintió sola toda la vida. Se dijo a sí misma muchas veces que la vida de los asesinos de seguro era solitaria, pero ahora tenía a Bryce, a un hombre inesperado que le abrió los ojos al mundo.

Le dio un beso en lo alto de la frente y abandonó la suite. Caminó por el pasillo opulento que conocía de memoria, esperó el ascensor e ingresó en él. Su mente, como siempre, entró en juego, y cuando lo hacía, nada bueno salía de allí.

El idilio de unas horas había terminado. Era momento de volver a la realidad, una en la que los buenos nunca ganaban.

35. Destrucción

—Hoy preparé carne de ternera con papas salteadas.

—¿Te he dicho que eres mi chef favorito?

—Me has dado muchos títulos en este último mes, profesor Morgan.

La voz melódica de Jesse, sin interrupciones, lo llenaba de orgullo. Habían pasado más de dos meses desde que vivían juntos, y London tenía tanta felicidad que no le entraba en el pecho. Las cosas poco a poco volvían a un equilibrio, al orden que London siempre tuvo en su vida. Una existencia tranquila, en donde los peligros de sus primos no los rozaban.

—¿A qué hora vas a llegar?

—Pasaré por la tienda de Mercia por un buen vino tinto.

—No te demores, profesor.

—Sabes que no, mi amor.

La comunicación cesó, y London observó el celular. Todavía le saltaba el pecho cuando Jesse lo llamaba. Las mariposas en el estómago seguían revoloteando de un lado a otro. Estaba enamorado, como jamás creyó posible.

London tuvo varias parejas a lo largo de su vida. A diferencia de Bryce y sus hermanos, la mayor parte de sus noviazgos fueron estables. Formaba parte de su esencia la búsqueda de paz y calma. Sus padres tenían un matrimonio sólido. Mercia, su hermana, diez años menor que él, tenía un novio desde hacía cinco años. Amaban la vida familiar.

Caminó hacia la tienda de vinos, donde se encontraba su hermana arreglando la estantería de muestras de los últimos vinos «boutique» que llegaron. El local era pequeño, pero contaba con muchos clientes y una gran variedad de vinos.

La contempló desde la puerta y entró.

—Quiero uno de esos, ¿sabes?

Mercia limpió el mostrador de madera con una gamuza y la dejó a un costado.

—Lo lamento, profesor, no gana lo suficiente para eso.

—Soy tu hermano, ¿no habrá descuento para mí?

—Tiene un novio millonario, pídale dinero a él.

London rio y ambos se estrecharon en un abrazo.

—Tienes el rostro helado.

—La temperatura ha bajado de repente y tengo poco abrigo —dijo el hombre mientras se frotaba las manos para calentarlas.

—¿Qué tal el trabajo?

—Todo bien. He tomado algunos exámenes.

—¿El niño bonito?

—En casa. Ha preparado cordero con papas.

—Lindo, amable y buen cocinero. ¿Quién dijo que la suerte no existe? —bromeó Mercia al tiempo que buscaba en la estantería del final uno de los vinos de colección que siempre llevaba London.

—¿Cómo están papá y mamá?

Mercia hizo una mueca. La verdad era que toda la dinámica familiar se vio modificada luego de la noticia del noviazgo con un Callum.

—Siguen preocupados por ti. —Mercia dio un suspiro y acarició la tapa de la botella—. Están arrepentidos también por las cosas que te dijeron.

—No merecía ese trato —expresó London con tranquilidad—, pero si es lo que pensaban lo acepto. Amo a Jesse. Si a ellos no les agrada, no es mi problema.

Mercia tragó saliva, pasó por el lado de su hermano y se dirigió de nuevo al mostrador en busca de una bolsa de papel para empaquetar el vino.

—Ellos te aman.

—Lo sé —replicó London—. Salúdalos de mi parte, ¿sí?

—Lo haré. Saludos a tu niño bonito.

London le guiñó un ojo, dejó el dinero sobre el mostrador y agarró el paquete.

—Nos vemos la semana que viene.

El hombre salió de la tienda y respiró el aire frío. Maldijo de nuevo por no hacerle caso a Jesse y llevar una chaqueta más gruesa. Caminó a paso rápido hacia su auto, que estaba estacionado a seis cuadras del lugar. Las calles estaban poco transitadas a esa hora y más aún la zona donde aparcaba normalmente. Dio pasos hasta la puerta de su auto azul y buscó las llaves en su chaqueta. Para su infortunio, no estaban allí.

«Mierda».

Maldijo mientras dejaba la botella sobre el techo del Honda y buscaba en su maletín. Le parecía extraño haberlas puesto allí, pero todo era posible. London abrió el maletín y advirtió que el contenido de este no era suyo. La confusión transformó su rostro. Una serie de imágenes en blanco y negro llenaban su maletín de cuero marrón. Tragó saliva cuando divisó los protagonistas de las imágenes. Se trataba de Owen, Isaac y Dustin. Eran las fotos que Jesse tenía en su celular. El corazón tronó en su pecho cuando en la última imagen observó a un hombre descuartizado. Era el periodista con el que Jesse hablaba. Era su contacto en la prensa cuando las cosas se pusieran feas. London cerró los ojos. No había que ser un genio para saber lo próximo que vendría. Se giró hacia un costado cuando un hombre le dio un puñetazo en el rostro que lo arrojó al suelo. La calle estaba a oscuras en algunos sectores. Un par de farolas en las esquinas no eran suficiente para dar una panorámica completa. London intentó incorporarse, y otro hombre le pateó la cabeza. El golpe lo dejó inconsciente. Los tipos recogieron el maletín y las fotografías y metieron a London al auto en la parte trasera. Uno de ellos subió a su lado y el otro se puso al volante. Encendieron el motor y aceleraron. El hombre que estaba al lado de London escribió un mensaje.

Es nuestro.

Un mensaje conciso, dos palabras que explicaban todo lo sucedido.

Perfecto, ya saben qué hacer.

Contestó alguien desde el otro lado.

El conductor miró a su secuaz a través del espejo retrovisor.

De acuerdo, seguimos el plan.

Sus dedos teclearon con velocidad.

Ninguno de los hombres se dijo nada y continuaron el viaje con destino desconocido.

***

Jesse terminaba de encender la velas rojas para su velada romántica. El cordero olía delicioso. Las copas estaban puestas a la misma distancia y los cubiertos tenían una separación de medio centímetro entre uno y otro. Ahora solo faltaba la estupenda botella de vino tinto y su espectacular novio.

«Novio».

Jesse se cubrió el rostro. Sentía que sus mejillas se acaloraban. Todavía no se acostumbraba a la palabra, pero sonaba tan hermosa cuando se trataba de su profesor.

El celular sonó. Jesse se arregló el cabello y corrió a la sala, donde había dejado el teléfono. Seguramente era London. Tal vez no encontró el vino que Jesse le había pedido. Daba igual, el tema era que ya regresara a casa. El nombre que apareció en la pantalla hizo que el mundo feliz de Jesse se tambaleara en tan solo una milésima de segundo. Toda la felicidad se escurrió de las manos del muchacho, que tembló ante la posible tragedia.

—Hola. —Su voz se sintió pequeña y quebrada. Los miedos afloraron con fuerza.

—¿Sabes lo que duele enterrar a quien amas? —cuestionó una voz atormentada desde el otro lado—. ¿Ser consciente de que jamás volverás a besar esos labios?

Jesse tiró de su cabello y se dobló de dolor ante la crueldad de los seres con los que había compartido su vida.

—Dustin, por f…

—F-Fav… ¿qué? —se burló—. ¿Qué pasa? ¿Ya no eres tan valiente?

Las lágrimas rebalsaron los ojos de Jesse y las palabras se agolparon en su garganta y no le permitieron respirar.

—London no tiene… no tiene cul-culpa.

—Tienes razón, él no es culpable, tú lo eres. Tú te metiste con ellos y traicionaste a nuestra familia. Ahora prepárate, porque lo que yo he sufrido será nada comparado con lo que tú vivirás.

—Dustin, por f-favor.

Silencio. Fue todo lo que colmó la línea. Fue todo lo que llenó el espacio donde Jesse Callum estaba. Todo lo que tenía, todo se desvanecía. Esa fotografía en la que él era feliz, en la que merecía una vida de ensueño, había caído al agua, y cada trazo se perdía, se manchaba, se iba para no regresar.

«London».

Si Dustin lo tenía, de seguro ya estaba muerto. Aun así, debía intentar hacer algo. Debía pedir ayuda. Marcó el número de Mayka y los dedos se frenaron.

¿Qué estaba haciendo? ¿También quería perderla a ella? Si los Callums se enteraban de que recibía ayuda de su prima, la matarían.

Corrió fuera del departamento, salió al pasillo y se movió hacia el final de este. Golpeó con ímpetu y desesperación, sin respiro.

—¡Bryce! —Dio un grito ahogado cuando su garganta se cerraba y comenzaba a hiperventilar.

Bryce abrió la puerta sobresaltado, y Jesse se cubrió la boca mientras lloraba. El demonio no necesitó palabras en aquel instante. Las palabras sobraban. Había que actuar de inmediato. Agarró a Jesse de ambos brazos. La lengua se negaba a decir todo lo que su corazón gritaba.

—Dime qué pasó —ordenó incluso cuando su cerebro le golpeaba y le decía que debía calmarse, que no obtendría nada si asustaba aún más a Jesse.

—Ellos… Lond-London… —Jesse se derrumbaba en llanto. Cayó de rodillas, y Bryce lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Necesito que te concentres y te calmes. London te necesita —dijo con firmeza y suavidad al mismo tiempo.

Jesse asintió. Su rostro estaba bañado en lágrimas.

—Dus-Dustin me llamó.

Bien, ya tenía un nombre. Era cuestión de obtener un par de datos más.

—¿Dónde está?

—No sé. Él m-me dijo que…

—¿Tiene a London?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—M-Me dijo que… Me dijo que iba a suf…

—Sufrir —completó Bryce ante la impaciencia—. Dame tu teléfono.

Jesse obedeció. Bryce marcó el número y no recibió respuesta. Ingresó junto a Jesse a su hogar e hizo que se sentara en su sofá. Agarró su propio celular y realizó un par de llamadas.

—Hola.

—Localiza a Anael. Necesito que vengan a mi departamento ahora.

—¿Bryce? ¿Qué ha pasado?

—No hay tiempo, Eric. Te espero aquí.

—Iba a llam-llamar a May…

—No —replicó Bryce—, esa es una sentencia de muerte para ella, y lo sabes.

Bryce podía soportar muchas cosas, pero no perderla a ella.

Miró a Jesse, el dolor que lo partía en mil pedazos, y pensó en la valentía de ese joven. Si la cosa fuera al revés, Bryce no sabía si tendría las agallas de soportar la pérdida de su amor.

—Quédate aquí y tranquilízate. Sea lo que sea, lo resolveremos. Siempre lo hacemos.

36. Lealtades

Mayka llegó a la mansión con una alegría que no le entraba en el pecho. Estaba de ese modo desde hacía meses. ¿Su familia había cambiado? Por supuesto que no, seguían siendo los mismos sanguinarios ávidos de poder y dinero. La que había cambiado era ella. De pronto, la oscuridad que la rodeaba y la engullía por momentos se replegaba frente a su luz, una luminosidad que le había costado conseguir, pero que ahora formaba parte de ella. No la dejaría escapar.

Mayka caminó rumbo a la enorme sala. En una de las mesas estaba la correspondencia que aún no se entregaba. Agarró las cartas y empezó a buscar las que tenían su nombre.

—El abuelo preguntó por ti hoy.

Mayka levantó la mirada de los papeles y se enfocó en el imponente hombre que estaba a unos tres metros de ella. Siempre sigiloso. Sin duda, su hermano mayor había nacido para ser espía.

—Buenas noches para ti también, Owen —saludó sin darle mucha importancia—. Estimo que no debe haber sido muy importante, de lo contrario me habría llamado al bufete.

—¿Has estado en el estudio hasta esta hora? Vaya, sí que eres una abogada muy dedicada. Me parece extraño, porque antes apenas pisabas ese lugar.

—¿Qué quieres, Owen? —preguntó porque se estaba cansando de las insinuaciones.

—¿Piensas que en esta familia se valora la lealtad?

—Es por lo que vivimos, ¿no? —replicó mientras guardaba en su bolso un par de cartas de cuentas que debía pagar.

—Jesse no pensaba así —explicó con una sorprendente calma—. Dominic no pensó en ello cuando engañó a nuestro hermano para acostarse con su mujer.

—Dominic nunca hizo eso —espetó Mayka, que ya estaba harta de escuchar ese nefasto rumor—. Lo explicó mil veces. Fue ella quien lo buscó.

—Nuestro hermano se suicidó por su culpa.

—Klaus se suicidó porque estaba enamorado de Dominic, de un hombre.

—¿Qué has dicho?

Mayka negó con la cabeza varias veces. Una sonrisa de hartazgo se dibujó en su rostro.

—Klaus era un incestuoso que soñaba con la verga de su primo. —Se acercó a su hermano—. Con un hombre de su propia familia. Ese remordimiento lo llevó a dejar este mundo.

—Me das asco —lanzó Owen mientras contenía sus puños.

—Y en cuanto a Jesse —continuó—, se podría decir que fue el más leal de todos. Fue fiel a sí mismo. ¿Cuántos de nosotros podemos serlo?

—Sigue pensando de ese modo y vas a terminar como todos nuestros enemigos.

—Creo que, pensemos como pensemos, hay una parcela en el cementerio que será ocupada por nosotros de manera temprana. Nos dedicamos a matar, que no se te olvide. No seas como Isaac.

—Isaac… —A Owen le tembló el labio de solo pronunciar su nombre—. Ese imbécil.

—No voy a juzgarte por enamorarte de tu primo, pero jamás perdonaré lo que ese hijo de puta le hizo a Jesse mientras ustedes estaban con él.

El rostro de Owen se llenó de ira. De repente, uno de los puños contenidos se abrió y la gran mano sostuvo el cuello de Mayka. La mujer se mantuvo en calma.

—¿Sabes dónde está Dustin ahora? —Los ojos de Owen estaban inyectados en sangre—. A esta altura debe haber vuelto cenizas al querido profesor de nuestro primito.

El corazón de Mayka dio un vuelco. No, eso no. ¡Eso no!

—¿De qué estás hablando? —cuestionó urgida de una respuesta —. El abuelo prohibió los ataques frontales.

—Theodor lo entenderá —siseó, y soltó el cuello de la mujer—. Muy pronto nadie recordará a los Morgan.

Mayka sostuvo su cartera en las manos y se giró para marcharse. Owen le cortó el paso.

—¿A dónde crees que vas?

—Voy por Jesse

—¿Amas a nuestra madre, Mayka?

Los orbes azules se abrieron de par en par. ¿Qué carajo estaba diciendo este imbécil?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una muy simple —replicó Owen—. ¿La amas o no?

Mayka dio pasos hacia atrás. El monstruo frente a ella no tenía límites.

—No creas que soy indolente. Sufro por mis hijos.

—No lo demuestras demasiado.

—Es necesario. Cada día eres más fuerte, más poderosa. Nadie te hará daño jamás.

—Nunca lo entenderás, ¿verdad? Eres madre de rotos emocionales.

La última conversación verdadera que había tenido con su madre le había dado pistas que ella prefirió obviar. Su madre quería que fuera más fuerte, más poderosa.

«Nadie te hará daño jamás».

—¿Vas a destruir a tu propia madre?

—Yo no —respondió Owen con una frialdad que congelaba todo a su alrededor—, pero Theodor podría usarla en tu contra si lo necesitara. Sabe que es uno de tus puntos débiles, uno de los pocos.

—Nada se le escapa a la gran serpiente, ¿verdad? —comentó Mayka con sus ojos brillantes—. Y has aprendido a leerlo a la perfección. Por eso no tienen miedo a las represalias.

Owen metió las manos en su pantalón de vestir negro, giró sobre sus talones y dio pasos fuera de la sala. Mayka lo vio marcharse, abatida y desesperada. Antes de salir de la sala se detuvo y miró a un costado.

—Cada acción que realizamos tiene su efecto. Sería bueno que no olvides dónde está tu lealtad—aconsejó Owen

Mayka se sostuvo de la mesa, donde antes había recogido las cartas. Frotó su pecho como si necesitara que su corazón volviera a funcionar.

«Jesse».

¿Cuánto dolor debía sufrir para que los Callums estuvieran felices? ¿Cuánto debía perder ella misma para que la vida de su madre no corriera peligro?

***

Un baldazo de agua estuvo a punto de tirarlo de la silla. London movió la cabeza y sintió que todo daba vueltas. Sus piernas y brazos estaban inmóviles, y la camisa, abierta. Magullones comenzaban a poblar su torso y abdominales.

Estaba en una especie de sótano vacío, de donde nunca saldría. El frío helaba las entrañas, pero no tanto como la oscuridad y el sonido de los roedores que iban y venían, los cuales a veces osaban subirse hasta su regazo.

La sangre seca de pronto se humedeció cuando llegó un nuevo baldazo de agua. Había tres hombres en la habitación. Un pequeño foco estaba sobre él, demasiado diminuto para revelar más detalles del sitio donde se encontraba. Su garganta escocía por el agua salada. Respiró con dificultad. Al menos un par de costillas estaban fisuradas o quebradas.

«Jesse».

Era lo único que le importaba en ese contexto desolador. ¿Qué haría si se lo arrebataban?

—Bienvenido una vez más, profesor Morgan.

London estrechó sus ojos azules y se enfocó, pero la oscuridad y su propio mareo dificultaban la visión.

—Espero que estés disfrutando de nuestra hospitalidad —ironizó el hombre—. Nos esmeramos en dar un servicio de cinco estrellas.

Por fin sus ojos le develaron quién tenía enfrente, apoyado en un reducido escritorio de madera enmohecida. Vestía un traje gris

cobalto y calzaba zapatos que costaban más que todo su guardarropa.

—Dustin Callum.

El moreno le sonrió. No fue una mueca agradable, sino más bien una agresiva y burlona. Una amalgama de asco y rabia.

—Veo que tu cerebro aún funciona. Pronto arreglaremos eso.

—He oído de problemas entre cuñados, pero creo que este se lleva el premio.

—¿Qué has dicho? —indagó Dustin. Una línea profunda se formó en su entrecejo.

—La verdad. Si no la conoces, te la presento —desafió London.

Dustin caminó hacia él y lo sostuvo del largo cabello castaño claro. Sus miradas se encontraron.

—Tú no eres nada mío, imbécil, solo un accidente, uno que pronto sacaré de nuestra existencia.

—¿Eso te devolverá a tu hermano? —London no iba a quedarse callado—. ¿Matarme y hacerle daño a Jesse regresará a tu amante prohibido?

Un golpe seco, luego otro y otro. Eran tan intensos, como si los puños no fueran humanos, sino metálicos. Escupió sangre. El rostro ardía por los cortes. Una laceración sobre el párpado hizo que la sangre brotara a borbotones y que su ojo izquierdo se cerrara.

—No vales la vida de Isaac, ninguno de ustedes. —Enterró los dedos en las costillas quebradas, y London gritó. Dustin le cubrió la boca—. Mis hombres van a cortarte en mil pedazos, y se los enviaremos a tu amado. Eso les servirá para que de una vez por todas entiendan que con los Callums nadie se mete y vive para contarlo.

—Cobarde. —Las fuerzas volvieron al cuerpo lastimado—. Te escudas en tus matones. No eres más que un débil infeliz títere de Theodor.

Dustin volvió a sujetarlo del cabello, pero esta vez al ras, hasta el punto de inmovilizarlo. Lo único que se escuchaba en es tugurio eran sus respiraciones.

El odio malsano que carcomía cada hueso de Dustin, así como la tristeza y la impotencia, hacía mella en London.

—Mírame, Morgan —susurró cerca de sus labios—. Mírame y ten presente que estos ojos negros serán lo último que verás en esta vida.

—Te equivocas. —London hizo una mueca de una sonrisa—. Los únicos ojos que llevaré en mi mente serán los de tu hermano. Es inútil que intentes destruirme. No puedes. Para ello deberías volver a nacer.

Dustin sacó de su bolsillo un cuchillo y acarició con el filo los labios del profesor. Este no se amedrentó.

—Bryce y sus hermanos tienen un tatuaje de una calavera y una rosa, todos ellos, sin excepción. Río también lo carga con orgullo. —Se rio ante la palabra—. Dime, London, ¿tú también lo llevas?

El hombre se mantuvo en silencio.

Dustin se rascó la barbilla; se manchó la piel blanquecina con la sangre de su víctima.

—Ya veo —dijo confiado—. Me habría decepcionado mucho si no lo tuvieras. ¿Sabes por qué?

—Ilumíname. —London tensó la mandíbula. Sus manos tensas tironeaban las cuerdas que sujetaban sus muñecas. Asimismo, estaban aferradas a la silla.

—Nada especial —se burló—. De seguro a Jesse le encantará recibirlo como regalo de tu parte.

37. Iguales

—Se lo advertí, maldición. Todos sabíamos cómo iba a terminar esto. ¡¿Y qué hace él?! ¡Trae al tartamudo a vivir aquí como si fuera su noviecito!

—Cierra la boca, Anael —habló Bryce entre dientes. Jesse dormía en la recámara de huéspedes. Bryce le había dado un sedante después de que había caído en una crisis de nervios incontrolable.

—¿Qué? ¡No me voy a andar con cuidado por un Callum! ¡London se merece lo que le pasó por idiota!

—¡Ya basta! —Bryce golpeó la mesa.

Anael, que iba de un lado a otro por la sala, se detuvo y se cruzó de brazos. Lo miró de frente con aire de desafío. Una parte de la familia estaba allí, y los que no habían llegado pronto lo harían. Eric, Anael y Mercia.

—Ya le avisé a papá —intervino Mercia, quien se limpiaba los ojos —. Iba a intentar calmar a mamá mientras teníamos nuevas noticias.

Bryce se puso en pie y afirmó sus manos en la opulenta mesa. No sabía qué hacer. Desconocían dónde buscar. Estaban de manos atadas.

—Está muerto, ¿verdad? —preguntó Mercia con un hilo de voz.

—Es… lo más probable. —Eric arqueó una ceja. Sus manos estaban juntas y sus dedos, entrecruzados sobre la estructura rectangular frente a él.

—Mi pobre hermano. —Mercia se cubrió la boca y contuvo un grito desgarrador.

—Eso pasa cuando te metes con los Callums. —Anael era incapaz de controlar su ira—. Todos lo sabemos.

—Si es por eso, nuestro padre también debería estar muerto, y no lo está —rebatió Bryce—. Deja de torturarnos con tus comentarios.

—Por supuesto. —Anael frunció los labios y abrió las manos—. Dime, ¿qué piensas acerca de esto? ¿Qué piensas que va a pasarte a ti también?

—No te metas —advirtió Bryce. Sus ojos grises se clavaron como dagas sobre su hermano.

—Esa puta con la que te revuelcas…

Y fue la gota que rebalsó el vaso. Bryce, con la velocidad de un auto de carreras, dio dos zancadas y arrastró a Anael hasta la pared, donde lo adhirió de un empujón tremendo. Cada hueso tronó.

—¡Basta! —Eric fue sobre los hombres. Bryce le apretaba la garganta con tanta fuerza que todos pensaron que se la partiría—. ¡Bryce! ¡Detente!

—Nunca, por ninguna circunstancia o razón, vuelvas a dirigirte a Mayka de ese modo, porque a la próxima te mato, ¿entendiste? —Lo soltó de un sacudón.

Anael cayó al piso y se sostuvo la garganta. Mercia corrió a asistirlo. Bryce caminó hacia la puerta y colocó las manos en la cintura.

—¿Te das cuenta? —Anael apenas recuperaba el aliento—. Amenazas con matarme por una mujer que tarde o temprano va a traicionarte.

—No la conoces.

—¡Es una Callum, hombre! —vociferó Anael con las pocas fuerzas que Bryce le había dejado—. La traición es parte de su esencia. ¡Mira lo que estamos viviendo! ¿¡Quieres terminar como London?! ¡Contesta!

—¡Anael! —le gritó Eric a su hermano en un intento vano de que cerrara el pico de una vez por todas—. Debemos concentrar nuestros esfuerzos en encontrar a London, no en pelearnos entre nosotros. ¿No te das cuenta de que así solo beneficiamos al enemigo?

—London está muerto. Más vale que se vayan haciendo a la idea —sentenció Anael con tristeza—. Y creo que con una víctima basta.

—¿Estás diciendo que no lo busquemos?

—¿Qué sentido tiene, Eric? —inquirió aún sobándose el cuello. Mercia lo abrazó, y él le respondió el gesto—. La guerra está

declarada. Mientras más nos esforcemos en contraatacar, más caídos tendremos en nuestras filas.

Eric dio un suspiro y se arregló el cabello. Bryce se apoyó en la puerta y guardó silencio.

—Voy a buscar a mi equipo y haré lo posible por hallar pistas —dijo Eric casi sin esperanzas—.La escena de hoy no quiero que vuelva a repetirse. No nos representa. Nosotros no somos así.

—¿Así cómo? —Bryce regresó a su lugar en la mesa—. ¿No hemos sido nosotros quienes rompimos el pacto? ¿No ha sido nuestro padre quien se cagó en todo por ambición? ¿No hemos sido nosotros los que fuimos a Nueva York en busca de un negocio que sabíamos traería más problemas que beneficios?

—Demonio…

—Somos iguales a ellos —interrumpió a Eric—. Matamos, nos adueñamos de negocios, nos movemos en diferentes tonos de grises…

—No lo somos —replicó Eric—. ¡No lo somos, maldita sea!

Una carcajada profunda, amarga, que simbolizaba toda la ironía y el dolor de la situación. Bryce rio una y otra vez, mientras que el resto lo observaba perplejo. Había perdido la cabeza.

—Perdimos, Eric —resolvió sin más—. Cuanto antes lo entiendan, mejor. Ahora, hay que enfocarse en lo que nos queda y en intentar rescatar el cuerpo de London al menos.

—¿Hablarás con la mujer?

Bryce levantó la mirada y se enfocó en Anael. El demonio se humedeció los labios.

—Lo haré. Me alejaré de ella solo por el bien de ustedes, si es lo que te preocupa.

—¿No le diremos a la policía?

—Eres tan inocente, Mercia —expresó Bryce con dulzura—. Tus padres los criaron bien, demasiado bien, al punto que nunca entenderás que la policía ni la justicia de este país moverá un dedo en contra de Theodor Callum.

—No es justo —dijo la mujer por enésima vez. La angustia la apretujaba—. Mi hermano solo quería ser feliz.

—Quizá en esta familia la felicidad sea un bien escaso. —A Bryce le ardió el vientre cuando pronunció esas palabras—. A lo mejor la felicidad les sucede a otras personas, a las normales, no a nosotros.

—Me gusta pensar que todavía tenemos esperanza. —Un par de lágrimas cayeron por las mejillas del rostro aniñado de Mercia.

—Sigue soñando, Mercia —dijo Bryce con un enorme peso que caía sobre sus hombros—. Te pido que nunca despiertes. Lo peor que puedes hacer siendo un Morgan o un Callum es despertar y caer en la realidad.

***

Quince días después…

Jesse lanzó un grito desgarrador cuando, al tercer día del secuestro, y todavía sin tener noticias, recibió un corte de piel que llevaba el tatuaje de London. Apretó el paquete contra su pecho y gritó una y otra vez, como si ese sonido lo liberara de las heridas. Fue Anael quien lo abrazó para contenerlo. Sí, el mismo que decía y vociferaba que no se podía confiar en los Callums. Jesse tenía ese talento de provocar que hasta los hombres más duros se enternecieran con él.

London había muerto. Una víctima más, como tantas a lo largo de los siglos. El equipo de Eric encontró el auto de London abandonado a doscientos kilómetros de donde había ocurrido el secuestro. Estaba calcinado en su totalidad, pero no había rastros del cuerpo.

Bryce había discutido con su padre y con toda la familia. Los padres de London se desmoronaban a cada segundo, de igual modo que Mercia. Y el tiempo continuaba pasando. Los días se volvían noche y de vuelta a empezar.

De pronto, la esperanza, esa tonta ilusión en el corazón de todos, se perdió. Dos semanas después, todos sabían que London estaba muerto, excepto Jesse, quien se negaba a imaginarse en un mundo

sin su amado, sin el hombre que lo había hecho renacer, el ser por el cual fue valiente por primera vez.

Necesito verte.

Bryce acarició la pantalla del celular. Era el enésimo mensaje que Mayka le enviaba a los largo de esas semanas. El Demonio no había respondido ninguno de ellos.

Habitación 4172 del Ritz.
Estaré allí a las ocho de la noche.
Espero que asistas.

—La conocí en la universidad. Teníamos dieciocho años. No entendía demasiado de la vida. Era inocente.

—¿Mayka?

—No, Linda Callum.

—¿La esposa de Abel?

—Fue mía antes de él, ¿sabes? La mujer con más pasión que conocí en mi vida. Un sueño hecho realidad. Su sonrisa, sus ojos azules…

—Mayka es parecida a ella.

—Lo sé. Por mucho tiempo fue el gran amor de mi vida.

—¿Qué sucedió?

—La historia de nuestras vidas. Abel Callum apareció con su poder y prestigio, con su traje de tres piezas impecable y su sonrisa seductora.

—¿Ella te dejó?

—Un año después de conocernos. Nadie sabe cuánto duele un desamor hasta que lo sufre. Aprendes de tu fuerza en el momento en que caes de rodilla frente a la vida.

La conversación con su padre vino a su mente. Una historia que tenía un final escrito desde el primer momento. Río nunca olvidó a Linda. Bryce jamás sacaría de su mente y su cuerpo a Mayka Callum.

—¿Hablarás con la mujer?

—Lo haré. Me alejaré de ella solo por el bien de ustedes, si es lo que te preocupa.

Bryce terminó cerca de las siete su trabajo esa tarde. Aguardó en su oficina media hora más antes de subir a su auto y dirigirse al Ritz. Apenas fue capaz de poner el cambio en su deportivo. Estaba más nervioso que la primera vez que se encontró con esa mujer. Dejó el auto en la entrada del hotel, y el *valet parking* lo llevó al estacionamiento. Se presentó en la recepción igual que Mayka lo hizo decenas de veces. Ahora era él quien transitaba ese pasillo y pensaba en las cosas que esa mujer le haría, en las cosas que extrañaría de ese ángel que había destruido su vida y que le dio más felicidad que cualquiera.

Llegó a la puerta, y el botones le sonrió cuando le entregó la tarjeta. Bryce acarició la madera antigua e insertó la tarjeta de ingreso.

Sería la última vez que lo haría.

38. Verte, abrazarte y besarte

Mayka dio un suspiro cuando escuchó la puerta de entrada a la suite abrirse. Un escalofrío recorrió su columna vertebral mientras se miraba en el espejo. Estaba desnuda. Solo llevaba unas medias con bordes de encaje un poco más debajo de la cadera. Acarició sus senos, esos que ya no le molestaban, esos que había aprendido a amar gracias al hombre que veneraba su cuerpo.

«La última vez que lo tendrás en tus brazos».

Los silencios de Bryce después de la muerte de London develaron la dura verdad, una de la que jamás se repondría aun cuando era consciente de que era lo mejor para todos.

—¿Vas a destruir a tu propia madre?

—Yo no, pero Theodor podría usarla en tu contra si lo necesitara. Sabe que es uno de tus puntos débiles, uno de los pocos.

Linda jamás le había dado grandes muestras de afecto a lo largo de su vida, incluso cuando estuvo a punto de morir desangrada en aquel entrenamiento en donde la rompieron de mil maneras.

«Serás poderosa».

¿Cuánto daño había sufrido aquella mujer para criar a su hija a imagen y semejanza de una máquina?

Bryce empujó la puerta de la recámara y dio pasos al interior de ella. Había velas blancas y pétalos de rosa, un ritual que siempre los acompañaba. Mayka se giró hacia el hombre parado en el umbral. Este la observó palmo a palmo, con lujuria y hambre, con voracidad. Llevaban tanto tiempo sin tocarse. Mayka apretó el pecho y contuvo un sollozo. No estaba allí para llorar, sino para entregarse al placer. Bryce se desabrochó la camisa y la deslizó sobre sus brazos musculosos. Luego se quitó los zapatos, las medias, el pantalón de vestir azul marino y el bóxer. Estaba desnudo, del mismo modo que su musa. Mayka caminó con seducción hacia él como una tigresa,

una que se dirigía a su manjar. Se humedeció los labios y con la punta de los dedos rozó el tatuaje. Lo memorizó para que estuviera en sus sueños, en todos los que vendrían, el lugar del cual nunca podrían apartarlos.

—Mayka…

—Te extrañé. —Sostuvo su rostro y dejó besos húmedos sobre la comisura de los labios bien formados de su hombre. Siempre sería suyo—. Quiero que me hagas el amor como nunca.

—La última vez.

A Mayka le tembló el corazón cuando los ojos grises, de los que se había enamorado, se llenaron de lágrimas. Ella asintió, conteniendo el río que se agolpaba en sus orbes zafiro.

—Sí —pronunció sin más—, la última vez.

No necesitaban justificaciones ni peleas sin sentido. No necesitaban reproches de los motivos que los llevaron allí. La muerte de London era un claro ejemplo de que los Callums y los Morgan jamás podrían estar juntos.

Bryce le devoró la boca. La aprisionó contra su cuerpo y desperdigó besos húmedos y chupetones por su cuello. Mayka gimió y lo abrazó. Lo atrajo hacia ella y se volvieron uno. Hicieron el amor tantas veces como sus cuerpos lo permitieron, en todas las posiciones que se les antojaron, en todas las posiciones que a sus mentes lujuriosas y apesadumbradas se les ocurría. Mayka dio un grito cuando los embistes fueron tan rápidos y duros que percibió que el pene de Bryce llegaba a su vientre. Estaba sobre él, como tantas veces durante esas semanas. Él se tragaba uno de sus pezones, mantenía sus brazos sujetos a la espalda y la tenía rendida por completo sobre él. Mayka adoraba ser la sumisa. Era romper esquemas, romper la tonta idea de que los Callums jamás eran los de abajo. Le gustaba quebrar las reglas. Lástima que esta vez fuera incapaz de hacerlo y debiera amoldarse a ellas para que el hombre que amaba no perdiera la vida.

Bryce se desmoronó sobre ella a las cuatro de la mañana, después de ocho horas y de incontables orgasmos, después de un ataque de llanto de parte de Mayka en donde su hombre la había aprisionado y le había jurado que todo estaría bien, que siempre la amaría incluso

si sus caminos nunca volvían a encontrarse. Bryce también lloró. Lo hizo una y otra vez mientras empujaba en su interior y se adueñaba de su cuerpo, mientras le decía que no se arrepentía de nada y que le habría encantado tener un hijo con ella.

Era lo que eran. Su esencia estaba intacta. Sin importar las vueltas que le dieran al asunto, todo seguiría igual. El tiempo no se detenía. No perdonaba ni alcanzaba.

—Solo necesitaba esto —musitó la mujer sobre su oído—.Verte, abrazarte y besarte.

—Todo lo que desees. —Bryce le besó el cuello—. Cuantas veces lo quieras por esta noche.

Mayka había hablado con Jesse una semana atrás. Fue incontenible. Su primo le dijo que no lo llamara, que no podía ayudarlo. Mayka se sintió inútil. La única esperanza que la movió por días fue encontrarse de nuevo con su amante y amarlo por última vez. Permitirle una despedida como ellos se merecían.

Bryce enredó sus dedos en el cabello de la mujer y la tiró hacia atrás. Mayka se sostuvo de las sábanas cuando su hombre le tatuó los dedos en sus caderas y embistió con todo lo que tenía. Cerró los ojos y acompañó el vaivén propio de una bestia, de un ser fuera de este mundo, de uno que jamás se arrepentiría de conocer. Bryce la hizo erguirse. Su espalda dio contra el amplio y musculoso torso de su amante. Cruzó su brazo derecho sobre los senos y la obligó a girar el rostro hacia él. Se miraron en medio de la brutal follada, lo hicieron incluso cuando se tornó dolorosa dado a las fuertes embestidas. Mayka no se quejó. Quería sentirlo por día, semanas y meses. Quería sentir su agarre y tener las marcas en su piel por toda la vida.

Las uñas de la mujer se adhirieron a los brazos. Mayka quería que él también se observara y que cada vez que lo hiciera la recordara. Bryce se vino. El líquido espeso colmó el cálido interior y las lágrimas brotaron de los ojos de ambos. Todo era tan intenso y único. Cayeron extenuados una vez más sobre las sábanas. Mayka miró el reloj y Bryce le peinó su largo cabello negro, ese que caía con gracia sobre su espalda desnuda.

Mayka no supo si Bryce se durmió o fingió estar dormido cuando ella se levantó y se vistió. Besó sus labios despacio y luego su frente. El hombre se removió.

—Te amo —susurró en su oído—. No me importa qué tan equivocado sea. Nunca dejaré de amarte, ¿entiendes? Nunca.

La habitación se tornó gélida en ese instante.

Mayka caminó hacia la puerta. Antes de salir de allí, sus ojos fueron a cada objeto alrededor. Sonrió como quien atesora un recuerdo maravilloso. Lo era. Ese lugar era lo más hermoso que le había sucedido porque le permitió conocer a un hombre único, uno que la marcó a fuego.

39. Sangre y cenizas

Dos meses después…

Theodor no solo no se irritó por el accionar de Dustin, sino que lo felicitó por él.

«Has demostrado que no te tiembla la mano al momento de decidir».

Theodor destruyó cada uno de los negocios que los Morgan tenían. Les cerró cada una de las puertas a las que estos llegaban buscando apoyo. Los arrinconó. Los obligó a replegarse como si un grupo de leones entraran en su territorio y se adueñaran de él. Mayka jamás pensó en sorprenderse ante la maldad de su familia, pero lo hacía. La oscura creatividad no tenía límites. A cada paso buscaban formas más malévolas de arruinarle la vida a un tipo que solo había querido tener más. La ambición para los Callums era un pecado imperdonable, excepto la propia, claro estaba.

No había rastros de London Morgan. Su familia realizó un funeral simbólico. La desaparición del profesor llegó a los titulares de los diarios y muy pronto la policía entró en juego. Hicieron su trabajo. Fueron, siguieron pistas y lo dejaron en el olvido. Al cabo de dos meses, nadie recordaba a London, excepto la gente que lo amaba, la que seguía esperando un milagro. Mayka quiso estar presente en el funeral, y Jesse le pidió que no. Miró a su primo esa tarde cuando se reencontraron en un café y se dio cuenta de que había madurado de golpe. Había un matiz de oscuridad. Sus ojeras profundas reflejaban todo lo que intentaba ocultar. Jesse quería venganza. Quería desterrar a cada maldito que había osado profanar su tranquilidad, que le había robado a su amor. Entonces Mayka aprendió a vivir en

medio de la congoja. Triste por Jesse, quebrada por haber perdido a Bryce.

«Bryce, mi demonio».

Se miraba al espejo y cada día notaba que los marcas de su agarre en la última noche de pasión se desvanecían. Las muestras de deseo y devoción se tornaban nada. Solo en sueños volvía a ser libre. Solo en sueños conquistaba a Bryce, y este la hacía suya de todas las formas posibles. Todavía contaba con ese espacio virginal e incorruptible, ese sitio que nadie mancillaría. Hubo momentos en los que se quedaba en la ducha. El agua caliente recorría su cuerpo, y ella se sentaba en el mármol blanco mientras el agua la limpiaba. Pegaba las rodillas a su torso y se volvía un ovillo. Algún día pasaría. Algún día podría mirarse al espejo y no odiarse por dejar lo único que le importaba en la vida.

—Tengo el contacto de un par de hombres que se dedican a rastrear personas.

—Jesse, entiendo tu desesperación.

—No tienes ni puta idea de lo que estoy padeciendo por culpa de esos bastardos.

Su tono había cambiado de manera rotunda. Había comenzado a ser un experto en el habla. Se propuso mejorar para que, cuando London volviera, se sorprendiera con sus avances.

Todo el mundo reconocía la verdad cuando le explotaba en la cara como una burbuja de agua, excepto Jesse, que se empecinaba en gastar todos sus recursos en la búsqueda de su amor. La resignación formaba parte de todos los Morgan. El problema era que Jesse era un Callum, y, como cada uno de ellos, faltó a la lección de cómo rendirse y retirarse de una batalla.

Mayka se llenaba de casos y nuevos clientes. Pasaba horas en el bufete desde la mañana hasta la noche. Ian, uno de sus primos mayores, ingresó a su despacho a última hora de la tarde ese viernes.

—Ian. —Mayka le sonrió. Tenía en su mano un expediente y otros dos estaban sobre su escritorio.

El hombre suspiró, la abrazó y besó su frente.

—Ya es tarde. Te invito a cenar.

—Me queda por lo menos una hora más.

—Deja esto. El lunes sigues.

—Hay cosas que debo analizar todavía y…

—Mayka —insistió el abogado—, no me voy a ir sin ti.

Mayka dio un suspiro de resignación. ¿Qué opción tenía? Dejó las carpetas ordenadas sobre el escritorio y apagó la computadora. Buscó su cartera y una chaqueta color piel, y se marchó junto a su primo. Resultó que el restaurante quedaba a pocas cuadras de la oficina. Lo primero que pidieron fue dos copas de vino blanco. Mayka bebió despacio y su estómago rugió. Fue cuando recordó que lo único que llevaba en el estómago era una tostada con queso y mermelada del desayuno.

—Has perdido peso —comentó Ian como intuyendo lo que sucedía en el interior de su prima.

—Muchas obligaciones y poco tiempo para las comidas.

—¿Por qué no me cuentas lo que está pasando? —Ian estaba cansado de las mentiras. Las vivía todo el tiempo en el entorno en el que se movía.

—¿Qué quieres saber?

—Jamás te interesó la abogacía, solo la estudiaste porque te obligaron. Vas y vienes del bufete y tienes muy pocos clientes. Ahora tienes tantos que pareces no poder respirar. ¿Qué te ha sucedido?

—La vida. —La mandíbula de Mayka se tensó—. La mierda que me inunda y ahoga todos los días.

Ian se quedó callado. El camarero les trajo la carta para que eligieran el menú. Mayka miró a su primo, concentrado en la elección del platillo.

—¿Alguna vez te has enamorado?

—Estoy casado con Yvette.

—No fue eso lo que te pregunté.

Ian dejó la carta a un lado y puso sus manos sobre la mesa mientras sostenían la copa.

—No —replicó tajante—, nunca me he enamorado, y no creo que pueda. Hay gente que es susceptible a ese tipo de emociones. Considero que yo no sirvo para ellas.

—Eres un robot, igual que el resto.

—Mayka, ¿esto es por algún tipo?

La mujer se humedeció los labios. Ian le dio información vital cuando salvó a Bryce en Nueva York. Era un hombre digno de confianza.

—Me acosté con Bryce Morgan por varios meses —confesó ruborizada—. Rompimos hace dos meses, y simplemente siento que soy incapaz de respirar. —Alzó la voz al final de la oración. La mujer de piedra se resquebrajó por la desesperación.

Ian le tomó la mano en la mesa para que se tranquilizara. Estaba absorto.

—Jesús, Mayka, eso es suicida. Ya viste lo que sucedió con London Morgan.

—Por eso me aparté. —Las ganas de llorar aún intactas como el primer día—. Me quiero morir todo el tiempo. Dime, ¿qué hago?

—Tranquilízate. —Ian buscó un pañuelo en su bolsillo—. Por Dios, ¿para qué mierda pregunté?

El restaurante estaba repleto. Algunos conocidos iban y venía. Ian mostraba su sonrisa, mientras que Mayka estaba desfigurada. Necesitaba marcharse de allí cuanto antes.

—Escucha —Ian dio un suspiro—, taparte de trabajo no hará que Bryce regrese ni que tú te olvides de él. Deberías intentar acostarte con alguien más o…

—Los seres humanos son tan básicos a veces —esgrimió Mayka con decepción—. Si fuera algo que puedo solucionar con un polvo, ya lo habría hecho. Créeme, me sería muy fácil ir y conseguir a alguien allá afuera. Y luego del revolcón volvería a sentirme vacía y extrañaría a mi hombre.

—¿Tu hombre?

—Es mío —repitió la mujer sin vergüenza—. Siempre lo será.

—«Los Callums somos conquistadores, y si para ello debemos incendiar el mundo, lo haremos. Lo volveremos cenizas, pero nunca dejaremos de gobernar sobre él».

—La famosa frase de nuestro querido abuelo —dijo con un deje de resignación—. ¿Por qué nunca pude ser lo que ellos esperaban?

—Porque no se trata de ti, sino de ellos —explicó Ian—. El problema no eres tú, nunca lo fuiste. Un narcisista busca la forma de

triangular de tal modo que tú siempre seas el culpable. Eso es lo que la mayoría de los miembros de esta familia son.

—Tú no eres como ellos.

—Claro que lo soy.

—No. Quieres y lo intentas, pero…

Ian se humedeció los labios y bebió un nuevo sorbo de vino. Esa mujer destruida frente a él también le dio confianza. Él también tenía secretos.

—Hace más de una década cometí un hecho imperdonable, uno que me acompañará hasta el día en que me muera.

Mayka se acomodó en el asiento y escuchó al más «perfecto e intachable» de todos los Callums.

—Mi padre odiaba a Jared, tú lo sabes. Yo también lo hice por mucho tiempo. Odiaba lo que significaba. Odiaba que mi madre estuviera sumida en el alcohol por la amante de mi padre y su bastardo.

»Cuando Jared comenzó a salir con la joven que limpiaba su casa, Theodor ya no lo toleró y mucho menos cuando esta se embarazó. —Los ojos de Mayka se abrieron de par en par. Estaba escuchando ese relato en primera mano, ese secreto a voces del que nadie hablaba—. Theodor nos ordenó asesinar a Mora cuando solo le faltaban semanas para dar a luz. Tu padre y el mío fueron junto conmigo y dos custodios. La idea original era pedirle que abortara. Cuando ella se negó, ellos le dispararon. —Mayka se agarraba la cabeza, mientras que Ian tenía la vista fija en la copa medio vacía—. Mora dio a luz cuando el primer disparo llegó. Me entregó el niño y me hizo jurar que lo alejaría de toda la familia.

—¿Tú lo mataste?

Si Ian contestaba que sí, Mayka moriría de tristeza en esa instante.

—No —respondió consternado—. Me ordenaron que lo ejecutara, pero fui incapaz de hacerlo, así que hice lo que Mora me pidió. Lo alejé de todos nosotros. Lo llevé a un orfanato, donde lo atendieron los primeros meses, y después conseguí que una buena familia lo adoptara en Australia.

—Pero Jared…

—Lo sé. —Ian cerró los ojos ante la tragedia—. Sé que él busca a su hijo, pero mientras Theodor y los demás vivan darle algún tipo de información sería una sentencia de muerte para él y para el niño.

¿Cuánto dolor podía albergar en su interior una persona? Mayka entendió que era mucho más de lo que ella imaginaba.

—Sé que en este momento sientes que no puedes más —prosiguió Ian sin querer mortificar más a la mujer—, pero tomaste la decisión correcta. A veces el sacrificio es la única opción. No necesitas gobernar sobre cenizas. No somos como Theodor. A veces solo necesitamos un sacrificio para alejarnos de sus macabros consejos. Prefiero sangrar que destruir la vida de un niño. Esa es la verdad.

»Sangre y cenizas, Mayka, ese es el significado, y la sangre no es de nuestros enemigos, sino de nosotros mismos.

Mayka se limpió las lágrimas cuando su primo terminó la historia. De pronto, las voces y el bullicio alrededor tomaron lugar. Hasta ese instante, la mujer había sentido como si ellos dos solos estuvieran allí.

Ian volvió a llenar las copas, deslizó una sobre la mesa para Mayka y levantó la suya para brindar.

—Por los que amamos aunque nunca lo sepan.

—Por el amor y el odio. Al fin y al cabo, son las caras de la misma moneda.

Las copas chocaron y se dispusieron a leer la carta.

Mayka siempre se había sentido cerca de Ian. Luego de esa noche entendió el motivo. La mujer condujo hasta su hogar una hora después. Se detuvo frente al edificio en donde vivían Jesse y Bryce. Las memorias de la primera noche vinieron como una estampida de búfalos.

«Sangre y cenizas».

Acarició el volante y puso una nueva marcha para seguir su camino.

Aunque en ese momento su alma sangrara, había tomado la decisión correcta.

40. De amor, locura y muerte

Mayka nunca esperó que un almuerzo de domingo cambiara de nuevo su vida. Abel, su padre, fue quien pidió hablar con ella mientras caminaban por el jardín.

—¿Cómo has estado, Mayka?

—¿Cómo esperas que esté?

El hombre dio un suspiro. Al parecer, la conversación sería bastante áspera.

—Han ocurrido cosas que han convulsionado el ambiente. La muerte de Isaac y ahora las decisiones alocadas de Dustin.

—¿Alocadas? ¿Llamas así a secuestrar y matar a una persona?

—Cuidado con tu tono.

—¿Qué es lo que quieres, papá? —preguntó con ganas de terminar una conversación que solo la irritaría.

—Theodor tiene una nueva misión para nosotros —explicó cuando se detuvieron frente a las rosas rojas—. Iremos a Barbados en un mes.

—¿Barbados?

—Todo el equipo irá con nosotros.

Mayka tragó saliva. Esto era algo grande.

—¿De qué se trata?

—Es el aniversario de Río y Johana Morgan. Vamos a terminar con ellos de una vez por todas.

El corazón de Mayka le dio una patada voladora en el pecho. Se lo tocó al sentir el dolor. No, esto no podía estar pasando.

—No iré, y me tiene sin cuidado si me matan. No voy a participar en esta locura.

—Ellos rompieron el pacto.

—¡Ya está! ¡Los hemos destruido! ¿Qué más les da que sigan vivos?

—Si los dejamos vivos, ellos tomarán represalias. Tu abuelo no se arriesgará.

—Me da igual. —Mayka retrocedió en el césped para marcharse—. No cuenten conmigo.

—¿Y tu madre? ¿Tampoco cuenta contigo?

Mayka frunció el ceño. ¿Es que había perdido la cabeza?

—¿Serías capaz de asesinar a mamá?

—Linda me mataría a mí —replicó—. El todo es más importante que las partes.

—Hablas como si ella fuera una cosa desechable.

—Una mujer que toda la vida ha soñado con otro hombre no debería importarme.

—¿De qué estás hablando?

—Tu madre está enamorada de Río Morgan desde siempre. Sus padres la obligaron a casarse conmigo, solo eso. Ella sueña con ese hijo de puta.

La cabeza de Mayka daba vueltas. Colocó las manos sobre ella para que volviera a pensar, para que no cayera fruto de la desesperación, así como lo estaba Mayka en ese segundo.

—No seré parte de esto ni muerta.

—Es tu decisión —expresó Abel—. Solo ten en cuenta una cosa: tu madre te ama, y morirá por tu culpa.

Abel dejó el jardín en un abrir y cerrar de ojos. Ni siquiera se molestó en agregarla sutileza a la amenaza. Mayka miró el cielo mientras una bandada de pájaros lo surcaba. Quería ser uno de ellos. Ansiaba atravesar el cielo y llegar al sol, quemarse en él si era preciso, pero no asesinar a la familia y al hombre que amaba.

«Tu madre está enamorada de Río Morgan desde siempre. Sus padres la obligaron a casarse conmigo, solo eso. Ella sueña con ese hijo de puta».

Tal vez ese era el destino de las mujeres de su familia, soñar y amar a hombres que jamás tendrían, hombre a los que tarde o temprano terminarían destruyendo.

***

Un mes después…

—¿Qué te llama la atención?

—Es difícil obviar una señal de advertencia cuando es tan grande y bella.

—¿Sabes qué dice mi padre acerca de los Callums?

—¿Además de insultarnos?

—«Los Callums son como rosas, así de bellos e imponentes, y cuando te acercas y deseas tocarlos, te das cuenta de que tienen espinas hasta en sus pétalos».

—Una frase fulminante.

—No lo sé. London cree que hay rosas por las que vale la pena sangrar.

Bryce se recogió el cabello en un rodete, como tantas otras veces, y observó cada detalle de su tatuaje en el espejo de cuerpo completo frente a él. Nada en la vida lo preparó para el dolor y la pérdida. Nada le anticipó que London moriría por el hombre que amaba. Un nudo en la garganta que suavizó a base de caricias con sus dedos a veces era tan inmenso que le impedía al oxígeno llegar a sus pulmones.

Se volvía loco. Más de una vez se había encontrado dando vueltas en la habitación durante la noche. Su cerebro en busca de explicaciones que el corazón jamás entendería. Muy tarde, Bryce se percató de que tenía un corazón, el cual habían sacudido hasta molerlo. Se encontró frente al espejo en un intento de emular los dedos de su diosa cuando perfilaba cada una de las rosas y calaveras que cubrían su brazos y parte de su pecho. Sus dedos eran más bien callosos, grandes, nada parecido al toque de ella.

«Ella».

Bryce no la llamaba por su nombre. Dejó de hacerlo con el pasar de los días, aunque lo seguía atormentando como un fantasma. Su risa, su voz, sus gemidos en su oído… Bryce se había masturbado tantas noches solo con el recuerdo de su perfume, con la imagen de su piel blanquecina, de sus formas indiscutiblemente femeninas.

Había salido con el objetivo de encontrar otros cuerpos dónde saciar su hambre voraz. Sin embargo, había fallado. Nadie se comparaba con ella, y no solo era por su belleza, sino también por su esencia, esa que en algún momento pensó que había conquistado.

—Hombre, ¿me prestas la rasuradora? Olvidé la mía.

Eric entró a la habitación de la casa de playa que pertenecía a Río y en donde se proyectaba una gran celebración para esa noche. Eric ingresó sin golpear, sin avisar, como siempre lo hacía. ¡Más de una vez halló a Bryce en momentos incómodos con esa actitud! Pero los malos hábitos era difícil cambiarlos, y Eric seguía siendo Eric.

—Seguro —replicó mientras agarraba la camisa que estaba sobre la cama—. Está en el baño.

—¿Estás bien?

Bryce comenzó a reír, primero despacio y luego a carcajadas. Eric frunció el ceño.

—¿Tú lo estás?

Eric entornó los ojos y cerró la puerta de la habitación. Su hermano intentaba abotonar su camisa. Las manos le temblaban, así que lo ayudó.

—No —empezó a poner cada botón en su ojal—, me parece una mierda. London ha muerto, y es como que papá no se inmuta, pero en parte lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Bryce —Eric se humedeció los labios—, estamos celebrando la vida y el amor. Creo que más que nunca hay que mantenernos juntos y hacerlo.

—No sobre el cadáver de nuestro primo desaparecido.

—Muerto —rectificó Eric—. Te pareces a Jesse con esa palabra.

—Obviamente, Jesse no quiso venir.

—¿Tú lo harías? —Bryce tragó saliva—. ¿Has hablado con él de nuevo?

—Soy incapaz de hacerlo.

—Está loco. Busca todo el tiempo a London. Ha contratado un equipo de sudafricanos incluso para que lo rastreen. Se está quedando sin dinero, y no le importa.

—Lo ama. —A Bryce se le entrecortó la voz—. No vas a entenderlo.

Eric, que ya no pudo soportar más con su máscara de indiferencia, abrazó a su hermano. Este respondió el gesto de inmediato.

—Perdóname, Bryce. —Cerró los ojos—. Perdóname por no entenderlos.

—No es tu culpa. Es lo que nos tocó.

Eric se limpió los ojos y contempló a su hermano, el implacable e indestructible Bryce Morgan, el hombre que más admiraba en el mundo, y ahora lo admiraba un poco más incluso. Cualquiera podía transformarse en una máquina de matar con el entrenamiento adecuado, pero pocos se convertían en verdaderos hombres.

—Termina de vestirte. Abajo hay varias personas que preguntan por ti.

—No me digas.

—Pues sí, así que cambia esa cara.

Eric le dio un par de palmadas en el rostro y se alejó para buscar la bendita rasuradora.

Bryce terminó de vestirse, y Eric lo observó.

—¿Qué?

—Creo que la barba me sienta bien.

—Flojo.

—Me conoces. —Bryce sonrió, y Eric salió del cuarto.

Barbados es una isla ubicada en las llamadas Antillas Menores en el Caribe. Río compró la propiedad alejada de todo diez años atrás. Bryce amaba hacer buceo allí, aunque esta vez el viaje había tenido un sabor distinto. Cerca de cincuenta personas estaban invitadas al aniversario de casados de sus padres, Johana y Río. Bryce se preguntó si su madre era consciente de que Río solo tuvo en el corazón una mujer, y no era la madre de sus seis hijos. La mansión de quince habitaciones estaba ubicada a orillas del mar color zafiro, un auténtico paraíso que ahora se había convertido en una fortaleza. Río había contratado alrededor de veinte guardaespaldas para que protegieran la seguridad de su familia. Bryce no entendía la necesidad de esa fiesta, pero su padre estaba empeñado en llevarla a cabo.

Bryce estaba inquieto. Las fiestas familiares siempre lo ponían nervioso. Sería porque tarde o temprano Río terminaba discutiendo con algún invitado.

Una vez que estuvo impecable con su pantalón y su camisa blanca, se dirigió a la sala abierta, con vistas al mar, donde estaban los invitados.

Samantha y Kent, los mellizos, estaban insultándose para variar. Bryce los agarró del cuello, y estos hicieron una mueca.

—¿Es que no les han enseñado buenos modales?

—Este idiota me insultó. —Sam señaló a su hermano, y el otro se encogió de hombros.

—Pues ahógalo en el mar. —Los ojos grises de Sam estaban a punto de salirse de su órbitas—. Mañana, por supuesto. Hoy deben comportarse como una damas y caballeros ingleses.

—Somos ingleses —se burló Kent, y Bryce le golpeó la cabeza.

—Sí, pero no eres para nada un caballero, así que más vale que te comportes, porque yo mismo te ahogaré mañana. —Les dio una palmada firme en la espalda.

A diferencia de Bryce, Eric y Anael, sus hermanos menores, eran mucho más bajos y flacuchentos. Todos se asemejaban en sus facciones, pero por lo demás parecían miembros de otra familia.

Bárbara caminó hacia ellos y los empujó.

—¿Qué carajo les pasa? ¡Todos los miran!

—Es que somos guapos —dijo Kent, y las chicas bufaron.

Bryce sonrió. Kent le recordaba muchísimo a Anael a esa edad. Es decir, ese idiota seguía siendo pedante, pero con varios años más, y ya no era gracioso. Dejó a sus hermanos con sus discusiones y berrinches, y se dirigió a los invitados. Se colgó una sonrisa acartonada, la de las fiestas, la que debía usar para que la gente no asumiera que su existencia era una mierda. Las rosas rojas en las mesas le retorcieron el estómago. Se sentó junto a una bella mujer llamada Casey, hija de unos socios de Río. Su timidez y su sonrisa coqueta al mismo tiempo volvieron a romperle el alma. No había lugar donde su mente pudiera escapar de ella, y eso provocó que la odiara. El piso de madera brillaba con las luces tenues que engalanaban el ambiente y la piscina estaba cubierta de flores

blancas y rojas, y lámparas flotantes. Todo era un sueño, uno que a Bryce no le importaba.

Johana y Río entraron a la sala una hora después. Con sus amplias sonrisas bailaron y se besaron.

—¿Quién habría imaginado que ese café en medio de la nada nos uniría de este modo? Te amo, Río. Te elijo por sobre todo y todos. Eres mi más grande amor.

—Gracias por darme razones para seguir viviendo, incluso en mis momentos más oscuros.

Las risas y los gritos no se hicieron esperar. Bryce y sus hermanos aplaudieron la valentía de sus padres de amarse pese a todo. Y si bien los ojos de Río no se iluminaron como aquella vez que le contó a Bryce acerca de Linda Callum, se notaba que su padre amaba a esa mujer en sus brazos. Un amor más tranquilo, no una tempestad indescifrable e impredecible. Bryce volvió a apoyar su mano en el abdomen. El nudo todavía apretaba.

La música a todo volumen impregnó el aire y la brisa fresca que llegaba desde el mar a pasos de donde estaban. Bryce dio un suspiro y caminó hasta él. Se quitó los zapatos y sus dedos hormiguearon por la arena blanca. A lo lejos se divisaba un yate. La música se oía lejana a medida que empezaba a recorrer la enorme extensión. La luna iluminaba el mar y su oleaje, el modo en que las olas rompían cerca de los acantilados. A Bryce le fascinaba bucear de noche. Una locura, una de las tantas a las que sus hermanos y su primo London lo habían seguido.

«London».

Bebió todo el contenido de la copa, se sentó en la arena y se dispuso a contemplar la belleza y disfrutar de la soledad. Se abrazó a sí mismo y se dijo que este dolor pasaría, que algún día volvería a ser Bryce «el Demonio» Morgan, no esta especie de ánima en pena que vagaba de un lugar a otro.

Los gritos y los disparos rompieron la tranquilidad de la noche.

Bryce se puso en pie. Todos sus sentidos se activaron como si se tratara de un depredador. Miró hacia la mansión y supo que sus miedos no eran una mera sugestión. Sus miedos eran proféticos.

41. El final

—Siempre nos dijeron que los Morgan y los Callums no nacieron para estar juntos. ¿Sabes lo que yo pienso?

—Dime, Dominic.

—Creo que es al revés. Es fácil amar las partes brillantes de un ser humano, pero las oscuras solo puede hacerlo alguien que habite en la misma oscuridad.

El sonido de los disparos era una melodía que siempre había acompañado a Mayka. Una música que la sumergía, que sacaba su verdadera esencia, esa que todos los Callums tenían para bien o para mal. Mayka Callum en medio de esa música desparecía y daba paso a la tigresa, a la asesina entrenada, aquella que con todo su poderío aún necesitaba que su clan la reconociera. Con cada bala, con cada muerte, el animal en ella rugía.

Su corazón moriría esa noche, lo entendió desde el momento en que recibió la orden de asesinar a cada Morgan a su paso en esa celebración.

«Es tu decisión. Solo ten en cuenta una cosa: tu madre te ama, y morirá por tu culpa».

El piso de madera comenzó a teñirse de rojo rubí con la sangre de sus enemigos.

—Avancen por el ala oeste —anunció Owen por el transmisor al resto del equipo.

Habían asegurado el perímetro. Resultó fácil cuando de los veinte custodios de Río cinco eran leales a los Callums. Muy pronto las personas que habían estado riendo hacía solo minutos se transformaron en víctimas de un grupo de mercenarios sin el más mínimo escrúpulo. Habían llegado por tierra. Se retirarían por mar hasta un yate ubicado a algunos kilómetros de la costa. Las personas corrían hacia todos lados y los hombres con sus rifles de

asalto derribaban todo lo que se movía. No era una batalla, solo era una masacre. Una vez más, los Callums los habían tomado con la guardia baja, y no desaprovecharían la oportunidad.

Había una gran diferencia entre ser un guerrero y haber nacido para la guerra. Los Callums eran del segundo grupo. Owen lanzó algunos disparos al aire para que todos corrieran y él poder cazarlos. Mayka estaba a varios metros de él. Contempló la escena con estupor. Ella formaba parte de esto. Había aceptado serlo sin importar las razones.

Los Callums destruían y profanaban, pero este trabajo tenía un sabor distinto. Se trataba de poder y dominio. De demostrar de una vez por todas que con ellos no se jugaba. La guerra fría había dado lugar a una hoguera ardiente, donde sus almas se consumirían.

Samantha, Kent y Felicity trataron de huir cuando Silas y Dustin los ametrallaron sin piedad. Los jóvenes cayeron al piso en medio del caos. Río había desaparecido junto a Johana y no había rastros de los mayores, que eran los que importaban. Los únicos que podían poner resistencia frente a un trabajo rápido con un tendal de cadáveres.

—Muévete. —Abel le dio un empujón ante su indecisión, y Mayka reaccionó yendo hacia adelante.

—¡Al suelo! —gritó May, una de las pocas mujeres que los Callums aceptaban en sus filas junto a Mayka. Anael y Eric dispararon agazapados detrás de algunas mesas.

Todos apuntaban hacia allá. Las estatuas empezaron a desmoronarse, igual que las delicadas decoraciones con rosas. Los hombres seguían defendiéndose, y lograron escapar por el pasillo.

—Ve tras ellos —indicó Silas a Abel y May. Estos se movieron hacia la playa en busca de los hermanos.

El corazón de Mayka latió con fuerza, y no se trataba solo de la adrenalina que se liberaba en momentos de tensión. Mayka no quería verlo. No quería verlo morir a él.

***

Bryce sacó el arma que llevaba entre el cinturón y el pantalón, y corrió a toda velocidad hacia la casa. Se agachó en medio de unas dunas bajas cuando vio salir a la playa a tres figuras muy conocidas.

—Atentos. De seguro andan cerca —dijo Abel mientras todos se deslizaban en la arena como las serpientes que eran, con delicadeza y sigilo.

Bryce se colocó a espaldas sobre el lecho de arena y esperó a que Silas llegara cerca de él. El hombre apuntaba con su rifle cuando Bryce le barrió la pierna y cayó sobre la duna. El arma se deslizó a unos metros de donde estaban. Bryce le cubrió la boca y forcejeó, mientras que los otros dos se alejaban en medio de la oscuridad, que solo era rota por la luna. Los dedos medio y el índice puestos en forma recta fueron directo a la garganta de Silas, y la atravesaron en un abrir y cerrar de ojos. La sangre salpicó el rostro y la camisa nívea de Bryce mientras Silas boqueaba por aire. Lo inmovilizó hasta que dejó de patalear. Le quitó el rifle de asalto y se puso de pie. Bien, si esa noche iba a morir se llevaría a algunos con él. Corrió hacia la parte trasera de la casa, en donde encontró un grupo de diez hombres armados. Raphael Callum estaba entre ellos. Eran demasiados, y Theodor los había hecho proliferar como bacterias, pero Bryce no se desanimó. Corrió hasta las palmeras que cubrían uno de los laterales de la mansión y esperó a que estos se dispersaran.

—¡Los tengo! —exclamó Dustin, que apareció con Eric, a quien arrastraba del pelo.

—La puta madre —maldijo Bryce, y se preparó para disparar.

Uno, dos, tres disparos y varios hombres cayeron. Dustin fue al piso y Eric comenzó a luchar con él. Los puñetazos y patadas iban y venían. Cuando dos hombres más se fueron sobre ellos, Bryce se levantó, salió de su escondite y disparó.

Eric aprovechó la confusión y corrió hacia donde estaba Bryce, y ambos huyeron en medio de una lluvia de balas.

—¿Y Anael?

—No lo sé —contestó Eric. El corazón le golpeteaba el pecho—. Son muchísimos.

—Hay que buscar a los demás. —Bryce le dio un golpe en el brazo e intentó avanzar cuando Eric lo frenó.

—Ella está aquí. Es uno de los asesinos.

Bryce tragó saliva y asintió.

—No me sorprende. Al fin y al cabo, ella protegerá a su familia —replicó—, y yo haré hasta lo imposible para proteger la mía.

Eric se quedó sin palabras. Bryce lo alentó a continuar y buscar a los demás miembros de la familia. Atravesaron el salón vacío, con un tendal de muertos, entre ellos sus hermanos menores. Bryce tomó entre sus brazos a Kent. Un hilo de sangre salía de su boca. Sus ojos grises estaban muy abiertos, vacíos.

—Solo eran unos niños. —Eric estaba abatido—. No tienen derecho.

Bryce sostuvo entre sus manos el arma y se puso de pie.

—Vamos por esos hijos de puta. Asegúrate de que no quede ni uno vivo.

Sostuvieron las armas y corrieron hacia el interior de la mansión, en donde los disparos continuaban. Anael estaba atrincherado en el pasillo que unía la sala a la cocina. Las ametralladoras molían las paredes de paredes de madera mientras el hombre se mantenía detrás de una de las columnas de yeso. Se levantó y disparó varias veces, hasta que su pistola quedó seca.

—¡Maldición! —Anael sabía que era cuestión de tiempo.

Las carcajadas y silbidos de burla resonaron en el estrecho pasillo. Sariel, otro de los Callums, y su grupo ingresaron a la cocina, que era el último bastión que le quedaba al ángel en la planta baja.

—¿Hay un lindo gatito aquí? —cuestionó con voz burlona.

Anael cerró los ojos y esperó el momento.

Más disparos, un sonido estrangulado, unos pasos y su mundo volvió a tener color. Eric apareció a su lado, mientras que Bryce ahorcaba a Sariel, y este luchaba por zafarse del agarre. Un crujido seco, los ojos desorbitados y un cuerpo lánguido. El demonio arrojó al hombre con el cuello destrozado al piso.

Anael los abrazó y se movieron hacia la planta alta.

—¿Algún sobreviviente?

—Han asesinado a la mayoría —respondió Anael a Bryce.

—Nuestros hermanos…

—Lo sé —dijo Anael con un hilo de voz—. Vi cuando los ejecutaron.

Corrieron por las escaleras cuando los disparos cerca de sus pies les revelaron que los habían descubierto. Saltaron hacia los costados. Eric se sostuvo del lateral de la estructura de madera mientras Bryce y Anael cayeron a planta baja.

Owen disparó a mansalva. Abrió un surco en la madera. Las astillas y los pedazos volaban hacia todos lados. Entretanto, Eric se balanceaba en ella.

—¡Salta! —gritó Bryce, y apuntó al bastardo que tenía dos rifles de asalto, uno en cada mano.

Eric se balanceó por última vez y cayó sobre un sofá, el cual volteó y rodó por el suelo. No podrían subir por allí. Eso solo les dejaba una oportunidad: la parte trasera de la mansión a través de la escalera de servicios.

En su marcha se toparon con Abel y May. Se quedaron estáticos frente a ellos cuando Abel sonrió y abrió la mano. En ella tenía el anillo de bodas de su madre.

—Tu padre es un inútil, Morgan. Al parecer, nunca puede cuidar de las mujeres. Por eso lo abandonan.

Era el padre de Mayka, el padre de su amor, y en ese momento el fuego ardió en Bryce como nunca lo había hecho. Dio un grito de guerra y se abalanzó sobre el tipo. May quiso disparar, pero Eric y Anael fueron más rápidos. La mujer huyó en medio de las balas.

Bryce tenía a Abel en el piso. Lo sostuvo del cuello mientras se enfocaba en esos ojos negros que aborrecía.

—Es tu culpa, hijo de puta —pronunció Bryce con los dientes apretados—. Todo esto es tu maldita culpa.

La cabeza dio contra la madera una y otra vez. Cada vez con más fuerza. El rojo pintó la superficie a medida que el cráneo de Abel se molía bajo las garras del demonio. Eric fue quien sostuvo a su hermano y lo obligó a ponerse de pie cuando ya había hecho añicos al enemigo. El apuesto rostro de Abel solo era un cúmulo de sangre, huesos expuestos y ojos desorbitados. Eric le dio una bofetada para que volviera en sí. Bryce respiró y miró a sus dos hermanos.

—Aquí nos separamos.

—¿Qué? —indagó Eric, que todavía no podía creer que le hubiera pegado a su hermano mayor.

—Váyanse de aquí.

—Estás de coña. —Anael negó mientras le quitaba las armas y un cuchillo a Abel.

—No podemos ganar —dijo Bryce, y sostuvo a sus hermanos entre sus brazos—. Se terminó. No podemos desaparecer. No voy a darle ese gusto al hijo de puta de Theodor.

—Y nosotros no queremos perderte, así que no vamos a ningún lado.

—Estoy orgulloso de ustedes —susurró con ganas de irse de ahí también. Jamás pensó que el miedo doliera de esa manera—. Largo, ¡es una orden!

Y dicho esto le quitó las armas a Anael y a Eric, y corrió hacia fuera.

Eric quiso seguirlo, pero Anael lo detuvo.

—¿Qué? ¿Lo vas a dejar morir?

—Bryce tiene razón. No podemos dejar que la familia de Río se extinga.

Eric volvió a mirar hacia donde su hermano había ido y dio un suspiro.

—Ni en mis peores pesadillas pensé que mi familia terminaría así.

—Yo tampoco —replicó Anael—, pero la realidad es una sola, y no la podemos cambiar.

Epílogo

Londres, Inglaterra
Dos semanas después

Jesse observó al apuesto hombre que caminaba hacia el café donde él se encontraba. Le había dicho su nombre, pero no lo recordaba. Para el caso daba lo mismo, lo importabnte es que cumpliera con la misión que le encomendaría. El extraño llevaba lentes de aviador, una camiseta blanca y jeans celestes. ¿Cómo se sentirían esas prendas? Jesse jamás pudo salir del pantalón y la camisa de vestir.

—Señor Callum —el hombre extendió la mano—, mi nombre es Charles Brandon. Entiendo que teníamos una cita para hoy.

—Sí —pronunció Jesse nervioso—. Gracias por venir. Mi primo Dominic me dio su contacto.

—Lo sé. —El impresionante hombre se sentó y cruzó una pierna sobre la otra—. Dom también me contó acerca de su «cuenta» pendiente.

Jesse deslizó un sobre marrón sobre la mesa. La camarera le trajo el café, y Brandon pidió uno para él también.

—El hombre que verá allí dejó de ser mi hermano hace mucho tiempo. Y aun así siguió tras de mí hasta que me dejó sin nada.

Brandon abrió el sobre. Luego sus ojos celestes fueron de nuevo a Jesse, quien secó sus lágrimas rápidamente. Al hombre se le oprimió el corazón como pocas veces sucedía. Estaba claro que este no sería un trabajo más.

—Me recuerda a alguien —dijo Brandon con dulzura ante la enorme angustia de ese muchacho elegante frente a él.

—¿A quién?

—Al hombre que amo —esbozó Brandon, y Jesse frunció los labios. Las ganas de llorar eran incontenibles. Increíble que, después de tantos meses, el dolor siguiera intacto, como el primer día que perdió a su amor.

—Si está enamorado, sabe lo que siento. Imagínese perderlo y no tener rastros de él.

—Me encargaré de Dustin Callum, Jesse. No se preocupe. Nunca he fallado, y no voy a hacerlo ahora.

—No quiero… —Jesse respiró profundo una y otra vez. Brandon se mantuvo en calma—. No quiero…

—Una muerte rápida.

Jesse asintió, y Brandon le dio una amplia sonrisa.

—¿Cómo lo supo?

La camarera le trajo su pedido y se marchó de inmediato. Brandon agarró el azúcar y la cuchara. Volvió a posar sus ojos en Jesse.

—Porque es lo que yo pediría para el hombre que me jodió la vida.

Charles Brandon se marchó media hora después, y planificó el secuestro del bastardo. Tenía los hombres perfectos para ese trabajo. Solo necesitaba que aprendieran a coexistir sin matarse. Dirigía un grupo de hombres que, en su mayor parte, habían pertenecido a algún grupo de operaciones especiales. El mismo Brandon fue parte de los SEAL, el equipo de elite más importante de las fuerzas armadas estadounidenses.

Se dedicaba a lo que amaba, a cumplir tareas que muchos consideraban basura, sin embargo, le dejaban una buena cantidad de dinero.

Una vez que tuvo la información necesaria, se dispuso a elegir a los hombres que llevarían adelante la misión, y se comunicó con ellos.

«Alexander Karpov y Luciano de Almeida».

—No voy a ir con él. No lo soporto.

—Ruso —dijo con gracia Brandon—, ya hablamos de esto.

—¡Es insoportable!

—¿En serio? ¿Y por qué lo besaste a la salida de la oficina el otro día?

El hombre del otro lado de la línea carraspeó.

—Fue un error.

—Obviamente lo fue, porque él está casado —expresó Brandon mientras contenía la risa.

—Busca a otro.

—Alexander, Jesse Morgan es un ser que ha sufrido muchísimo a lo largo de su vida —argumentó Brandon—. Dominic me dijo que es uno de los pocos Callums que merecen vivir. ¿Te negarás a ayudarlo? Sin mencionar el dinero que nos ha pagado.

Alexander dio un suspiro. ¿Por qué siempre se salía con la suya?

—Está bien, iré con Luciano. Primera y última vez. Estás advertido.

—Gracias. —Brandon cortó la llamada y le dio una sonrisa al celular.

Ese par estaban tan mal de la cabeza como él, pero eran los mejores.

***

Dustin salió de ese antro en el que se había alcoholizado con un par de mujeres a las que besaba y toqueteaba. Las mujeres reían y permitieron que las llevara hasta su camioneta. Después de meses, la vida normal había regresado al clan. Dustin se sentía libre.

—¿A dónde nos llevarás?

—Adivina —respondió Dustin, quien sonrió y les dio un lametón a los labios de la mujer.

—Lo lamento, señoritas, pero el señor Callum se irá conmigo esta noche.

No era un hombre, era un sueño. Tenía los ojos miel más hermosos que Dustin había visto en su vida. Y el cuerpo, por Dios. La estatura justa, todos los músculos en el lugar correcto y la sonrisa… Guau, tenía razón, si alguien iba a tocar las sábanas de su cama esa noche sería ese ejemplar que hablaba un inglés con un acento sexi que lo calentaba de solo pensarlo gimiendo en su oído.

—Fuera de aquí —les espetó a las mujeres, y estas lo observaron confundidas—. ¿Qué? ¡Ya! ¡Váyanse! ¡Ahora!

Las mujeres lo dieron un empujón y lo insultaron.

Dustin se agarró de la puerta de su Range Rover blanca y le sonrió al hombre que se acercó y le acarició el brazo.

—Parece que mi propuesta te agradó. —Los ojos miel se encendieron con seducción—. ¿De verdad te gusto?

—Eres el sueño húmedo de cualquier ser humano —susurró Dustin casi pegado a sus labios.

—Vaya, eso es lindo. —El hombre le acarició la oreja y la besó—. El problema es que yo no salgo con cadáveres.

—¿Qué?

Un golpe seco en el cuello lo llevó directo al piso, inconsciente. El moreno sonrió y se cruzó de brazos frente a Alexander, quien levantaba a Dustin.

—¿Lo ves? Era un plan genial.

—Tú por andar de puta te inventas todas las locuras —maldijo Alexander—. Anda, llevemos a este idiota al muelle.

—Malo.

—Puta.

El hombre dio una risilla y subió en el lugar del conductor. Alexander manejó otra camioneta de cerca. Llegaron al muelle y subieron a uno de los muchos barcos que había allí. Amordazaron a Dustin, que despertó mareado por el alcohol y el golpe en la cabeza.

—Mi nombre es Luciano —se presentó el moreno frente a él con una sonrisa—. ¿A poco no es hermoso irse de este mundo con mi imagen? No muchos tienen tu suerte, amor.

Dustin estuvo a punto de mearse de miedo. Miró hacia todos lados. Un hombre como un tanque estaba afirmado en una silla cerca de él.

—¿Sabes por qué estás aquí? ¡Por meterte con la persona equivocada! —bramó Alexander mientras lo maniataba más fuerte—. ¿Qué se siente ser la presa ahora?

Dustin gritaba, balbuceaba. El pañuelo sucio que le habían metido en la boca impedía que los sonidos salieran de ese lugar.

Luciano agarró un cuchillo, el cual limpió, y se colocó de cuclillas a su lado.

—¿Sabes? Tu hermano quiere que te hagamos sufrir mucho por matar a su hombre —explicó con una tranquilidad escalofriante—.

Pienso que es lo justo por quitarle lo que amaba.

—Por favor, por favor.—Las palabras salían con claridad.

Luciano hizo una mueca. Alexander estaba en silencio.

—Me recuerdas a mi padre —confesó—. Tan macho con las criaturas indefensas, pero cuando le corté el pene chilló como un cerdo.

Alexander frunció el ceño y se quedó estático ante esa confesión. Luciano se puso de pie y lo rodeó. Fue hasta el nudo que oprimía sus manos y agarró uno de sus dedos.

—Le enviaré tus lindos dedos a Jesse para que sepa que su cometido se logró y su amor descansa en paz.

Dustin pataleó. Se movió de la silla, gritó, despotricó, lloró y todo lo demás que podría hacer un ser humano frente a tremenda amenaza. Alexander escuchó y detuvo a Luciano.

—Espera.

Dustin decía palabras, pero nada se entendía en ese momento.

—Voy a sacarte esto de la boca. Si gritas, te juro que te corto la lengua —amenazó el ruso, y le quitó la mordaza—. Habla.

—No está muerto.

—¿No está muerto quién?

—London Morgan —contestó con velocidad—. Lo tengo en una bodega.

Alexander y Luciano se miraron.

—¿Tienes a una persona desde hace meses encerrada en una bodega?

Dustin se mantuvo en silencio.

—¿Dónde?

—No les diré, a menos que me suelten.

—Escucha, cariño —comenzó Luciano—. Al parecer no te queda claro o es tu primera vez secuestrado, pero te explico. Tú vas a morir de igual modo. De ti depende si es rápido o lento. Ahora, si quieres una muerte rápida, dime, ¿dónde se encuentra London Morgan?

***

Jesse llevaba en sus manos el estuche de terciopelo rojo que albergaba dos dedos de su hermano Dustin.

—Iba a cortarle uno solo, pero se quiso hacer el malo y pues…

Alexander le golpeó el brazo a Luciano, quien se encogió de hombros, como si no hubiera dicho nada malo.

—Es mentira —pronunció Jesse sin prestar demasiada atención a los comentarios de Luciano—. London está muerto.

—Señor Callum…

—Llevo más de seis meses sin él —interrumpió—. ¿Ha sido capaz de tenerlo sufriendo todo este tiempo?

—Es tu hermano, ¿no lo crees capaz?

Jesse se enfocó en Luciano, que esta vez estaba serio.

Llegaron a una bodega a las afueras de Londres. Alexander y Luciano bajaron armados. Jesse caminó detrás de ellos. Iba con el corazón en la mano. El lugar era oscuro y el hedor del mosto era peor que estar en una cloaca. Jesse se cubrió la nariz con la manga de la camisa y continuó adentrándose en la oscuridad. Cuando llegaron al sector que se utilizaba para guardar las reservas de vino antiguamente, los hombres se quedaron atónitos. Había un hombre atado a una silla, con su torso desnudo. Si el hedor hasta ese instante había sido insoportable, en ese momento fue nauseabundo. La mezcla de orines y materia fecal descomponía a cualquiera. Jesse se cubrió el rostro. No quería ver. Ese hombre herido y humillado allí abajo no era su profesor. No era su amante.

Luciano y Alexander avanzaron. Jesse corrió hacia él. Lo sostuvo del rostro cubierto por una espesa barba rubia. Su cabello sucio le llegaba debajo de los hombros.

—London —musitó, y el hombre parpadeó. Tragó saliva.

—No. —Movió la cabeza asustado, quería huir—. No.

—Soy yo, amor —dijo Jesse entre amargas lágrimas—. Soy yo.

El rostro sucio, bañado en sudor y lágrimas. La parte del brazo donde habían quitado el tatuaje se encontraba quemada, como si la hubieran cauterizado.

Alexander y Luciano desajustaron las cuerdas, las cuales estaban tatuadas en las manos del hombre. Lo sacaron de ese lugar inmundo

y lo cargaron en la camioneta. Lo llevaron a la clínica y esperaron por novedades.

Jesse se mantuvo a su lado. Lo besó incluso cuando todos tenían ganas de vomitar por su olor.

Luciano y Alexander esperaron a las afueras del lugar. Jesse salió dos horas después para despedirse.

—Me han devuelto la vida.

—Y tú nos has llenado de billetes, así que estamos a mano. —Luciano le dio una palmadita, y Jesse, que ya no tenía lágrimas, los abrazó.

—Vuelve con él. Cuídalo —dijo Alexander.

Jesse asintió y volvió corriendo a la clínica.

Alexander subió a la camioneta. Esta vez conduciría él. Luciano se acomodó en el lugar del copiloto.

—¿Puedo preguntarte algo?

—No soy virgen —bromeó Luciano—, y cuando follemos, debes saber que muchos ya han pasado por ahí.

Alexander entornó los ojos.

—¿Lo que le dijiste a Dustin sobre tu padre era verdad?

Luciano hizo una mueca y luego sonrió.

—Ay, rusito, tú te crees cada cosa. —Miró hacia el exterior.

Alexander lo observó por unos instantes más y puso en marcha la camioneta.

Fue inevitable sentirse feliz. Esta vez la misión no se había tratado sobre la muerte, sino sobre la vida.

¿Quién diría que, después de todo, los finales felices existían?

Epílogo 2

Espinas duras, clavadas en un corazón herido.
Un corazón que se negó al olvido.
—Eva Bolfán, Versos.

Londres, Inglaterra.
Un año después…

Theodor dio un suspiro y bebió del café colombiano que le habían regalado para su cumpleaños. Lo habían probado dos personas antes que él, por lo que supuso que no estaba envenenado. Hizo un balance de lo que representó el año para él y su familia. Cinco de sus hijos habían muerto en enfrentamientos directos con los Morgan. La policía había comenzado a hacer preguntas y sus amigos jueces le advirtieron que no podían seguir protegiéndolo. Theodor se replegó en la tranquilidad de sus negocios, que cada vez eran más cuantiosos, aunque todavía existía una empresa que le traía dolores de cabeza.

Olimpia Zeratos.

Necesitaba alguien que pensara en ese directorio, alguien de mentalidad ágil y que no le temblara el pulso a la hora de actuar.

Dos golpes en la puerta fueron la respuesta que estaba buscando.

—Adelante.

—¿Me llamaste?

—Pasa, Mayka.

La mujer hermosa y letal, esa rosa escondida a la que nadie le había dado crédito demostró que valía oro para su organización. Recién salía del gimnasio. Hubiera preferido darse una ducha y después presentarse ante el patriarca, pero a este le urgía verla.

Mayka tenía en sus manos el celular y un pañuelo, con el que tuvo sujeto el cabello. Las hebras húmedas caían en su cuello.

—¿Qué necesitas? —preguntó con impaciencia.

Theodor arqueó una ceja.

—En primer lugar, quiero felicitarte. Estoy honrado de que formes parte de esta familia y de que hayas llevado los negocios de una manera tan íntegra.

—Hice lo que se esperaba de mí, ni más ni menos —respondió con seriedad.

—Nunca esperé nada de ti —confesó Theodor sin un mínimo cuidado de herir susceptibilidades—. Siempre me pareciste una niña tonta que jugaba con armas.

—Pues te equivocaste.

—Sí, y lo acepto. —Tenía los brazos apoyados en su sillón como una especie de trono para un rey—. Y voy a compensarlo a partir de este momento.

—Tú dirás. —Mayka se cruzó de piernas y esperó las palabras de su abuelo.

—Te nombraré mi representante en Olimpia Zeratos.

Mayka tragó saliva.

—Pensé que le darías ese puesto a Joseph o a Owen.

—A ambos los necesito en otros asuntos, mientras que los demás aprenden el juego ante la ausencia de los padres.

—Esos padres eran tus hijos, y su «ausencia», como tú la llamas, se debe a que murieron.

Theodor fue consciente de que estaba tocando un tema ríspido.

—La gloria no se pone límites, y para lograrla muchos contribuyen a un solo sueño. Ese es el legado que he querido transmitirles. Es la herencia que te ha dejado tu difunto padre.

Mayka asintió. Su mirada adusta, fija en su abuelo, quien arqueó una ceja con suspicacia.

—¿Sucede algo? Pensé que saltarías de alegría.

—Me agrada —afirmó la mujer, y se puso en pie—. Jamás pensé que llegaría este momento de verdad. Es una lástima que haya tenido que morir la mitad de la familia para que tú te dignaras a ver más allá.

Theodor colocó su mano derecha en el escritorio e hizo que sus dedos tamborilearan.

—¿Qué quieres que te diga, Mayka? —inquirió con su voz cargada de superioridad—. ¿Piensas que te diré que lamento que siempre hayas estado relegada a un segundo plano?

Mayka tensó la mandíbula, llevó sus manos al regazo y las hizo un puño. Oprimió con toda la fuerza que pudo hasta que sus dedos se pusieron blancos.

Theodor presionó un poco más sobre la herida abierta.

—Oh, espera, ya entiendo. ¿Esto se debe a la muerte de tu padre o a que haya desterrado de nuestra familia a ese lastimoso chico?

—Jesse —interrumpió Mayka. La rabia apenas la hacía rodar las palabras—. Y la verdad es que no. Aprendí a no esperar nada de ti.

—Entonces es eso. —Theodor le dio una sonrisa—. Es increíble la manera en que nos apegamos a nuestros clanes incluso cuando ellos no nos valoran.

—Puedes hablar por ti mismo, querido abuelo. No formo parte de este clan. Dejé de hacerlo desde el momento en que mis manos se tiñeron de la sangre de todos los Morgan.

—¿De todos o solo uno? —Arqueó una ceja, suspicaz.

Mayka respiró profundo, sin inmutarse.

—No me interesa el puesto en Olimpia Zeratos. Puedes ofrecérselo a otro.

—¿Qué estás diciendo?

—No tengo nada que ofrecer a esta familia que me quitó todo —esbozó tranquila—. Me iré de aquí mañana. Se terminó.

—Cobarde.

—Si para ti las personas que aman son cobardes, pues me declaro culpable. —Se incorporó, del mismo modo que su abuelo.

—Tu madre todavía está aquí.

—Y seguirá estando porque se niega a irse conmigo. —Mayka se giró rumbo a la puerta—. No te molestes en amenazarme. Ya no funcionará.

—Eres mía —dijo con prepotencia y se tocó la boca del estómago —. Tú y cada miembro de esta familia me pertenecen. ¿Cuántos amantes debo enviarte a asesinar para que lo entiendas?

Mayka sonrió y negó.

—Sabía que había algo más en la orden de que yo aniquilara a Bryce Morgan —expresó con dolor—. Owen me entregó el arma, y él mismo se quedó a mi lado, a la espera de que lo hiciera.

—Entonces hiciste lo que todos esperábamos, incluso Bryce.

—Si, le di la razón a su familia. —Mayka estaba de espaldas. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, y las secó. No le daría la satisfacción de verla destruida.

—La guerra recién comienza. Mientras haya Morgan vivos, nuestras vidas siempre estarán en juego.

—Nunca me importó morir. ¿Por qué crees que ahora será diferente? En cambio, a ti sí que te importa. —Se giró hacia el hombre y sus ojos escrutaron el café. Theodor siguió su mirada y frunció el ceño—.El veneno actúa cuarenta y ocho horas después de haberlo consumido —reveló—. Un infarto producto de tus entrañas viejas. Nada que investigar. Nada que sospechar. Lo bueno es que no actúa en bajas dosis, por lo que tus empleados seguirán vivos.

—Hay cámaras. —La voz de Theodor comenzó a entrecortarse. Su pecho se incendió—. No te librarás de ellas.

—Dentro de dos minutos saldré de aquí buscando ayuda, desesperada porque nuestro querido abuelo se ha desplomado en el suelo —ironizó—. Nadie va a extrañarte. No te preocupes por nosotros.

—Mataste al hombre que amabas —se burló en un intento de destruir lo poco que quedaba de Mayka—. Nada cambiará eso.

—Tienes razón. —Se acercó a su lado mientras su abuelo buscaba su sillón con desesperación—. Jamás podré perdonarme. Jamás amaré a nadie como lo amo a él, pero tú dejarás de atormentarnos, y eso es algo en medio de toda la mierda. Es una esperanza.

Theodor se agarraba el pecho. Sus dientes se apretaron y la mueca de dolor fue inconfundible. Mayka se mantuvo estoica, sin perder un solo detalle. Había visto morir a su hombre, ¿qué le importaba atestiguar la muerte de una escoria tan grande como Theodor Callum?

—Saludos a tus hijos —dijo finalmente—. De seguro los encontrarás al lugar donde vas.

El hombre se desplomó de costado en el piso. Mayka cerró los ojos y se concentró en la escena. Era buena fingiendo. Llevaba toda la vida siendo otra persona. Echó a correr para pedir ayuda. Owen fue el primero en aparecer y llamaron una ambulancia. Estaba muerto cuando llegó al hospital. Lo despidieron en medio de un gentío. Mayka se preguntó si los sobrevivientes de los Morgan estarían felices con esta noticia. De seguro que sí.

Lo cremaron y sus cenizas fueron esparcidas en los jardines de la mansión. Mayka pensó que ese lugar ya daba miedo, y ahora daría mucho más. Su abogado los llamó una semana después para hablarles sobre la lectura del testamento. Todos los que quedaban debían estar ahí.

Mayka fue al cementerio al día siguiente. Había averiguado dónde descansaban los restos de su amado. Iba todos los días. La foto de la lápida no le hacía justicia, así como tampoco las que aparecieron en los periódicos anunciando la enorme tragedia y la explosión en Barbados, donde habían muerto los Morgan. Eric y Anael se mantenían en la clandestinidad. London y Jesse aún vivían en el edificio. Jesse no volvió a dirigirle la palabra después de lo sucedido. Y Mayka se encontró desamparada, como siempre lo había estado, y solo tocar la tumba de su amor le daba fuerzas para respirar, para seguir. Bryce se había ido de este mundo con la imagen de una asesina, y Mayka se iría con la imagen de quien fue el dueño de su corazón.

«A veces aparecen en sueños. Cuando menos lo esperas, sientes que te acompañan. Cuando te ocurra, me entenderás».

Su primo Dominic le relató que todavía recordaba los abrazos y besos de su madre, que lo visitaba en sueños. Mayka nunca tenía esa suerte. Eran las pesadillas las que invadían su mente y la desgarraban. El sonido del disparo, de la bala atravesando su pecho, de los ojos sin vida, grises y cristalinos…

Quizá tenían algo de Romeo y Julieta después de todo.

—¿Sabes? De todos los Callums siempre te consideré la más valiente.

—Estabas equivocado.

—Sí, y es la primera vez que me duele tanto estarlo.

La última conversación con Jesse, su voz entre triste y sorprendida.

Mayka se tocó el rostro. Acarició cada línea gestual y la comisura de sus labios. Lo que daría por volver a sentir uno de los besos de Bryce, su abrazo, su cuerpo en llamas.

El viento hizo volar su abrigo negro. Las hojas revolotearon, y una se engarzó en su pelo. La agarró, y esta se deshizo en su mano. Mayka se parecía a esa hoja sin vida.

Había perdido a Bryce, y el mundo seguía su curso. La tierra no se detuvo por su dolor. Nada lo hacía.

«Hay sangre de dioses en nosotros».

Por un momento Mayka anheló que los dichos de su abuelo fueran ciertos.

Solo fue un anhelo.

Mayka era una simple mortal.

Y a nadie le importaba.

Capítulos extras

Milagro

Barbados, Antillas Menores

Los disparos cesaron a medianoche. Las idas y venidas dejaron de escucharse en el pequeño sótano donde Eric y Anael esperaron atrincherados su final, el cual nunca llegó. El enemigo dejó su estela de muerte y venganza, y se retiró tan rápido como había llegado. El olor a quemado les reveló que pronto ese espacio dejaría de existir y que las cenizas de los cuerpos de sus familiares y amigos se las llevaría el viento.

Salieron del escondite y se movieron con velocidad, buscando sobrevivientes. Los Callums y su equipo no se caracterizaban por la piedad, y mucho menos por dejar testigos de sus masacres. Subieron por la escalera de servicio y a quien primero encontraron fue a su madre. Estaba sentada, con su espalda pegada a la pared. Tenía dos orificios de bala en su pecho. La gotas de sangre se esparcieron en toda la superficie blanquecina y en el piso de madera.

Anael se frenó frente a la imagen. Eric intentó hacerlo reaccionar.

—Los mataré —juró Anael con todas las fuerzas que le quedaban —, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—Vamos, hay que seguir.

Eric no reparó demasiado en la imagen. Si lo hacía, jamás podría dormir de nuevo, jamás podría recordar a su madre como lo que fue, una mujer hermosa. Su mente solo viajaría al momento en que la encontró bañada en sangre en el primer piso de su mansión en Barbados.

No bajaron la guardia. Iban habitación por habitación, y la respuesta siempre era la misma: nada. Fue cuando llegaron a la

quinta puerta que el mundo terminó de derrumbarse sobre sus cabezas. En el piso yacía su prima Michelle, de solo quince años, junto a Diana, su madre y su esposo. Río estaba sobre una silla. La camisa blanca impoluta se había teñido de púrpura. El olor a quemado y pólvora se hacía cada vez más intenso.

Bryce yacía en el piso de madera al lado de la ventana, de costado.

—Lo pusieron de rodillas. —A Eric se le quebró la voz—. Mira la forma en que ha caído.

—Bastardos. —Anael se apresuró a tocar el pulso pese al orificio en el centro de sus pectorales. El hombre se puso de pie como un resorte.

—¿Qué?

—Está vivo. —Su voz se llenó de incertidumbre—. Tócalo.

—Imposible. —Eric se puso de rodillas y constató lo que su hermano le había dicho—. Ha perdido demasiado sangre.

—No, no es imposible —rebatió Anael mientras luchaba para levantarse—. Debía quedarse para dar fin a los asesinos de su familia. Y ahora, cada uno de esos bastardos debe prepararse.

Un corazón roto

Toledo, España

Sus párpados pesaban. Mayka dormitaba en su cama, entre sábanas de seda, mientras los susurros la envolvían.

«Lo mataste».

Su corazón se aceleró al compás de su respiración. Movió su cabeza e intentó despertar, pero resultó imposible. Su cuerpo era aprisionado por densas espinas que las rasgaban por cada rincón. Mayka, presa de dolor, intentó gritar, pero fue inútil. Su voz no salía. Sin importar cuántas veces lo intentara, el sonido estaba encapsulado en su garganta. Las espinas presionaron, y una multitud de hombres y mujeres la rodearon. Seres sin rostro, con largas túnicas negras, que se congregaban a su alrededor para contemplar su sufrimiento. La mano de un hombre rozó la suya. Estaba caliente, ardía. Acarició la piel sobre las espinas, las cuales seguían lacerando sus extremidades. Agarró un cuchillo y presionó sobre la piel blanquecina. Mayka tembló, mas no imploró por su vida. El acero cortó las hiedras que desgarraban sus piernas y le permitió moverse. El hombre sujetó sus caderas y se posicionó sobre ella.

Los ojos de Mayka se abrieron de par en par. Las espinas aún lastimaban sus brazos, y su torso estaba cubierto por seda blanca. Mayka cayó en la cuenta de lo que pasaba. Era un sacrificio. El hombre sostuvo el cuchillo y rodeó su pezón derecho con él. Un escalofrío bajó por su columna.

—Tu corazón.

Una voz ronca, salida de las pesadillas más absurdas y terroríficas, cubrió el ambiente.

El resto de los hombres que la rodeaban solo la contemplaron. El que estaba sobre ella en el lecho colocó la punta de la daga a la altura del corazón. Mayka cerró los ojos, y el cuchillo se hundió. Dio un grito y saltó de la cama. Sus ojos iban de un lado a otro en la habitación. Estaba sola. El silencio solo era roto por los insectos circundantes. Mayka se abrazó a sí misma. La figura delante del enorme ventanal la hizo estremecer.

—Bryce —musitó aún sin creer lo que sus ojos le mostraban. Seguía en el sueño, no podía ser de otra manera.

La enorme masa de músculos y poder dio pasos hacia ella. Mayka se cubrió el rostro y volvió a enfocarse en él. Por Dios, ¿por qué? ¿Por qué Dios la seguía torturando de ese modo?

—¿Piensas que puedes escapar de mí? —El hombre pegó sus labios a la mandíbula de la mujer, y fue inevitable soltar un gemido de alivio.

La barba rasposa irritaba su piel delicada. Sus bocas se perdieron en un beso descarnado, y luego esa boca ansiosa volvió a su cuello. Mayka gimió de nuevo mientras aprisionaba ese cuerpo delicioso sobre ella. Estaba ahí. Era suyo. Siempre sería suyo, como lo fue la última vez. Una estocada firme en su interior. Las manos de Mayka recorrieron la espalda musculosa. Estaba en el cielo. Este hombre tenía el talento de llevarla allí cada vez que la tocaba.

—Bryce…

—¿Por qué, Mayka?

El placer, en una rápida escalada, le impidió al cerebro entender la pregunta con claridad.

Bryce volvió a hacerla suya. Las estocadas se tornaban más profundas y los gemidos de Mayka se transformaban en ensordecedores gritos de lujuria.

—Lo rompiste —susurró el hombre con lágrimas en los ojos.

—¿Qué?

Mayka se enfocó en el pecho del hombre y el orificio de bala. No, sucedía de nuevo.

—Lo rompiste. —Bryce sostuvo el cuchillo en la mano, y Mayka gritó en el instante en que lo incrustó en su corazón.

El grito cubrió la casa en la que se había mudado un mes atrás. Esa hacienda que nadie conocía, ese sitio donde quería morir lejos de todos.

Mayka cayó de la cama, se sentó en el piso de madera oscura y frotó su pecho todavía con el pensamiento de que todo lo vivido segundos antes era real.

«Lo rompiste».

Mayka fue incapaz de contener el llanto. Se hizo un ovillo y lloró por horas. Se durmió entre lágrimas al recordarlo.

El disparo no había sido al corazón, se aseguró de que no lo fuera, y aun así abandonó su mundo. Un mundo que Mayka ya no quería habitar si no era con él.

«Hay rosas por las que vale la pena sangrar».

Mayka no quería ser esa rosa, jamás quiso. La vida la puso entre la espada y la pared, y le dio a elegir entre el amor de un hombre y el de su madre. No había tenido opción. Incluso cuando su madre le dijo que se equivocó al elegirla. Incluso cuando su madre la maldijo por permitir que Río Morgan también muriese.

Los recuerdos la atormentaban, jugaban un juego macabro con su cabeza, y cuando creía que no podía más, se recordaba que la película aún no terminaba y que el final era incierto. Bryce se había ido. En cambio, sus hermanos no. Y ella los estaba esperando para por fin cerrar el ciclo. Ellos la enviarían junto a su amor, y eso le dio energía para continuar.

Recuperándote

—¿No tienes hambre?

—Lo lamento.

—Tienes que comer.

London dejó el tenedor, y Jesse se sirvió su plato de espaguetis a la boloñesa. Había pasado casi un año desde aquel día en que lo encontraron sucio y desnutrido. Jesse lo recordaba como si hubiera ocurrido un minuto atrás. Las sensaciones, los olores, el llanto, todo era un cóctel que se mezclaba en su mente. London Morgan, el hombre del que se había enamorado, ya no existía. Esta versión gris frente a él solo respiraba. No tenía ganas de dar clases, había delegado todos sus trabajos y se negaba a ir a terapia.

Jesse dio un suspiro. El teniente Brandon, el hombre al que había contratado para su rescate, le dijo que el daño psicológico de un secuestro era irreversible. Era una nube oscura que siempre te perseguía. London pedía disculpas por todo, por cada cosa que hacía. Despertaba en las noches sudado y en medio de pesadillas espantosas. Jesse lo abrazaba y lo tranquilizaba. Lo apretaba contra su delgado cuerpo hasta que volvía a dormirse. Y así seguían.

Jesse miró hacia la ventana de la cocina. Comían en la isla porque a London no le gustaba el comedor. Pensó cuántas lágrimas podría derramar una persona y creyó que estaba cerca de romper un récord. Frunció los labios y sintió la pesadez en su estómago, esa que no se iba a pesar de tener a London de vuelta en casa.

Mercia venía todos los días. Eric, Anael y también Bryce llamaban a diario. Jamás pensó que extrañaría tanto a esos tres, pero lo hacía. De todos modos, entendía las razones por las cuales debían mantenerse en la clandestinidad.

Fue tan hermoso enterarse de que Bryce había sobrevivido al ataque de su familia.

«Familia».

Era una palabra que a los Callums les quedaba demasiado grande. Jesse había conocido amor filiar con los hombres a los cuales debió odiar desde que nació.

Se levantó del taburete y sostuvo los platos entre sus manos.

—¿Y tú no vas a comer?

—Perdí el apetito —le contestó a London, quien se quedó sentado mientras su pareja se deshacía de las sobras.

—Lo lamento.

—Basta, ¡basta! —Jesse habló entre dientes, cansado de lo mismo —. No tienes por qué mierda disculparte. No has hecho nada malo. Ya no quiero escuchar que dices «lo lamento». —Arrojó los fideos junto con los platos al basurero, golpeó la pared y apoyó su frente en ella. London tenía las manos en su regazo. Se mantuvo inmóvil, enfocado en un punto fijo en el mármol de la isla—. Iré a darme una ducha. —Lanzó el repasador azul sobre la isla y dejó al hombre solo.

Caminó con velocidad hacia el baño y cerró la puerta. Se afirmó sobre ella y respiró. Dios, ¿durante cuánto tiempo las cosas seguirían así? ¿Cuánto más podría soportar su dolor y el de London?

Se miró en el espejo y tocó las profundas ojeras que contrastaban con la blancura de su piel suave. Suspiró y se quitó la ropa. El agua caliente y el vapor le traían calma. La enorme ducha hacía que millones de gotas lo cubrieran. Jesse se concentró en su calor y, despacio, comenzó a jabonarse. Recordó las primeras veces que lavó a London allí y la manera en que poco a poco este empezó a alejarse. No quería que lo tocara, de hecho, parecía odiar su agarre. Las únicas veces que estaba a gusto con sus caricias era durante sus pesadillas.

London a duras penas ingería alimentos. El médico le había recetado vitaminas, que se negó a tomar.

«Quiere morirse».

Era lo que más terror le daba a Jesse después de todo lo que había hecho para traerlo a casa. London quería abandonarlo. No le importaba, y eso lo llenaba de ira. Le daba ganas de sacudirlo de los brazos y gritarle que estaba ahí.

Jesse acarició sus pezones y enroscó sus dedos en ellos. Luego su mano derecha, enjabonada, fue hacia el pene y se deslizó sobre él para ponerlo erecto. Lo avergonzaba pensar cuántas veces hacía esto al día. Agarró el gel de ducha y embadurnó sus dedos. Buscó su entrada y el dedo medio se deslizó en su interior. Jesse se agachó para mejorar el ángulo, y al dedo medio lo siguió el índice. Los movió con velocidad. Su mano izquierda fue sobre la pared de baldosas negras. Jesse gimió cuando encontró su próstata. De ahí en adelante su imaginación se tornaba muy vívida. No eran sus dedos, sino el pene de London el que lo penetraba. No era su mano izquierda retorciendo sus pezones, sino la boca de su amor, de ese que había perdido y ansiaba alguna vez recuperar. Los dedos grandes y largos surcaron sus caderas con fuerza. Jesse pestañeó y se irguió. Su corazón se desbocó cuando se giró y London lo empujó hacia la pared.

—London, ¿qué haces aquí? —Ni siquiera lo había escuchado correr la mampara de vidrio. El hombre le peinó el cabello negro mojado y lo agarró del rostro.

—Acabo de recuperar el apetito después de mucho tiempo— pronunció antes de perderse en los labios acolchados, que lo esperaban desde hacía un año.

Un beso desesperado, luego otro y otro. London era un lobo hambriento que no cedería un centímetro ante su presa, que, gustosa, se ponía en bandeja para que la devorara.

—Tranquilo. —Jesse gimió ante un chupetón en su cuello.

—Te he abandonado —susurró, y se puso de rodillas. Jesse enredó sus dedos en los cabellos rubios—. Te he dejado solo después de todo lo que arriesgaste.

—Lo volvería a hacer. —Jesse dio un suspiro de placer cuando la boca de London comenzó a dejar chupetones en sus caderas—. Te amo, profesor.

—Yo también te amo —corroboró London sin miedo—. No volveré a dejarte solo.

Jesse estuvo a punto de desmayarse cuando su hombre se tragó el pene y empezó a succionar como si fuera una manguera de oxígeno. Se vino en dos patéticos minutos. Jesse rebalsó la boca del

hombre, quien escupió y se puso en pie para besarlo y girarlo hacia la pared.

Jesse frunció el ceño cuando su hombre empujó en su interior. Extendió más sus piernas y empinó su trasero para que lo penetrara más profundo. London lo hizo. Lo inmovilizó contra la pared húmeda y dejó que su cuerpo hablara. Lo folló con desesperación. Terminaron en el piso, con sus miradas fijas en el otro. Sus caderas habían aprendido a hablar el mismo idioma. Jesse se vino dos veces más antes de que su profesor terminara en su interior. Se besaron como nunca y lloraron una vez más mientras dejaban que el agua los limpiara.

—Te estaba destruyendo.

—Sí —afirmó Jesse con su voz entristecida—, pero tenía la esperanza de que alguna vez volverías a mirarme como lo hiciste hoy.

—¿Y cómo sería eso?

—Como si fuera lo más bello del mundo.

—Lo eres —replicó London—. Eres lo más bello que tengo.

—Necesito que veas al psicólogo. Podemos ir los dos.

London guardó silencio e hizo que ambos se pusieran de pie para salir de la ducha.

—Por favor, amor—rogó Jesse—. Es importante, tú lo sabes.

El profesor dio un suspiro, ya no podía seguir negando la realidad. Necesitaba de un especialista. Alguien que le diera las herramientas para mejorar cada día.

—Está bien, lo haré. Quiero hacer todo lo que esté a mi alcance para verte feliz.

—No solo por mí —aclaró Jesse—, sino por ti, profesor. Te mereces serlo.

—¿Lo crees? —London se rio—. ¿Personas como nosotros?

—¿Por qué no?

London le sonrió, y fue como si el sol saliera después de la lluvia. Jesse enredó sus brazos en el cuello y se trepó en su cintura. El hombre colocó las manos en sus nalgas.

—Nunca voy a dejarte, London. Lo prometo, no soy como mi familia.

—Lo sé, mi amor. —El hombre besó su cuello y habló muy despacio—. Siempre lo supe.

Agradecimientos

Y aquí estamos al final de una de las historias más largas de este año. Espero que la primera parte de esta bilogía les haya gustado. Han quedado muchos cabos sueltos, y todos serán respondidos en la última entrega. Creo que los Callums y los Morgan debían tener su historia desde el origen, y para contarla tenemos a Bryce, Mayka, Jesse y London.

Gracias infinitas por apoyar mi trabajo, por adquirir este libro en Amazon, por sus comentarios y buena energía en mi Instagram. Las gracias nunca serán suficientes para todo lo que ustedes significan para mí. No tienen idea del alcance de su cariño y de cómo han cambiado mi existencia.

Los amo muchísimo. Aun sin conocerlos ustedes me proyectan eso.

Quiero agradecer también a mis papás, que siempre están ahí. Gracias por darme la libertad de ser quien soy. A mi hermana querida, mi chuchi, que sabe que la amo.

A mis amigas y amigos, que están ahí para darme ánimos cuando el barco está por hundirse.

A mi editora, Malenia, una genia y una gran amiga. Gracias por estar ahí. ¡Gracias a la vida que nos juntó!

Nos leemos en la próxima.

¿Cuento con vos?

Acerca del autor

Paz Iribarne



Soy de San Juan, una pequeña provincia a 1200 kilómetros de Buenos Aires, Argentina.
Licenciada en Ciencias Políticas y, de un tiempo para acá, me animé a dejar de lado los textos políticos para dedicarme a esta pasión,

escribir novelas románicas cargadas de erotismo, drama, acción con el amor como protagonista único. Escribir me permite liberar mi alma, esa que muchas veces sentí que estaba encadenada.
La carrera en la que me gradué jamás me permitió eso, así como tampoco el trabajo a tiempo completo que tenía en una empresa de comunicaciones (a la cual todavía presto algunas horitas de servicios, pero como trabajadora independiente). Hoy me meta es seguir escribiendo, porque es una tarea que la hago con el corazón, donde me siento valorada y amada.
Soy creadora de diversas novelas y sagas del género LGBT, así como también de romance hetero tales como la Saga Besos Ocultos (Gay), Trilogía Obsesiones (Gay), Trilogía Juegos de poder (Gay), Trilogía Callums (Gay), Trilogía locura de amor (Gay), Saga Deseos Eternos (Gay), Deber y deseo (hetero), Atracción, deseo y caída (Romance bisexual) Bilogía Sangre y cenizas (hetero). Todas las obras están publicadas en plataformas como Amazon.

Instagram https://www.instagram.com/iribarnepaz/
Mi tienda en Amazon https://www.amazon.com/author/paziribarne